

ÓSCAR CONTARDO

REBAÑO



Lectulandia

En febrero de 2011, el sacerdote salesiano Rinsky Rojas se suicida, tres días después de que el caso por la desaparición de Ricardo Harex —un joven puntarenense que fue visto por última vez en octubre de 2001— diera un importante giro. Entre las muchas pistas que se barajaron en dicha investigación policial, el nombre de Rinsky Rojas —con varias denuncias a su haber por abuso— fue cobrando fuerza hasta convertirse en el principal sospechoso de la desaparición de Harex.

En esta apasionante investigación periodística, Óscar Contardo toma como detonante la historia de Rinsky Rojas para ilustrar de manera asertiva y feroz la actual crisis que atraviesa la Iglesia católica chilena y su perversa y sistemática dinámica de abuso y encubrimiento. Empezando por cuestionar la relación más básica que es la que establece un hombre que ejerce el sacerdocio con los fieles que lo siguen, Contardo recorre con una escritura lúcida y llena de matices, la historia de la Iglesia en Chile y las distintas congregaciones que le dan forma, así como los más atroces casos de abuso que se han dado en su interior.

Lectulandia

Óscar Contardo

Rebaño

ePub r1.0

Leddy 14-02-2019

Título original: *Rebaño*
Óscar Contardo, 2018
Diseño de cubierta: Djalma Orellana
Ilustración de cubierta: Francisco de Zurbarán

Editor digital: Leddy
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

A la memoria de los que no lograron sobrevivir.

«Espacio me subía la camisa de dormir, mientras ardorosamente besaba mi cuerpo. Llegó a mi boca; sentí asco, repugnancia y miedo. Cuando entendí de qué se trataba, pensé: “Mañana tendré que confesarme”».

El río, Alfredo Gómez Morel

«A sus ojos es así de fácil, la economía o incluso la política no son más que cortinas de humo: quien controla a los niños, controla el futuro, punto final».

Sumisión, Michel Houellebecq

Introducción

En junio de 2017 la Conferencia Episcopal chilena anunció oficialmente la visita del papa Francisco al país. Los obispos esperaban que la gira del líder de la Iglesia católica sirviera para frenar el desprestigio que afectaba a la institución. Las denuncias de abuso de poder y abuso sexual cometidas por sacerdotes habían sumergido a las autoridades eclesiásticas en el escándalo desde que las primeras acusaciones se hicieron públicas, a principios de la década del dos mil. La expectativa de los líderes religiosos locales era repetir lo que había logrado la visita de Juan Pablo II en abril de 1987. En esa ocasión, el país parecía haberse volcado a las calles para celebrar. El entusiasmo era unánime. Los católicos colmaron cada uno de los encuentros masivos con el pontífice. Todos los sectores políticos y sociales valoraron la gira y las palabras del papa. El país se detuvo para recibirlo.

Cuando se anunció la gira de Francisco habían pasado treinta años desde la visita hecha en plena dictadura por el pontífice polaco. En 2017 la situación política y social del país no era la misma que la que había bajo el régimen de Pinochet. Tampoco la influencia que la Iglesia católica ejercía entre los chilenos era similar. ¿Cuánto había cambiado todo? ¿Entusiasmaría aun más a los católicos un papa argentino que incluso había vivido en Chile? ¿Podría el nuevo papa, que se esforzaba por mostrarse campechano y sencillo, compensar el escepticismo frente a la Iglesia católica luego de los escándalos de abusos clericales? ¿Se sentiría el progresismo seducido por las críticas de Francisco al neoliberalismo?

Muchos pensaban que los chilenos de 2017, en el fondo, no eran tan distintos de aquellos que se emocionaron con Juan Pablo II en 1987. Advertían que el peso de la religión era tal en la convivencia diaria, que en cuanto Francisco pisara el territorio nacional las críticas se desvanecerían. Los organizadores pronosticaron que ocurriría lo mismo que sucedió en Colombia, país que meses antes lo había recibido con multitudes vitoreándolo en las calles. Es más, frente a las críticas por el dinero público que costaría la visita —cuatro mil millones de pesos—, la respuesta era que esa cifra se

compensaría largamente por la actividad turística que generarían los encuentros masivos. Si eso había pasado en Colombia, ¿por qué no en Chile? Dos países latinoamericanos no podían ser tan diferentes.

El papa estuvo en Chile entre el 15 y el 18 de enero de 2018. Aunque la cobertura de la televisión abierta —el medio de comunicación más popular— evitó dar cuenta del escaso entusiasmo que provocó la gira, el fracaso resultaba evidente. Las calles por las que circuló en su llegada no convocaron las multitudes de otra época; las medidas de seguridad parecían desmesuradas frente a la modesta cantidad de gente que esperaba saludarlo al paso del papamóvil. Durante las primeras dos jornadas los conductores de televisión apenas se referían a la escasa convocatoria y los comentarios críticos en sus emisiones fueron arrinconados o sencillamente ignorados. Los periodistas que cubrieron la visita para la televisión abierta —en su mayoría educados en colegios católicos— por momentos parecían más devotos siguiendo a su líder que profesionales informando sobre un acontecimiento público. Sin embargo, esta momentánea ceguera mediática frente al fenómeno en curso se rompió cuando el diario *La Tercera* publicó una fotografía cenital de la misa organizada frente al Templo Votivo de Maipú. La imagen mostraba amplios espacios vacíos. La convocatoria había sido exigua, pese al feriado.

El último día, en Iquique, la imagen se repetía. Extensas zonas que se suponía debían estar llenas de gente, permanecían desoladas. Durante esa jornada, la respuesta que Francisco dio a la pregunta de una periodista de radio Biobío acabó por sepultar la gira. La reportera le preguntó sobre las acusaciones de encubrimiento que recaían sobre el obispo Juan Barros, parte del círculo de protección del cura Fernando Karadima, icono de los abusos sexuales y de poder en Chile. Barros había estado en las misas y Francisco lo había saludado alegremente, a pesar del movimiento de laicos que buscaba expulsarlo de la diócesis de Osorno que encabezaba. Los laicos no toleraban que un encubridor estuviera a cargo de su Iglesia. El papa Francisco respondió con un gesto de furia contenida: «El día que me traigan una prueba contra el obispo Barros, ahí voy a hablar. No hay una sola prueba en contra. Todo es calumnia, ¿está claro?». Eso fue al mediodía del jueves 18 de enero. ¿Por qué Francisco había dicho eso si el Vaticano tenía todo el proceso canónico sobre Fernando Karadima? En ese proceso las víctimas y testigos apuntaban a Barros y a otros tres obispos como encubridores de abuso. Gracias a esos antecedentes la justicia del Vaticano había condenado a Fernando Karadima. ¿Acaso no leyó el expediente? ¿Acaso no conocía las decenas de reportajes y entrevistas que respaldaban las acusaciones en contra

de Barros? Para la opinión pública chilena era un hecho claro que Karadima había logrado abusar de su poder gracias a un círculo de protección que permitió que se mantuviera impune. En ese círculo estaba Juan Barros.

La respuesta del papa provocó indignación no solo entre los católicos chilenos, sino en la opinión pública en general. Esa tarde Francisco dejó el país, rumbo a Perú. En cuestión de horas los medios internacionales reportaban la fracasada visita del papa Francisco a Chile.

En adelante, la palabra «encubrimiento institucional» cundiría en los comentarios de prensa y notas de televisión nacionales y extranjeras. Ya no se trataba de «casos de abusos» dentro de la Iglesia, como se sostuvo durante años. Lo que la visita del papa acabó por instalar fue la idea de que existía una cultura del abuso y del encubrimiento sistemático. En los meses siguientes, el papa Francisco intentó reparar el descalabro que provocaron sus palabras invitando a las víctimas de Fernando Karadima al Vaticano y enviando una misión especial para recopilar información. Sin embargo, nada frenaba el derrumbe y los nuevos casos aparecían semana tras semana. En junio de 2018 el Ministerio Público comenzó a investigar una denuncia en Rancagua. Un reportaje de televisión había develado lo que parecía ser una red de sacerdotes que se concertaban para abusar de niños y adolescentes. La Fiscalía allanó las oficinas del obispado de esa ciudad iniciando una nueva etapa: la Iglesia era indagada por la justicia civil, como se hace con las organizaciones criminales; la reserva de la justicia canónica cedía a la presión del Ministerio Público sin la férrea defensa de los políticos católicos que acostumbraban a presionar a favor de su Iglesia.

En los meses siguientes, centenares de sacerdotes, religiosos y diáconos comenzaron a ser investigados y aparecieron nuevos testimonios que incluían monjas abusadas y sometidas a trabajos en condiciones indignas. Incluso el canciller del arzobispado de Santiago —mano derecha de los cardenales Francisco Javier Errázuriz y Ricardo Ezzati y durante años encargado de recibir denuncias— fue procesado por abuso y violación de niños y adolescentes. El cardenal Ezzati, arzobispo de Santiago, líder de la Iglesia local, fue imputado por las responsabilidades que podía tener en el encubrimiento de abusos denunciados en contra de su canciller.

La peor crisis de la Iglesia católica chilena en toda su historia crecía cada vez más. Una grieta se ensanchaba y permitía asomarse a un pozo hondo y oscuro que, hasta hace poco, permanecía oculto bajo una tapia de silencio. Este libro es apenas un vistazo a esa oscuridad.

Santiago, agosto de 2018

I. Un sacerdote se suicida

1.

Mi padre me enseñó que los libros están ahí para conocer la manera en que funciona el mundo, y los diarios y revistas la manera en que nos acecha. Él siempre lee los diarios con dedicación, como era habitual antiguamente, subrayando o recortando notas que luego guarda en carpetas. Acumula y clasifica escrupulosamente documentos —boletas, las cartas de mi abuelo, viejas libretas, revistas, recortes de la prensa local de su ciudad— y archiva cada una de las notas que he publicado desde que empecé a trabajar como periodista. Además de eso, hace crucigramas y recopila apellidos y nombres raros en listas que escribe a mano: cada vez que lee en el diario uno que le llama la atención, lo anota con su letra aguzada que tiende a las verticales, como las velas de una corbeta, y comenta: «Mira qué interesante que exista el apellido Ardilla». Hace listas, que luego guarda. Como nunca se ha expuesto a internet ni a Google, su pasatiempo mantiene el atractivo del hallazgo de una rareza, limitada por la información que aparece en un trozo de papel.

Su debilidad son los apellidos castellanos con nombres de animales o de artículos inusuales —la curiosa ortografía de los sefardíes—, pero también aquellos de los que resulta difícil adivinar su origen: los que no suenan ni a castellano, ni a francés, ni a alemán o que tal vez evocan alguna palabra de lo que podría considerarse eslavo.

La primera vez que leí la noticia sobre la desaparición de Ricardo Harex, en octubre de 2001, pensé en mi padre. Nunca había escuchado ese apellido y me lo imaginé anotándolo. ¿Harex? ¿De qué origen sería? Tal vez croata, el muchacho era de Magallanes y allá hay muchos descendientes de los colonos croatas. Leí la información.

La noticia era la historia de una desaparición misteriosa ocurrida en Punta Arenas:

JOVEN DESAPARECE TRAS FIESTA. «Como Ricardo Harex González (17) fue identificado un joven que se encuentra desaparecido desde las tres de la madrugada del sábado, luego de haber asistido a una fiesta de cumpleaños».

Pensé en un chico a merced del frío en medio de la noche.

Cada tanto volvía a leer algo respecto del caso en el espacio reservado a las noticias de provincia de los diarios de Santiago o a través de un link que me llevaba a las páginas de internet de los diarios de Punta Arenas. El joven no aparecía, tampoco había rastros ni testigos. Al escribir su apellido en Google, la búsqueda solo arrojaba su nombre; aparentemente no existía otra persona de apellido Harex en Chile, al menos no en internet. Eso aumentaba mi curiosidad. Lo que leí con el pasar de las semanas eran noticias sobre cómo la comunidad puntarenense se movilizaba apoyando a los padres del muchacho desaparecido. «Cualquier pista servía», alertaban los amigos y compañeros de colegio por los diarios. Era similar al caso de Jorge Matute Johns, quien había desaparecido en Concepción dos años antes, en noviembre de 1999, y cuyos restos fueron encontrados en 2004 sumergidos en una orilla del río Biobío. A Matute lo vieron por última vez saliendo de una discoteque en las afueras de Concepción; a Ricardo Harex en una fiesta en un tranquilo y antiguo barrio de Punta Arenas, a pocas cuadras del estrecho de Magallanes. Una ciudad mediana de provincia y un vecindario de clase media, en donde apenas se ven personas en la calle pasadas las cuatro de la tarde.

Harex era alumno del Liceo San José, de la orden salesiana, una congregación que es parte de la historia de la colonización de Magallanes. Los salesianos se instalaron en la zona antes de que el Estado chileno lograra hacerlo en plenitud. Los personajes más relevantes de la vida social de la región —autoridades, políticos, militares— habitualmente son exalumnos del Liceo San José o de alguno de los otros colegios de la orden, que educan a más de la mitad de los escolares de esas provincias. El obispo de la ciudad tradicionalmente es un sacerdote salesiano.

Pasaron los días y los compañeros del muchacho desaparecido organizaron una marcha encabezada por el director del colegio, un sacerdote con otro nombre particular, que se quedó en mi memoria: Rimsky Rojas. Pensé por un momento que era un apellido, pero después caí en la cuenta de que ese era su nombre de pila. «Rimsky», como Rimsky Korsakov, el compositor del *Vuelo del moscardón*, una melodía acelerada y trepidante que mi generación conoció gracias a Bugs Bunny, el personaje de dibujos animados. En uno de los capítulos de la serie el conejo es un director de una orquesta que ejecuta esa composición.

En la foto de la marcha Rinsky Rojas aparecía flanqueado por el obispo Tomás González, célebre por haber enfrentado con energía a la dictadura de Pinochet. González era una figura familiar para mí. Lo había visto muchas veces durante mi infancia y juventud en revistas y diarios de la oposición. Un hombre pequeño, calvo, con una cabeza ovalada que parecía estar incrustada sobre los hombros, casi sin cuello que la sostuviera, y un rostro de gesto afable, aunque nada agraciado.

En diciembre de 2001, luego de la ceremonia de graduación del Liceo San José —de la que debería haber participado Ricardo Harex como alumno de cuarto medio—, el diario *La Prensa Austral* de Punta Arenas puso en portada una foto de Rinsky Rojas. Pude ver a un hombre delgado, moreno, de cráneo rapado lustroso, vistiendo sotana, secándose las lágrimas con la mano derecha y sosteniendo sus anteojos con la izquierda. Acompañaba a la foto el título: «Triste despedida de los cuartos sin Ricardo», y en la bajada se leía: «El padre Rinsky Rojas, director del establecimiento, brindó un sentido adiós a quienes dejaban el colegio y un mensaje especial a la familia del liceano perdido». En el interior la nota informaba que la policía estaba buscando pistas en predios rurales adyacentes a una urbanización de la ciudad, con un perro dogo argentino especialmente entrenado.

En los días, semanas y meses que siguieron, la prensa de Santiago consignó solo reportes esporádicos sobre el llamado «caso Harex». Lo único que informaban era que aún no había pistas sobre el destino del muchacho. La sensación era que la policía estaba confundida. Aquellos artículos de la prensa capitalina sobre el muchacho desaparecido eran siempre informaciones minúsculas, opacadas por las noticias de los casos de sacerdotes de la zona denunciados por abuso de menores.

Desde hacía un tiempo Magallanes se había transformado en una fuente de denuncias de curas abusadores. El primero de ellos fue Víctor Hugo Carrera, sacerdote diocesano, secretario del obispo salesiano Tomás González. Carrera fue acusado en 1999 de abusar de un niño que vivía en un hogar de menores. Luego de eso salió del país y estuvo prófugo hasta 2004, cuando fue descubierto en Bolivia; durante todo ese tiempo el obispo González lo protegió. Carrera peregrinó por diferentes países manteniéndose con el dinero que le enviaban desde Chile, sin que el obispo ni ninguna otra autoridad de la Iglesia informaran sobre su paradero. El segundo caso fue el del salesiano Antonio Larraín, denunciado en 2000 por abusar de una niña, alumna del colegio en donde él era director, en el pueblo de Porvenir, ubicado en Tierra del Fuego, justo enfrente de Punta Arenas, en la ribera sureste del

estrecho de Magallanes. Larraín fue condenado y luego absuelto en 2007. El tercer sacerdote de Magallanes denunciado fue Jaime Low, quien en 2008 fue acusado de abusar de un muchacho de quince años en Punta Arenas. Low era descrito por *La Prensa Austral*, el principal diario de la ciudad, como un «estrecho colaborador» del obispo Tomás González.

Mientras la PDI investigaba al cura Low, uno de los jóvenes que lo denunciaron declaró: «Estoy muy asustado porque voy a un colegio salesiano y me puede pasar lo mismo que a Harex (Ricardo)». Por primera vez alguien relacionaba públicamente la desaparición de Harex con los casos de abusos sexuales de la zona. La segunda ocasión en que se vincularon ambos asuntos fue de boca del propio Rimsky Rojas.

En 2002, un año después de la desaparición de Ricardo Harex, Rimsky Rojas dejó la dirección del Liceo San José y la ciudad de Punta Arenas. Había estado trabajando en la misma ciudad durante más de una década, un periodo inusual para los sacerdotes de la congregación, que suelen ser trasladados de ciudad cada tres o cuatro años. Rimsky Rojas disfrutaba mucho de Punta Arenas y aquel cambio no fue algo que él hubiera buscado, a juzgar por sus cercanos. Se mudó a Valparaíso. Hasta allí llegó como capellán de la Escuela Naval, cargo que ejerció por menos de un año. Luego fue trasladado a Puerto Montt.

En julio de 2009 Rimsky Rojas viajó desde Puerto Montt a Punta Arenas por tierra, una travesía de más de dos mil kilómetros que exige cruzar por territorio argentino. Era una visita especial para él. Regresaba a la ciudad en donde alcanzó a gozar de un prestigio y un poder que nunca volvería a tener. La mañana del sábado 18 de julio de 2009 el sacerdote llamó por teléfono a Margot González, la madre de Ricardo Harex. Le dijo que estaba de visita en la ciudad y quería invitarla a la misa que él celebraría en la catedral al día siguiente. Ella lo atendió con emoción y gratitud y le dijo que por supuesto que iría.

La catedral de Punta Arenas es una iglesia sobria y luminosa de tres naves con un gran fresco en la bóveda del altar, que exhibe la imagen de Cristo Pantocrátor en medio de un paisaje patagónico. La mañana del domingo 19 de julio estaba repleta de fieles. En medio de la ceremonia, Rimsky Rojas dijo una frase que sorprendió a todos y que fue el titular de *La Prensa Austral* del día siguiente. El sacerdote se dirigió desde el púlpito a Margot González y dijo, apuntándola: «Señora, los curas no hicimos desaparecer a su hijo».

Según lo que la propia Margot González me contaría años después, hasta ese momento ella nunca había pensado seriamente que hubiera sacerdotes

involucrados en la desaparición de su hijo. Había rumores, sí, pero jamás les prestó atención. De hecho, había tomado la invitación de Rojas a la misa como un gesto de generosidad del cura, una distinción que la reconfortó. Ni ella ni su marido conocían detalles del expediente reservado sobre el caso de su hijo, que por la fecha en la que ocurrió la desaparición, estaba investigándose bajo el antiguo sistema de justicia. Todos los antecedentes — pericias, testimonios, interrogatorios— estaban en manos del juez a cargo de la investigación y eran mantenidos en reserva. En julio de 2009, ni Margot González ni su marido Sergio Harex sabían que la PDI había estado investigando al sacerdote.

Con el tiempo me di cuenta de que la manera que escogió Rimsky Rojas para dar a conocer las indagaciones de la justicia —aquel aserto en medio de la misa— fue una especie de exhibición de poder estrambótica, una puesta en escena acorde con su personalidad histriónica y expansiva: decirlo desde el púlpito, apuntando a la madre en medio de una ceremonia repleta de personas que él mismo se había encargado de invitar. El hecho de que estuviera la prensa en la misa era un indicador de la importancia que tenía la visita de Rojas para la ciudad. Durante los años en que estuvo a cargo del Liceo San José, el cura había tejido una firme y tupida red de relaciones de amistad con los personajes y familias de la zona. Era muy probable entonces que todo lo que pasó ese día hubiera sido calculado por él mismo. A esas alturas, casi diez años después de que Harex desapareciera, el caso había pasado por la mano de varios magistrados. Con la intervención de Rojas quedó en evidencia que una de las líneas de investigación de la justicia involucraba la participación del sacerdote y que era probable que le pidieran prestar declaración como sospechoso.

Tiempo después de aquella misa, como parte de la búsqueda del cuerpo del muchacho desaparecido, la justicia ordenaría excavaciones en los terrenos de la antigua casa de retiro Juan Pablo II de Punta Arenas. No lo encontraron, pero persistieron con las excavaciones. El 25 de febrero de 2011 el diario *El Pingüino* de Punta Arenas anunció en su portada el descubrimiento de «restos óseos» en un terreno cercano a la ciudad. La Brigada de Homicidios de la PDI sugería que el hallazgo podría estar relacionado con el caso Harex: «Una de las hipótesis que mayor impacto causó fue la posibilidad de que se tratase de los restos del desaparecido joven Ricardo Harex González, de quien no se tiene información de su paradero desde el 19 octubre de 2001».

Tres días después de la publicación de la noticia sobre los restos óseos, el sacerdote Rimsky Rojas fue encontrado muerto en Santiago: se había colgado

en la llamada Casa de Salud de la congregación, un edificio en la comuna de Macul que cumple la función de hogar de retiro para sacerdotes ancianos o enfermos.

A la larga se comprobó que los huesos encontrados en la pericia en los terrenos cercanos a la casa de retiro no eran humanos.

2.

El 1 de marzo de 2011, el diario *Las Últimas Noticias* de Santiago publicó el siguiente titular: «Enigmática muerte de sacerdote salesiano». La nota informaba que Rimsky Rojas, de cincuenta y cuatro años, había sido encontrado muerto en la casa de reposo de los salesianos en Macul. La PDI confirmó que se trató de un suicidio y la Fiscalía determinó realizar la autopsia para ratificar la hipótesis policial. «Rojas, oriundo de La Cisterna, ejerció como sacerdote durante veintisiete años y sus restos serían entregados hoy para comenzar a ser velados». Los funerales de Rojas —profesor de filosofía y religión— convocaron a las máximas autoridades de su orden religiosa y contaron con toda la pompa posible para su jerarquía. Durante la ceremonia, encabezada por su hermano menor, el también sacerdote salesiano Miguel Rojas, no hubo alusión a cómo murió Rimsky Rojas. Su hermano pidió que se lo recordara «por lo que fue y no por la forma en que terminó su vida». En el sitio de internet de la congregación describieron el funeral con detalle: «Con una Eucaristía en el templo Nacional San Juan Bosco de la Cisterna, el miércoles 2 de marzo, la Familia Salesiana de Chile dio el último adiós al padre Rimsky Rojas Andrade, fallecido en la mañana del lunes 28 de febrero. Presidió su hermano Miguel; concelebraron el obispo de Punta Arenas, mons. Bernardo Bastres, el obispo Emérito mons. Tomás González, el inspector de la Congregación Salesiana, P. Leonardo Santibáñez».

Removido del archivo en línea del sitio de los salesianos tiempo más tarde, el texto no hacía referencia a las razones que obligaron al sacerdote a dejar sus labores en Puerto Montt y trasladarse intempestivamente a Santiago en septiembre de 2010, pero todo indicaba que no se había debido a un simple trámite. Rimsky Rojas viajó a la capital porque acumulaba cuatro denuncias por abuso sexual presentadas en su contra. Una de ellas ante el Ministerio Público y tres ante las autoridades de su congregación. Los hechos habrían ocurrido durante la década del ochenta en Valdivia y durante los noventa en Punta Arenas. Años más tarde averigüé que viajó a Santiago días después de

que una de sus víctimas lo encarara en Puerto Montt y amenazara a sus superiores con acudir a la prensa. Rimsky Rojas lloró y le pidió perdón. Estaba desesperado.

En abril de 2011, tan solo un mes después de su funeral, el titular de un diario anunciaba: «Policía confirma nuevas víctimas de abuso de sacerdote Rimsky Rojas». Sin proponérmelo, la historia de Rodrigo Harex me había llevado a la historia de Rimsky Rojas, y ambas a una idea que me rondó durante años: escribir un libro sobre la religión, la tercera parte de una trilogía que había comenzado con un libro sobre el clasismo y seguido por otro sobre la homosexualidad. En esos dos libros estaba persistentemente el rumor de la fe, de la religión, como un ruido blanco que se colaba en las relaciones de clase y en las restricciones sexuales, orientando el destino de las personas. A pesar de las diferencias en el tema y en la forma, ambos libros tenían algo en común que me interesaba explorar desde otro ángulo: el de la especial relación que se establece entre un hombre que ejerce el sacerdocio y los fieles que lo siguen. Una relación única de sujeción y poder.

La lectura de los detalles del funeral de Rimsky Rojas era una síntesis desconcertante de ese poder contundente y silencioso. Era la despedida de un hombre acusado de transgredir las normas en un aspecto de la vida humana — el del sexo y el placer— sobre el que la Iglesia católica, como institución, solía marcar severas restricciones, incluso cuando se trataba de relaciones adultas consentidas. Sin embargo, en casos como el de Rojas parecían no imperar las mismas reglas. No hubo la discreción que habitualmente acompaña a la vergüenza durante el entierro de alguien acusado de un crimen que, además, decidió quitarse la vida. Tampoco piedad con las víctimas ni colaboración con la justicia civil. El sacerdote suicida fue recordado como se hace con las grandes personalidades; asistieron a su funeral las máximas autoridades de su congregación e incluso se involucró a seminaristas en la organización de la ceremonia. ¿De qué naturaleza era el poder de Rimsky Rojas que permitía eludir las denuncias en su contra? ¿Por qué un grupo de representantes de una institución que manejaba normas morales tan estrictas sobre sexualidad le rendía homenaje a alguien que las había roto de manera persistente, alguien que incluso era sospechoso de un delito tan atroz como la desaparición forzada de un joven?

La muerte de Rimsky Rojas suponía poner una lápida de silencio sobre las denuncias en su contra. Muerto él, todas las investigaciones tenderían a cerrarse, algo que para la congregación de los salesianos, que tenía al cardenal Ricardo Ezzati, uno de los suyos, como arzobispo de Santiago y líder de la

Iglesia chilena, parecía ser más importante que las víctimas, quienes no recibieron gestos de reparación alguno de su parte.

3.

Cuando Rinsky Rojas murió, en 2011, las denuncias por abuso sexual en contra de sacerdotes católicos chilenos se habían hecho frecuentes. Un asunto que hacía tan solo una década hubiera sido inimaginable, repentinamente parecía no detenerse. Hasta los años noventa la Iglesia católica chilena disfrutaba de un espacio privilegiado en los medios. Si alguna autoridad católica consideraba que una banda de rock —como ocurrió con Iron Maiden— era satánica, lo más probable era que esto se transformara en noticia a nivel nacional, que el gobierno reaccionara y que las influencias fluyeran hasta evitar que esa banda se presentara en Chile. Si una subsecretaría contradecía la opinión de la Iglesia en una entrevista, seguramente terminaría dejando su cargo por las presiones que recibiría, como sucedió con la socióloga Soledad Larraín en los inicios de la transición.

Del mismo modo, la prensa local rara vez hacía eco de las denuncias de abuso en contra de sacerdotes en Estados Unidos y Europa, y era inusual encontrar notas más extensas que un cable resumido en la sección de breves de un diario. Cuando la importancia de los hechos obligaba a un mayor despliegue, los medios más importantes de esos años no recogían las denuncias propiamente tales, sino más bien las respuestas que daba el Vaticano a los casos que llegaban a la justicia ordinaria en los países en cuestión. En junio de 1993, por ejemplo, el diario *El Mercurio* publicó una nota titulada «Sociedad permisiva tiene culpa en abuso de niños». La noticia era la reacción de Joaquín Navarro-Valls, el vocero del papa y numerario del Opus Dei, a las primeras demandas civiles entabladas por ciudadanos estadounidenses en contra del episcopado local. Navarro-Valls sostuvo una rueda de prensa en la que dijo: «Cabría preguntarse si el verdadero culpable no es una sociedad que es permisiva hasta la irresponsabilidad, está repleta de sexo y es capaz de crear las circunstancias que indujeron a cometer graves actos incluso a personas que tienen una sólida formación moral». Lo que estaba sugiriendo el vocero era que quienes cometían los delitos —sacerdotes— no eran los verdaderos culpables; la responsabilidad real, según el Vaticano, recaía en «la sociedad». Aquel era un argumento que los chilenos conocíamos. En octubre de 1991 el arzobispo Carlos Oviedo lo había usado

en la carta pastoral *Moral, juventud y sociedad permisiva*. Ese documento fue la manera que tuvo la Iglesia de evitar que se legislara sobre el divorcio y expresar su disgusto frente a la posibilidad de que el gobierno iniciara una campaña de prevención del sida, en que recomendaba el uso del condón. El arzobispo Oviedo aseguraba que existían en «la sociedad» síntomas de una crisis moral producto del «hedonismo malsano» y del «libertinaje sexual» de la juventud.

En 2002 el tema de los abusos sexuales cometidos por sacerdotes cobró otro tono con las repercusiones que tuvo la serie de denuncias hechas por el *Boston Globe* en Estados Unidos. La investigación demostraba que no se trataba ya de casos aislados. Existía una trama sostenida en el tiempo de sacerdotes que cometían delitos sexuales y eran protegidos y encubiertos por sus superiores de manera sistemática. La investigación del *Boston Globe* revelaba que los abusadores habían sido amparados por el obispo y cardenal Bernard Law, quien a la larga moriría en Roma sin nunca haber comparecido frente a un tribunal^[1].

En Chile el primer gran caso de denuncia pública en la justicia ordinaria fue el de Andrés «Tato» Aguirre, en octubre de 2002. Aguirre era una especie de cura galán —alto, guapo, motociclista, esquiador— que seducía adolescentes y abusaba de ellas. Días después de que se difundieran las imputaciones en contra del llamado «cura Tato», el episcopado anunció que el obispo Francisco José Cox sería enviado a Alemania a un retiro permanente. La decisión de desterrarlo no era otra cosa que una manera de evitar el escándalo por su comportamiento sexual en La Serena, en donde solía procurarse la compañía de jóvenes. Luego de que saliera a la luz lo de Aguirre, existía la posibilidad de que la prensa se enterara también de lo de Cox y los obispos se adelantaron con un comunicado público absurdo. La Iglesia local nunca usó la palabra «abuso» ni la palabra «sexo» en las declaraciones sobre la situación de Cox. Para justificar el exilio del obispo se habló de una «afectuosidad un tanto exuberante» que habría mostrado, pero sin indicar con quién, cuándo ni si esa conducta constituía delito. Asimismo, la Iglesia no informó que Cox tenía denuncias que se remontaban a los años ochenta, acusaciones que nunca llegaron a la justicia ordinaria.

El caso que terminaría por trizar el prestigio de la Iglesia católica, sin embargo, no fue ni el de Andrés Aguirre ni el de Francisco José Cox, sino el del diocesano Fernando Karadima, un sacerdote de la clase alta santiaguina, a quien muchos tenían por candidato a santo y que hizo de su parroquia una especie de centro de reclutamiento de varones jóvenes, a quienes manipulaba

hasta el punto de controlar cada detalle de sus vidas. Los abusos a los que Karadima sometía a sus seguidores fueron difundidos por la prensa a partir de abril de 2010, un año antes de la muerte de Rimsky Rojas, y marcaron el inicio de una profunda crisis para la Iglesia chilena.

Recuerdo que el primer reportaje televisivo sobre las denuncias contra Karadima mostraba el momento en que un reportero y un camarógrafo intentaban entrar a la iglesia después de la misa celebrada por el cura. Había que traspasar una reja y luego, unos metros más allá, llegar hasta la puerta del templo. El equipo debió enfrentarse a un grupo de fieles que los agredió con insultos y empujones y les impidió llegar hasta el sacerdote. Cerraban la reja como si la prensa los estuviera invadiendo para hacerles un daño horrible. Una mujer madura le gritaba al camarógrafo desencajada. Aquella escena me perturbó de una manera profunda: era la caricatura de una secta reaccionando frente al escrutinio de extraños, solo que no se trataba de un grupo marginal de desadaptados o de jóvenes rebeldes al sistema controlados por un gurú: ellos estaban en el centro del poder, eran chilenos privilegiados ejerciendo una religión que, hasta ese momento, tenía el prestigio de una matriz de normativas morales incuestionables. Eran la élite. Otro aspecto que me provocó curiosidad, con el tiempo, fue la descripción de la personalidad de Karadima, detallada en reportajes y libros. Todos los datos indicaban que, por sobre todo, él era un astuto trepador social. Su origen no estaba en la clase alta, sin embargo, de alguna manera descifró sus códigos, comprendió cuáles eran sus miedos y supo manejarlos para obtener una visa de clase que le permitió controlarlos y someterlos. No solo lograba satisfacción sexual con su talento para dominar la voluntad de adolescentes, sino también dinero y poder. Era un eficiente prestador de servicios espirituales consagrado a los clanes familiares más poderosos del país, personas conservadoras que habían apoyado con energía la dictadura de Pinochet.

Desde la década del sesenta Karadima había logrado transformar sus misas, y hasta su nombre, en un símbolo de estatus y no menos importante que eso, inspirar una cantidad de vocaciones sacerdotales que lo situaba en un lugar de privilegio frente al Vaticano. Su talento para capturar aspirantes a religiosos, que a su vez eran miembros de familias distinguidas de la clase alta, le permitía influir decisivamente en la designación de obispos y autoridades. Cada uno de los jóvenes que se ordenaba sacerdote estimulado por Karadima era, a la larga, un lugarteniente encargado de extender sus redes en la élite.

Después me enteraría de que se trataba de una historia similar a la de Rimsky Rojas, aunque en otra escala. Rojas también vio en la carrera religiosa una manera de ascender socialmente y supo encumbrarse en los andamios que la congregación puso a su disposición. Tal como Karadima, Rojas tenía un agudo sentido del poder y una astucia estratégica, propia del sobreviviente ansioso de prestigio, sin muchos escrúpulos: si había que adular a superiores para lograr su objetivo, lo hacía. Sus cercanos lo recuerdan servicial en extremo con obispos y autoridades provinciales de la congregación. Rimsky Rojas manifestaba, asimismo, sus simpatías por determinados alumnos de manera impúdica. Rojas actuaba de modo semejante a Karadima: solía rodearse de un séquito de preferidos, los que a su vez lograban sacar todo tipo de ventajas de la cercanía con el sacerdote. Eran alumnos que pertenecían a familias con cierta relevancia en el microcosmos de las ciudades de provincia en las que Rimsky Rojas estuvo destinado, grupos en los que era recibido como se recibe a una autoridad. Esas eran las relaciones que lo respaldaban y protegían de las sospechas. Un patrón idéntico al de Femando Karadima, solo que en lugar de aplicarlo en el universo de la élite santiaguina, era ejecutado en ciudades de menor escala entre autoridades locales y la pequeña burguesía regional.

Femando Karadima matizó todos los rasgos que podían contribuir a que se le viera como un sujeto elitista, con una historia prefabricada que se transformó en un mito que por años nadie se atrevió a desmentir, al menos no públicamente: su cercanía con Alberto Hurtado, el santo jesuita que alcanzó fama por su labor con los niños pobres que vivían en el río Mapocho. Tiempo después de que el imperio de Karadima comenzara a derrumbarse, un libro del Centro de Investigaciones Periodísticas de Chile (Ciper) explicó en detalle las contradicciones y errores que demostraban que la cercanía entre Karadima y Hurtado jamás existió, pese a lo que había sostenido por años el sacerdote abusador.

Las revelaciones sobre la vida real de Femando Karadima abrieron una grieta que fue extendiéndose conforme los detalles de los abusos aparecían en la prensa. Cada nueva nota aumentaba mi curiosidad, no tanto por los abusos concretos —eso habría sido un tanto morboso—, sino por la manera en que el sacerdote logró su cometido. ¿Cómo era posible que decenas de personas educadas se sintieran cautivadas por una persona de intelecto opaco y tan evidente ansiedad social, hasta el punto de someterse a su voluntad de una manera grotesca? ¿Por qué la jerarquía no quiso intervenir luego de las primeras denuncias? ¿Qué veían en él? ¿Cómo Karadima pudo mentir durante

tanto tiempo sobre su biografía y su relación con Alberto Hurtado sin que nadie lo desenmascarara? ¿Cuántos otros hechos y situaciones de este tipo eran mantenidos en secreto en una organización jerárquica que veía en la obediencia una virtud?

A partir del año 2010 el apellido Karadima —tan inusual en Chile como el apellido Harex o el nombre Rimsky— se transformó en nuestro país en sinónimo de abuso sexual perpetrado por sacerdotes. Su historia tuvo frente a la opinión pública el efecto de una esponja que absorbió todos los demás casos que fueron apareciendo. La idea de abuso se concentró en su figura, en su rostro sonrosado y mofletudo cubierto por una pátina perpetua de sudor. El caso criminal en contra de Karadima fue sobreseído por el Tribunal de Justicia. El único castigo que sufrió fue el canónico, que le restringió sus labores y lo obligó a una reclusión leve. Pese a la gravedad de los hechos, ninguno de los colaboradores directos de Karadima —que encubrieron y respaldaron conductas criminales— sufrió mayores contratiempos inmediatos. Algunos fueron nombrados obispos, otros asignados a labores parroquiales y Andrés Arteaga, su mano derecha, solo renunció a su puesto de vicedecano de la Universidad Católica luego de que un movimiento de estudiantes pidiera su destitución. De no haber sido por ellos, habría continuado en el cargo. Solo la fracasada visita del papa Francisco a Chile, en enero de 2018, logró sacudir a la jerarquía y tensar la situación hasta obligar al obispo de Roma a intervenir. La presión internacional que surgió luego de que el papa declarara durante su gira en Chile que las denuncias de encubrimiento en contra de los obispos del círculo de Karadima eran «calumnias» lo obligó a desdecirse y a enviar una misión para investigar el asunto.

La principal causa de que el nombre de Fernando Karadima cobrara el rango de emblema de abuso sexual en el ámbito de la Iglesia católica fue el relato público de los hechos que hicieron tres de sus víctimas —José Andrés Murillo, Juan Carlos Cruz y James Hamilton— por televisión. Una escena nunca antes vista. La de Karadima fue una historia relatada por tres hombres educados, personas que no lucían como «víctimas», sino como profesionales exitosos de origen social privilegiado. Ellos contaron sus experiencias realizando un esfuerzo que la mayoría de las víctimas de abuso sexual prefiere evitar, porque hacerlo significa hablar de su propia intimidad y quedar a merced del rechazo y la negación. La historia del médico James Hamilton, además, significó que muchos hombres abusados por otros sacerdotes se atrevieran a hablar de un patrón específico de abuso: aquel que se extiende desde la infancia y adolescencia hasta la adultez. Bajo este patrón,

los curas mantienen sobre esos hombres, que conocieron cuando eran niños, un control que dura años, manipulando su conciencia, irrumpiendo en su vida sexual, casándolos, bautizando a sus hijos y entrando en sus familias como una forma más de sometimiento. Situaciones inconcebibles para muchísima gente, pero que luego entenderíamos que se trataba de un modo de proceder más habitual de lo que nadie se habría imaginado antes. Si Hamilton no hubiera hablado, esto habría quedado bajo la sombras.

El rechazo de buena parte de la opinión pública a Karadima se explicaba, además, por un componente político: su figura resultaba especialmente antipática para la mayoría de la población, sobre todo entre los más jóvenes, porque era un religioso identificado con el pinochetismo y con los sectores poderosos de la sociedad chilena que durante la dictadura y la transición habían impuesto una moral conservadora y reaccionaria.

La figura de Fernando Karadima concentró entonces la idea de abuso: él era el demonio al que había que desterrar para que la Iglesia recobrara su prestigio. Se extendió la creencia de que dentro de la Iglesia había pedófilos que usaban la institución para encontrar víctimas, es decir, los abusadores eran frutas podridas que se infiltraban en la institución. Eran excepciones que debían ser detectadas y expulsadas. Libre de estas personas, la Iglesia católica podría volver a ser la misma de siempre.

Esta lógica soslayaba los hechos: para que tantos sacerdotes, de lugares tan diferentes, en tan distintas épocas, abusaran durante tantos años con total impunidad y con un patrón similar de conducta, era necesario que existiera un mundo que lo permitiera. El problema no podía ser solamente el ingreso de ciertos hombres depravados a una institución que también era víctima de sus conductas, sino más bien la existencia de un entramado cultural que permitía los abusos, exponía a los abusados, los sometía y protegía a los abusadores. Del mismo modo en que la tela de una araña en un rincón resulta invisible bajo ciertas condiciones de luz, posición y distancia, la evidente trama de vínculos necesarios para la impunidad de los sacerdotes abusadores tendía a resultar invisible para muchos católicos, que simplemente pedían la expulsión de las manzanas podridas. Solo se hablaba de casos puntuales, de hombres pedófilos que se colaban en la Iglesia y actuaban bajo cuerdas, traicionándola. El hecho de que tantos casos aparecieran con tal frecuencia, justamente en esa institución y no en otra, sencillamente era eludido.

En la medida en que leía y escuchaba la historia de Rimsky Rojas, la comparaba con la de Fernando Karadima y la relacionaba con la de otros sacerdotes, la imagen de esa telaraña, de una red que atrapa y asfixia, cobraba

más y más sentido. La noticia sobre el suicidio de Rimsky Rojas y luego los artículos que detallaban la denuncia de un antiguo alumno de Valdivia, me impulsaron a indagar en su historia, a recorrer los lugares donde él alguna vez se sintió poderoso, a buscar entre quienes conocieron los recodos de su biografía y vieron en él, primero, a un hombre admirable y, luego, a una criatura desesperada que intentaba someterlos a toda costa. Pensé que conociendo la historia del cura salesiano podría hacer visible algo de esa telaraña. Pero antes de concentrarme en él, era necesario describir el orden que imperaba en el mundo en que eligió vivir, los muros y las vigas que lo sostuvieron, el suelo sobre el que anduvo, aquello en lo que Rimsky Rojas creía y la institución que lo protegió hasta su muerte.

II. La incuestionable voluntad de los dioses

1.

Mi experiencia con las prácticas religiosas es escasa. La idea de religión en mi infancia tenía que ver con la buena conducta: no mentir, no discutir con los adultos y no dejar comida en el plato, porque Dios estaba mirando y había muchos niños hambrientos en el mundo. En la distancia que existía entre mi apetito y la desgracia de esos niños, estaba Dios.

Dios era un sujeto crucificado sangrante y, al mismo tiempo, un niño pobre en un establo. Era una cosa y la otra y también una tercera. Dios era vigilancia, obediencia y la fantasía de una recompensa eterna. La fe exigía dejarse llevar, había que hundirse en ella sin preguntar —solo Dios sabe por qué hace las cosas—, mecerse entre un padre, un hijo y un espíritu santo, y confiar. Ni siquiera tuve que rebelarme. Ni Dios ni la religión contaban con una gran defensa en mi vida cotidiana familiar contra la cual hubiera habido que levantarse y pelear. Simplemente, la fe no cundió en mí en toda su vasta extensión, solo marcó el sentimiento de culpa que me acompaña hasta ahora —la pobreza ajena, el dolor físico de un viejo enfermo—, y que varía en intensidad según la época. Ahora que lo pienso, Dios era, también, mucha culpa. Parecía alimentarse de ella.

Lo más cercano para mí a la experiencia religiosa tenía que ver con la relación de mi madre con la fe; una negociación constante con vírgenes y santos. La religión era también, en esos años, un conjunto de costumbres —bautizos y funerales— a las que asistía de vez en cuando del mismo modo en que lo hacía mi padre: manteniéndome a la entrada de la iglesia, en silencio, sin participar de los ritos. No conocía las contraseñas para ponerse de pie, sentarse o arrodillarse, ni los cantos, y solo entendía que, pasado el momento en el que todos se daban la mano como gesto de paz, ya quedaba poco para el final. Ese momento, cuando la concurrencia se saludaba entre sí, lo sentía como una especie de alivio. Era la mejor parte. «¿Qué gusto tienen las

hostias?», le pregunté una vez a mi madre. «Tienen gusto a nada», me respondió.

La de mi madre era una fe que yo no compartía —intuyo que traté de hacerlo—, pero comprendía lo necesaria que era para ella, podía sentir cómo la reconfortaba. Había en esos ritos y creencias la necesidad profundamente humana de la compañía que apacigua el temor a la desgracia, el horror de un porvenir que se abre sin certezas solo para cerrarse, inevitablemente, en la muerte. Creo que esa relación con la intimidad que tiene aquello que llamamos religión me empujó a escribir este libro en primera persona.

A medida que me fui haciendo adulto la religión fue surgiendo con rasgos distintos, como si antes, durante mi infancia, solo hubiera alcanzado a ver las boyas que marcaban una ciudad sumergida, una metrópoli de una cartografía compleja que nunca se muestra en detalle, por lo abrumadoramente intrincada y extendida. Una ciudad en la que habitamos todos, incluso los no creyentes, que nunca conseguimos librarnos por completo de su poder y su peso.

Durante la dictadura, mi padre compraba las revistas de oposición y yo me tumbaba el fin de semana a leerlas. En esas revistas conocí la historia de Pierre Dubois, el cura francés que vivía en la población La Victoria, un barrio pobre identificado con la izquierda obrera combatiente y, por lo tanto, hostigado frecuentemente por carabineros y militares. Hubo una imagen de Dubois en particular que me llamó la atención. Era una fotografía nocturna del sacerdote apoyado en una bicicleta, en lo que parecía una calle o un descampado. Él miraba con gesto desafiante a un carabinero armado con un casco y un escudo antidisturbios, indumentaria que resultaba desmesurada frente al retrato de la situación. Dubois estaba cruzado de brazos, con zapatos negros bien lustrados y la basta de los pantalones bajo los calcetines, la forma habitual en que los obreros protegían la botamanga del roce con la cadena de la bicicleta. En segundo plano, un grupo de vecinos —hombres y mujeres vestidos modestamente y desarmados— se mantenía a sus espaldas en actitud atemorizada. Durante mucho tiempo tuve en la memoria esa escena, solo que maquillada por mi imaginación. En lugar de una bicicleta, recordaba una moto, y en vez de una casaca de tela sintética, en mi mente Dubois vestía una chaqueta de cuero negra. En mi recuerdo, aquella fotografía estaba más cerca de la descripción de un personaje de Julio Verne —por esos años yo había sucumbido al encanto de las aventuras de Miguel Strogoff— que al de un hombre con sotana. Sin embargo, por alguna razón, estoy seguro de que si Dubois hubiera sido un vecino más o un activista francés laico, no me hubiera provocado la misma impresión.

Dubois era parte del Movimiento Acción Católica Obrera y aparecía con cierta regularidad en la prensa denunciando el abuso policial y respondiendo a las acusaciones del gobierno de proteger extremistas. En 1983 llegó hasta La Victoria el sacerdote francés André Jarlan para acompañar a Dubois en sus labores. Un año y medio más tarde, en una de las tantas redadas a la población, un disparo de carabineros alcanzó a André Jarlan, mientras rezaba sentado en su habitación, en el segundo piso de la vivienda que ocupaba junto a Dubois. La bala entró por la nuca y lo tumbó sobre el escritorio. Jarlan murió dejando a los vecinos en un luto rabioso, con una pesadumbre que se adivinaba en los rostros retratados en los reportajes que siguieron a la muerte del cura.

El día del funeral de André Jarlan el barrio entero caminó junto a Pierre Dubois desde la periferia hasta el centro de Santiago, acompañando el ataúd del sacerdote, bajo la sombría vigilancia de carabineros. Es un trayecto de cerca de trece kilómetros, que años después yo también recorrí a pie, acompañando el féretro del propio Dubois.

Yo tenía diez años cuando mataron a Jarlan y, aunque había visto curas en misas, funerales y bautizos, nunca había conocido a uno personalmente, o no al punto de tener un trato habitual con él, llamarlo «padre» o por su nombre y saludarlo. Para mí eran seres que de repente aparecían en las misas — ¿vivirían en la iglesia?—, para luego desaparecer. Sin embargo, supongo que la historia de Dubois y Jarlan, las notas de prensa con las fotografías de ambos, me provocaron una curiosidad que perduró. Había algo heroico y trágico en aquellos dos hombres.

En esos años era usual que las revistas políticas —oficialistas o de oposición— publicaran entrevistas con obispos, arzobispos o cardenales. Mientras escribo este párrafo, hojeo cinco de esas publicaciones de oposición a Pinochet que tengo en mi colección. Las escogí al azar. Son de diferentes años y en todas ellas vienen notas sobre la Iglesia católica chilena: entrevistas a sacerdotes, columnas de opinión o reportajes sobre las distintas posturas de las autoridades eclesióásticas. Los curas que aparecían en esas notas de prensa por lo general eran hombres maduros, con sobrepeso, con alzacuellos sobre los que se rebalsan contundentes papadas; varones serios, de rostros sanguíneos, retratados en oficinas oscuras, sentados ante escritorios macizos y rodeados de imágenes severas. Dubois y Jarlan parecían ser diferentes.

Había curas pinochetistas y curas demócratas, decía mi papá.

—¿Cuáles eran pinochetistas? —Le preguntaba yo.

—Los que aparecen en televisión —me respondía él.

Y había muchos curas en la televisión. Estaban los de la misa de las mañanas, durante la apertura de transmisiones del fin de semana; los que hacían un pequeño sermón en el noticiero de Canal 13; los invitados a los programas de conversación o reportajes sobre los más diversos temas; y los curas que decían algo de los Evangelios, a modo de mensaje de buenas noches, antes de que los canales finalizaran sus transmisiones diarias. Los sacerdotes opositores rara vez eran entrevistados en televisión; la dictadura los tenía vetados. Este veto se extendía incluso al cardenal Raúl Silva Henríquez, arzobispo de Santiago y salesiano, como Rimsky Rojas. Él era opositor al régimen y se había encargado de organizar a esa parte de la Iglesia católica chilena dedicada a la protección de los perseguidos políticos de la dictadura. Con ese propósito, Silva Henríquez impulsó primero el Comité Pro Paz y luego la Vicaría de la Solidaridad.

Era una época en la que cada conflicto puntual —entre gremios, sindicatos o incluso entre el Estado chileno y otros Estados— inevitablemente desembocaba en la figura de un cura que encarnaba el rango de mediador, vocero o protector. Era como si Dios tuviera que llegar a solucionar las disputas que los ciudadanos eran incapaces de resolver por sí mismos. El Estado y la política estaban repletos de enclaves de fe.

Cuando llegué a ser adulto comprendí que la relación cercana y familiar con los sacerdotes era algo propio de la clase alta —en ese mundo los curas actuaban como una suerte de guía espiritual puertas adentro—. Entre las familias pobres —las que no se habían alejado de las capillas ni convertido al pentecostalismo o refugiado en esa ensoñación gringa ofrecida por los mormones—, los sacerdotes tenían una importancia diferente, una cercanía con un rol asistencial y benefactor. En cambio, las familias de clase media, surgidas gracias a los empleos del Estado —el ambiente al que pertenecían mis padres—, solo mantenían trato con los curas acudiendo a una parroquia o de manera indirecta, cuando los hijos debían asistir a la catequesis para la primera comunión, ritos que yo nunca cumplí. En esos ámbitos, la figura del sacerdote o «padre» era también la del «educador» de colegio religioso, sobre todo de congregaciones que se instalaban en provincia. Este orden pone la figura de Rimsky Rojas en un universo cercano a mi origen de clase. Así como los jesuitas fueron los tradicionales educadores de la élite, los salesianos se asentaron en barrios de clase media y en zonas populares de Santiago, además de establecerse en ciudades del norte y sur de Chile. Justamente ahí fue donde Rimsky Rojas ejerció como profesor: en colegios de

provincia, en una época en que la educación pública estaba siendo desmantelada por la dictadura.

Hasta antes de ser adulto, sin embargo, esos patrones de costumbres entre origen de clase y vínculo religioso no eran un fenómeno que despertara en mí una reflexión, sino que simplemente notaba que sucedía. Yo no tenía una explicación clara, ni buscaba tenerla, del porqué la mayoría de los evangélicos eran campesinos pobres que los fines de semana cantaban en las calles de los pueblos pequeños del Maule o en las poblaciones de las ciudades. ¿Dios se les presentaba de manera distinta a los pobres? Ellos mismos parecían vestir diferente a los católicos: las mujeres usaban el pelo largo amarrado en una cola lacia, vestían faldas largas hasta los tobillos y los hombres solían llevar traje y corbata los domingos, justo el día cuando el resto se la sacaba. Parecían vivir a contramano de la mayoría. Tampoco conocía las razones por las cuales los obispos y cardenales pertenecían a familias distinguidas con apellidos que se repetían una y otra vez en los libros de historia. Era así, sencillamente.

Los sacerdotes durante la dictadura y los primeros veinte años de la transición eran figuras públicas con prestigio de autoridades, que hablaban no solo de religión, sino de las más variadas expresiones humanas, siempre en calidad de expertos. Se les pedía opinar sobre la crianza de los niños, las relaciones internacionales del país, el rol de la mujer en la vida privada y pública, la manera de llevar un matrimonio o los peligros del heavy metal y el rock pesado en la juventud; incluso eran convocados a dar su opinión sobre asuntos de salud pública. Justamente durante esa época Rimsky Rojas se formó como sacerdote. Ingresó al seminario o Casa de Formación salesiana un par de meses después del golpe militar, en 1974, y fue ordenado sacerdote diez años después, en Concepción, por el obispo Alejandro Goic^[2].

En ese tiempo, tanto los partidarios del régimen de Pinochet como los dirigentes de la oposición veían a la Iglesia católica como una aliada, siempre que se supiera a qué sector de esa Iglesia acudir: la izquierda tenía en mente la Iglesia que encabezaba el cardenal Raúl Silva Henríquez que, aunque era el arzobispo de Santiago, no representaba la sensibilidad de todos los obispos, ni mucho menos de todos los católicos. La derecha tenía de su lado a los obispos conservadores como Jorge Medina, los nuevos movimientos religiosos como el Opus Dei y los Legionarios de Cristo y a sacerdotes como Raúl Hasbún — que tenía un segmento para él en el noticiero de televisión más visto de la época— y el propio Karadima. Ambos movimientos incrementaron velozmente su poder entre la élite conservadora de derecha gracias al impulso

de Juan Pablo II y de Angelo Sodano, el nuncio apostólico amigo de Fernando Karadima y compinche de Marcial Maciel, fundador de los Legionarios.

¿Era la Iglesia católica una institución hostil a la dictadura? Sí. ¿Era la Iglesia católica una organización dócil a la dictadura? También. Pero dependía de qué o a quién se tenía en mente a la hora de responder la pregunta. Destacados académicos y alumnos de la Universidad Católica fueron los encargados de redactar la Constitución de Pinochet y delinear el modelo económico. Otros católicos, en tanto, organizaban los movimientos sociales en las parroquias de las poblaciones.

Por su origen familiar —una familia de clase obrera de la que me ocuparé más adelante— y la evidente influencia del cardenal Silva Henríquez entre los salesianos, Rinsky Rojas debía inclinarse hacia el sector más contestatario de la Iglesia. Durante los primeros años del seminario, participó de la llamada Casa Juvenil, en San Miguel, como monitor de jóvenes. La Casa Juvenil era una organización pastoral, pero que tenía, implícitamente, un papel diferente: era un lugar de encuentro para escolares secundarios y un punto de reunión en años de cerrazón del espacio público y de represión política. En 1981 el joven seminarista también organizaba a los jóvenes que acudían a la capilla Jesús de Nazaret de La Florida, un barrio relativamente cercano a la Casa de Formación de la congregación salesiana. Según una mujer que fue catequista de ese grupo y que me pidió no ser identificada, Rinsky Rojas la apoyó durante una plegaria en la que ella hizo un llamado a orar por el fin de los atropellos que los pobladores vivían en esos años: «Pedí que Dios nos guiara para que en nuestro país pudiéramos vivir en paz, respeto y democracia; él me dijo: “Muy bien, dilo fuerte y tranquila”, y se alegró de que lo hubiera dicho en una ceremonia tan concurrida». Para los detractores del régimen, muchas parroquias se transformaron en una especie de oasis protegido por el poder de la Iglesia católica.

El énfasis en las actividades con jóvenes fue respaldado por el cardenal Silva Henríquez, quien en 1981 anunció la llamada Misión Joven, un extenso plan de actividades que convocaría a varias decenas de organizaciones. El programa reunía colegios, movimientos apostólicos, fundaciones y grupos familiares vinculados a la Iglesia católica. Esta misión de los jóvenes duraría dos años y sus objetivos fueron descritos en un documento difundido con la firma del cardenal. Entre otros se describía el siguiente: «Orientar a los jóvenes hacia un estilo de vida sencillo y fraterno, que vivido en coherencia con el Evangelio sea signo de vida y amor por los pobres y de rechazo a las

idolatrías del dinero, el poder y el placer». Como presidente de la Misión Joven fue designado el entonces obispo auxiliar de Santiago, Manuel Camilo Vial, quien estuvo vinculado a la Vicaría de la Solidaridad durante su paso por el arzobispado de Concepción. Era, por lo tanto, un religioso con cierto prestigio frente a la opinión pública. Vial seguiría escalando en la jerarquía de la Iglesia durante las décadas del ochenta y noventa, hasta que su figura fue alcanzada por el escándalo. En 2011, Manuel Camilo Vial debió aclarar en un tribunal las razones que tuvo para no informar a la justicia sobre los abusos cometidos por el sacerdote Francisco Valenzuela en contra de una niña, en 1989, en una capilla de San Felipe. Esta era la diócesis que encabezaba Vial en ese momento. Él supo de los abusos cometidos por Valenzuela —conocido por sus feligreses como «Cura Pancho», por su carácter bonachón—, pero en lugar de denunciarlo, le pidió consejo a Carlos González Cruchaga, obispo de Talca, quien le dijo que lo ayudaría «con el problema»^[3]. La solución fue enviar al cura Valenzuela a Talca. Años después, el mismo sacerdote que el obispo protegió abusó de otra niña, a la que violó y embarazó a los doce años. La familia de la niña llevó entonces el asunto a la justicia civil y el sacerdote —que además enfrentó cargos por exhibición de material pornográfico a otras dos niñas— fue condenado a quince años de cárcel.

En su declaración en tribunales, el obispo Manuel Camilo Vial pidió perdón «a quienes pudiera haber ofendido o causado daño»^[4] por haber protegido al sacerdote violador. El obispo Vial se excusó por no haber denunciado al sacerdote cuando estuvo al tanto de sus conductas, usando como argumento que en esa época no estaban en conocimiento de la gravedad de la situación: «Considerando la información y percepción que a fines de los ochenta disponíamos, tanto en la Iglesia como en la sociedad, sobre la prevención de este tipo de hechos». Sus palabras describen la mentalidad imperante dentro de su Iglesia durante los años de la Misión Joven creada por Silva Henríquez. Este caso da una pista del modo en que las autoridades eclesásticas reaccionaban frente a algo tan grave: dos obispos evitaron que la justicia tomara el caso, procurando rápidamente el traslado del agresor, sin siquiera evitar que volviera a tener contacto con niñas, como finalmente sucedería. No es descabellado aventurar entonces que hubo más ataques que nunca fueron denunciados.

Esa era la cultura interna de toda la institución, el mismo obispo lo sugirió en su declaración ante los tribunales, inclusive en aquella parte de la Iglesia católica que se levantaba contra los atropellos de los derechos humanos de la dictadura. Surgen entonces las preguntas: ¿Cómo era posible que personas

cuya dedicación profesional era «guiar» y «formar» jóvenes no consideraran que un adulto que abusaba de una niña debía ser denunciado? ¿No sabían que eso era un delito? ¿Cuántas otras situaciones similares ocurrieron y no fueron denunciadas porque «no era la mentalidad del momento»? ¿Cómo se entiende que una institución que tiene tantas certezas sobre los límites de la sexualidad de las personas actuara al mismo tiempo de un modo tan negligente sobre un ataque sexual contra una niña?

2.

A mediados de 2011, el editor de un suplemento que publicaba crónicas narrativas me propuso hacer un perfil periodístico sobre el sacerdote francés Gerard Ouisse, párroco de una pequeña capilla de la población La Legua, legendario enclave de resistencia en dictadura que estaba transformado en un vecindario acechado por el narcotráfico. Ouisse había sido amenazado de muerte por los narcos y mi encargo era contar su historia y lo que estaba pasando en ese barrio. Pensé que merodear el mundo de los curas podía ser una manera sigilosa de internarme en el tema, una vía tangencial que me ayudaría a entrar en la lógica del mundo de Rimsky Rojas. Aunque Ouisse no tuviera vínculo alguno con él —no pertenecían a la misma congregación, ni tenían la misma edad y jamás se conocieron—, ambos eran sacerdotes contemporáneos. Ouisse era de una generación mayor, pero había vivido la realidad de la Iglesia chilena desde que llegó al país en plena dictadura. Mi plan fue entonces hacer un primer reconocimiento de campo entrevistando a sacerdotes viejos; quería conocer sus historias, tratar de entenderlos.

Llamé a Gerard Ouisse pero se mostró desconfiado. No quería una entrevista. Respondía las llamadas y los correos con evasivas, así que un día sencillamente fui hasta su iglesia sin anunciarme. En la puerta de entrada la capilla lucía una frase escrita en grandes letras: «La gloria de Dios es que el pobre viva». Ouisse estaba en su oficina, una habitación tan despojada de pretensiones que lo mismo podría haber sido una bodega o la sala de clases de una escuela.

Alto, gordo, casi calvo, su figura era desproporcionada para el tamaño del escritorio donde estaba sentado. Parecía un adulto sentado en el pupitre de un niño. Me miró con un gesto severo que, sospeché, le costaba asumir. Fue seco. Desconfiaba de los periodistas. Según lo que él mismo me diría después, los periodistas buscaban escribir sobre la violencia de La Legua y publicar

notas sensacionalistas solo para alimentar el hambre de audiencia de los noticieros. Ya le había pasado con un reportero de televisión, a quien le había dedicado mucho tiempo, y que luego terminó traicionándolo. La nota que salió al aire exhibía solo tiroteos de narcotraficantes y allanamientos de carabineros. Nada sobre la comunidad de vecinos pacíficos. Ouisse tampoco quería aparecer como un personaje heroico, esa posibilidad lo atormentaba, porque sería un gesto de vanidad.

Pensé que lo mejor era ir rodeándolo a través de personas en las que él confiara. Le escribí entonces a la encargada de prensa del arzobispado, pidiéndole que me pusiera en contacto con quienes hubieran trabajado con Ouisse. Me citó en su oficina, un día de otoño de 2011. Fui hasta el edificio en la entrada de lo que, en otro tiempo, debió ser una quinta o un fondo en San Miguel, al sur del centro de Santiago. La encargada de prensa era una periodista aún joven, que había dejado su trabajo en un canal de televisión por el puesto de enlace de la zona sur del arzobispado de Santiago con los medios de comunicación. Era una católica observante, de trato cálido y aspecto amable y austero. Mi petición —entrevistar a Ouisse y a sus más cercanos— era, en cierto modo, un alivio para ella. Durante meses había vivido en medio de una catarata de casos de abuso sexual perpetrado por sacerdotes, enfrentando el interés de la prensa solo por conseguir información sobre curas pederastas, por lo que una solicitud diferente le provocaba satisfacción. Conversamos largamente, me explicó a grandes rasgos la división territorial de la Iglesia de Santiago y me educó sobre la historia de algunas de las parroquias más importantes. Me dio pistas también sobre las relaciones de cercanía que tenía Ouisse con otros sacerdotes. Sin ella todo el trabajo habría sido más difícil. Finalmente hablé con amigos y cercanos del cura Gerard Ouisse y él mismo me recibió con menos barreras. Recorrimos juntos parte del barrio, me llevó a su casa y me contó de su vida. Entonces mencionó que cuando llegó a Chile no conocía a nadie y que fue Pierre Dubois quien lo ayudó a ganarse la confianza de la gente y, sobre todo, a tratar con la represión de la dictadura. Dubois lo aconsejaba. Le conté sobre mis recuerdos de Dubois y le dije que me sorprendía saber que aún estuviera vivo. Él me dijo que estaba enfermo y que todavía vivía en La Victoria.

Una tarde, al final de una de las entrevistas que sostuve con él, Ouisse me acompañó hasta la calle a esperar el taxi que me llevaría a casa. En un momento una vecina se le acercó para pedirle un consejo sobre algo, un asunto muy trivial que me desconcertó. Él le dijo, con amabilidad, que mejor hablaran al día siguiente. Luego, cuando la mujer se alejó, el sacerdote me

dijo que cuando llegó a Chile a hacerse cargo de una parroquia de una población al sur de Santiago, una de las cosas que más le había sorprendido era la manera como lo trataba la gente en las poblaciones. Eran amables y cariñosos, pero había algo más que no le agradaba. No dijo directamente que le «desagradaba», ya que era tremendamente cuidadoso con los fieles, pero eso era lo que me quería decir. Ouisse me dijo que le incomodaba el modo en que los fieles le consultaban sobre asuntos de todo tipo, como pidiéndole que tomara decisiones por ellos sobre aspectos muy alejados de la competencia de un sacerdote. Las personas, me contaba Ouisse, daban por hecho que el cura tendría una opinión más formada que la que ellos mismos podían llegar a tener sobre su propia vida.

Agregó que solían considerar su opinión como algo que nadie podía discutir. «Y los curas no somos Dios», remató con una sonrisa, porque a esas alturas ya me sonreía.

Poco después de publicar el perfil de Gerard Ouisse, la encargada de prensa del arzobispado me escribió para contarme que Pierre Dubois cumpliría ochenta años y que le parecía una buena idea que yo hablara con él, aunque fuera para guardar un registro. Le dije de inmediato que me encantaría conocerlo. Además de guardar un significado particular en mis memorias de infancia, Dubois encarnó como pocos el espíritu de resistencia a la dictadura que le tocó vivir a Rimsky Rojas y a muchos de los curas formados por los salesianos desde fines de los años setenta.

La casa que ocupaba Dubois en La Victoria estaba en la calle El Esfuerzo y pertenecía a la Iglesia. Era una vivienda pequeña, de dos pisos, pintada de blanco y de un azul intenso en el marco de las ventanas. Un lugar que desde afuera lucía alegre, su fachada estaba arreglada de un modo tan escrupuloso que resaltaba entre las casas vecinas. Me abrió María, la mujer que cuidaba al cura. Ella debía tener más de cincuenta años, era bajita, robusta y morena. Al momento de recibirme, y mientras buscaba una Coca-Cola, me advirtió sobre la sordera del cura y la necesidad de subir el volumen de la voz. María y su marido vivían con Dubois, lo conocieron cuando ya era un anciano, pero no en la iglesia: «Yo pertenecía a un grupo católico de otra comuna. Lo conocí en una reunión de trabajadores». Un día María y su marido decidieron mudarse con él para atenderlo. La casa tenía tres ambientes estrechos en los que se distribuían algunos muebles que no alcanzaban a dar la impresión de un hogar dispuesto para permanecer en él, sino más bien de un lugar de residencia temporal. María y su marido ocupaban la única habitación del segundo piso. El dormitorio de Dubois estaba a no más de cinco pasos desde

el umbral de la entrada en línea recta; no tenía puerta, sino una sábana verde que marcaba la frontera con el pasillo. La pieza era el resultado de la ampliación de un cuarto pequeño, hecha a costa del patio. Estaba ordenada de tal modo que una silla de ruedas podía acceder desde la calle sin contratiempos. Los muros de la habitación estaban pintados de un amarillo opaco, grisáceo. Una cama clínica —como una gran bandeja mecánica—, pegada a una de las paredes, acentuaba el aire desangelado del lugar. Justo sobre la cama, a lo largo, una litera hecha de madera aglomerada servía para disponer grandes paquetes de pañales para adulto. No había libros, ni nada sobre lo que uno pudiera adivinar un gusto particular, una diversión.

María ayudó a Dubois a caminar desde su habitación al living. Era una tarea dificultosa, que vista desde fuera, resultaba extenuante. Quizás como una manera de alivianar el tránsito fatigoso, María le comentaba asuntos del día, cosas mínimas a las que el sacerdote respondía con leves quejidos. Ella lo trataba con el modo condescendiente con el que muchas mujeres de pueblo tratan a los ancianos que no son sus parientes, como si fueran niños que deben ser guiados, con un tono juguetón de reproche: no se apure tanto, cuidado con el cojín, tómese la pastilla, no se vaya a atorar.

Pierre Dubois ya no era el mismo hombre que vi en fotografías enfrentándose a la represión policial en los ochenta y tampoco era exactamente la versión vieja de aquel Dubois, sino algo mucho peor. Los años se habían ensañado con la imagen que yo recordaba. Ahora su espalda era un tallo torcido, a punto de quebrarse, que sostenía apenas una cabeza pequeña como el cuesco liso y pálido de un fruto reseco, cubierta parcialmente por pelo blanco. Era un anciano condenado a mirar el suelo, con una expresión de perplejidad frente al espanto. Los ojos claros se habían vuelto vidriosos, surcados por pequeñas grietas rojas. Su piel era una tela lustrosa salpicada de manchas; los brazos rígidos, como tenazas inútiles, resistían a los temblores que se extendían por todo el cuerpo. Modular cada palabra era, para Dubois, una lucha que lo agotaba. Le pedí que me contara su vida, cómo había sido su infancia, cuándo había decidido ser cura, por qué había llegado a Chile. Me contó —la voz un murmullo apenas— que era nieto de campesinos, que había vivido la guerra de niño y que el hambre crónica provocada por la guerra había terminado por dañar sus huesos. Trabajó desde pequeño en labores de campo para ayudar a la familia y salió de su casa a los once años para entrar al seminario. Hasta mediados del siglo xx era habitual que los muchachos entraran muy jóvenes al seminario, sobre todo entre las familias católicas más pobres, como era el caso de Dubois. Un niño menos en casa significaba una

boca menos que alimentar. Me dijo que él, en un principio, era un sacerdote muy espiritual, piadoso, hasta que conoció al cura obrero Félix Cernesson y viró hacia la acción social. Era la posguerra, Francia progresaba y él se ilusionó con partir al tercer mundo. Pensaba en África, en Brasil, pero las cosas fueron distintas y vino a parar a Chile. Llegó al país en los años sesenta casi por accidente. Vivió en el sur, en un caserío miserable cerca de Concepción. Trató de acomodarse tal como lo hacían los pobladores a los que pretendía ayudar: levantando una choza con tablas, sobre tierra aplastada, sin comodidad alguna.

A principios de septiembre de 1973, Dubois viajó a Francia de vacaciones. El 12 de septiembre se enteró del golpe militar en Chile, mientras caminaba por una calle de París. La reacción que tuvo cuando le contaron fue volver a toda costa. Y lo hizo. Volvió a vivir la dictadura en La Victoria. Defendió todo lo que pudo a su gente, resistió la persecución, lloró la muerte de su amigo André Jarlan y cuando la dictadura concluyó, algunas cosas cambiaron, otras no: los pobres seguían ahí, ahora atemorizados por la violencia del tráfico de drogas y abrumados por las deudas.

En el momento en que nos despedimos, luego de ese único encuentro, me extendió una pequeña revista —como una octavilla— hecha en blanco y negro, en la vieja técnica del mimeógrafo, con un dibujo sencillo, casi escolar, en la cubierta: un cocodrilo vestido de frac le mostraba a un grupo de personas una vitrina con aparatos electrónicos que ellos miraban deslumbrados. Bajo la imagen, la siguiente leyenda: «¿El crédito te hace feliz?». El texto alertaba a las familias pobres sobre los riesgos de las tarjetas de crédito de las grandes tiendas.

Ocho meses después de aquella entrevista, Pierre Dubois murió. María lo encontró una mañana de rodillas, con su cuerpo tendido sobre la cama clínica, en la misma posición en la que encontraron a André Jarlan sobre su escritorio. Ella me lo contó como sugiriéndome una coincidencia misteriosa —tal vez una señal divina— que sirviera para iluminar la pesadumbre de ese último momento del sacerdote, como si esa muerte oscura necesitara de un gesto sobrenatural.

Fui al funeral, acompañé el cortejo desde La Victoria hasta la Plaza de Armas de Santiago, cuatro horas de caminata junto a cientos de personas: hombres, mujeres, niños, obreros, profesores, curas y dos travestis con un cartelito con algunas frases escritas como muestras de agradecimiento por su ayuda y por el respeto con el que el cura los trataba. Recuerdo el cortejo fúnebre hundiéndose bajo la Alameda por el paso bajo nivel de calle San

Diego y emergiendo por calle Bandera acompañado por los aplausos de la gente reunida. Todos gritando el nombre del sacerdote. «Pierre, amigo, el pueblo está contigo», decían. Saqué fotos con mi teléfono. El cortejo dobló hacia la Plaza de Armas y entró en la catedral. Lo esperaba un grupo de curas con alba, entre ellos Gerard Ouisse, el cura de La Legua. Me acerqué a él y le di mi pésame. Creo que se alegró de verme. Yo me alegré de verlo a él. Crucé la plaza a contramano del río de gente que entraba a la catedral; caminé pensando en la habitación de Dubois, en lo que él veía cada mañana al despertar —los muros grisáceos, la litera con sus pañales—, en el dolor del cuerpo postrado, en la vida como un sacrificio, sufrido, agotador. Pensé en el niño de once años que fue Dubois, un niño escapando de la pobreza, entregándose a una fe que se parecía mucho a un largo sacrificio, una vocación sin espacio para los deseos que brotan del cuerpo ni autorización para buscar placer con alguien que también lo quisiera encontrar con él.

3.

Con el correr de los años el papel que cumplió el sector de la Iglesia católica chilena que se opuso a la dictadura se transformó en algo parecido a un cantar de gesta. Cobró la consistencia de una placa de bronce o de una medalla conmemorativa por los servicios prestados al pueblo. Se levantó una especie de panteón de sacerdotes encabezados por Raúl Silva Henríquez y del que formó parte el propio Dubois. Muchos sacerdotes contemporáneos a la dictadura se arrimaban a la sombra de ese panteón que les otorgaba un sello de superioridad moral, pese a no haber cumplido un rol destacado durante esos años. Entre ellos, naturalmente, Rimsky Rojas, que en los noventa solía narrarles episodios heroicos de dudosa veracidad a sus alumnos preferidos. El lustre de esa insignia, sin embargo, comenzó a opacarse cuando las denuncias de abuso sexual alcanzaron a algunos de los sacerdotes que resistieron a la dictadura.

En medio de una conversación a propósito de la entrevista que le hice a Pierre Dubois, la encargada de prensa del arzobispado me preguntó si yo creía que la acusación en contra del sacerdote Cristián Precht era efectiva. Esa pregunta me la hizo a fines de 2011, luego de que apareciera en televisión una nota sobre el sacerdote. Precht había ejercido como primer vicario de la Vicaría de la Solidaridad, institución que defendió a los perseguidos por la dictadura y documentó muchos de los crímenes del régimen de Pinochet.

Gracias a los archivos de la Vicaría fue posible proteger a cientos de personas y buscar justicia en tribunales. Yo respondí que en ese momento no tenía más antecedentes que lo que había visto en el noticiero, pero que era probable que fuese verdad. Noté en ella un profundo desaliento, aunque sin esa postura hostil hacia los denunciantes que suelen adoptar muchos católicos observantes, sobre todo cuando están involucrados laboralmente en la institución. No se mostraba como la clase de persona que frente a la evidencia prefiere cerrar los ojos o negarlo todo, acusando algún tipo de confabulación, sino más bien como alguien que busca la manera de limpiar la herida y seguir adelante. La situación la mortificaba.

El noticiero había detallado algo que ya había sido informado con menor eco y espacio reducido a través de la prensa escrita: los tribunales eclesiásticos estaban investigando a Precht por una denuncia de abuso de poder con un antiguo alumno llamado Patricio Vela. La acusación daba cuenta de una relación larga —un vínculo que me recordó al que estableció Fernando Karadima con James Hamilton— y había sido presentada por la viuda de Vela. Su marido se había suicidado, supuestamente como consecuencia de los daños psicológicos provocados por la relación abusiva con el sacerdote. Aunque en los medios de comunicación informaban solo de la denuncia presentada en septiembre de 2011 por la viuda de Patricio Vela, existía una anterior en contra del cura, hecha en abril del mismo año por un hombre que conoció a Precht en su juventud y que también lo acusó de actos impropios. Este detalle es relevante por una razón: en agosto de 2011, es decir, después de que el arzobispado recibiera el primer testimonio formal en contra de Cristián Precht por parte de un hombre, el exvicario fue nombrado párroco de la Iglesia Santa Clara de la comuna de La Cisterna, donde reemplazaría a otro cura acusado de abuso que se suicidó después de ser denunciado. En síntesis lo que ocurrió fue que el cardenal Ricardo Ezzati decidió que Precht —sobre quien ya pesaba una acusación de abuso— tomaría el lugar de otro sospechoso de abuso sexual. Este gesto resulta, a lo menos, perturbador.

Recuerdo perfectamente cuando un noticiero informó del suicidio del cura de la parroquia Santa Clara: una foto suya en primer plano, el rostro ancho, los rasgos gruesos y un paneo del árbol del que se colgó. Días después emitieron la nota que informaba que su reemplazante sería Cristián Precht. En ese momento nadie, excepto el cardenal Ezzati y sus cercanos, conocía la primera denuncia contra Precht. Naturalmente, cuando vi la noticia me llamó la atención que alguien que había llegado a tener tanta importancia tuviera

que asumir un rol tan deslucido como tomar el trabajo que dejó un suicida. En esa oportunidad Cristián Precht fue entrevistado brevemente por un reportero en la entrada de la parroquia; lucía serio, cansado, su rostro hinchado. Ya no tenía el semblante de años atrás, el de un hombre atractivo, carismático, tan distinto al común de los curas poderosos de la dictadura. En esos años, cada vez que Precht aparecía en los medios, combinaba sencillez con una estampa aristocrática y un rostro de gesto amable, enmarcado por una mandíbula fuerte, unos ojos pequeños y vivaces, y una nariz ganchuda esculpida como una figura cubista que le confería carácter. Ahora su piel estaba como un elástico viejo que ya no tensa y solo cede al peso de la tela. El hombre que alguna vez fue un héroe, reaparecía con un aspecto derrotado.

Hasta ese año Cristián Precht parecía haberse sumido en el silencio. Muchos pensaron que una vez terminada la dictadura, con Pinochet fuera del gobierno y en democracia, el exvicario de la Solidaridad seguiría escalando en la jerarquía de la Iglesia, pero no fue así. En 1991 fue nombrado vicario de la Esperanza Joven del arzobispado de Santiago, pero luego de eso su figura fue desvaneciéndose frente a la opinión pública. Nadie se explicaba la razón. Era como si la democracia lo hubiera arrastrado a él, junto a otros curas opositores al régimen de Pinochet, hacia la irrelevancia. Una de las escasas reapariciones de Cristián Precht en la prensa, durante la transición, ocurrió cuando comenzó la ola de denuncias en Estados Unidos a principios de la década del dos mil. En Chile las autoridades de la Iglesia se reunieron para discutir la situación y lo que, seguramente, vendría en el futuro. Parte de la discusión se concentró en la posibilidad de aplicar la política de tolerancia cero que estableció la Iglesia católica estadounidense, que implicaba expulsar inmediatamente a los sacerdotes que cometieran estos actos y solamente dejar en sus cargos a quienes en el pasado hubieran caído solo una vez en falta. Esta política suponía algo que la opinión pública no tenía en cuenta; el hecho de que la Iglesia contara con información interna que identificaba a los sacerdotes abusadores, información que rara vez era difundida en la comunidad y mucho menos entregada a la justicia civil. El sistema de justicia canónico es de un secretismo sorprendente. A quienes denuncian no se les entrega ningún documento que certifique que han presentado una acusación, ni un plazo de investigación claro, y cuando la investigación concluye, tampoco se les entrega un documento que acredite la sanción final. En ocasiones ni siquiera se lo comunican a la víctima, porque esperan que sea la víctima la que se acerque a preguntar a las oficinas correspondientes.

Además, todos los documentos del proceso permanecen en secreto y algunas congregaciones simplemente los destruyen.

Fue a propósito de la política de tolerancia cero propuesta por los obispos estadounidenses que la revista *Siete+7* publicó un reportaje en noviembre de 2002. En esa nota Cristián Precht fue consultado, en su calidad de figura nacional y vicario de la zona sur. Precht estaba en contra de esta política, en su argumentación no existía la noción de que estaban hablando de un delito cometido por individuos, sino de pecados de una institución que debían quedar fuera del conocimiento público: «Hoy, en los tiempos en que se grita tolerancia, no hay por qué canonizar la “tolerancia cero”. Sería contradictorio. En los tiempos en que se pide acogida no hay por qué canonizar las condenas. En los tiempos en que clamamos democracia en todo no hay por qué dar paso al juicio público de las personas. Aprender como Jesús a distinguir entre el pecador y el pecado sigue siendo un tema de la mayor urgencia. También para los pecados de la Iglesia»^[5].

Las palabras de Precht revelaban la manera de ver los escándalos de abusos sexuales desde la vereda de los sacerdotes católicos, al igual que la declaración del obispo Manuel Camilo Vial. En la respuesta que dio al semanario no hay mención al daño causado a las víctimas de esos abusos, ni siquiera importan, y confunde el plano religioso con el legal. De quien realmente hay que preocuparse es del «pecador», a él es a quien hay que proteger. No mencionó la palabra «delito» y menos aún que se tratara de crímenes que debían ser conocidos por la comunidad. En su perspectiva, eran pecados privados que no debían ventilarse. ¿Estaba pensando en sí mismo cuando contestó? Es probable. ¿Era una manera particular de Precht de entender el tema? No lo creo. Era la manera en que la mayoría de los religiosos lo entendía. Incluso aquellos que habían sido elevados a ese panteón de los curas que se opusieron a la dictadura. Una respuesta similar me dio el sacerdote Bernardino Piñera, quien había sido presidente de la Conferencia Episcopal entre 1983 y 1988. Lo entrevisté en el hogar de ancianos atendido por monjas, en Pudahuel, en el que vivía en ese momento. Fue parte de mi ruta de acercamiento a la cultura religiosa a través de conversaciones con sacerdotes ancianos, la que comencé con Ouisse, seguí con Dubois y en la que también incluí al jesuita José Aldunate.

Cuando conversé con él, Bernardino Piñera había cumplido noventa y seis años, pero a diferencia de Pierre Dubois, se mantenía en perfecto estado. Un poco sordo, algo miope, con una leve cojera, pero con un vozarrón firme y una labia que por momentos parecía propia de un político. Hablamos sobre su

larga vida como obispo y del rol de Juan Pablo II en la Iglesia y en la dictadura. Cada respuesta era maciza, como el escritorio que nos separaba durante la entrevista y rezumaba las certezas de la Iglesia que le tocó vivir y, en su calidad de obispo, dirigir. Cuando le mencioné los escándalos de abuso me dijo que él jamás supo de ninguno y que pensaba que se trataba de un montaje de la prensa por interés económico. Luego, cuando insistí, me respondió: «Bueno, los curas no somos ángeles tampoco. Porque todo ser humano tiene sexo, para ser sacerdote hay que ser muy hombre, un sacerdote poco hombre no sirve porque no tiene autoridad, no tiene prestigio. Y si uno es muy hombre en un mundo muy erotizado se supone que el sacerdote podrá alguna vez ceder a alguna tentación porque es un ser humano normal». Tal como en las declaraciones de Precht, desde la perspectiva de Bernardino Piñera es al sacerdote acusado a quien hay que comprender y acoger. La persona agredida es un asunto secundario. Lo relevante es que un varón virtuoso ha roto el celibato y cometido pecado. En las palabras del sacerdote Piñera, tampoco hubo una reflexión sobre el daño infligido —de hecho, tampoco mencionó la palabra delito— ni menos aún la perspectiva de una responsabilidad institucional. Era como si frente a un cuadro en el que hubiera dos personas retratadas, él solo pudiera ver a una de ellas. La otra permanecía apenas dibujada con un trazo incierto, aunque pudieran admitir su existencia, no la consideraban la imagen de un sujeto, sino solo una sombra de lo que realmente importaba de ese cuadro: el sacerdote. Su razonamiento calzaba con aquella declaración de Joaquín Navarro Valls, en la que culpaba a «la sociedad» de los abusos sexuales denunciados y ponía a los religiosos en la situación de víctimas de una tentación lujuriosa venida de afuera. Sin duda, esa manera de mirar las cosas imperaba durante los años en que Rimsky Rojas llegó al seminario y se correspondía con la cultura en la que fue educado Precht. Una cultura que traspasaba las iglesias y los púlpitos y se colaba en la forma de ver el mundo de la comunidad. La palabra del cura solía ser la definitiva, la que ayudaba a respaldar o a rechazar una propuesta. Contradecir esa palabra tenía un costo muy elevado, que pocas personas comunes y corrientes podían pagar. No solamente significaba hacerse de enemigos entre poderosos, sino también encontrar rechazo en la opinión pública. No existía un contrapeso a su discurso. Parafraseando la observación del sacerdote Gerard Ouisse, la gente los veía como dioses. Eso, por un lado, ayudaba a sostener iniciativas que salvaban vidas como la Vicaría de la Solidaridad, pero también asfixiaba las posibilidades de disenso o crítica. Mucho más

difícil aún era que las personas abusadas por sacerdotes que fueron parte de la resistencia a la dictadura se atrevieran a denunciar.

Una abogada muy cercana al entorno de la izquierda católica en dictadura me contó de un incidente en una capilla de barrio obrero durante la década de los ochenta, cuando ella era una recién egresada y solía acompañar a sacerdotes a las protestas callejeras. Un grupo de jóvenes se había refugiado allí escapando de una redada de carabineros. Cristián Precht acudió a la iglesia a proteger a los muchachos y se armó una batahola de vecinos gritándoles a carabineros. Entre las voces de rechazo a la represión se escuchó el grito de una mujer que le dijo a Precht, desde algún lugar en la multitud, algo así como «cura desgraciado, deja de manosear a mi chiquillo». La abogada me dijo que todos, incluso ella, pensaron sin necesidad de discusión alguna, que aquella madre era una agente de la CNI que trataba de desprestigiar a Precht. Existía un blindaje que perduró y que seguramente desalentaba cualquier intención de denuncia pública. Quien acusaba corría el riesgo de, al menos, encontrarse con una defensa cerrada, sin fisuras. Eso comenzó a cambiar en Chile solo a partir del año 2010.

La mayoría de las víctimas de abusos cometidos por religiosos que entrevisté durante los años que me tomó la investigación para este libro mencionaron que se atrevieron a hacerlo después de ver la entrevista en la que el médico James Hamilton contó los pormenores de la relación viciada a la que lo sometió el sacerdote Fernando Karadima. Hamilton era un hombre que no lucía a primera vista como alguien susceptible de daño: era un profesional destacado en un ámbito respetable, la medicina. Si él se había atrevido a contar lo que le había pasado, a rostro descubierto, sin temor a exhibir su intimidad y había logrado el respaldo de la opinión pública, ¿por qué no ellos? Aquella entrevista, transmitida por el programa *Informe Especial* de TVN el 26 de abril de 2010 y la que Hamilton concedió al programa *Tolerancia Cero* de Chilevisión en marzo de 2011, tuvieron un efecto de incalculable importancia para muchos hombres y mujeres que sintieron que ahora sí era posible hablar. Antes de que los denunciantes de Fernando Karadima hablaran, las víctimas directas no aparecían en los medios de comunicación. A lo más salían algunas acusaciones de testigos que se decidían a contar lo que habían visto, a contracorriente del poder que desplegaba la Iglesia para desmentirlos o acallarlos.

En una fecha tan cercana como el año 2003, por ejemplo, la situación era muy diferente. Ese año, el conductor de radio y director de cine Roberto Artiagoitia, conocido como Rumpy, acusó en su programa radial al sacerdote

Miguel Ortega —amigo de Precht desde que ambos coincidieron en el seminario— de actos impropios con sus alumnos, mientras era profesor y director de un colegio. Artiagoitía había sido testigo de esas conductas. Durante la dictadura, Miguel Ortega fue vicario de la Pastoral Juvenil del arzobispado de Santiago. Era un personaje reconocido, cercano al cardenal Silva Henríquez. Sin embargo, en la medida en que la transición avanzaba, su figuración pública decayó, tal como la de su amigo Cristián Precht. Aunque en los noventa fue capellán de La Moneda, durante el gobierno de Frei Ruiz Tagle —con quien estaba emparentado—, su relevancia política fue disminuyendo hasta quedar relegado como profesor de colegios católicos. Artiagoitía conoció a Miguel Ortega, antes de esto, en los ochenta, cuando el locutor llegó como alumno al colegio Seminario Pontificio Menor, donde el cura Ortega era el director. En ese mismo colegio Precht conoció a Patricio Vela.

En su acusación radial en 2003, Artiagoitía contó que fue testigo de los sobajeos, toqueteos y de las «revisiones de pelitos» del pubis de los estudiantes que usualmente hacía el sacerdote que durante años ejerció como vicario de la Pastoral Juvenil. En una entrevista posterior, Ortega amenazó al conductor con una querrela; este reaccionó enviándole a un obispo cercano a Ortega un CD grabado con declaraciones que había recolectado durante los días posteriores a su denuncia radial. «La gente me llamaba para contarme sus testimonios, lo que sabían de Ortega, y yo los grababa», me dijo Artiagoitía en una entrevista que le pedí para hablar del episodio. El envío de ese CD bastó para que ni Ortega ni las autoridades de la Iglesia volvieran a tratar el asunto a través de los medios de comunicación.

Luego de las acusaciones del Rumpy, políticos, autoridades de gobierno y conspicuos militantes de la Democracia Cristiana cercanos al sacerdote apoyaron cerrada y públicamente al cura, organizaron una misa de desagravio y desmintieron cualquier acusación. Algo similar a lo que ocurrió, años después, con Fernando Karadima, cuando los fieles de su parroquia acunaron al sacerdote; solo que en este caso, a diferencia del de Karadima, no hubo investigación. En la entrevista que mantuve con Artiagoitía, me contó además que cuando estaba en el colegio, el sacerdote sorprendió a uno de sus compañeros con marihuana. Lo acusó a la familia y los padres quisieron echarlo de la casa. Ortega les ofreció una solución: que el muchacho se fuera a vivir con él. Según Artiagoitía ese alumno le dijo que el cura abusaba de él mientras vivía en su casa. Ortega murió en 2005. Ni él ni su amigo Cristián Precht admitieron los abusos de los que se les acusaba.

Quien sí admitió los abusos que cometió en contra de adolescentes fue el irlandés Jeremiah Healy, otro sacerdote del mismo círculo de religiosos comprometidos contra la represión al que pertenecieron Precht y Ortega y que, como ellos, participó activamente de la Misión Joven creada por Silva Henríquez. Healy pertenecía a la orden de los columbanos, llegó a Chile a principios de la década del ochenta y fue asesor de la Pastoral Juvenil de la zona oriente de Santiago. Healy, conocido como «padre Derry», vivió en Villa Francia y en Pudahuel. En 2011 —cuando era superior de los columbanos en el país— fue denunciado a la Iglesia por abusos cometidos en los años de la dictadura. Quienes lo acusaban eran dos hombres que durante su adolescencia habían sido cercanos a Healy y que asistían a las reuniones que organizaba en su parroquia. En ese entonces, eran vecinos de la Villa Frei de Ñuñoa y habían conocido a Healy porque querían participar en actividades políticas y sociales. El sacerdote irlandés, aficionado al cine y la fotografía, mantuvo con ellos una relación que los propios acusadores describían como de una gran amistad. Transcurridos varios meses, la confianza era tal que el sacerdote los invitaba a su casa a conversar o a ver películas que arrendaba en los videoclubs de Providencia. Poco después empezaron los manoseos y luego las sesiones de sexo, una práctica que según la declaración de Claudio Ramos, uno de los denunciantes, ocurría con muchos otros muchachos de barrios más pobres, a quienes llevaba a vivir a su casa. Ramos tenía catorce años cuando conoció al sacerdote. En uno de los párrafos del testimonio que entregó a la justicia canónica contó: «También invitó a R. a acostarse con él, lo que me sorprendió porque recién se venían conociendo. La promiscuidad del padre Derry me molestaba, porque lo encontraba impropio de un sacerdote y además me daba asco. En otra ocasión, un día en la mañana lo encontré acostado con otro joven de Lo Prado».

Una abogada que fue muy cercana a Healy en los ochenta —lo había conocido durante una protesta— me comentó que el día en que leyó las acusaciones contra el irlandés, en 2011, cayó en la cuenta de algo que siempre había estado ahí, pero que no había querido ver. En su memoria había guardado recuerdos desordenados de diferentes momentos, hechos y situaciones que repentinamente cobraban sentido. Cuando comprendió que todo eso había pasado durante años enfrente de sus narices, cayó enferma. «Muchos de estos cabros eran muy pobres, tenían hambre, era una época muy difícil en Chile y ellos, los sacerdotes, se aprovecharon de eso. Una vez un muchacho que vivía con Derry apareció muerto en un canal. Se mató. Yo llegué hasta la casa del cura y quería saber qué había pasado, quería buscar a

la familia, pero ellos estaban muy tranquilos, solo decían que había que rezar por él. Nunca supimos qué le pasó, por qué se mató», me dijo. También me contó que los sacerdotes solían pagar los estudios de los jóvenes más cercanos a ellos y mantener la ayuda económica durante años a través de la congregación. Esta abogada no quiso que la identificara para este libro por temor a las represalias.

Después de aceptar la veracidad de las acusaciones, Jeremiah Healy dejó su cargo como superior de los columbanos en Chile. En una entrevista concedida a Ciper dijo estar dispuesto a enfrentar la justicia ordinaria, aunque a fin de cuentas se trataba de delitos que, de comprobarse, habían ocurrido hacía más de veinte años y estaban prescritos. Finalmente, el sacerdote fue condenado por el tribunal de la Iglesia y sentenciado a no hacer misa por un tiempo y evitar el contacto con jóvenes. No hubo investigación de la justicia ordinaria. Tiempo después Healy se fue del país.

Contacté y entrevisté a Claudio Ramos; me habló de su adolescencia y de la forma en que conoció a Healy. El vínculo con el cura se originó a través de un amigo de Ramos que era hijo de un mirista asesinado en dictadura. La madre de su amigo conocía a muchos sacerdotes cercanos a la izquierda, entre ellos al «padre Derry». Ella lo veía como un aliado y un protector en una época peligrosa. Healy vivía en ese momento en Villa Frei junto a tres muchachos de quienes no se sabía mucho, solo que venían de otras comunas de Santiago. El sacerdote organizaba grupos juveniles que se reunían periódicamente y que realizaban viajes fuera de la ciudad. Con los meses, el vínculo entre Claudio Ramos y el sacerdote irlandés se estrechó. Le pregunté a Ramos cómo es que a nadie, a ningún adulto de su entorno, le parecía extraño que un hombre maduro estuviera permanentemente relacionándose con adolescentes, que mantuviera amistad con ellos y que, incluso, viviera con jovencitos sin siquiera ser su pariente. ¿Qué tanto puede conversar una persona de más de treinta años con chicos que apenas tienen quince? La misma pregunta la repetiría una docena de veces a otros tantos hombres abusados por sacerdotes en su adolescencia. Ramos respondió lo que todos me dirían: nadie lo veía como algo inapropiado, todo lo contrario. Agregó que, de hecho, sus padres —un matrimonio que había llegado a Santiago desde el sur— pensaban que esa estrecha amistad con el cura le haría muy bien.

Un año después de haber conocido a Claudio Ramos, Healy dejó la Villa Frei y se mudó a Lo Prado, al otro lado de la ciudad. Esto supuso un cambio en la rutina de Ramos, que para ese entonces estaba estudiando en el Instituto

Nacional. Aunque el nuevo domicilio del cura estaba en dirección opuesta al suyo, en la casa nueva del sacerdote podía estudiar sin molestias, sin ruidos ni interrupciones. Además, el cura tenía colecciones de películas y artículos electrónicos —reproductores de música y video, cámaras fotográficas— a los que él no tenía acceso. Claudio Ramos comenzó a visitarlo con frecuencia, el cura incluso le dio las llaves de la casa. Fue en la habitación del sacerdote, mientras ambos veían una película, que Derry Healy hizo el primer avance sexual. Esto se repitió de modo frecuente.

Claudio Ramos prefirió no contarme en qué consistían los abusos, solo que se iniciaron repentinamente, que después apenas se hablaba del asunto y que alguna vez Healy le dijo que era «afecto de padre», una expresión que le sigue provocando una ira sorda que le enciende el rostro. Intenté abordar la escena de la habitación —qué hacía el cura con él— de distintas maneras, pero cada vez que me acercaba al tema, su ceño se arrugaba en una expresión de pánico. Me di por vencido cuando en un momento Ramos echó su cuerpo hacia atrás —estábamos ambos sentados frente a frente en una cafetería del centro— y con sus manos hizo el gesto de quien empuja un muro. «Eso es una cosa mayor, intolerable», me advirtió para frenar las preguntas. Los abusos terminaron una vez que Ramos entró a la universidad, se enamoró de una compañera y cambió de ambiente. Aun así seguía considerando a Healy como un amigo. De hecho, eso era lo más duro de la historia, la misma persona a la que él llegó a apreciar y admirar, era quien le había provocado un daño así de profundo.

Claudio Ramos solo habló del asunto en 2010. Durante ese año su hermana le preguntó directamente si Derry Healy «le había hecho algo». Ella también se consideraba amiga del cura, pero la imagen que tenía de Healy se desplomó luego de que su propio marido le contó que el sacerdote había abusado de él durante los años en que vivía en Villa Frei. Una vez que su marido le confesó lo que Healy le hizo, la mujer comenzó a llamar a personas que habían frecuentado la parroquia durante los ochenta y verificó que el caso de su marido no era el único. Entonces le preguntó a su hermano. Él solo se animó a hacer una denuncia canónica después de ver la entrevista de James Hamilton del año 2011. Eso le dio valor.

—¿Crees que alguien más, algún otro sacerdote, estaba al tanto de lo que hacía Derry Haely contigo y los otros jóvenes? —le pregunté, por último, a Ramos. Él respondió con una sonrisa amarga y con las siguientes palabras:

—Todos sabían, pero preferían hacer como si nada.

Otro religioso que fue parte de la Misión Joven formada por Silva Henríquez durante los ochenta, que conoció a Derry Healy y fue cercano a Cristián Precht y Miguel Ortega, fue el cura argentino Alfredo Soiza Piñeyro, quien llegó a Chile en 1976 sin que nunca nadie supiera explicar la razón de su traslado. Soiza, especialista en posesiones demoniacas y exorcismos, fue asesor zonal de la Misión Joven en Providencia y Las Condes, y colaboraba activamente en retiros de la juventud católica santiaguina que organizaba la Iglesia de Santiago en Lo Cañas y en la Casona de Padre Hurtado de los jesuitas.

En 2010 fue denunciado a la Fiscalía por un sicólogo de cuarenta y un años que aseguró haber sido abusado por él entre 1982 y 1987. Paralelamente a la denuncia en la justicia, se abrió una investigación interna en la Iglesia que culminó sin resultados, luego de que el principal acusador —cuya identidad nunca fue revelada— no concurriera a prestar testimonio. La acción en la justicia ordinaria tampoco prosperó^[6].

Aquel sicólogo no debió ser el único joven del que Soiza abusó. Eso cree Jaime Concha, un médico que cuando era alumno de un colegio marista, a principios de los ochenta, acudía a los retiros espirituales para la juventud; él me contó que era habitual que en esos retiros estuvieran Precht, Ortega y Soiza. Concha fue víctima de religiosos del colegio marista en el que estudiaba y concluye que debió existir una red de protección entre los religiosos maristas y estos sacerdotes porque hasta su colegio llegaban también Ortega y Precht a confesar alumnos. En 1978, durante una de esas visitas, Precht intentó manosearlo. Jaime Concha recuerda, además, que durante las noches, en los retiros espirituales, «Soiza se llevaba muchachos a su dormitorio, de hecho, había un lugar que llamábamos “la pajarera”, en donde Soiza abusaba de los chicos»^[7].

Soiza Piñeyro era diocesano, por lo tanto no vivía en comunidad ni obedecía a las labores de una orden, sino que dependía del arzobispado. Desde que se radicó en Chile —avalado por el cardenal Silva Henríquez— sus apariciones públicas fueron contadas pero significativas en un sentido muy curioso. En 1987 fue el mediador entre la dictadura y el Frente Patriótico Manuel Rodríguez durante el secuestro del coronel de Ejército Manuel Carreño. En aquella labor logró cierta figuración pública en notas de prensa; el diario *Fortín Mapocho* lo retrató saliendo del Ministerio de Defensa vestido de camisa y chaqueta con una pequeña cruz prendida en la solapa. Se le ve avanzando a paso liviano, un gesto de satisfacción en el rostro, los ojos claros bien abiertos, como deslumbrados frente a un foco perpetuo, la piel encendida

por el sol, la cabeza con hebras de pelo claro cubriéndole débilmente el cráneo. Lo custodian dos militares, muy jóvenes, delgados y morenos, en tenida de guerra y con fusiles en mano.

Casi dos décadas más tarde, en 2003, volvió a servir de enlace en medio de la turbia trama del llamado caso Spiniak, el rótulo para un escándalo que involucró a políticos de la UDI en el supuesto secuestro, abuso y desaparición de una niña. Todo arrancó con la detención del empresario Claudio Spiniak —un hombre con serios problemas de adicción a las drogas, que ya había sido detenido por narcotráfico y tenencia ilegal de armas—, bajo el cargo de integrar una red de pederastia. La investigación se fue ampliando, tanto como los rumores, y mantuvo a la opinión pública pendiente durante meses, con lo que se creó un ambiente de suspicacia generalizada. Se habló de orgías con adolescentes, de redes de protección y apareció una mujer que dijo haber sido testigo del secuestro de una niña supuestamente abusada. La causa fue recogida en un expediente que llenó cuarenta y nueve tomos. Los interrogatorios y declaraciones reunidas en esos archivos se internaban por los subterráneos de la vida nocturna santiaguina, buscando los rastros del tráfico de drogas y la explotación sexual. En la extensa investigación surgió el nombre de Héctor Torres, alias «el Peter», proxeneta procesado por abuso sexual y facilitación de la prostitución. Torres declaró a la policía tener antecedentes de religiosos que pedían o solicitaban servicios sexuales con adolescentes y niños: «Había varios que concurrían a los privados, y en el mismo servicio, como juego erótico, las confesaban [a las adolescentes] para luego tener relaciones sexuales», le contó a la policía. Torres mencionó en su declaración a religiosos mercedarios y a Tomás González, obispo de Punta Arenas. Lo que dijo sobre el sacerdote nunca trascendió a la prensa. La declaración puntual del Peter sobre González fue separada del resto de los tomos en un cuaderno mantenido en reserva. Cuando pedí al Ministerio Público acceso a ese cuaderno —explicando que me interesaba la relación de amistad que mantuvo González con Rimsky Rojas— recibí como respuesta una carta redactada en tres párrafos de espesa jerga legal que, en síntesis, me informaba que no me lo podían mostrar.

El caso Spiniak se transformó en una nebulosa tóxica para políticos, empresarios y religiosos. El papel del sacerdote Alfredo Soiza Piñeyro fue asumir como intermediario entre la UDI —el partido de algunos de los políticos mencionados— y Francisco Javier Errázuriz, el arzobispo de Santiago. Pero ¿por qué un sacerdote identificado con la izquierda fue el enlace entre un partido de derecha y el arzobispado? ¿Qué rol tenía el

arzobispado en la trama Spiniak? Según consta en el expediente del proceso, Soiza Piñeyro tuvo además la misión de conseguir testigos que desestimaran las acusaciones a los políticos de derecha mencionados en la investigación. ¿Por qué una misión como esa? ¿Qué contactos podrían habilitarlo para ese cometido? ¿Por qué conocía el ambiente de los muchachos que el Peter explotaba? ¿El arzobispo estaba al tanto de esos contactos? ¿Desde cuándo lo estaba? Finalmente, las denuncias contra los políticos fueron desmentidas por la principal testigo: no hubo secuestro ni violación de la niña desaparecida porque esa niña nunca existió.

La última vez que el cura diocesano trasandino habló con la prensa fue en 2010 cuando un reportero del diario *La Segunda* llegó hasta su casa para conocer su reacción por la causa abierta en su contra. El sacerdote no estaba enterado, al menos eso le dijo al periodista, y solo atinó a preguntar por el nombre del denunciante. Cuando el reportero contestó que no tenía ese dato Soiza le preguntó: «¿Es un tema antiguo o nuevo?»^[8]. Esa frase me resultó inquietante. Traté de indagar sobre el círculo más cercano a Soiza y me enteré de su amistad con un hombre llamado José Narváez, a quien el argentino habría conocido cuando este era seminarista. Narváez ejerció como sacristán de Soiza en la parroquia de Providencia, que el cura dirigía, y frecuentaba su casa junto con otros seminaristas. La casa que el sacerdote ocupaba durante los años noventa era un punto de encuentro de novicios y aspirantes a serlo. Alfredo Soiza Piñeyro los recibía y atendía con especial dedicación. Además, era frecuente verlo en el Eladio, un restorán de carnes en Nueva Providencia, rodeado de jóvenes. Uno de esos muchachos era Narváez. En 2003, luego de haber sido nombrado diácono, José Narváez se instaló en Chiloé como profesor de religión y animador de grupos juveniles. Dos años más tarde fue acusado de agresión sexual por un adolescente de dieciséis años. Narváez, que en ese momento tenía cuarenta años, atacó al adolescente en dependencias del obispado de Ancud. En 2007 fue condenado a tres años de presidio.

El documento de difusión de la Misión Joven de los años 80 —coordinada por Vial, Healy y el propio Soiza Piñeyro— detallaba que, al menos durante la primera etapa, tendría como lema la siguiente frase: «Hágase en mí según tu palabra». Cuando lo leí no entendí el sentido de la oración. ¿Era una declaración de obediencia, de ruego o una orden? Algo de esa gramática privada de la fe siempre se me termina escabullendo. Escribí en Google la frase y vi que era un texto de los Evangelios que describe la escena en que el ángel Gabriel se le aparece a la adolescente María y le anuncia que será madre. Ella respondió que cómo era posible haber quedado embarazada, si era

virgen; el ángel entonces le advirtió que no había nada imposible para Dios. María acató y declaró: «Soy su esclava», refiriéndose a Dios. «Hágase en mí según su palabra», agregó. El ángel desapareció. Aprendí que la frase significaba que la fe es donarse a Dios sin condiciones, ni preguntas, ni críticas, por muy descabellada que sea la propuesta. Esto era lo que la Iglesia les pedía a los jóvenes.

4.

Existe un aspecto de nuestra propia biografía que suele olvidarse en la medida en que nos hacemos adultos: nuestra fragilidad frente al descubrimiento del deseo y del placer durante el paso que va de la infancia a la adolescencia y la plena juventud. Todo es intenso en ese periodo. Exploramos sensaciones, emociones y sentimientos nuevos en un mundo que se nos presenta como un juego de todo o nada y en el que a ratos nos movemos como por una cornisa. Lo vivimos en nuestra intimidad, refugiados en rutinas secretas, en horas perdidas en la habitación, siempre a distancia de nuestros padres. Queremos distinguirnos de ellos. Salvo rarísimas excepciones, la regla es mantener a los padres lo más lejos posible de los cambios que sufre nuestro cuerpo y nuestro deseo. Con el paso de los años tendemos a olvidar la intensidad de esa experiencia, sobre todo si perdemos contacto con adolescentes, pero es algo que los adultos que trabajan a diario con niños y jóvenes —profesores, orientadores, sacerdotes— tienen muy presente. Seguramente era algo que Rimsky Rojas conocía bien cuando les pedía a sus alumnos más cercanos que le contaran si habían pensado tener relaciones sexuales o el propio Derry Healy cuando invitaba a sus amigos quinceañeros a ver películas a su habitación. El dominio sobre la fragilidad del mundo de un adolescente es tan sutil que pasa inadvertido y tan poderoso que puede marcar una vida para siempre. Ya de adultos, solemos pensar en lo que fuimos en esos años de un modo complaciente a nuestra condición actual, más cercano a cómo querríamos haber sido juzgados en ese momento: con un carácter firme, despiertos, listos y atentos. Menos vulnerables de lo que en realidad éramos. Lo noto cada vez que escucho a personas juzgar los testimonios de víctimas de abuso en su juventud con frases como «por qué no supo detenerlo» o «a mí eso no me hubiera pasado». Evaluamos las historias ajenas recurriendo a una imagen del adolescente que fuimos o, más bien, del que pensamos que fuimos desde la perspectiva de los años.

Sin duda, hay determinados episodios de esa época que quedan capturados por los sentidos, se nos adhieren a la memoria con detalles precisos: el íntimo alboroto que provoca darle un vistazo fugaz al cuerpo que descubres que te gusta; la importancia que adquiere el momento preciso en que lees en la enciclopedia el significado de la palabra «coito» —un volumen de tapa azul, tarde soleada, tumbado sobre un cubrecama naranja—, un secreto que te abre la cabeza; la ansiedad punzante de la escena descrita en una novela adolescente que prende las alertas en tu propio cuerpo. Si aquellos recuerdos acompañan toda la vida, ¿qué sucede cuando alguien más interviene de manera inesperada? ¿Qué pasa cuando parte de esa intimidad secreta queda secuestrada por otra persona que se transforma en una especie de controlador del propio deseo y cómplice de algo que no se puede contar? Una respuesta a estas preguntas me la dio, sin proponérselo, un hombre —profesional en sus cuarenta años— durante la sobremesa de un almuerzo. Mi contacto con aquel hombre era el que pueden tener dos personas con algunos amigos en común y con intereses profesionales similares, que un día se reúnen a almorzar. Le mencioné que estaba preparando un nuevo libro sobre la Iglesia católica chilena. Le dije que, sin haberlo buscado, me había encontrado con una historia que —me parecía en ese minuto— se transformaría en el hilo conductor del libro: la vida de Rimsky Rojas, las acusaciones que había en su contra, el modo en que se mató y el funeral que le hizo su congregación. Le conté que para comprender cómo funcionaba el mundo en el que Rojas vivió estuve educándome durante un tiempo en las redes del catolicismo y su cultura y que estaba reuniéndome con hombres que habían sufrido abusos, hombres como Claudio Ramos, la víctima del cura Derry Healy.

Poco a poco la conversación fue decantando, hablamos sobre nuestra adolescencia y sobre la época en que comenzamos a descubrir el sexo. Recordé mi vida escolar —yo era el mariquita del curso, con todo lo que eso significaba en esos años y a esa edad— y una historia que se quedó en mi recuerdo como una anécdota que de vez en cuando me gusta contar. Le dije que yo no era exactamente el más popular del colegio, pero aun así tenía amigos. Uno de esos amigos improbables fue Carlos, un chico ágil, despierto, con rostro de hámster y un par de agujeros nasales redondos, como dos botones sin ojal, que le conferían una expresión graciosa y, al mismo tiempo, amable. Carlos siempre vestía como si estuviera camino a un partido de fútbol —en aquel colegio no usábamos uniforme— y llevaba una cadenita con un crucifijo que le iluminaba un lunar que contrastaba con su piel pálida. El efecto del brillo de la cadena en su cuello, junto con el movimiento de las

aletas de su nariz, me parecía hipnótico. Una tarde caminamos juntos y me invitó a mí y a un par de compañeros más a su casa a ver *Rocky IV*. La invitación me provocó un extraño sentimiento de satisfacción, me sentí reconocido y, de cierto modo, halagado. A esa edad todos necesitamos sentirnos parte de algo y ser considerado por Carlos tuvo el efecto de la víspera de un día festivo en mi ánimo. La reunión fue después de clases un día miércoles, el día que teníamos libre la jornada de la tarde. Cuando llegué a su casa me llamó la atención algo: en el extremo superior de la puerta de entrada había una figura de papel lustre verde recortada en forma de pez. Le pregunté qué significaba. Carlos me explicó que sus padres eran seguidores muy cercanos de Miguel Ángel Poblete, un adolescente que aseguraba tener conversaciones con la Virgen.

En esos años Poblete era una celebridad. Desde 1983 había alborotado la vida social del país con sus visiones celestiales, aparentemente respaldadas por un gobierno que necesitaba vías de escape frente a la presión política en un período de crisis económica y protestas callejeras. Era un joven que había sido abandonado al poco tiempo de nacer y que se había criado en diferentes hogares de instituciones estatales y de beneficencia católica. Fue trasladado de una ciudad a otra como un mueble que nadie sabe dónde poner. Durante mucho tiempo sufrió abusos. En Villa Alemana, la ciudad donde vivía cuando tuvo las visiones, era frecuente que lo vieran aspirando neoprén —un pegamento sintético usado como droga— junto con otros adolescentes. Era un muchacho pobre más, hasta que un día anunció entre sus conocidos de la ciudad que había visto a la Virgen María. Pudo haber dicho que veía a los marcianos, pero dijo que era la propia madre de Dios y eso bastó para que le creyeran, no solo otros pobres como él, sino también gente de más recursos económicos de Villa Alemana. La noticia se esparció por el pueblo, por la región y por todo el país. Miles de personas comenzaron a reunirse en un descampado para contemplar la manera en que el jovencito, supuestamente, charlaba con algo invisible que le daba órdenes, le hacía bromas y le pedía que le diera mensajes al mundo. Miguel Ángel logró fama: aparecía en revistas, diarios y noticieros. Incluso lo apoyaban sacerdotes que ayudaban a organizar los encuentros multitudinarios. Una vez que las apariciones pasaron de moda y fueron cuestionadas por la jerarquía católica y relacionadas con una estrategia de distracción de la dictadura, el vidente reemplazó las grandes reuniones masivas por otras más pequeñas, que incluían giras por el país visitando a seguidores que gustosos costeaban sus gastos y viajes. En una de esas giras llegó hasta la ciudad en la que yo vivía y se alojó en casa de Carlos.

Esto me lo contó mi propio compañero de colegio en un tono de orgullo solemne: «Miguel Ángel estuvo aquí, es amigo de mis padres». El pescado verde de papel lustre pegado en la parte superior de la puerta era la evidencia de esa amistad. Décadas más tarde, Miguel Ángel Poblete engordaría, cambiaría de sexo y adoptaría un nombre ruso —Karol Romanov, la reencarnación de una hija del zar— con el que fundaría su propio culto. Eso ocurriría después, pero hasta mediados de la década del ochenta era una especie de iluminado, un jovencito moreno, delgado, de modales delicados que hablaba como un personaje de esas películas de gladiadores que transmitían en Semana Santa.

«El pescado de la puerta es para salvarse del fin del mundo», añadió Carlos, bajando la voz. Imaginé toda la ciudad arrasada por un fuego huracanado luego de una hecatombe y solo aquella casa en pie sostenida por el pescado de cartulina. ¿De qué servía sobrevivir si todo lo demás estaría en ruinas? La casa de Carlos mantenía un ambiente mullido, rugoso y levemente asfixiante, un efecto que atribuyo a la saturación decorativa. Había sillones tapizados de felpa de un verde oscuro, como el fondo de un pozo de agua turbia con musgo, muebles modulares color café, una silla de palo quemado, alfombra vino tinto y un televisor Sony Trinitron empotrado en lo que podría haber sido una estantería para libros. En una mesita de rincón, una especie de altar minúsculo con el tríptico que la Iglesia repartió para anunciar la visita del papa Juan Pablo II. Ese tríptico era una versión de cartón de los tradicionales retablos de tres hojas con imágenes religiosas. En este caso, en lugar de tres dibujos para cada una de las hojas, tenía solo el rostro de Cristo en el centro o más bien la adaptación de una estampa del Santo Sudario de Turín. La imagen, que tuvo un enorme éxito, fue escogida por el obispo Francisco José Cox, el mismo al que la Iglesia tuvo que sacar del país para evitar acusaciones en su contra en 2002. Cox, quien en ese entonces gozaba de gran prestigio, le dio la idea de usar esa imagen a la agencia de publicidad encargada de la difusión de la visita papal. El clímax de la importancia que tuvo aquella imagen ocurrió durante la reunión de Juan Pablo II con los jóvenes chilenos en el Estadio Nacional, durante su visita en abril de 1987. En aquella oportunidad el papa, en un tono teatral, dijo: «No tengáis miedo de mirarlo a él», apuntando con decisión hacia una versión gigante de la imagen, dispuesta en el marcador de goles del estadio. El obispo Cox debió haber estado orgulloso de su idea. A un costado de la figura del tríptico se leía la frase: «Yo soy la vida», en letras doradas sobre fondo café. Aquel tríptico estaba sembrado por salas, comedores y dormitorios de todo el país. Mi

abuela mantenía uno en su habitación, junto con una colección de figuritas religiosas de distintos tamaños, que incluía un San Sebastián martirizado de labios rojos, piel rosada, llagas carmesí, melena rubia ceniza y ojos celeste cielo, además de una vela que encendía en momentos especiales, por muertes o enfermedades.

Aquella tarde, en casa de Carlos, vimos *Rocky IV*. La película había sido la gran novedad adolescente un año antes. Me aburrí, pero los otros se divertieron. Una vez que terminó, y mientras los invitados estábamos sobre la alfombra o arrellanados en los sillones, nuestro anfitrión desapareció y luego volvió al living con una cinta de video nueva.

—Tengo una porno —anunció.

Lo miramos con cierta incredulidad y le preguntamos de dónde la había sacado. Era de su papá, contestó. Nos dijo que mantenía escondidas películas en un rincón del clóset, que su hermano mayor las había encontrado y él lo había sorprendido. El aire de la habitación cobró una nueva consistencia. Yo no estaba preparado para tener mi primer acercamiento a una escena porno, menos acompañado de tres compañeros de curso con quienes apenas trataba en el colegio. Le tenía simpatía a Carlos, pero sentía una franca indiferencia por los otros dos. No creo haberme planteado antes siquiera la posibilidad de ver acompañado una película de ese tipo. No hubiera sabido, además, cómo ni dónde se conseguían. Lo más parecido al porno que había visto en mi vida eran los afiches del taller mecánico donde mi papá llevaba su auto, un Renault que era una máquina de desperfectos. Pero en el garaje solo veía mujeres desnudas. Nunca había visto a un hombre sin ropa y la posibilidad de hacerlo me encendió los ánimos. El ofrecimiento de Carlos era tentador y perturbador al mismo tiempo. Mostró la caja con la cinta de video como quien levanta un tesoro, se acercó hacia el mueble de la televisión y la insertó en el reproductor.

Por suerte yo ya había leído los pormenores técnicos del acto sexual en la enciclopedia ilustrada *La máquina del cuerpo*, con un dibujo que graficaba paso a paso las distintas etapas del acto sexual. Gracias a ese libro aprendí que «hacer el amor» —como se decía en películas y teleseries— consistía en algo más que besarse sobre una cama. Había algo que ocurría más abajo de la boca y de los brazos, un fenómeno totalmente inesperado, que involucraba la hinchazón de los genitales de una manera que me parecía fascinante.

Carlos apretó *play*, pero en lugar de acomodarnos en los sillones, nos acercamos a la pantalla, de pie, o más bien inclinados, casi en cuclillas. Queríamos estar lo suficientemente cerca de la televisión y del reproductor de

video por si alguien llegaba inesperadamente. Acordamos que si eso ocurría alcanzaríamos a cubrir la imagen y sacar la cinta. Era, seguramente, lo más cerca que habíamos estado todos de delinquir. La película mostraba un barco lleno de mujeres, secuestrado por una nave de piratas musculosos y rudos con manifiestas intenciones de tener sexo con todas las tripulantes, quienes sucumbían rápidamente a la idea de una orgía plenamente consentida. Durante las escenas de sexo, que Carlos avanzaba acelerando la cinta, yo trataba de convencerlos de que lo que veíamos —diferentes y variadas formas de acoplamiento en distintos planos— debía tratarse de un truco, porque nadie en su sano juicio se mostraría haciendo eso en frente de una cámara. La imagen era muy diferente a los dibujos esquemáticos de la enciclopedia: un tubo que crecía y luego se insertaba en una hendidura perdida entre dos piernas. En la película había volúmenes, movimientos, piel, pelos y quejidos, muchos quejidos. Descubrí entonces que «hacer el amor» era algo viscoso y jadeante. Mientras yo insistía en que nadie tendría una erección en público y que, seguramente era un asunto de maquillaje, prótesis, planos y encuadres, mis compañeros mantenían un silencio tenso, ninguno me contradecía, solo se rendían mudos a lo que aparecía en pantalla. Probablemente ellos también estaban caminando sobre una cornisa, enfrentándose a su propio deseo. Cada quien lo hacía —a esa edad, en esa época— de la mejor manera posible. A mí me tocaba negarlo, sobre todo en frente de ellos. Mis compañeros hacían comentarios sobre los cuerpos de las mujeres de la película, comentarios a los que yo sencillamente no sabía qué agregar, pero sentía que mi silencio me delataba. La habitación se agitaba con nosotros dentro.

Como adulto he recordado muchas veces aquel episodio, en particular cada vez que he leído y escuchado relatos de abuso sexual de niños y adolescentes y he tratado de ponerme en su lugar: ¿qué habría pasado conmigo si eso me hubiera sucedido? ¿De qué manera me habría marcado? Para mí aquel es un recuerdo dulce y me complace contarlo. Es como visitarme a mí mismo en otra época y mirar el cuadro del jovencito gay, malaleche, ingenuo y soberbio que fui, con la ternura de quien ve una foto familiar antigua. Le conté esta historia al hombre con el que almorzaba y enseguida, como suele suceder en estos casos, él me confió su propia historia, algo que no me esperaba.

Todo comenzó un verano en su casa cuando él tenía nueve años, me dijo, más específicamente en febrero, durante las noches en que la televisión transmitía el Festival de Viña del Mar. Su familia se reunía en una sala —supongo que como el living de la casa de Carlos— y se sentaban a ver el

espectáculo iluminados tan solo por las imágenes que salían de la televisión. Una habitación en la penumbra, bañada por la luz parpadeante y zumbona de una pantalla. Uno de esos días llegó su prima, una mujer de más de veinte años, recién casada. El marido de la prima era un tipo de no más de treinta años, que vestía de polera, sandalias y pantalones cortos. Un tipo de aspecto deportivo y vivaz, tenía la actitud y la simpatía de esos hombres adultos que rápidamente buscan complicidad con los niños varones hablándoles de fútbol, llamándolos «campeones», abrazándolos de modo paternal. Así lo hacía con él. Palmadas, correteos, guiños, el compadrazgo instantáneo que asegura un balón de fútbol. Ven y siéntate conmigo, sobre mis piernas, campeón. El manoseo bajo la ropa y el frote entre los cuerpos ocurría ahí, con toda la familia presente en la misma habitación mirando el televisor. El hombre que me contó su historia añadió, como disculpándose, que esos momentos no podía definirlos como «desagradables», porque de alguna manera los disfrutaba, lo acercaban a un vértigo al que se abandonaba, pero al mismo tiempo lo dejaban inquieto, apesadumbrado. Era una experiencia que no podía compartir y que se quedaba ahí, como un tumor imposible de extirpar, del que no se podía hablar. Tocar y ser tocado, descubrir un cuerpo ajeno, recovecos nuevos. «No sabía cómo era eso», me dijo refiriéndose al pene del hombre, del marido de su prima, y yo, que recién le había hablado de las erecciones del pirata de una porno, sentí que se me vaciaba de sangre el cuerpo. Luego se detuvo y empezó a tratar de explicarme algo que le resultaba difícil de decir: que junto a la parálisis y la angustia, esas caricias tenían un efecto en él, un nudo de placer y culpa que no supo desatar. Algo se había estancado. Una vez el marido de su prima le pidió que lo acompañara hasta el baño —vamos, campeón, que me da miedo ir solo— y él lo hizo. Su familia se quedó mirando la televisión. «¿Los has vuelto a ver?», le pregunté (no sabía de qué otra forma podía continuar esa conversación). Me respondió que no. Solo supo, muchos años más tarde, que su prima se había separado. «Tuvieron hijos. A veces lo busco por internet, averiguo dónde trabaja», me dijo. Era una costra que nunca acababa de secarse.

5.

Nunca juzgué a los sacerdotes homosexuales. O más bien, nunca pensé que los sacerdotes que llevaban una doble vida, como religiosos en un mundo y como hombres gay en otro, fueran personas especialmente inmorales o

particularmente hipócritas, sino más bien víctimas de sus propias contradicciones. Para mí eran parte de un cierto folclor del ambiente gay que comencé a conocer durante mi juventud en Santiago. Muchos de mis amigos gay se habían topado alguna vez con uno de ellos en sitios de ambiente, como bares o discoteques. Normalmente eran sujetos que solo revelaban su verdadera ocupación después de un tiempo y que vivían aventuras clandestinas. Como, en general, mis cercanos no eran religiosos, se lo tomaban con humor. Había historias cómicas, como la de un tipo que luego de conocer a un hombre un viernes por la noche en un boliche, de bailar con él, besarse, intercambiar teléfonos y tentar una cita, acabó encontrándose una semana después, oficiando el funeral del padre de un amigo. Para mí esas eran nada más que historias de sujetos —y uso esta palabra burocrática, de informe municipal, para subrayar lo anodinas que me resultaban ese tipo de situaciones— que permanecen en una penumbra que los obliga a hacer del secretismo un culto y a dividir su vida en dos partes que apenas se conectan entre sí. Me había formado la convicción de que la gran mayoría de esos hombres homosexuales llegó al seminario acorralado por las circunstancias, aunque ellos mismos no lo percibieran de ese modo y se lo explicaran, a sí mismos y al resto, como el fruto de una larga reflexión sobre eso que llaman «vocación».

Luego, cuando comencé a investigar y en la medida en que leía y escuchaba relatos sobre abuso sexual, comencé a pensar mucho en la vida de los hombres homosexuales que se decidían por una vida religiosa. El mundo que habían escogido para vivir era hostil a ellos, ¿confrontarían en algún momento su verdadero deseo o siempre se moverían en la negación? ¿Sería la doble vida una norma también para los clérigos heterosexuales, solo que yo no estaba al tanto?

Una de las víctimas de Rimsky Rojas, un hombre de Punta Arenas que de muchacho fue su monaguillo, me dio una clave del significado que tenía para ese sacerdote la homosexualidad. El antiguo acólito de Rimsky Rojas, a quien llamaré Sebastián Ramírez porque me pidió resguardar su identidad, me contó que cuando lo confrontó y le avisó que lo denunciaría, Rimsky Rojas lloró desesperado y le gritó: «No soy homosexual, no soy homosexual». Ramírez le respondió que ser homosexual no era el problema, que ese no era el punto; el delito era hacer lo que hizo con sus alumnos. Sin embargo, Rimsky Rojas insistía en lo mismo; finalmente, al parecer la acusación más grave para el cura era que lo consideraran un hombre homosexual.

Durante mucho tiempo la Iglesia y la cultura popular asimilaron la orientación sexual con abuso de menores varones, algo tan absurdo como asimilar la heterosexualidad con un crimen extendido, como es la violación de niñas y mujeres. ¿Es la heterosexualidad masculina la causa de que la mayoría de las personas violadas sean mujeres? ¿Era la heterosexualidad de Andrés Aguirre, el cura Tato, lo que lo llevaba a abusar de adolescentes? Obviamente no, como no es la combustión interna de un automóvil la razón para explicar las muertes por accidentes de tránsito. Lo realmente relevante no es la orientación sexual, sino la manera en que el abuso se transforma en la vía de expresión de la sexualidad de esos hombres. La forma en que esos sujetos conviven con su deseo, el modo en que lo manifiestan y conducen; la manera en que se relacionan con los otros y los manipulan: ya sean hombres, mujeres, niños, adultos o jóvenes. Porque aunque los abusos de pedófilos, por razones obvias, nos resulten más repulsivos, las relaciones viciadas no solo ocurren entre un abusador adulto y un niño o niña. El poder que ciertos sujetos alcanzan en ambientes en donde las jerarquías tienden a ser verticales y el pensamiento crítico es considerado sospechoso, les permite someter la voluntad de adolescentes, jóvenes^[9] e incluso de personas adultas. Más aún cuando los abusadores controlan la fe de sus víctimas.

Pese a que no existe una causalidad entre orientación sexual y abuso, por momentos la figura del abusador sexual y del hombre homosexual dentro de la Iglesia llegaron a ser sinónimos, sobre todo hacia fines del siglo XIX y principios del XX debido a los movimientos anticlericales^[10]. Comparten, además, el mismo sitio: el de la clandestinidad, como todo lo relacionado con el sexo. Por otra parte, el celibato para los sacerdotes homosexuales nunca será lo mismo que para los heterosexuales, básicamente porque las relaciones entre personas del mismo sexo no son consideradas —por la institución a la que pertenecen ni, obviamente, por la cultura en la que vivimos— del mismo modo que las que mantienen personas de diferente sexo. Es algo que, institucionalmente, durante siglos ni siquiera se podía nombrar. Las relaciones homosexuales quedaban entonces sepultadas bajo un doble fondo dentro de la Iglesia católica. A su vez, la convivencia entre sacerdotes y niños o adolescentes varones es estimulada; en cambio, la del sacerdote con las niñas o adolescentes mujeres tiende a ser menor o mediada por monjas.

Las lecturas que mantuve y las personas que conocí llegaron a convencerme de que en la mayoría de los casos los hombres homosexuales que entran al seminario lo hacen sin un afán consciente de ocultamiento; ellos llegan al sacerdocio del mismo modo en que una mujer campesina y pobre de

un país subdesarrollado consagra su vida al único espacio que le reserva el mundo en el que nació: la cocina y los deberes del hogar. Para esa mujer, sencillamente así son las cosas y probablemente contará que decidió hacer eso de manera voluntaria y no constreñida por las circunstancias. Esa misma mujer seguramente encontrará refugio en la religión, en Dios, la Virgen y los santos, a quienes agradecerá los buenos tiempos y en quienes se refugiará durante las épocas de tragedia. La libertad también puede ser una fantasía que uno se cuenta a sí mismo para no encarar el dolor de la propia esclavitud. Una fantasía que hay que defender para mantenerse en pie. Ninguno de los hombres homosexuales religiosos que me tocó conocer llegó al seminario como un mendigo que acude a un albergue en un día de lluvia, sino empujados por una cultura que los iba convenciendo de que era el sitio adecuado para ellos, con argumentos poderosos inculcados desde siempre. La fe no era para ellos una excusa para esconderse, la fe en ellos se fundía con el ocultamiento hasta transformarse en una misma cosa: su propia forma de vida. ¿No es eso acaso una manera de someterse también a un abuso invisible, institucional, pero eficaz? ¿No es un primer paso para escindirse a sí mismo en una vida aparente y otra subterránea?

La vida de los curas homosexuales podría describirse, incluso, en un mismo patrón cultural: adolescentes que vivieron su sexualidad como un secreto vergonzoso que los llenaba de culpa o que simplemente se negaban a cualquier deseo. Era un asunto que ni siquiera podían comentar con sus amigos más cercanos. En algunos casos, tampoco existían esos amigos. Lo único a la mano, aunque invisible, era Dios, que estaba en todas partes, que lo comprendía todo y era capaz de perdonar los más terribles pecados. Entonces la religión cobraba un significado cada vez más relevante: había algo o alguien que los comprendía, aunque no los justificaba, y que los limpiaba de aquello que juzgaban pecaminoso —sus deseos—, como un enfermero cura una herida que se vuelve crónica. En este caso la oración y la confesión eran un remedio para el deseo torcido, esto era lo que tentadoramente ofrecía la religión. Cuanto más se aproximaba el momento en que estaba socialmente normado que debían presentar una pareja femenina a sus cercanos —familia, amigos—, más urgente se volvía encontrar un refugio, pero también el ansia de lograr respeto y admiración entre sus cercanos. Entrar al seminario era — hoy cada vez menos— una forma de no romper con su círculo, de acercarse a aquello que los reconfortaba —Dios y su perdón— y espantar las preguntas triviales que resultan incómodas y amenazantes para cualquier adolescente gay: ¿cuándo vas a tener novia? ¿Cuándo te casarás?

La vocación religiosa ha sido una vía de escape que, además, significa una recompensa: la admiración familiar. Para la mayoría de las familias católicas un hijo sacerdote era un motivo de orgullo y estatus; vestir una sotana, por lo tanto, era el antídoto perfecto contra la vergüenza que significaba enfrentarse a la verdad. La promesa de una sotana les aseguraba un blindaje de respeto frente a los parientes y una solución permanente para las preguntas sobre su propia sexualidad. Ni siquiera debían fingir sobre su fe, porque la gran mayoría de ellos creía efectivamente en Dios y eran capaces de defender las normas establecidas por la doctrina de la Iglesia, aun cuando eso significara el desprecio por sí mismos y por lo que eran. Muy por el contrario, y como suele suceder con quienes sufren la amenaza crónica del repudio, a menudo conocen las reglas que conducen al castigo con mayor precisión que quienes rara vez se han acercado a esa experiencia. Por eso y como reacción a su propia culpa pueden llegar a aplicar las reglas y las penas con otros de una manera fría y despiadada, ejerciendo un maltrato tan feroz como el que han sufrido ellos mismos. Es una manera de ponerse del lado de los más afortunados, aquellos que pueden hablar de sus deseos en público sin contratiempos. Es perfectamente posible que un sacerdote ultraconservador y homofóbico esconda bajo su furia su propia historia como adolescente homosexual, aterrado por la idea del repudio de sus pares y de la religión que profesa.

El seminario no representa para los hombres homosexuales, por lo tanto, un refugio en el sentido de una mera coartada, sino el sitio que les ofrece la vida para salvarse y, a la vez, la forma de tener una misión de la cual sentirse orgullosos. Creo entonces que la pregunta verdadera no es si los religiosos homosexuales tienden más al abuso, sino más bien cuáles son las condiciones que acaban transformando a alguien en un abusador sexual. ¿Es posible que una cultura institucional empuje hacia el abuso? ¿Bastaría con eliminar el celibato, como mucha gente supone, para resolver la desproporcionada prevalencia de abusos sexuales dentro de la Iglesia católica en comparación con otras instituciones?^[11] Tal vez sea un asunto más complejo, un fenómeno relacionado con la manera de entender la figura del sacerdote respecto de la feligresía y su rol dentro de una comunidad que exige más ajustes que la mera liberación del celibato. Sin embargo, es difícil divagar sobre estas preguntas en tanto todas las variables —prácticas sexuales de los religiosos, tasa efectiva de celibato, número de denuncias de abuso, tipos de abuso— sean mantenidas en secreto por la institución.

La primera vez que alguien me habló sobre un sacerdote abusador fue justamente un cura homosexual que se encontraba en una especie de permiso provisorio. Aunque hasta ese momento había leído noticias sobre el tema, nunca les había prestado mayor atención ni nadie me había comentado que conocía directamente a un cura involucrado en abusos. Aquel hombre tenía, en ese tiempo, poco más de treinta años y vivía una temporada de reflexión respaldado por su congregación. Desde su juventud había vivido en comunidad con otros religiosos; eso significaba que sus recuerdos de veinteañero estaban fuertemente vinculados a otros curas como él, en un mundo cerrado, en un universo definido no solo por parroquias, sino también por personajes, instituciones y círculos de influencia que lo hacían sentirse parte de algo mayor, algo importante de lo que se sentía orgulloso.

Durante una de varias conversaciones desembocamos inevitablemente en el tema del celibato. Yo tenía curiosidad por saber si alguna vez se había enamorado de un compañero. Me aseguró que jamás, que tampoco había «pasado nada» mientras estaba dentro porque él se tomaba en serio el celibato —me explicó que masturbarse tampoco estaba permitido—. Me contó, además, que la mayoría de los que desertaba lo hacía porque se había enamorado de una mujer. Luego le pregunté si sabía de casos en que no fuera así, de curas que desertaran por otro hombre. No recordaba ninguno. Enseguida continué pidiéndole que me explicara cómo manejaban el deseo allí dentro; dijo algo sobre la preparación espiritual y dio un largo rodeo que me aburrió porque me supo a una justificación insustancial. Una cosa llevó a la otra y surgió la historia de Juan Miguel Leturia, conocido como «Loro», un sacerdote jesuíta de más de cincuenta años, uno de los curas más populares de la congregación durante los años ochenta. Leturia era un religioso de clase alta, algo que cunde en la provincia chilena de la Compañía de Jesús, una particularidad que no se replica en las otras provincias latinoamericanas, cuyos clérigos provienen mayoritariamente de sectores medios, sin vínculos con la élite de sus países. Mi amigo me contó que el Lorito «tenía un problema con los estudiantes» y que lo habían tratado de ayudar, pero no había sido posible. Me lo describió como un hombre alto con barba de profeta, actitudes señoriales y una personalidad avasalladora que resultaba atractiva para sus alumnos a pesar de su evidente debilidad por el alcohol. Le pregunté detalles, pero su manera de contar la historia me parecía confusa, hasta que de repente entendí lo que quería decir. No usó la palabra «abuso», sino otras, no recuerdo cuáles, pero eran fórmulas que transformaban los

casos en anécdotas y que enfatizaban la enfermedad del «Lorito», evitando mencionar el daño que su problema provocaba en otros.

De hecho, las víctimas apenas eran descritas en el relato como un coro lejano, sin rostro, que existía solamente para explicar la tragedia del sacerdote. «Él debe sufrir mucho», repitió un par de veces sugiriendo que su comportamiento estaba relacionado con el alcoholismo. Esa imprecisión del lenguaje me irritó. También me molestó la manera en que trataba de conducir mi interés, o más bien mi compasión, por una persona determinada, en este caso por el sacerdote. La voz, el tono de alguien que se plantea como un educador frente a un pupilo, me resultaba inapropiado, incluso agresivo, pero de una manera sutil o más bien oblicua, algo difícil de enfrentar.

En perspectiva puedo decir que estaba, por primera vez, a merced de un sermón que intentaba hacerme entender una realidad que yo no era capaz de juzgar por mí mismo. Él había adoptado una actitud que, irremediablemente, lo ponía en un lugar de superioridad al que yo no podía acceder. Me puse a la defensiva. «¿Violaba niños?», le pregunté directamente, como una manera de sacarlo de su tono ponderado, que me resultaba exasperante. «Violar» era un verbo lo suficientemente explícito como para quebrar la tibieza de su relato. Mi pregunta le molestó. Seguí preguntando, pero más amablemente para que continuara hablando sobre el asunto. Era una puerta batiente que se abría y cerraba frente a mis ojos mostrándome una habitación que yo desconocía que estaba ahí, una forma de vida a la que no me había asomado hasta ese momento. Era la primera vez que escuchaba a alguien hablar con tanta ternura de un abusador, haciendo énfasis en su alcoholismo y en su soledad. Lo retrataba de manera cariñosa, a pesar de que, según él mismo me lo decía, nunca fue su amigo. Frente a mi pregunta directa —¿violaba niños?—, me respondió que no sabía en qué consistían los abusos, mientras agitaba una mano como quien despeja el humo del aire que tiene en frente. Repitió, eso sí, que el Lorito tenía «problemas» —nuevamente el lenguaje indirecto— y que sus superiores lo habían retirado del colegio en el que trabajaba, para evitar que mantuviera contacto con niños. El inconveniente era que «se les escapaba, se les arrancaba» y lo habían visto con niños pobres del centro. Me lo imaginé entonces rondando el Paseo Ahumada, la Plaza de Armas y el Mapocho, como aquellos curas de principios del siglo xx que describía Alfredo Gómez Morel en su novela autobiográfica *El río*; figuras patéticas y desesperadas buscando muchachitos que se dejaban hacer por un poco de comida, dinero o techo. Curas que, según Gómez Morel, disfrazaban su deseo de obras de caridad. La realidad no era tan lejana a la literatura.

Esa conversación la sostuve en una fecha cercana al año 2001, la denuncia que hizo pública la situación de Leturia fue hecha en 2005. Ese año, un exalumno del colegio San Mateo de Osorno, del que Leturia había sido rector, denunció al sacerdote ante la Fiscalía Metropolitana de Santiago. El denunciante fue identificado con las iniciales A.K. y enviaba su testimonio desde España. A.K. aseguró que Leturia había abusado de él en 1988. Después de esto, los jesuitas reconocieron que existía una investigación interna secreta, algo que claramente coincidía con la versión que me había dado el cura años antes. Luego de que se revelara la indagación contra Leturia hubo notas de prensa sobre el caso, la mayoría meramente informativas, sin más contexto que el dado por declaraciones de algunos sacerdotes. Una de esas declaraciones llamaba la atención. Al final de un artículo publicado en septiembre de 2005 quedó consignado que el cura Renato Poblete — reconocido por encabezar el Hogar de Cristo, una de las obras más importantes de la Compañía de Jesús— dijo a la prensa que a Leturia se le había marginado del trabajo con jóvenes «porque había recibido denuncias en forma reiterada»^[12]. Ningún medio siguió el tema que abría esa frase: el hecho de que un sacerdote estuviera reconociendo acusaciones recurrentes en contra de Leturia. Según Poblete no fue una vez, sino varias veces: usó la palabra «reiteradas». Entonces, ¿desde cuándo la Compañía de Jesús había recibido quejas? Y si habían recibido reclamos anteriores a 1988, cuando se desempeñaba como profesor del colegio San Ignacio El Bosque, ¿por qué Leturia fue enviado a otro colegio en Osorno como rector?

Por aquella acusación del hombre identificado como A.K., Leturia fue condenado por la justicia canónica y hubo una investigación en la Fiscalía a pesar de que, a esas alturas, el delito ya estaba prescrito. Con el tiempo fueron apareciendo más testimonios anónimos de exalumnos, pero nunca se transformaron en denuncias formales a la Fiscalía. En 2007, la revista *Cosas* publicó una nota en la que se describía en qué consistían las sesiones por las que Juan Leturia se había hecho conocido entre los ignacianos. El sacerdote citaba a estudiantes en su oficina o dormitorio para hacerles mediciones corporales bajo la excusa de un estudio de biotipo físico. Fue una práctica que mantuvo durante años, décadas quizás, y sobre la que les pedía reserva a los seleccionados. Aparentemente elegía a determinados alumnos, a los más deportistas y atléticos. Les explicaba, a grandes rasgos, el supuesto estudio y les pedía que se fueran desnudando. Con una cinta de sastre iba midiendo bíceps, tríceps, muslos y pantorrillas. Las sesiones partían por el torso, continuaban en las piernas y llegaban a los genitales. Cuando eso ocurría —en

la primera o segunda sesión de medidas—, les pedía que se concentraran para lograr una erección. Si no la alcanzaban por sí mismos, entonces él los tocaba hasta que el pene se irguiera y así él podía extender la cinta de medir y anotar el resultado. Uno de los testimonios recopilados en esta revista describía a Leturia abrazando y besando a un adolescente mientras le susurraba al oído la frase: «Hijo, yo te quiero, esto es amor de padre, siente que te estoy pariendo». En la misma nota, otro exalumno aseguraba que las prácticas del sacerdote eran un asunto conocido en el colegio, pero que preferían —¿las autoridades?, ¿los demás sacerdotes?, ¿los mismos alumnos?, ¿los apoderados?— pasarlas por alto, hacer como si no existieran: «Si uno averigua bien, se va a dar cuenta de que, a pesar de todo, él fue padrino de confirmación de muchos, a otros los casó y a algunos incluso les bautizó a sus hijos», fue su reflexión después de dar su testimonio^[13]. Juan Leturia murió en 2011. El castigo final que le aplicó la justicia de la Iglesia se redujo a la privación de ciertas labores y al ostracismo de la vida pública. La Fiscalía, en tanto, investigó los hechos, pero el tribunal dejó al sacerdote sin cargo por falta de méritos.

6.

Las denuncias en contra de Juan Leturia no hicieron mella en el prestigio de la Compañía de Jesús ni de sus autoridades entre la opinión pública de la época. El caso fue tratado por los medios como un asunto escandaloso, pero acotado, un tumor posible de extirpar que sencillamente había escapado del control del resto de la institución. No hubo reportajes sobre cómo y cuándo la congregación tuvo los primeros indicios de lo que hacía el sacerdote, sobre cuándo recibieron los primeros reclamos —mucho antes de la acusación en Osorno— ni en qué momento decidieron alejarlo de sus labores de profesor de religión y guía espiritual. Los curas jesuitas, que habitualmente concedían entrevistas sobre los más variados temas, tampoco abordaron el asunto. El caso del cura Leturia abría un amplio territorio de interrogantes que nadie parecía estar dispuesto a explorar. Era como si los medios de comunicación y la sociedad entera se hubieran volcado a proteger a la Compañía de Jesús.

Le pedí a Juan Pablo Barros, un periodista que había sido compañero mío de universidad y que había estudiado en el colegio San Ignacio El Bosque, que me describiera la figura de Leturia. Lo hizo bajo una luz distinta, una perspectiva diferente a la que tuve cuando el cura gay —que finalmente

abandonó el sacerdocio— me habló por primera vez de él. Barros fue alumno del San Ignacio en los ochenta y conoció a Leturia como profesor de religión. Lo recordaba como informal en el trato, un clásico «cura choro», un tipo humano muy valorado entre los católicos progresistas que siguen y admiran a los sacerdotes jesuitas. Un sacerdote suele ser descrito como «cura choro» cuando cumple con ciertos atributos o mantiene un estilo de vida propio de la modernidad; una figura posconciliar que se multiplicó a partir de los años setenta. Por lo general son considerados como tales aquellos sacerdotes que no llevan cuello clerical, que usan *jeans* o practican algún deporte. También son reconocidos como «curas choros» los que tratan amablemente a quienes no cumplen con ciertas prerrogativas religiosas, como los divorciados, las personas que tienen hijos sin haber contraído matrimonio o aquellos que se casan más de una vez. Un «cura choro» se expresa en un lenguaje coloquial y puede incluso hacer comentarios pícaros sobre sexo de vez en cuando. Para ser considerado un «cura choro» no es necesario que un sacerdote cumpla con todos los rasgos mencionados, de hecho, Rimsky Rojas —que siempre vestía de negro y usaba cuello clerical— es recordado así por algunos de sus exalumnos porque en su trato más íntimo podía decir alguna grosería, comentar teleseries, pedirles a los alumnos que lo tutearan o planificar paseos que él financiaba. El informal y cinéfilo Derry Haely y el acogedor y comprensivo Cristián Precht estaban considerados en la misma categoría. «El cura choro» no es lo mismo que «el cura bonachón», el primero domina claves estéticas, sociales y credenciales de calle asociadas a la juventud. Intuyo que en la construcción de la idea del «cura choro» confluyen los efectos del Concilio Vaticano II, los movimientos sociales de los sesenta y la expansión de la cultura juvenil asociada a la masificación de la educación.

Con el tiempo aprendí que algunas conductas y discursos que son comunes y corrientes entre los laicos cobran un valor superior para ciertos católicos si quien ejerce esos comportamientos y difunde esos discursos es un sacerdote. Los feligreses aprecian y ven esos usos y hábitos triviales —usar bototos, ver televisión, hablar con muletillas de moda, no menospreciar a alguien porque es separado o divorciado— como una concesión especial hacia ellos; algo así como un mensaje de comprensión y modestia que envía un ser humano extraordinario, el sacerdote, hacia las personas comunes. Un gesto que, incluso, debe ser agradecido y admirado por quienes no comparten su fe. También aprendí que, en ese círculo, contrariar la apreciación sobre determinado «cura choro» puede ser un asunto duramente reprendido.

Leturia era un «cura choro» para muchos de sus alumnos. Salpicaba sus clases con alguna grosería inofensiva y usualmente hacía comentarios de complicidad sugerente a ciertos alumnos, con frases sobre su físico, tales como: «Estás hecho un torito» y preguntas recurrentes sobre la masturbación durante la confesión: «¿Cómo van esas pajitas?». Un fraseo similar al que Roberto Artiagoitía le atribuía al cura Miguel Ortega, obsesionado con la pilosidad corporal de sus alumnos cuando alcanzaban la pubertad^[14]. Según me contaba Juan Pablo Barros, Leturia parecía estar también «muy centrado en ofrecer una imagen de macho alfa»: vestía de *jeans*, camisa escocesa desabotonada, un cinturón de cuero con una hebilla enorme y fumaba Lucky Strike sin filtro. Leturia, junto con hacer clases de religión, era el encargado de unos «retiros de silencio» en donde uno de los temas predilectos era la impaciencia de San Ignacio de Antioquía por sentir gozosamente el colmillo de las fieras del Coliseo penetrando en su carne. Barros me contó, además, que en esos retiros «había simulacros de privaciones corporales y emocionales, propios de secta, e inquietantes episodios de humillación y abuso psicológico. No faltó el estudiante que terminó asistiendo a una aparición de la Virgen en la capilla de retiro en medio de esa actividad».

En 2005, cuando Leturia fue denunciado, el encubrimiento institucional no era un tema que se abordara directamente en la prensa. Nadie hacía preguntas sobre la responsabilidad que le cabía a la Compañía de Jesús al mantener en su puesto a un sacerdote de conductas controvertidas. Creo que fue a raíz de eso que entendí el grado de influencia que podía alcanzar, en determinados círculos de poder, una orden religiosa puntual. Hasta ese momento me sucedía lo mismo que cuando era niño y percibía la diferencia de origen social entre católicos y evangélicos: tenía la vaga idea de que existía una razón que explicaba la relación entre origen de clase y diferentes religiosidades, pero no tenía la cercanía suficiente para indagar en ese tema, ni tampoco el interés de averiguar qué mecanismos operaban para que eso fuera así. En el caso de los diferentes grupos católicos me sucedía lo mismo: salesianos, jesuitas, mercedarios, franciscanos eran solo nombres de agrupaciones que asociaba a los libros de historia. Tenían esas designaciones un eco colonial. Sabía, por ejemplo, que en la medida en que las congregaciones llegaban a las colonias durante el periodo de la Conquista de América, se les destinaban determinados territorios, lugares en la ciudad para instalar sus iglesias y tareas específicas de evangelización, pero desconocía la existencia de zonas de influencia más allá de las iglesias y menos aún en el mundo en el que yo mismo me desenvolvía en la actualidad.

Fue después de la universidad, mientras trabajaba como periodista en *El Mercurio*, que comencé a tener mayor noción del poder de los distintos grupos católicos. Entendí, por ejemplo, que el Opus Dei le había arrebatado a los jesuitas la educación escolar de la clase alta santiaguina y que los Legionarios de Cristo, con sus nuevos colegios con nombres de cumbres y montañas, amenazaban con competirle al Opus Dei en el mismo grupo de creyentes. Entendí que adherir a un determinado espectro del catolicismo podía ser una manera de arribar socialmente y que la fe y el poder suelen convivir bajo los mismos rezos. Supe también de competencias y rivalidades entre distintos grupos religiosos católicos y de la manera en que los jesuitas habían resuelto la pérdida de influencia de sus colegios en la élite del país. Esto último me lo explicó uno de sus sacerdotes más populares durante una entrevista para un reportaje que preparé mientras trabajaba en aquel diario. El tema del reportaje era otro, pero el sacerdote se entusiasmó y derivó la conversación hacia el éxito que había tenido su proyecto. La estrategia había sido recuperar influencia entre los jóvenes de clase alta a través de una institución de beneficencia que los convocaba a trabajos voluntarios una vez que entraban a la universidad. Ese proyecto tenía todos los elementos necesarios que suelen seducir a aquellos universitarios: la promesa de pertenencia grupal, la posibilidad de conocer a otros jóvenes de su clase, adherir a un horizonte benefactor que les reportaría cierto prestigio y el sentido de estar trabajando en una organización que aseguraba redes de poder; todo esto encabezado por un cura carismático de su misma extracción social, que entendería sus códigos y expectativas. La organización —Un Techo para Chile, tributaria de CVX, otra organización jesuita— era lo suficientemente atractiva como para convocar a muchachos y muchachas educados en colegios de las nuevas vertientes católicas más conservadoras. «Así se los volvimos a quitar», me dijo sonriente aquel sacerdote en su oficina, como quien lanza una confidencia pícaro.

Mientras trabajaba como reportero de cultura entendí que la influencia de los jesuitas alcanzaba ámbitos recónditos de la vida social del país. Más allá de las organizaciones directamente relacionadas, existía un ejército de exalumnos de sus colegios en política, en el empresariado y en los medios de comunicación. Los colegios —además de educar— cumplían el rol de clubes o mutuales de socorro mutuo a los que nunca se dejaba de pertenecer, al igual que las castas en sociedades premodernas. Alimentaban una red extensa —otra vez la imagen de una telaraña— y tupida que se esparcía por oficinas, despachos y directorios. Para un sacerdote jesuita acceder a un editor de

prensa o a un ejecutivo de un medio era tan simple como marcar un número telefónico. Creo que esto explica el trato benevolente que les dio la prensa a los casos de denuncias de abuso contra sacerdotes de la Compañía de Jesús, que a pesar de su aumento a través de los años, fueron tratados con sordina por la prensa y derechamente silenciados por la orden.

En el caso de Juan Leturia, se dio por hecho que existía solo una denuncia en su contra, pese a la declaración en la prensa del cura Renato Poblete de la que nadie hizo eco. ¿Habría sucedido lo mismo si se hubiera tratado de un profesor cualquiera, acusado de abusar de un alumno de liceo público? Lo dudo. Leturia continuó abordando adolescentes después de que sus superiores lo obligaron a dejar el colegio, pero de otra manera, algunos en la calle — como me mencionó el hombre que me contó su historia— y otros a través de foros y anuncios en internet. Pablo Henríquez, un ingeniero de treinta años, fue contactado por Leturia de manera virtual durante el año 2002, cuando Henríquez tenía catorce años y había puesto un anuncio en una página de contactos gay para conocer a otros chicos homosexuales de su edad. Esto era usual en una época en la que los adolescentes LGBT tenían muchas dificultades para encontrar pares o grupos en donde sentirse acogidos. Leturia y Henríquez mantuvieron correspondencia por correo electrónico y mensajes de texto. Durante varios meses el sacerdote se hizo pasar por un joven gay hasta que acordaron reunirse. El punto de encuentro fue el metro Moneda. Cuando Henríquez vio a Leturia se desconcertó, él esperaba a un joven de dieciséis años y apareció un hombre de más de cincuenta. «Me sorprendí — me dijo Henríquez—, conversamos un rato y me tranquilicé. Yo no sabía bien lo que estaba pasando. Fuimos hasta la residencia que hay al lado de la iglesia, donde hay una puerta y entramos. Ahí tenía su pieza»^[15].

—¿Te llevó a la residencia de los jesuitas? —le pregunté sorprendido.

—Sí. Y ahí alguien abrió la puerta, una secretaria que apretaba un botón. Había gente y pasamos como si nada.

Pablo Henríquez me describió la habitación: tenía ventanas a un corredor como las viejas casonas chilenas y el espacio suficiente para un escritorio y un computador. La cita se concentró en una rutina de ejercicios físicos que el cura le había recomendado hacer al muchacho durante el intercambio de correos. Leturia extendió una colchoneta que mantenía en la habitación y le pidió que los ejecutara en frente suyo para verificar que los hiciera bien. Henríquez lo hizo. Mientras estaban dentro, pasaba gente por el pasillo, por lo que el sacerdote le pedía a su invitado que bajara el volumen de la voz. Luego, antes de marcharse, Henríquez vio que tenía una planilla Excel con

medidas anatómicas de distintas personas. En ese documento añadió las suyas. Al momento de despedirse el cura besó al muchacho; fue el único contacto físico que tuvieron y que definió como «asqueroso» cuando conversamos. Hubo un detalle que recuerda con especial nitidez porque le pareció cómico: sobre la mesa del escritorio Leturia mantenía un calendario con fotos de mujeres desnudas, como los que abundaban en los viejos talleres mecánicos. Henríquez le preguntó por qué tenía eso ahí y el sacerdote le respondió: «Es para despistar».

Aquel encuentro ocurrió durante el invierno de 2002. Pablo Henríquez nunca quiso mantener contacto con él, pero Leturia comenzó a acosarlo por teléfono y por correo electrónico. Incluso usaba otros nombres para mandarle mensajes. Uno de esos nombres —según averiguaría Pablo Henríquez con los años— correspondía al alumno de iniciales A.K., el único estudiante que lo denunció a la Fiscalía. Todo esto solo lo supo en 2005, cuando vio en la prensa que el hombre con quien estuvo en la residencia de los jesuitas se llamaba Juan Leturia y que había sido acusado de abuso. Entonces decidió dar a conocer su experiencia, contar que el sacerdote enganchaba adolescentes por internet, y mandó tres cartas sin firma a dos obispos y a un personaje político que había defendido a Leturia por televisión. Lo hizo anónimamente porque pensó que podían hacer público su relato. Nunca supo qué pasó con su testimonio. Pablo Henríquez, como ocurre en la mayoría de los casos de católicos que buscan hacer una denuncia de este tipo en la justicia de la Iglesia, no tenía la más mínima idea de a quién dirigirla. Supuso que las autoridades de la diócesis de Santiago tendrían algo que ver, pero no contó con el hecho de que cuando la persona involucrada pertenece a alguna orden o congregación, la acusación debía hacerse a los superiores directos de esa orden —jesuitas, salesianos, mercedarios, franciscanos, etc.—, ya que funciona de manera autónoma a la diócesis^[16]. La Iglesia católica es una sola para ciertos asuntos, pero para otros se subdivide de manera asombrosa. En este caso debería haberla enviado al provincial de los jesuitas, no a la jerarquía de la diócesis. Probablemente ese testimonio se «perdió» en la burocracia de la Iglesia.

En 2012, cuando Leturia ya había muerto y el escándalo de abusos cometidos por Fernando Karadima había estallado, los jesuitas acumulaban denuncias canónicas contra, por lo menos, otros tres sacerdotes^[17]. Uno de ellos, nada menos que el propio provincial de la orden: Eugenio Valenzuela. La manera en que procedió la Compañía de Jesús frente a la acusación en contra de Valenzuela es un ejemplo de la falta de voluntad que existía para

enfrentar este tipo de hechos y de la manifiesta tendencia al ocultamiento, procurando desentenderse de los acusadores, negarles información o someterlos a investigaciones parciales o derechamente viciadas. Valenzuela fue acusado por tres hombres de manipulación y de haber mantenido conductas sexuales inadecuadas con ellos. Aunque las primeras dos denuncias fueron hechas en 2010 y 2011, no hubo una investigación seria sino hasta 2013 cuando, producto de las presiones de las víctimas, los jesuitas debieron sacar de su cargo de provincial a Valenzuela. Sobre la inesperada salida del provincial apenas hubo notas en la prensa, pese a la cobertura habitual que se les daba a los religiosos jesuitas —entrevistas frecuentes, columnas de opinión, reportajes—, el hecho fue apenas registrado. En enero de 2014 la Compañía de Jesús difundió un escueto comunicado de prensa sobre la denuncia. En esa declaración no se detallaban las razones exactas de las acusaciones contra el sacerdote, solo se precisaba que los involucrados eran mayores de edad. También hubo un anuncio interno, para sacerdotes y seminaristas, en el que se daba a entender que era un conflicto relativo al ejercicio de autoridad, sin mencionar detalles. Un año después, mediante otro comunicado, la Compañía de Jesús informó que la Congregación para la Doctrina de la Fe —el organismo que finalmente se encargó de indagar el caso— decidió «no abrir un proceso canónico contra Valenzuela, dejando a juicio del Superior General de la Compañía de Jesús determinar las medidas conformes a las faltas existentes». El superior ordenó algunas restricciones para el exprovincial y su traslado a la residencia de ancianos de la Compañía de Jesús. Públicamente la Compañía de Jesús sugería que en este caso los procedimientos durante la investigación habían sido los adecuados y las medidas que la congregación tomó habían dejado conformes a los hombres que denunciaron, subrayando una vez más que los hechos se habían producido cuando ellos eran «mayores de edad», poniendo así el énfasis no en el abuso cometido por Valenzuela, sino en la edad de sus víctimas. A esta señal de compromiso con la verdad y la justicia se sumó otra: los jesuitas, a través de su universidad —la Universidad Alberto Hurtado— invitaron ese año 2016 al periodista estadounidense Michael Rezendes a entregar su premio anual de periodismo. Rezendes fue parte del equipo del *Boston Globe* que reveló la red de abusos y encubrimiento de la Iglesia católica estadounidense. A partir de ese trabajo se rodó *Spotlight*, ganadora de un Oscar a la mejor película en 2016. Aquella visita ponía a los jesuitas del lado de las víctimas y en contra del encubrimiento.

Fueron estos gestos públicos los que me impulsaron a corroborar qué tan real era la imagen proyectada. En agosto de 2016 logré dar con quienes habían denunciado a Valenzuela y aceptaron reunirse conmigo. Gracias a ellos descubrí que la realidad era muy diferente a la que sugerían los jesuitas. Ninguno de los tres hombres que acusaron al exprovincial de la Compañía de Jesús en Chile quedó satisfecho con el proceso, ni con el castigo impuesto. Se quejaban tanto del trato brindado por los sacerdotes jesuitas, como de los procedimientos puestos en marcha cuando ellos acudieron a pedir justicia.

J.M.P.^[18] estuvo durante trece años en la Compañía de Jesús. Primero como novicio y luego como sacerdote. Él fue quien primero denunció a Valenzuela en 2010. J.M.P me contó que la Compañía de Jesús nombró a cargo de la investigación de su caso a un cura muy cercano a Valenzuela, quien hasta ese momento era aún provincial de los jesuitas. Asimismo, quien se encargaba de ejercer el rol de actuario fue designado por el mismo Valenzuela, el acusado. El sacerdote investigador no disimuló su parcialidad, ni siquiera llamó a prestar declaración a los testigos que J.M.P. sugería. Aun más, el encargado de hacer esa primera investigación trató al denunciante de forma hostil, ironizó con la acusación, le recomendó leer un libro sobre el significado del contacto físico en las relaciones de amistad y lo presionó para cambiar la figura de su denuncia. «Yo estaba tan cansado que accedí, quería salir luego de esto, entonces cambié la figura de abuso sexual a la de abuso afectivo». Una vez que terminó la investigación, el cura a cargo le comentó a modo de confidencia: «El Keno —ese era el apodo con el que se conocía a Valenzuela— no está enojado contigo, él es un hombre bueno». Es decir, había comentado con el acusado los cargos presentados en su contra y seguramente criticado al acusador. Aquella frase era similar a las que él había escuchado de boca de Valenzuela, reflexiones que en lugar de asumir una responsabilidad o, sencillamente, ofrecer disculpas o explicaciones, invertían la situación, poniendo al ofendido en el rol del ofensor. «Acuérdate que el mal espíritu siempre entra por la desconfianza», le dijo Eugenio Valenzuela a J.M.P la primera vez que le reclamó por su manera de acercarse y de mantener su cuerpo contra el suyo con sus prolongados abrazos, haciéndolo así dudar de su propio juicio. Tiempo más tarde el sacerdote le formuló una pregunta retórica a su pupilo: «¿Quién represento yo para ti?». J.M.P. se quedó en silencio, pero el sacerdote enseguida se encargó de responder: «Yo para ti soy tu papá». «Mi denuncia —me dijo J.M.P— no fue solo por mí, sino también porque fui viendo lo que les había pasado a otros jesuitas. Por eso le mandé una carta al superior general de los jesuitas en Roma. El tema

central de esa carta era la manipulación de conciencia». Finalmente J.M.P renunció a la Compañía y al sacerdocio.

Los otros dos hombres que denunciaron a Valenzuela eran más jóvenes que J.M.P y entraron en contacto con el sacerdote cuando eran escolares, a mediados de los años noventa, aunque en situaciones y lugares diferentes. Me reuní con ellos por separado luego de que accedieran a contarme su historia. I.M.^[19] conoció a Valenzuela mientras era alumno del colegio San Ignacio El Bosque, pero solo se acercó a él durante el último año de su enseñanza media, en 1995. Tenía la inquietud de llevar una vida religiosa y un amigo le recomendó acudir a Valenzuela y pedirle su «dirección espiritual». Así lo hizo. Los padres del joven —activos miembros de organizaciones católicas— estuvieron de acuerdo con la decisión y le brindaron su apoyo. El sacerdote accedió. Las reuniones comenzaron cuando él tenía diecisiete años. Hablaban de todo, porque I.M. pensaba que la religión debía atravesar todos los aspectos de su vida, según él mismo me dijo. Al final de cada reunión, en el momento de la despedida, Valenzuela lo abrazaba fuerte, estrechamente y por un tiempo que se hacía demasiado largo para lo habitual. «El Keno era famoso por los abrazos», me contó. Uno de esos días, el abrazo se convirtió en algo más. El cura lo atrajo hacia él, lo sentó en su falda y lo besó en su frente, poniendo su entrepierna contra el cuerpo del muchacho. El joven sentía el bulto de la erección del cura y esa sensación lo inmovilizaba. La escena se repetía cada vez al finalizar la charla de dirección espiritual. «Al principio —me contó I.M.— yo iba a su oficina en la calle Barroso. Era una casona antigua, con un pasillo largo. La oficina tenía unos postigos en las ventanas; entonces un día, como ocurría habitualmente al terminar la sesión, me abrazó y cerró los postigos de la ventana, yo le pregunté: “¿Por qué los cierras?” y él me respondió: “Porque la gente puede pensar mal”. Me convencí de que la gente podía pensar mal, quise creer que quizás yo era quien estaba pensando mal». Pasado un tiempo, la madre de I.M. le comentaría a su hijo que lo notaba más maduro y equilibrado «desde que se reunía con el Keno». Esa idea —que las reuniones le hacían bien, que su vocación religiosa maduraba— persistió en él. A la larga I.M. ingresó al seminario jesuita. Permaneció un par de años y luego se retiró.

En 2011, cuando ya tenía una vida hecha, una familia, un trabajo, I.M. decidió enfrentar al sacerdote, fue hasta su oficina y lo encaró. Luego presentó una denuncia a la Compañía de Jesús: «Hablé con el sacerdote Ismael Aracena. Le dije que la Compañía tenía que hacerse cargo, debía tomar las medidas para que esto no volviera a suceder. Nunca me avisaron

sobre lo que harían, tampoco me contaron cómo seguía el proceso». Pese a que tenían el antecedente de la denuncia de J.M.P., la Compañía de Jesús no hizo nada hasta 2013, cuando apareció un tercer testimonio. Solo en esa fecha volvieron a contactar a I.M.

La nueva denuncia fue presentada por Dib Atala quien, fue abusado desde los diecisiete años en forma paralela a I.M. A esas alturas, Eugenio Valenzuela había sido removido de su cargo de provincial y reemplazado de emergencia por el jesuita Cristián del Campo, sin que la institución diera las razones del apresurado cambio. La investigación de la nueva denuncia fue encabezada, en un principio, por el sacerdote Fernando Montes, quien tuvo una primera reunión con Atala en una oficina de la orden dispuesta para el encuentro. Esa primera reunión, según le dijo el propio Montes a Dib Atala, le serviría al cura para hacerse una idea de los hechos. Atala pidió que las entrevistas sucesivas se hicieran en presencia de su psiquiatra, requerimiento que contó con la aprobación del provincial. Sin embargo, en el momento en que Atala debía ir a declarar, Fernando Montes se resistió a la presencia del psiquiatra. La conversación se tensó cuando el denunciante le reclamó a Montes por el intempestivo cambio de condiciones y el sacerdote le respondió de forma agresiva: «Tú tenías dieciocho años y sabías perfecto lo que hacías. Hasta te gustó», le habría dicho. El sacerdote negó frente a Cristián del Campo, su superior en ese momento, haber dicho tal cosa^[20].

A diferencia de los otros denunciantes de Valenzuela, Dib Atala no había sido alumno del colegio San Ignacio, sino del Instituto Nacional. Había además otro aspecto distinto: su orientación sexual. Atala era un adolescente atribulado, en años en que los referentes de apoyo para los jóvenes gay eran escasos o derechamente inexistentes. La religión apareció entonces como un camino para sobrellevar la confusión. En 1992, mientras estaba en tercero medio, comenzó a asistir a reuniones de pastoral juvenil en una parroquia de Vitacura. Llegó ahí por consejo de un amigo, en lo que él califica como «una búsqueda». En ese lugar un jesuita que trabajaba como monitor del grupo juvenil le recomendó tener un director espiritual para «trabajar la fe». Ese religioso lo puso en contacto con Eugenio Valenzuela. El sacerdote lo llamó a su casa en enero de 1993 y acordaron iniciar las reuniones de dirección espiritual en marzo del mismo año. Así ocurrió. Las sesiones se extendieron hasta 1998.

Dib Atala puso al tanto a Valenzuela desde el principio de los conflictos que tenía con su orientación sexual. «Me dijo que en el fondo es normal sentirse así en la adolescencia, que me iba a ayudar, que me iba a apoyar en el

proceso». Aunque en la primera reunión hubo un abrazo prolongado de despedida, no fue sino hasta la tercera que eso acabó en un beso «profundo», como alguna vez lo calificó el propio sacerdote. En adelante, durante cada encuentro hubo caricias y «besos profundos», que según me describió Dib Atala, eran como el prelude de un acto sexual que no se concretaba del todo. Nunca estuvieron desnudos. Lo más cercano ocurrió durante un retiro fuera de Santiago, en la habitación del sacerdote. Valenzuela estaba sin camisa sobre la cama y Atala junto a él. El sacerdote intentaba guiar la mano del muchacho hasta su pene.

—¿Te sentías comprometido con el cura? —le pregunté.

—Yo había armado un cuento en mi cabeza. Sentía que en ese momento sufría por amor, pero ahora entiendo que era un abuso. Imagínate, cuando Valenzuela se fue a Venezuela por un año, yo sufría en ese momento. Estaba muy confundido.

Atala pensaba que, como se trataba de un cura, debía estar bien lo que pasaba: «Tenía dieciocho años y me puedes decir: “Estabas grande”, pero con el nivel de fragilidad afectiva y emocional en el que vivía, yo no discriminaba».

—¿Hablaron de lo que sentías tú?

—No había que decirlo, existían cosas implícitas que lo hacían obvio. Yo pensaba que si me daba un beso de esa forma era porque me amaba.

Dib Atala recuerda que en esa época el círculo de personas de la parroquia le comentaba que tenía mucha suerte de que «el Keno» fuera su director espiritual. En 1997 las reuniones entre Atala y su director espiritual comenzaron a tensarse cuando el joven le comentó al cura que estaba visitando boliches gay durante los fines de semana. «Le dije que quería estar con mis pares». Valenzuela criticó esas salidas. Meses más tarde, el 28 de abril de 1998, el sacerdote le dijo que asumiría como maestro de novicios de la congregación, es decir, sería el encargado de guiar a los jóvenes que ingresaban al seminario, por lo que ya no podría seguir dirigiéndolo espiritualmente. Atala se decidió a denunciarlo en 2013, quince años después de lo sucedido, cuando supo de casualidad que existían más acusaciones contra el jesuita.

Cada uno de los tres hombres que acusaron a Valenzuela tenían biografías familiares distintas. Incluso su carácter era diferente. Mientras I.M. y J.M.P tenían un talante severo, formal y cauteloso en su manera de narrar su propia historia, Dib Atala era expresivo en su relato y rotundo en sus afirmaciones. Lo único que podría ser considerado un patrón común en ellos es que en

algún momento de sus vidas iniciaron una búsqueda que los llevó a la religión y fueron traicionados por la persona a quien le confiaron su intimidad. Menciono esto porque, frecuentemente, en artículos de prensa y reportajes de televisión se dibuja una especie de «víctima tipo» que reuniría determinadas condiciones previas. La idea de que las víctimas de abuso clerical tendrían rasgos comunes —cierto tipo de familia con conflictos, una personalidad determinada que los haría más «débiles»— se transformó en un lugar común. Esta idea asume que hay una falla en las víctimas, y no en la manera en que los representantes de una institución tratan a las personas que confían en ellos. El único patrón común entre J.M.P., I.M. y Dib Atala era el de haber sido jóvenes católicos gravemente dañados por el sacerdote que estuvo a cargo de su «dirección espiritual» y no haber recibido el apoyo de la congregación a la que pertenecía ese cura.

La historia de Juan Leturia, que escuché por primera vez de casualidad, fue la punta de una hebra que me condujo a otros casos en la misma orden. En la medida en que hablaba con víctimas y testigos, más que encontrar rasgos comunes en ellos, fui progresivamente reconociendo pautas y patrones de comportamiento de los sacerdotes acusados. Descubrí, además, que los jesuitas tenían un discurso público y uno privado. Existía, por ejemplo, el caso del sacerdote Jaime Guzmán Astaburuaga, que había sido mantenido en secreto desde que en 2010 fue denunciado por un exalumno. Guzmán había sido condenado por la justicia canónica, sin embargo, su nombre no figuraba en la lista oficial que la Iglesia chilena había hecho pública. Según el provincial de los jesuitas, el caso de Guzmán fue mantenido en reserva porque la víctima así lo quiso, pero esa versión me pareció sospechosa: informar de la denuncia no significaba revelar la identidad de la persona que lo había acusado. Aún más, hacerlo podría servir para encontrar a otras personas que hubieran sido abusadas por el mismo sacerdote. ¿A quién le servía mantener en secreto esa condena? Decidí entonces escribir sobre el caso de Guzmán en mi columna dominical del diario *La Tercera*^[21] y en mi página de Facebook. La noticia se esparció y logré contactar nuevos testigos y a otra víctima de Guzmán, que comprobó mi sospecha de que las conductas abusivas del sacerdote eran incluso anteriores a su paso por el colegio San Ignacio El Bosque.

En 1980 el jesuita Jaime Guzmán era el rector del colegio San Javier de Puerto Montt. En ese lugar estudiaba Luis Ojeda, que en ese momento tenía ocho años. Ojeda y su hermano mayor habían sido becados por el rector y sus padres, que pasaban por una precaria situación económica, recibían ayuda del

sacerdote. Eso comentaban los padres de Luis Ojeda en sus conversaciones domésticas. Para el niño que en ese entonces era Ojeda, se trataba no solo de una autoridad, sino, del benefactor de su familia. Un día cualquiera, una profesora del colegio fue a buscar a Luis a su sala, ubicada en un pabellón distante de las oficinas de rectoría. La profesora le dijo que el rector lo había mandado a llamar, aparentemente para una revisión médica, una especie de servicio que el colegio había puesto en marcha para ayudar a los niños de familias con problemas económicos. «Supuse que se trataba de esta preocupación que él tenía por ayudar a mi familia, porque yo no tenía ningún tipo de enfermedad o tratamiento en curso. Atravesamos todo el colegio en silencio, yo iba nervioso, tenía ocho años, nunca había estado directamente con él, era la máxima autoridad del colegio y solo hacía clases a la educación media». Entró a la oficina. La habitación le pareció enorme. Guzmán estaba sentado en un escritorio, «no recuerdo que me hablara, ni me saludara. No estableció ningún tipo de contacto conmigo». Quien sí le habló fue otro hombre que estaba en la habitación. Luis Ojeda pensó que era un médico por el maletín que tenía junto a él. Ese hombre le pidió que se desvistiera en presencia del cura, que permanecía sentado en un sillón. «El médico comenzó a tocar mis genitales y zona anal. Esto duró varios minutos. Se dedicó exclusivamente a realizar estas tocaciones. Recuerdo un silencio total, ninguna palabra, solo la figura, a estas alturas ominosa, del cura observando. Después de eso me quedé en blanco y así me quedé por largos años. Sufrí un bloqueo que me impide recordar detalles o saber si esto se repitió».

—¿Estás seguro de que el otro hombre era un médico? —le pregunté.

—No, eso creí yo. Pero pudo haber sido otro sacerdote de paso. Solían ir y venir muchos sacerdotes.

—¿Qué fama tenía el sacerdote Guzmán en la ciudad?

—Tenía fama de espíritu social. Usaba un lenguaje coloquial, cura choro. Se acercaba mucho a las familias que tenían mala situación económica. Ahora pienso que debió escoger a los niños más vulnerables del colegio.

Luis Ojeda pudo enfrentar ese recuerdo más de treinta años después. Lo denunció cuando ya tenía cuarenta y seis años. Solo después de la visita del papa Francisco, en enero de 2018, la Compañía de Jesús reconoció la situación de Guzmán, quien había sido célebre en el colegio San Ignacio por organizar paseos de fines de semana al Cajón del Maipo con grupos de alumnos a los que les pedía bañarse desnudos en la piscina. Los fotografiaba sin ropa y a los más jóvenes les enseñaba un álbum de fotos de genitales masculinos adultos con la excusa de instruirlos sobre cómo evolucionaría su

propio cuerpo. Además, solía ordenarles que se sentaran en su falda cuando los confesaba y les preguntaba detalles sobre sus primeras fantasías sexuales. Algunos exalumnos me contaron que mantenía en su habitación fotos de muchachitos desnudos y que en los retiros era una costumbre que el sacerdote intentara entrar a la habitación de los alumnos durante la noche. Un exalumno fue testigo de eso y de cómo, en una oportunidad, los adolescentes lo sacaron a empujones. «Era lo que nos decían los mayores que teníamos que hacer». Otro me dijo que su propio padre habló con Fernando Montes, rector del colegio en esos años, por la conducta de Guzmán, pero no hubo mayores consecuencias.

Luego de que el comportamiento del sacerdote Jaime Guzmán se hiciera público en enero de 2018, el sacerdote Fernando Montes —rector del San Ignacio El Bosque a fines de los ochenta— acudió a un programa de televisión en TVN en el que se refirió a Guzmán sin nombrarlo y sin especificar su condición de sacerdote. Montes habló de «este profesor», pese a que Jaime Guzmán Astaburuaga había sido un cura prestigioso, encargado nada menos que de captar vocaciones entre los adolescentes del San Ignacio El Bosque. Guzmán fue incluso confesor de Cristián del Campo, el provincial que reemplazó a Eugenio Valenzuela. También fue director espiritual del futbolista Raimundo Tupper, exalumno del colegio San Ignacio y figura de renombre que murió trágicamente durante una gira en el extranjero en 1995^[22]. Montes tampoco hizo referencia a la posibilidad de que existieran más casos en los colegios de provincia, a pesar de que sí los había. Helmut Kramer, por ejemplo, cursó su educación en el colegio jesuita San Luis de Antofagasta durante los ochenta. Kramer estaba en octavo básico cuando el cura Leonel Ibacache vio su hoja de vida y notó que el niño no estaba bautizado. La madre de Kramer —una profesora que además tenía una hija que tampoco estaba bautizada— había logrado matricularlo pese a eso. Enseguida el sacerdote le propuso al muchacho remediar esa situación: le haría clases privadas de catecismo y luego él se las repetiría a su hermana en casa. Los bautizaría a ambos al final del año. Helmut Kramer y su madre aceptaron. Las reuniones eran en una sala pequeña, junto a la capilla del colegio. Durante la primera reunión, en algún momento Ibacache le pidió a Kramer que se pusiera de pie. El cura también lo hizo, avanzó, se ubicó detrás del estudiante y comenzó a manosearlo, primero sobre la ropa, luego le bajó los pantalones y ya semidesnudo lo masturbó.

—¿Cuál era tu experiencia sexual hasta ese momento? —le pregunté a Helmut Kramer.

—Ninguna —me respondió.

La escena se repitió durante tres sesiones. Kramer no recuerda el motivo por el que luego de la tercera clase ya no hubo más catecismo. Al final de ese año, Leonel Ibacache lo bautizó a él y a su hermana. En adelante el muchacho lo evitó y no volvió a tener contacto con el cura en el colegio. Tiempo después, cuando ya era un adolescente y estaba en los últimos cursos de educación media, un compañero le contó que Ibacache había intentado manosearlo, pero que él había escapado. Kramer se sintió culpable por no haber hecho lo mismo. Pasaron los años y las primeras veces que Kramer quiso tener sexo con su novia no pudo, pues recordaba el catecismo. También experimentó temporadas de pesadillas: soñaba con las manos del cura. Eran ciclos de angustia que volvían cada tanto. En 2012 intentó poner una denuncia «para que no le pasara a nadie más». Entonces le recomendaron hacerla ante el provincial de los jesuitas: Eugenio Valenzuela. Así lo hizo: se reunió con él, le contó todo, y Valenzuela le dijo que revisaría los antecedentes de Ibacache. Poco tiempo después, Helmut Kramer se enteró de que el propio Valenzuela estaba siendo investigado.

Todos los relatos —sobre Leturia, Guzmán, Valenzuela, Ibacache— parecían versiones de una misma trama. Eran distintas interpretaciones de una sola coreografía, muy similar a la que me habían descrito durante los ochenta con el salesiano Rimsky Rojas, cuando llegó como profesor a Valdivia. Rimsky llevaba a sus alumnos hasta su habitación, en la residencia de los sacerdotes, para cortarles el pelo. Mientras lo hacía, los tocaba hasta masturbarlos. Rojas —al igual que los otros curas— buscó un pretexto, una justificación y armó su puesta en escena. En el caso de los jesuitas, el preludeo o la fachada era una razón educativa o de «formación espiritual»: el ejercicio y la salud física en el caso de Leturia; la fotografía y el cultivo de la amistad masculina en el de Guzmán; la dirección espiritual y la exploración de la vocación religiosa, con Valenzuela; la enseñanza del catecismo en la historia de Ibacache.

En todos los casos de jesuitas que logré conocer, hubo solo un relato que se escapó del patrón que ubicaba los abusos en una especie de ritual que detenía el tiempo y fracturaba la relación entre el sacerdote y su alumno. Ese fue el de una cuarta denuncia en contra de Eugenio Valenzuela, que no fue sancionada por falta de pruebas. Un testigo cuya identidad fue mantenida en secreto, aseguraba haber visto al cura mantener una relación ambigua con un seminarista a su cargo, cuando Valenzuela ejercía como maestro de novicios. Según aquella declaración, el sacerdote y el joven aspirante fueron vistos

abrazados en la misma cama, pasaban tiempo juntos y mantenían estrecho contacto físico, incluso en frente de otros seminaristas. Para muchos podía tratarse de una relación homosexual entre adultos, algo que según averigüé se discutió informalmente entre los novicios. Algunos, aparentemente más progresistas, consideraban que si se trataba de dos adultos, no había problema. Pero no eran sencillamente dos personas en igualdad de condiciones. La relación podía ser una transgresión grave si se tenían en cuenta las circunstancias: la más evidente es que se trataba de dos personas que pertenecían a una institución que prohibía y condenaba ese tipo de relaciones y que obligaba a sus representantes al celibato; el segundo problema era la asimetría de poder entre un sacerdote con rango superior y un seminarista que aspiraba a ser ordenado. Como si el decano de una universidad mantuviera una relación amorosa con un alumno de pregrado a vista y paciencia de la comunidad universitaria y que al mismo tiempo se ocupara de hacerle terapia psicológica al alumno, accediendo así a su intimidad más profunda. Al menos un seminarista habló directamente con Eugenio Valenzuela sobre la relación que mantenía con aquel novicio; ese hombre le describió las distintas situaciones de las que había sido testigo que le parecían inapropiadas. Valenzuela escuchó las dudas y le contestó iracundo con una pregunta: «¿Qué quieres que te diga? ¿Que soy maricón?». El novicio predilecto de Valenzuela finalmente fue ordenado. Lo busqué para saber cuáles eran sus labores y pude constatar que estaba en una ciudad de provincia encargado de pastorear jóvenes.

Pasado el tiempo y luego de varias entrevistas, pude entender que con mucha frecuencia los abusos cometidos por sacerdotes eran vínculos profundos con la persona abusada, que duraban años y que fundían en una misma historia sentimientos de cariño y lealtad, por un lado, con la angustia del sometimiento silencioso, por el otro. No eran simples incidentes, ni actos esporádicos, sino una manera de establecer una relación entre dos personas, en la que una de ellas depositaba su confianza y su fe y la otra, encargada de guiar, sacaba provecho para su propia satisfacción, estableciendo tácitamente una cláusula de silencio. También constaté que aunque el entorno tuviera muchas señales para sospechar sobre lo que estaba ocurriendo, el mero hecho de que en la relación estuviera involucrado un sacerdote hacía invisible el abuso. Frente a los ojos de la comunidad, el que un hombre adulto se hiciera acompañar constantemente de un adolescente, que buscara su contacto físico, manejara sus horarios y le hiciera confesar sus intimidades no constituía un panorama inquietante, muy por el contrario, se agradecía. Cuando se hicieron

públicas las prácticas del jesuita Jaime Guzmán —fotografiar adolescentes desnudos, coleccionar esas imágenes e incluso exhibirlas— una persona me indicó que «en esos años nadie habría “pensado mal”». Esa frase ponía el reproche en la persona que contemplaba los hechos. Quien hubiera reclamado habría «pensado mal». De hecho, un apoderado lo hizo y fue duramente increpado por el rector del colegio, y cuando describí en mi Facebook las actividades de Guzmán, un exalumno del colegio San Ignacio se burló de mí y calificó mi relato de «porno gay». Días después, las denuncias comenzaron a aparecer y la Compañía de Jesús debió reconocer la condena que existía contra Guzmán y formar una comisión para recibir las nuevas acusaciones. El solo hecho de describir los hechos, aun en 2018, arriesgaba una dura sanción de los fieles. Frente a la evidencia clara, algo sucedía que cualquier sospecha era desechada y el mensajero castigado.

En el caso de los sacerdotes que abusaban de muchachos pobres aparecía otro factor: una especie de mecenazgo implícito en la relación, como el que ejercía Derry Healy en Pudahuel. En ese esquema, el cura se encargaba de promover socialmente al joven del que se aprovechaba, quien a la larga se sentía en deuda con su propio abusador. Esto le ocurrió a dos hombres adultos de distintas edades, ambos profesionales de familias de origen popular, que me contaron sus historias. No se conocían, de hecho, vivían en barrios lejanos entre sí. Los dos pertenecían a familias católicas, que, vistas desde fuera, correspondían al modelo convencional (un matrimonio con varios hijos), que asistían a la parroquia del barrio y cuyos hijos fueron elegidos como monaguillos por los respectivos párrocos. Los dos hombres comenzaron a ser abusados a los trece años por curas diocesanos diferentes —uno de ellos trabajaba además con internos de la cárcel y el otro en el área educacional de su diócesis— y nunca hicieron denuncias por las consecuencias que podrían sufrir, primero en sus estudios y luego en sus trabajos. Uno de ellos fue directamente violado por el sacerdote, el otro sometido a acercamientos sexuales cada vez más intensos durante meses, hasta que se hizo costumbre. El abuso de los muchachos se transformó en una relación de cercanía que la comunidad interpretaba como un gesto de reconocimiento hacia la inteligencia y abnegación de los muchachos; los distinguía entre sus pares y los elevaba a un estatus distinto del resto de los vecinos. La relación con el sacerdote les permitía, además, acceder a privilegios que los demás jóvenes de su círculo no hubieran podido tener, como ir la universidad. El vínculo de uno de ellos solo se rompió cuando el muchacho tenía veintiún años y el cura se mató luego de ser acusado de abuso por otro niño. El otro hombre fue

tomando distancia en forma gradual. Ese hombre me hizo un comentario que resumía la naturaleza de la relación con su abusador: «No todo fue tan malo, si lo pienso. La mayoría de mis compañeros de liceo y amigos de barrio nunca estudió nada, algunos son obreros, otros son drogadictos. El cura me llevó a lugares y me presentó gente que de otro modo no habría conocido. Me ayudó con eso y ahora yo soy profesional, me relaciono con otras personas, viajo, tengo un departamento, un auto. Si no hubiera sido por él, estaría como el resto de mis amigos». Cuando me dijo eso no supe qué responderle. Sentí angustia. Una semana más tarde me escribió un correo electrónico: «Quedé preocupado con lo último que dije, te di a entender que hoy soy quien soy gracias a haber conocido y vivido todo ese periodo horrible de mi vida. Me arrepiento de haber dicho eso, es más, me retracto».

III. La vocación de los pastores

1.

Rimsky Mario Alfonso Rojas Andrade nació en Santiago el 14 de abril de 1956. Hernán, su padre, trabajaba como inspector en el Liceo 14 de La Cisterna, el mismo en donde Rimsky y sus tres hermanos estudiaron. Contrariamente a lo que creían muchas personas que conocieron a Rimsky Rojas mientras era sacerdote, su padre no era profesor, de hecho, terminó la escuela cuando ya era adulto, estudiando a la par con sus hijos. Las funciones de Hernán Rojas eran solo auxiliares: vigilar el orden y la disciplina en los patios del establecimiento. Berta, la madre de Rimsky, se encargaba de las labores domésticas. La familia la completaban Ninoska, Miguel y Trinidad, los hermanos de Rimsky.

Hasta mediados de los setenta la familia Rojas Andrade vivía en una casa ubicada en la esquina de la calle Víctor Plaza y Las Hortensias, un pasaje estrecho a tres cuadras del paradero 29 de Gran Avenida, esa larga lengua de asfalto que conecta el sur de Santiago con el centro. La dirección exacta la encontré en los archivos de la investigación que hizo la PDI después de la denuncia en contra del cura. Acudí hasta el domicilio luego de intentar sin éxito una entrevista con Miguel Rojas, hermano menor de Rimsky y, como él, sacerdote salesiano. Lo llamé por teléfono, le dejé recados por escrito en el colegio en el que trabajaba e incluso hablé con un hombre que se identificó como su asistente. Insistí durante un par de meses, sin resultados. Finalmente decidí ir hasta la dirección sin tener la seguridad de si encontraría a alguien de la familia. Sabía que los padres del sacerdote habían muerto en 2011, después de que su hijo se suicidara, con solo meses de diferencia. Cuando llegué, toqué el timbre varias veces sin obtener respuesta. Me acerqué a un hombre que barnizaba el portón de la casa vecina. Era un hombre de unos sesenta años, pequeño, ancho y moreno, vestido con *jeans* y un delantal azul oscuro, del tipo que usan los dependientes de las ferreterías, solo que en este caso

estaba salpicado de manchas de pintura. Me imaginé que en un barrio así, de pasajes estrechos, casas pareadas y calles silenciosas con poco tráfico, era muy probable que los residentes conocieran las rutinas de sus vecinos. El hombre me miró bajo la visera de su gorra, mostrando parte de su rostro oscuro surcado por arrugas profundas, como las grietas de un gran higo. Dejó de pintar y moviendo levemente el brazo, con la brocha aún en la mano empapada en barniz, me preguntó a quién buscaba.

—Busco a la familia Rojas, la familia del sacerdote.

—¿El que se mató? —dijo girando la cabeza y tratando de constatar, gracias a ese dato rotundo, que estábamos hablando de las mismas personas. La forma de hacerlo —con el mismo énfasis que hubiera ocupado para decir «¿el que se fue de viaje?»— me desconcertó. Solo asentí y luego él me dijo que Trinidad Rojas, una de las hermanas de Rimsky, era quien ocupaba ahora la casa, que debía estar por llegar.

Esperé. Me entretuve recorriendo la vereda que rodea el muro que enfrentaba el conjunto de casas desde el otro lado de la calle, una cáscara gris, una tapia de apariencia frágil que daba vuelta la manzana, como un papel rústico y viejo que envuelve un objeto delicado y secreto. En otro tiempo, del otro lado del muro, había un convento de las monjas de María Auxiliadora, una institución hermana de los salesianos.

Yo había llegado alrededor de las cuatro de la tarde y merodeé por la cuadra hasta que cerca de las cinco un auto blanco dobló desde el norte, se acercó y comenzó a maniobrar para entrar en el pequeño estacionamiento del antejardín. Una mujer muy joven, pálida y de pelo lacio cepillado se bajó desde la puerta del acompañante del chofer y abrió el portón. Una niña pequeña apareció desde el asiento trasero. Crucé la calle y me acerqué a la ventana del conductor.

—¿Usted es la señora Trinidad? —pregunté, inclinándome a la ventanilla de la conductora y en un tono de voz con el que buscaba mostrarme amable o, al menos, inofensivo.

—Sí, soy yo —la mujer me contestó arrugando el ceño para enfrentar la luz del sol que le pegaba en los ojos cuando me miraba.

—Soy periodista y necesito hablar con usted sobre Rimsky Rojas.

Miró hacia el volante por un segundo. Pensé que se negaría a hablar, pero no. Le pidió a una de las chicas, ambas eran sus hijas, que me abriera la puerta y me ofreciera asiento y un vaso de Coca Cola. Dentro de la casa el espacio era pequeño. Bastaba cruzar la puerta para encontrarse de lleno con una salita a la derecha y un comedor a la izquierda. En el living, tres sillones

como grandes merengues de cuero sintético color mostaza, combinaban con los muros de un amarillo vivo adornados con cuadros y retablos. Dos perros mestizos aparecieron desde una puerta que enfrentaba a la de entrada y que servía para separar los ambientes del living-comedor con el de la cocina y los dormitorios. Los perros ladraban y jugaban, pero las hijas de Trinidad se encargaron de llevarlos hacia el fondo, en donde supuse debía haber un patio. Trinidad —una mujer de mediana edad, morena, de baja estatura, pelo corto entrecano, anteojos, polera blanca y *jeans* oscuros— se sentó en un sofá frente a mí. Una mesa de centro nos separaba. La puerta de entrada quedó entreabierta, dejando pasar un haz de luz y una leve brisa que refrescaba el ambiente.

—¿No te molesta que fume? —preguntó, acomodándose en uno de los merengues. Le contesté que no. Para ella yo era un sujeto que venía a recordarle una historia que seguramente le perturbaba enfrentar. Mi interés, sin embargo, no era indagar en las acusaciones contra su hermano. Al menos no con ella; yo buscaba saber más de la vida familiar de Rimsky Rojas.

—Hemos dicho todo lo que sabemos —dijo exhalando humo—. Lo más fácil es acusar a un muerto. Es fácil cargarle a un muerto la desaparición de ese joven en Punta Arenas. Quizás qué le pasó al chiquillo, tal vez el cabro se fue del país, tal vez estaba metido en algo y por eso no lo encuentran. Anda a saber tú —dijo con un gesto duro que le tensó el rostro, mirándome fijo, como si buscara en mi cara una señal que le diera a entender que yo estaba de acuerdo con ella, que así debieron ser las cosas, tal como ella las describía.

Trinidad no hizo referencia a la denuncia de abusos durante la época en que Rimsky estuvo en Valdivia ni a las acusaciones de otros exalumnos de su hermano en Punta Arenas. Yo tampoco mencioné esas acusaciones. Mi intención era saber algo más de la vida que llevaba Rimsky Rojas antes de entrar al seminario, y debía evitar cualquier obstáculo que me llevara hasta ese tema. Me pareció estar frente a una persona de modales tranquilos pero decididos, gestos amables y directos: alguien que evita los melindres frente a una situación tensa y prefiere las declaraciones cortas y francas, sin perder los papeles. No por eso resultaba desagradable. Ella creía en la inocencia de su hermano y lo afirmaba sin desesperación, hasta con un dejo de menosprecio sobre las sospechas. Repitió, cada tanto, la misma frase: «Nosotros conocíamos a mi hermano, sabíamos cómo era».

—Quisieron que mi hermano dejara de trabajar con jóvenes. ¿Y a qué se iba a dedicar, si los salesianos lo que hacen es educar jóvenes? —me dijo.

Y era cierto. La congregación salesiana —que por motivos estratégicos fue fundada como «sociedad religiosa» en 1859— siempre estuvo orientada a la educación de niños y jóvenes. Juan Bosco, su fundador, la organizó durante un periodo de crisis política y cambios económicos en el norte de Italia. La Iglesia católica se enfrentaba al nacionalismo anticlerical cuando el cura Bosco —Don Bosco— decidió crear una asociación religiosa para la educación de los niños y adolescentes varones pobres que sufrían los efectos de la industrialización. Luego se extendió a las jovencitas a través de las monjas de María Auxiliadora, una rama femenina de la orden que, como todo lo que tenga que ver con mujeres dentro de la Iglesia católica, solo alcanza un valor secundario. Originalmente eran grandes internados en donde además de la educación y disciplina, se les instruía en algún oficio. Con los años la orden fue ampliando su misión más allá de Italia, reemplazando el régimen de internados y alcanzando sectores más acomodados. A Chile llegaron en 1887, primero a Concepción y Punta Arenas, después a Santiago, Talca y Valparaíso^[23].

La vocación por la juventud estaba fuertemente vinculada con el origen de la congregación y tenía como símbolo la figura de Domingo Savio, el santo que los salesianos transformaron en ejemplo de vida para los niños y jóvenes. Savio era el hijo de un modesto matrimonio campesino que, muy tempranamente en su infancia, habría demostrado una piedad inusual, con sueños interpretados como mensajes divinos y penitencias a las que se sometía por voluntad propia. Su biografía cuenta que el niño le ofrecía distintos tipos de sacrificios a Dios, entre ellos privarse de comida y obligarse a pasar frío en invierno. Cuando supe de su existencia, uno de los aspectos que más me llamó la atención es que se relatara como una especie de virtud del muchacho un compromiso que habría hecho a los siete años, cuando hizo su primera comunión. En ese momento, Domingo Savio habría dicho: «Prefiero morir antes que pecar». Una determinación así de tajante a esa edad era algo que sus cercanos celebraban. La vocación religiosa del niño lo llevó a buscar a Don Bosco, que ya había logrado cierta fama por su cercanía con la juventud. Savio tenía once años cuando le pidió al sacerdote que lo integrara a su grupo de seguidores. El cura accedió. El muchacho destacó entre los jovencitos elegidos por Bosco por su disciplina religiosa y rápidamente se convirtió en su estudiante predilecto. Sin embargo, antes de cumplir los quince años, Domingo Savio murió. En adelante su figura fue elevada por Don Bosco como ideal para todo adolescente salesiano, exaltando entre sus virtudes la castidad y la mansedumbre con la que se presentaba ante su

maestro y guía espiritual. «Haga de mí un hermoso traje para el Señor», le habría dicho a Don Bosco durante el primer encuentro que sostuvieron.

A medida que leía la historia de Domingo Savio pensaba en la forma en la que un contexto social y económico determina las interpretaciones que se le pueden dar a una conducta o a un fenómeno si se le atribuye un discurso religioso específico. Las visiones de Miguel Ángel Poblete, por ejemplo, que comenzaron en 1983, justo al inicio de una crisis económica feroz que disparó los índices de desempleo en un país en dictadura, ¿habrían tenido la misma resonancia sin la crisis? ¿Qué habría pasado si hubiera ocurrido en democracia? ¿Cuál habría sido la reacción si hubiéramos conocido en detalle la biografía de la infancia y adolescencia de Poblete? En el caso de Domingo Savio, las decisiones de un niño sobre su cuerpo se celebraban. Savio dejaba de comer y se exponía al frío para probar su fe, dañando de paso su salud y, posiblemente, empujándolo a una muerte temprana. Ambas cosas habrían sido un asunto alarmante para una católica como mi madre. Sin embargo, para un determinado grupo de una cultura puntual, la historia de Domingo Savio era un ejemplo que debía perdurar. Así ocurrió. En 1954 el alumno predilecto de Juan Bosco fue canonizado. La iconografía del santo adolescente lo representa como una especie de efebo delicado con la mirada reconcentrada en un mundo que no es el nuestro.

—Cuando éramos niños —continuó Trinidad Rojas—, en la escuela no lo llamábamos Rimsky, le decíamos Pocho, por Alfonso, su tercer nombre.

Su padre, Hernán Rojas, tomó el nombre de pila «Rimsky» del apellido del compositor ruso Nikolai Rimsky-Korsakov, aunque no tuviera especial admiración por el músico. Hernán Rojas no era un melómano, ni tampoco un lector de la historia o de la literatura rusa. Trinidad no recuerda una explicación específica para que escogiera ese nombre: «Cosas de mi papá», dijo sonriendo, agitando el brazo como quien espanta un mosquito. Miré alrededor para buscar un librero o un estante con publicaciones o discos, algo que hago frecuentemente cuando llego a un lugar por primera vez, pero no encontré ninguno.

—A mi padre le gustaban los nombres extraños, mi tercer nombre es Imperio y mi hermana se llama Ninoska. A ella nunca le gustó. Ahora se lo cambió por Nina, porque descubrió que Ninoska era el diminutivo de Nina y ese nombre le gusta más —agregó en un tono de confianza burlona.

—¿Sus padres eran religiosos?

—Eran católicos, pero nunca fuimos beatos. A veces íbamos a misa. Éramos católicos como cualquiera, como la mayoría. Tampoco estuvimos en

colegios católicos. Lo que sucedía es que cuando niño mi hermano iba al frente, donde las monjas del María Auxiliadora, allí pasaba las tardes —hizo un leve gesto con la cabeza y la mano, indicándome en dirección al muro que había cruzando la calle. La mano volvió a su lugar y Trinidad añadió que su madre lo dejaba ir y quedarse con las monjas porque era un lugar seguro. Una razón francamente doméstica, al menos en principio. Nunca lo motivaron a una carrera religiosa. Trinidad recuerda, eso sí, que desde adolescente le gustaba leer hagiografías, libros sobre la vida de los santos que seguramente había conocido por las monjas, con escenas que podía recitar de memoria.

Rimsky Rojas no era un niño popular entre sus compañeros, al menos eso recuerda su hermana, pero se las arregló para hacerse necesario de una forma peculiar: tenía una especie de caja, un botiquín hechizo de madera del tamaño de un maletín, donde guardaba frascos, artículos de primeros auxilios. Con ese maletín ejercía de enfermero de sus compañeros.

—¿Cómo se le ocurrió hacer eso?

—No tengo idea —me dijo sonriendo. Me contó que más de una vez, después de una pelea entre alumnos, llamaron a Rimsky para curar a los heridos: «¡Llamen a Pocho!», decían y él corría con su maletín.

La costumbre de curar heridas y aplicar inyecciones perduraría. Cada vez que uno de sus alumnos presentaba alguna dolencia o necesitaba ser inyectado, Rimsky Rojas se ofrecía para hacerlo. Tan en serio se tomaba su rol que en una oportunidad se molestó porque un matrimonio de apoderados del Liceo San José de Punta Arenas no le había informado que su hijo, un alumno de su círculo de protegidos, sufría una irritación en el escroto que necesitaba curaciones. Después de reprender a los padres, él personalmente se ocupó de aplicárselas periódicamente. Los padres agradecían la preocupación que el sacerdote mostraba por la salud de su hijo.

—Cuando mi hermano cumplió doce años —continuó Trinidad— le dijo a mi mamá que quería entrar al seminario. Ella le respondió que cuando terminara el liceo hablarían del tema. Así fue: cuando terminó el liceo se fue al seminario.

—¿Qué pasó mientras tanto?

—No mencionaba el tema, hacía lo que todos los otros... Mi mamá siempre decía que su hijo iba a ser un gran hombre.

La decoración de la casa no combinaba con la apariencia ágil y despreñada de Trinidad Rojas. Parecía haber en ese ambiente doméstico más herencia de sus padres, a quienes cuidó hasta que murieron, que su propio gusto. En los rincones había mesitas ratonas con adornos, pequeñas figuritas

de loza y souvenirs. Uno de ellos simulaba un árbol dorado de unos quince centímetros, con ramas de las que colgaban minúsculos marcos ovalados con retratos de la familia, como frutos maduros a punto de caer o un racimo de uvas. Alcancé a distinguir el rostro de Rimsky Rojas en uno de ellos. La cara severa, el cráneo rapado, los anteojos redondos sobre su rostro moreno. El retrato se mecía con la brisa que se colaba desde la puerta. En el muro que Trinidad tenía a su espalda, colgaba una caja con un sable color plata. Su tamaño era desproporcionado en comparación con el resto de los adornos y el espacio total de la muralla. La caja era de madera pintada de azul marino, tenía una cubierta de vidrio y estaba dispuesta horizontalmente. El interior estaba forrado en un terciopelo oscuro que ayudaba a destacar el perfil del sable, como un ataúd en miniatura que, en lugar de exhibir un cuerpo, servía de vitrina para un arma. Al pie de la caja podían leerse los tres nombres del sacerdote: Rimsky Mario Alfonso. Cuando miré el sable, le pregunté a Trinidad si podía fotografiarlo. Su negativa fue inmediata y cortante.

—Es un regalo de la Armada, de cuando mi hermano fue capellán de la Escuela Naval —dijo Trinidad, sin mencionar que eso fue durante un breve periodo, algunos meses, después de dejar el cargo de director del Liceo San José de Punta Arenas en 2002 y antes de ser destinado a Puerto Montt en 2003. ¿Por qué duró tan poco? La gente que lo conocía me dijo que el rol de capellán en Valparaíso no debió parecerle satisfactorio. No había una comunidad que lo acompañara, ni tampoco era posible desplegar su talento como autoridad sobre un grupo de alumnos. Era una tarea que no le brindaba poder real, el que naturalmente recaía en la jerarquía de la Armada.

Uno de los aspectos que me interesaba tratar con la hermana del cura era el talento musical de Rimsky Rojas. Era algo que todos sus exalumnos mencionaban. Pensé que tal vez se lo debía a sus padres, pero Trinidad me aclaró que no. Me dijo que todos los hermanos habían formado parte de un grupo de música folclórica del liceo, uno de los muchos que comenzaron a surgir en los años sesenta en las escuelas públicas del país. Todos aprendieron guitarra y Ninoska, además, tocaba el arpa. Cuando le pregunté detalles, Trinidad me pidió que la disculpara, que de eso no iba a hablar. No insistí. Sin embargo, después averigüé que Ninoska había vivido en Suecia y que allí formó parte del grupo Cuncumén, los herederos en el exilio de una agrupación musical famosa en la que participó el propio Víctor Jara.

En un momento, Trinidad cambió de tema, su voz se hizo un hilo delgado y nostálgico:

—Cuando ellos entran al seminario, es como si dejaran de ser parte de la familia. Es como si los perdiéramos, es como si su nueva familia fuera la Iglesia.

—¿Qué le pasó en la pierna? Porque cuando murió, él usaba muletas —le pregunté, volviendo al momento del suicidio de su hermano.

—Se había fracturado el tobillo en un accidente doméstico, un accidente muy tonto...

—¿No le pareció extraño que se suicidara como lo hizo si tenía una pierna fracturada?

Se lo mencioné porque según los informes de la PDI, donde encontré la dirección de la casa, el suicidio le exigió a su hermano varios desplazamientos. Cuando supe los detalles me llamó la atención que pudiera hacer todo eso con una pierna fracturada. Trinidad se encogió de hombros, me respondió que sí, que le parecía raro y agregó un «pero» que se quedó flotando.

—¿Cómo se portó la Iglesia con ustedes después de su muerte?

—Muy bien, excelente.

En el momento en que comencé a prepararme para irme, la hija mayor de Trinidad intervino, me dijo que su tío era un buen hombre, que era de una sola línea, severo, como su abuelo. Hablaba con seriedad, como queriendo corroborar la versión de su madre: era su experiencia. Me mostró un par de fotografías de Rimsky Rojas. En una de ellas el sacerdote aparecía vestido de sotana junto a sus padres, en el antejardín de la casa. Era una foto de plano medio. Hernán Rojas, el padre, era un hombre sonrosado, robusto, canoso y sonreía con un gesto pícaro. La forma de su rostro no guardaba semejanza con el de su hijo, ni por el color de piel —el de Hernán era más claro y sanguíneo— ni por los rasgos. En la foto Berta ya sufría de alzhéimer, enfermedad que la deterioró en los últimos años de su vida. Parecía distraída, con la vista perdida, fuera de campo, como si su pequeña cabeza, enmarcada en una melena desordenada, no estuviera en ese lugar sino en otro, buscando algo que no acababa de encontrar. En otra fotografía Rimsky Rojas estaba en el mismo sillón de tres cuerpos en donde había estado sentado yo, solo que recostado, reposando la pierna con el botín ortopédico extendida a lo largo del merengue color mostaza. Era la primera imagen que veía de él sin sotana. Vestía polera, bermudas y la cabeza, que habitualmente llevaba rapada, estaba cubierta de canas que surgían como agujas cubriéndole el cráneo. Se veía hinchado, el rostro más redondo que ovalado, muy diferente a las primeras imágenes suyas que había visto en la prensa. La foto que me mostró la hija de

Trinidad fue tomada semanas antes de que se suicidara. También era un día de verano; la habitación tenía la misma luminosidad. Al verlo así, sin sotana, ni hábito ni cuello clerical, parecía como cualquiera de sus vecinos, como el que pintaba la reja cuando llegué al barrio, por ejemplo. Sin sotana era un hombre común y corriente, pensé.

Mientras nos despedíamos, Trinidad deslizó una advertencia: me dijo que ellos tenían el respaldo de la Iglesia frente a cualquier cosa que yo escribiera. Luego de eso me preguntó:

—¿Vas a dejar mal a mi hermano?

No le respondí.

2.

Los trofeos dispuestos en la vitrina de un viejo estante recuerdan que el Liceo 14, el lugar en donde estudió Rimsky Rojas, tuvo una época de gloria. El liceo que está a tres cuadras de la casa familiar de los Rojas Andrade, ahora lleva otro nombre debido a los cambios de políticas educacionales y ya no goza de ninguna fama. En otros años —mucho antes de que las escuelas públicas pasaran a ser administradas por los municipios durante la dictadura— sí la tenía. Al menos en el barrio. Durante los sesenta y setenta existió un equipo de básquetbol que ganó todas las copas que ahora lucen como rastros de una época de fulgor pasado. Las últimas joyas de una familia venida a menos estaban en esa repisa, sin brillo, opacas y mal dispuestas. Sobre la estantería cuelga un afiche con exalumnos ilustres: profesionales de la comuna, un empresario, un chef de cierta reputación y un senador de la República que incluso fue candidato presidencial. Aquellos trofeos en la salita del ex Liceo 14 parecían cumplir el mismo rol que el sable en el muro del living de la casa de Trinidad Rojas.

Entré al edificio y me guiaron hasta una habitación que servía de sala de espera para tres oficinas. Una de ellas correspondía a la del administrador, la persona a cargo de los archivos.

—Necesito encontrar las notas de un exalumno que egresó en 1973 —le dije al administrador luego de presentarme. Era un hombre canoso, vestido de *jeans* y camisa blanca, con las mangas recogidas. Me miró con una expresión de desconcierto. Era diciembre y se notaba atareado resolviendo trámites de fin de año escolar.

—Es para un libro sobre Rimsky Rojas, un exalumno de este liceo que luego se hizo cura, su padre fue inspector —le expliqué.

—Sí, claro, sé quién es... Me vas a tener que esperar —respondió haciendo un gesto simpático de quien está cargando con mucho trabajo al mismo tiempo.

Me senté en uno de los sillones de la sala. Mientras estaba ahí llegó un hombre a buscar los documentos de su hijo, también alumno del liceo. Era un trámite que trataba de resolver con una profesora que lo atendió en la misma sala. Entablaron una conversación que se me hizo inevitable seguir. Él era flaco, algo encorvado y estaba peinado con un fijador que le dejaba el pelo como una masa lustrosa y compacta. Debía tener unos cincuenta años, aunque conservaba un aspecto juvenil, inquieto, dispuesto a entablar conversación con quien se la propusiera. Llevaba una polera azul con el logo de una multitienda cosido en el bolsillo del pecho. Pensé que tal vez se dedicaba a atender público y por eso mantenía un talante despierto. Venía a retirar a su hijo del liceo y necesitaba un certificado, le dijo finalmente a la profesora que lo atendió. Ella le preguntó por las razones que tenía para llevar a su hijo a otro lugar y él, sin querer decirlo directamente, le explicó que había matriculado en ese liceo a su hijo solo por un año, porque lo habían expulsado de un colegio subvencionado. Ahora había encontrado matrícula en otro colegio de las mismas características. La mujer lo miró apesadumbrada. El hombre trató de compensar lo que de alguna manera estaba diciéndole —que quería que su hijo estudiara en un lugar con mayor prestigio— añadiendo que él era exalumno del liceo y que tenía buenos recuerdos. En un momento la profesora entró en la oficina del administrador. Decidí entonces saludarlo, presentarme para confirmar que él había estudiado allí. Le interesó que yo fuera periodista, «yo estudié locución», me dijo. Aproveché para preguntarle si en su época escolar había conocido a Hernán Rojas, el inspector. «Claro que sí», me respondió, «era un hombre temido, estricto», me dijo sonriendo y con gran entusiasmo. «Era gordo», apuntó inflando las mejillas y abriendo sus brazos como si fuera a atrapar una pelota gigante, «le decían “el Chanco”».

—¿Y a su hijo, Rimsky, lo conoció? Él egresó en 1973.

—No, no. Yo estuve aquí mucho después, a principios de los ochenta.

Interrumpimos la conversación cuando el administrador me llamó desde la puerta. Dentro de la oficina se movía hurgando archivos. Entendí que estaba buscando los registros que le había pedido. Lo hacía con agilidad. Salió de la sala. Lo seguí primero con la vista, luego caminé tras él. Mientras avanzaba me contaba que era difícil retener a los alumnos en el liceo, las familias

escapaban de la educación pública municipal en cuanto podían pagar un colegio subvencionado. Se lamentaba de que menos alumnos significaba cada vez menos dinero fiscal para el establecimiento.

Tras las reformas iniciadas en dictadura y continuadas en democracia, la educación pública sufrió un declive o, más bien, cayó en un despeñadero. El sistema segregó a tal punto los grupos sociales que era fácil distinguir tres estamentos: quienes se educaban en colegios privados, correspondiente a una minoría perteneciente a los sectores más acomodados; quienes lo hacían en colegios subvencionados, a los que el Estado pagaba según un número de alumnos y que hasta 2017 se les permitía cobrar mensualidad; y en la base de la pirámide, los establecimientos públicos, identificados, salvo raras excepciones, con los sectores más pobres de la población. La Iglesia católica mantuvo una presencia privilegiada en la cúspide del sistema. Los colegios de la élite chilena son, por aplastante mayoría, establecimientos católicos, con preponderancia de las vertientes más conservadoras: Opus Dei, Legionarios de Cristo, Schoenstatt. Hacia los sectores medios asegura su influencia de modos diferentes: a través de congregaciones, fundaciones y organizaciones, la Iglesia mantiene su presencia en el sistema particular pagado y subvencionado.

El administrador del liceo siguió caminando hasta la esquina donde estaba la puerta de la biblioteca, una sala cuadrada, amplia y sin gente que mantenían con llave. Me llevó junto a una estantería parecida a la que sirve de vitrina a los trofeos, pero llena de archivos. Buscó y dijo: «Aquí no está 1973, volvamos». Desandamos camino hasta otra oficina, el hombre siguió hablando mientras trepaba sobre una silla, hurgando en lo alto de un librero hasta que dio con un empaste oscuro.

—Aquí está. Este es el tomo de 1973. Revísalo —dijo con un gesto de satisfacción.

Mientras lo hojeaba, él continuó hablando.

—Conocí a Hernán, el padre de Rimsky, cuando volvió a trabajar al liceo luego de jubilarse en los ochenta. Dicen que tenía un amigo demócratacristiano en el Ministerio de Educación que lo ayudó a que lo recontractaran. Hernán era un inspector respetado por los alumnos. Tenía el rostro colorado y un vozarrón potente. A mí me desagradaban algunos comentarios que hacía sobre la apariencia de las mujeres, sobre colegas y sobre alumnas. Me parecían inapropiados —añadió haciendo una mueca de desprecio.

Busqué el nombre de Rimsky Rojas en las listas de los últimos cursos de ese año. Comencé revisando el cuarto medio A y recordé la manera habitual de ordenar a los alumnos en los liceos públicos: según su desempeño. Los mejores estudiantes solían estar juntos en los cursos de las primeras letras del abecedario, en este caso: cuarto A, cuarto B y cuarto C. Rimsky Rojas egresó del cuarto medio F. Revisé sus notas y me sorprendieron; apenas mediocres en todas las asignaturas. No parecía tener una fortaleza, ni siquiera en educación musical, pese a haber formado parte del grupo folclórico, según me había contado su hermana. El contraste entre sus propias notas como escolar y las exigencias que les imponía a sus alumnos —cuando fue director del Liceo San José de Punta Arenas hacía expulsar a quienes tuvieran bajo un 5,5 en su promedio final— me sorprendió. Antiguos alumnos y profesores que trabajaron con él me lo habían descrito como un hombre duro para juzgar el rendimiento intelectual de los estudiantes. Podía reprenderlos con insultos como «estúpido» si le parecía que su desempeño era insuficiente. Incluso, cuando era seminarista y organizaba grupos juveniles, solía llamar «cabezón tonto» a quien fuera más lento en obedecer las instrucciones. Sin embargo, lo que vi no fueron las calificaciones de un alumno brillante ni las de alguien con un talento especial. Eran las notas de un alumno del montón o derechamente las de un estudiante mediocre.

3.

El terreno que ocupa la Casa de Formación de la congregación salesiana, en Lo Cañas, abarca mucho más que una cuadra típica. Es una extensión enorme, difícil de abarcar con una sola mirada; está circundada por rejas, interrumpidas en tramos por muros de ladrillos, tapias y más rejas. Desde la vereda es posible ver algunas instalaciones; se distingue, por ejemplo, algo que podría ser un galpón, un gimnasio y un amplio jardín con una loma sombreada por cipreses. En los alrededores el silencio de casas quintas, parcelas de agrado y los caminos ondulantes de la precordillera. Rimsky Rojas llegó hasta allí en enero de 1974. En esa época la zona permanecía alejada del resto de Santiago. Trinidad Rojas me contaba que cuando ella, sus hermanos y padres lo visitaban, debían emprender un largo viaje en micro desde Gran Avenida hasta Américo Vespucio con Walker Martínez. Allí se bajaban y hacían dedo hasta que un auto los llevara al seminario. No existía transporte público que lo conectara con los bordes urbanos. Con el tiempo la

ciudad fue trepando, pero sin lograr alcanzar del todo el área que circunda la Casa de Formación. Los aspirantes que llegan suelen ser exalumnos de colegios de la congregación, muchos de provincia y solo algunos mayores de veinte años. La mayoría decide su vocación durante sus años escolares, la discuten con sacerdotes cercanos —un «acompañamiento espiritual» previo—, quienes los van encauzando durante el periodo de postulante. Para un sacerdote, sumar una vocación es un logro y hacerlo persistentemente, durante años, asegura prestigio y poder frente a las autoridades de la congregación y de la diócesis. Todo el proceso tiende a que los vínculos entre maestro y pupilo sean estrechos y perdurables.

El trámite para ingresar es a la vez simple —una carta de presentación, el permiso de los padres, recomendaciones religiosas— y complejo: las postulaciones son evaluadas internamente según variables ajenas a las que se acostumbran en el mundo laico. Una vez sorteado ese proceso, el aspirante ingresa al prenoviciado, en donde comienza los estudios académicos, que contemplan entre diez y doce años y que culminan en el teologado^[24]. En la congregación salesiana el prenoviciado se cursa en la Casa de Formación de Lo Cañas. Los siguientes años se trasladan a otras dependencias en Macul y luego vuelven a Lo Cañas.

Un exseminarista^[25] que me describió la rutina dentro del seminario, la comparó con el servicio militar, no tanto por el rigor del entrenamiento, sino porque toda la jornada está planificada de antemano. Todo está hecho para evitarle al novicio tomar decisiones. La jornada arranca a las siete de la mañana con un tren de tareas programado —baño, rezos, labores domésticas, clases, estudio y más rezos— hasta las nueve de la noche. Las asignaturas son introductorias a la «formación eclesial» e incluyen filosofía, latín, cristología e italiano. Además están las labores domésticas compartidas. La institución toma las riendas de las actividades del tiempo libre para educarlos en la obediencia. Es un proceso largo de asimilación a una forma de vida absolutamente diferente de la habitual. El seminario funde en el cuerpo y la mente de quienes llegan ahí la identificación total con la institución de una manera solo comparable a la del Ejército.

Al final del tercer año, los novicios deben hacer una solicitud para «ingresar» formalmente a la congregación, es decir, hacen votos públicos, prometen vivir como salesianos y pasan a ser religiosos. Algunos de ellos permanecerán en calidad de «religiosos consagrados», con alguna especialidad como profesores, mientras que otros buscarán convertirse en sacerdotes. En ese último caso el proceso culmina con la ordenación. En

cuanto a las materias académicas, los estudios se dividen en tres años de filosofía iniciales, dos años de tirocinio o práctica, y cuatro de teología finales.

Durante sus años como novicio, Rimsky Rojas logró reconocimiento por su talento musical. Solía animar reuniones cantando con su guitarra e incluso formó un coro de seminaristas. Con ese coro ejecutó la *Cantata Don Bosco*, una especie de himno de la congregación que exalta la figura del santo italiano y su predilección por la educación de los jóvenes. Una estrofa de la cantata muestra a los salesianos como los guías de una juventud desorientada:

*Juventudes que caminan sin saber dónde van,
Juventudes tan heridas: sin fe, sin paz, sin luz ni amor
Juan Bosco, oye nuestras voces.*

Rimsky Rojas hizo su práctica o tirocinio en Punta Arenas, durante 1977 y 1978, en el Liceo San José, bajo la dirección del sacerdote Luis Peragallo, quien es recordado por sus antiguos alumnos por su costumbre de pasearse por los baños mientras ellos se duchaban (con la excusa de vigilar que se asearan correctamente). La Región de Magallanes deslumbró a Rimsky Rojas. Allí aprovecharon nuevamente sus aptitudes musicales y le encargaron formar coros y agrupaciones que se presentaban en misas y actos oficiales. En lo sucesivo, él recordaría su primer paso por Punta Arenas como un periodo especialmente satisfactorio. En ese lapso también estrechó amistad con el obispo Tomás González, con quien se reencontraría décadas más tarde.

Durante los últimos años de formación, ya de vuelta en Santiago, Rimsky Rojas debió tomar cursos de teología en la Universidad Católica. Un furgón lo trasladaba a él y a sus compañeros desde el seminario al Campus Oriente de la universidad muy temprano en la mañana y los recogía pasado el mediodía. Esto me lo contó Manuel Cereceda, un hombre que conoció a Rimsky Rojas en esa época, cuando aún no había sido ordenado sacerdote. Cereceda estudió en un colegio salesiano de La Cisterna en los años setenta; en su adolescencia participó en actividades de la Iglesia, tanto por su vocación religiosa como por una suerte de activismo político solapado, opositor a la dictadura. Era parte de esa juventud a la que apeló Raúl Silva Henríquez cuando impulsó la Misión Joven. Me contó que acudía a la Casa Juvenil salesiana, un lugar en donde se reunían muchachos católicos de la zona sur de Santiago para colaborar en «tareas pastorales». Manuel Cereceda usaba ese vocabulario privado de la fe que solía desorientarme. Varias de esas fórmulas —«tareas

pastorales»; «formación espiritual»; «movimiento apostólico»— que utilizan de vez en cuando las personas religiosas me resultaban inasibles, resbalosas. Suelen ser dichas como quien dice la palabra «mesa» o «silla», con la seguridad de aludir a un significado concreto y evidente para el interlocutor. Sin embargo, yo escuchaba esas expresiones y me costaba encontrar en ellas un sentido específico, no alcanzaba a relacionarlas con una actividad determinada o con un contenido preciso. Entendí que esas fórmulas describían, por lo general, las distintas maneras en que podía manifestarse un tipo de relación jerárquica de alguien iniciado en la doctrina católica respecto de otros que necesitan ser guiados.

Lo que sucedía en la llamada Casa Juvenil —el lugar al que acudía Manuel Cereceda y sus amigos— lo comprendí entonces como proselitismo entre escolares secundarios de clase media y trabajadora, jóvenes que buscaban en la Iglesia un refugio religioso pero también político. Era tácitamente un punto de reunión en años de cerrazón del espacio público y persecución de militantes de la oposición, un oasis protegido por el poder de la Iglesia católica. Al mismo tiempo, este espacio les permitía a los salesianos mantener a los adolescentes bajo la tutela de la Iglesia, evitando una fuga hacia la izquierda no confesional.

Hay que recordar cómo era vivir en Chile durante los años inmediatamente posteriores al golpe de Estado: aquella fue la época en la que los servicios de inteligencia del régimen mantenían centros de detención y tortura; años de toque de queda intermitentes; un periodo en el que la tradicional sociedad jerárquica y conservadora chilena había retomado las riendas del poder, luego de la apertura relativa de las costumbres que significó el gobierno de la Unidad Popular. Las calles se habían vaciado, la oposición no existía públicamente y las primeras protestas masivas aún no se llevaban a cabo. Solo aparecerían en 1983. En ese ambiente, no era descabellado que un adolescente con inquietudes políticas y sociales cercanas a la izquierda percibiera que trabajar con la Iglesia era la manera más apropiada y segura de cumplir con su vocación de servicio.

Durante los últimos años de enseñanza media, Manuel Cereceda aspiraba a ser cura, incluso hizo el postulante y acudió a reuniones en la Casa de Formación salesiana de Lo Cañas, pero finalmente desistió: «Preferí ser un buen laico antes que un mal cura». La alternativa más cercana a una vida consagrada fue estudiar Teología en la Universidad Católica, algo que lo mantendría en contacto con el mundo religioso. Ahí, en 1979, conoció a Rimsky Rojas. Estaba seguro de la fecha porque fue el año en que los

alumnos organizaron una huelga luego de la detención de un seminarista de la congregación de los Sagrados Corazones. Había sido el primer paro en dictadura, recordó, para darme un contexto de los tiempos. La universidad decidió suspender por un semestre a todos los que participaron.

Cuando le expliqué mi interés por tratar de reconstruir la vida de Rojas, me contestó que él pensaba que todas las acusaciones en su contra no eran más que rumores: «Yo sabía que a Rimsky lo habían “medio acusado” de que parece que estaba “medio abusando de menores”», dijo mirándome con el gesto de alguien que desconfía frente a una afirmación incierta. Aunque le mencioné que conocía en detalle las acusaciones en contra de Rimsky Rojas, no me pidió que le explicara en qué consistían.

Pese a que se consideraba a sí mismo amigo del sacerdote, la mayoría de los recuerdos de Manuel Cereceda eran escenas fugaces que no alcanzaban a dibujar un retrato en detalle de la personalidad del cura, tampoco de sus gustos o hábitos. Su forma de hablar sobre Rojas solo cobraba nitidez cuando aludía a dos atributos que le gustaba repetir: «Era recto y meticulado». Lo dijo varias veces, con aplomo. Cereceda llamaba «Pocho» a Rimsky —tal como su familia—, aunque no sabía que era el diminutivo de su tercer nombre.

—En el seminario lo apodaban «el teléfono» —me contó con una sonrisa maliciosa.

—¿Por qué «teléfono»? —pregunté.

—Porque en esos años todos los teléfonos en Chile eran negros y él era muy moreno. —Fue el único momento en el que sonrió.

También me contó que Pocho había vuelto de su práctica pastoral en Punta Arenas, que concluyó a fines de 1978, con una gorra rusa, de cuero y lana, con orejeras. Solía usar esa gorra en invierno. Le pregunté sobre las conversaciones que mantenían, buscando algún detalle o certeza sobre sus preocupaciones de la época o sus costumbres. Lo que me respondió fue un brochazo general.

—Hablábamos de la universidad, de las actividades que se desarrollaban, de las colonias urbanas. Cuando estábamos en la Casa Juvenil nos íbamos de campamento por diez días. Eran grupos mixtos, íbamos a un refugio que tienen los salesianos en la cordillera, al interior de San Fernando. Me acuerdo de que en más de una oportunidad vi que Rimsky estaba allá, se quedaba prácticamente un mes completo, estaba a cargo de la disciplina. Hasta el día de hoy no creo, te lo digo sinceramente, no creo que Rimsky haya sido una persona que tendiese a abusar de menores. A mí no me calza que Rimsky

haya sido de esa manera, como también me cuesta creerlo de Audín, porque con ellos compartimos actividades pastorales.

Cuando mencionó a Audín, Manuel Cereceda se refería al sacerdote Audín Araya, condenado en 2014 a dos años de cárcel por dos delitos de abuso contra alumnos mientras era director del Colegio Salesiano de Concepción. Araya había sido compañero de Rimsky Rojas en la Casa de Formación, y como seminaristas habían trabajado juntos en colonias juveniles y grupos de catequesis. En ese ir y venir de salesianos entre los colegios de la orden a lo largo del país, Audín había pasado por Iquique, Santiago, Concepción y Puerto Montt.

Quienes conocieron a ambos los describen con rasgos muy distintos: mientras Rimsky Rojas siempre vestía de negro, usaba cuello clerical y tenía una actitud de censor con los alumnos, Audín Araya usaba ropa informal, era como un amigo comprensivo y explotaba el compadrazgo masculino, cierta rudeza viril en el trato y un grado de picardía que resultaba atractiva para estudiantes y apoderados. Era un modelo de «cura choro». «Todas las viejas se enamoraban de Audín», me comentó un exalumno suyo durante la época en que hizo clases en Iquique. Cristián Cabezas, un exsacerdote que trabajó y vivió con él cuando fue director del colegio salesiano de La Cisterna en Santiago, me dijo que mientras Araya estuvo a cargo de ese establecimiento, en los noventa, solía salir de noche y no volver a la residencia que compartían hasta la madrugada. Nunca le explicó dónde iba ni con quién. Cabezas —que dejó el sacerdocio para casarse— me dijo, además, que después de haber trabajado con él, supo que mientras Audín Araya estuvo en Iquique, hubo un incidente que jamás se hizo público, con un estudiante del Don Bosco de esa ciudad. El alumno dijo que Araya lo había masturbado.

Después de pasar por Iquique y Santiago, Audín Araya fue designado rector del Colegio Salesiano de Concepción. En ese colegio comenzó a guiar espiritualmente a tres alumnos de educación media. Araya era el encargado de acompañarlos en su discernimiento para postular al seminario. En 2008 esos tres estudiantes acudieron a hablar con un profesor laico del mismo colegio. A él le contaron que Audín Araya solía manosearlos y masturbarlos bajo la excusa de que soportar esos abusos era una especie de prueba de fe. Luego de escuchar a los alumnos, el profesor informó la denuncia al superior de la orden. La congregación decidió enviar a un sacerdote a Concepción para hacerse cargo. Las autoridades llegaron a un acuerdo con los tres jóvenes para que no acudieran a la justicia ni a los medios: le asignarían a Audín Araya labores en las que no tuviera contacto con menores de edad y lo obligarían a

seguir un tratamiento psicológico. Araya fue enviado a Colombia unos meses, pero pronto volvió a Chile. El retorno nunca fue comunicado a los alumnos que lo denunciaron y Araya fue trasladado a Puerto Montt a escondidas de ellos. En esa ciudad, a pesar del compromiso que la congregación tenía con los alumnos que lo acusaron, nuevamente trabajó con escolares. Los estudiantes que originalmente habían hecho la denuncia se enteraron por casualidad de que el sacerdote estaba otra vez en contacto con jóvenes; decidieron entonces acudir a la Fiscalía para iniciar los trámites en la justicia ordinaria. Audín Araya fue formalizado. Dos meses más tarde uno de sus denunciados se suicidó. Solo después de su muerte sus padres se enteraron de que él también había sido víctima del sacerdote.

Cuando leí sobre la muerte del muchacho abusado por Audín Araya, pensé que el suicidio era claramente un patrón de conducta en los casos de abuso clerical, una especie de fraseo repetitivo del que nadie parecía hacerse cargo. La estadounidense Janet Patterson estudió por su cuenta este patrón luego de que su hijo de veintinueve años se pegara un escopetazo en 1999. El chico había sido violado varias veces por un cura durante la adolescencia y luego internado de manera sucesiva por crisis de depresión, hasta que finalmente se mató. Patterson indagó en parroquias cercanas a la suya, buscó en archivos y entrevistó testigos. Logró registrar, hasta el año 2004, un total de ciento cuarenta y cuatro suicidios de hombres y mujeres que habían sufrido historias parecidas a las de su hijo. El suicidio también aparece como una salida para los sacerdotes victimarios; lo había sido para el propio Rinsky Rojas y para Rodrigo Allendes, el párroco de La Cisterna acusado de abuso que se colgó de un árbol y a quien luego reemplazó Cristián Precht. También fue la vía de escape del religioso René Aguilera, un cura diocesano de San Bernardo que logró notoriedad en 2007 cuando despidió a una profesora de un colegio a su cargo porque era lesbiana. Aguilera era el vicario de Educación. Tres años después fue acusado de manosear a un escolar de catorce años. Confesó el delito, sin embargo, antes de enfrentar a la justicia, Aguilera se colgó.

Todos estos hombres —Rojas, Allendes, Aguilera— estuvieron durante años a cargo de la formación de adolescentes.

Tras ser condenado y cumplir la pena, Audín Araya —o más bien una versión mucho más delgada y demacrada de sí mismo— fue trasladado a la Casa de Salud de la orden, el mismo lugar en donde se colgó Rinsky Rojas. Pese a las evidencias y a la condena de la justicia en el caso de Audín Araya, Manuel Cereceda insistía, durante la conversación que tuvimos, que a él le

parecía inconcebible que Rojas y Araya, dos hombres que él juzgaba correctos, hubieran sido capaces de cometer los delitos de los que se les había acusado. Mientras lo decía yo pensaba en los testimonios que había recogido hasta ese momento de personas que nunca se atrevieron a denunciar; una de las razones para no hacerlo —además de la vergüenza y el terror a las represalias— era justamente el miedo a una respuesta como la de Cereceda, la de los cercanos a quienes les parece inconcebible que los sacerdotes se comporten de esa manera: «¿Quién me va a creer a mí?», era una frase recurrente en estos casos. Entonces se me ocurrió invertir el argumento y preguntarle a Cereceda cómo debía ser un abusador. Qué rasgos públicos debería tener para que él creyera que esa persona sí cumplía con el perfil apropiado de alguien que juzgaría como sospechoso.

—Ese es el tema... —respondió relajando el gesto duro del rostro y cambiando la posición de su cuerpo en la silla—. Se llega a la conclusión de que uno conoce una parte de la persona y la otra ya definitivamente no la conoció nunca.

—¿Quién estaba a cargo del seminario en la época en que conociste a Rimsky Rojas? —le pregunté llevándolo a un terreno más concreto.

—El director del seminario era el actual cardenal, Ricardo Ezzati. Él era el encargado de la formación de los seminaristas. Me acuerdo bien porque, de hecho, cuando yo estaba en mi periodo de discernimiento, que no prosperó, el padre Ezzati fue mi director espiritual.

Ricardo Ezzati nació en Italia, pero fue ordenado sacerdote en Chile en 1970. Entre 1978 y 1983 fue director de la Casa de Formación de la orden, periodo que coincidió con los últimos años de Rimsky Rojas en el seminario. En 1984 la carrera de Ezzati continuó escalando cuando asumió como provincial de los salesianos del país^[26], cargo que ostentaría mientras Rojas fue profesor en Valdivia y en parte de su periodo en Punta Arenas. Luego vendría el ascenso en la jerarquía de la Iglesia. En 1996 fue nombrado obispo de Valdivia, en 2001 arzobispo auxiliar de Santiago y en 2010 arzobispo metropolitano de Santiago. En 2014 el papa Benedicto XVI lo elevaría al rango de cardenal.

—¿Cómo describirías al arzobispo Ezzati? —le pregunté a Manuel Cereceda.

—Es una persona súper llana, firme, muy recto, pero muy pastor. Ese es su norte —me respondió.

Sentí que dejó esa última frase en el aire, como si pudiera comprenderse por sí sola, así que le pedí más precisión:

—¿Qué me quieres decir con «alguien muy pastor», que sabe muy bien cuál es «su norte»?

Nuevamente se me escabullía el sentido de la figura usada por Cereceda. Quería que me describiera un rasgo de carácter. Él me miró desconcertado, debí parecerle torpe, buscó rápidamente una explicación y respondió:

—Mantener firme las directrices de la Iglesia, las defiende, él es súper claro en los principios que tiene la perspectiva de la doctrina de la fe y la va a defender hasta el final —dijo en tono firme y perentorio, como quien eleva una advertencia.

Ezzati era el director del teologado durante los últimos años de formación de Rimsky Rojas. Según un antiguo religioso salesiano, que luego de dejar la congregación se dedicó a la pedagogía, en la etapa final hubo dudas sobre la idoneidad psicológica de Rojas. Este exreligioso —que me pidió reserva de su nombre— me aseguró que Rimsky Rojas fue sometido a un peritaje psicológico con el profesional al que usualmente los salesianos le encargaban este tipo de exámenes. Los resultados de ese peritaje fueron desfavorables y se habría recomendado evitar que Rojas fuera ordenado sacerdote. Sin embargo, la autoridad del momento desechó la recomendación. Según me explicó el hombre que me confió la información, «la decisión al respecto (de ordenar o no a un seminarista) no pesa exclusivamente en el director o el provincial, pero su parecer es gravitante, además hay textos normativos de la congregación, específicamente la *Ratio*, que dan indicaciones específicas para tales casos. Rojas era una persona rigorista, muy ególatra y autorreferente, además con un gran autoritarismo»^[27].

4.

Audín Araya no fue el único antiguo compañero de seminario de Rimsky Rojas acusado de abuso. Hubo varios más. La diferencia con otros sacerdotes acusados es que la situación de Araya se hizo pública cuando llegó a la justicia ordinaria, como ocurrió con Rimsky Rojas en 2010. El resto permaneció bajo el secreto de los procesos canónicos y el recato impuesto por la congregación.

Gracias a relatos de antiguos seminaristas fui registrando acusaciones en contra de curas que nunca fueron reveladas ni a las comunidades en las que se desempeñaron ni menos a la opinión pública. Eran todos sacerdotes formados entre los setenta y los ochenta, que en algún momento habían sido

denunciados a la justicia canónica. El destino de esos casos permaneció oculto.

El sacerdote Tomás Aguayo es uno de ellos. Aguayo llegó a ser superior del posnoviciado y era un referente para Latinoamérica en el ámbito de la formación de novicios, cuando fue acusado por Juan Carlos Alvial, un seminarista que había ingresado a la Casa de Formación de los salesianos en 2003 y que fue su pupilo desde 2005. El sacerdote era el «formador espiritual» de Alvial y como tal debía reunirse con él de manera periódica a conversar sobre su vocación y sus inquietudes religiosas. Las reuniones eran en la oficina del cura, un lugar que Alvial me describió como «oscuro, casi místico». Allí el sacerdote inició una avanzada física persistente, que partió con caricias en la pierna, continuó con intentos de besos y culminó con una propuesta de sexo. Todo eso, supuestamente, era una prueba de fe. Alvial se negó a tener sexo con su director espiritual y le contó lo sucedido al maestro de novicios y luego al superior. No hubo una respuesta inmediata; le sugirieron que tal vez él había malinterpretado a su formador. Alvial insistió con los superiores cuando encontró más antecedentes sobre el comportamiento inadecuado del sacerdote. Finalmente Aguayo fue relevado de sus funciones, enviado a Argentina por un tiempo y luego, en 2010, reintegrado a trabajar con jóvenes en Chile. Durante más de una década Juan Carlos Alvial trató de saber en qué había quedado el proceso en contra de Aguayo, sin que la congregación le diera una respuesta clara. Al final renunció a la vida religiosa y siguió su vida como profesor fuera de la Iglesia. En 2011, cuando Alvial ya no era parte de la congregación, fue contactado por el sacerdote salesiano español José Miguel Núñez, enviado a Chile en una «visita extraordinaria». El sacerdote español era el encargado de elaborar un informe sobre diversas irregularidades de la congregación en nuestro país. Ambos se reunieron. Juan Carlos Alvial me aseguró que ese informe recogía casos de todo Chile.

—¿Dónde está ese informe?

—Lo tienen ellos.

—¿Y se puede acceder a él?

—No. Lo tienen ellos.

El segundo coetáneo de Rimsky Rojas involucrado en acusaciones de abuso que encontré fue el sacerdote Juvenal Castro, un cura popular entre los estudiantes de colegios salesianos de Santiago durante los ochenta. Castro formó y lideró una comunidad secreta de jóvenes adolescentes autodenominada «Los Músicos», un nombre que, según me explicaron, hacía

referencia a las enseñanzas de Don Bosco. Era una «invitación a ser santos», me dijo un exalumno que integró el grupo. Juvenal Castro les exigía a los integrantes mantener el grupo en secreto, ninguno debía reconocer frente a otros que tal grupo existía. Gracias a este particular movimiento secreto, el sacerdote logró muchas vocaciones sacerdotales para la congregación, con lo que se incrementó su poder dentro de los salesianos.

A principios de los noventa Juvenal Castro fue nombrado director de la casa del prenoviciado de la congregación, o sea, era la máxima autoridad de la primera etapa del seminario. Tuvo ese cargo hasta 1995. Ese año hubo varias denuncias de novicios que fueron recibidas por el sacerdote Bernardo Bastres, en ese entonces superior de la Casa de Formación, es decir, la máxima autoridad de todas las etapas del seminario. Como consecuencia, Castro fue removido y trasladado súbitamente a Punta Arenas, como encargado de estudios del Instituto Don Bosco de esa ciudad, un rango con labores bastante más opacas que el anterior. La mayor parte de los novicios de esa generación desertó de la vida religiosa: de los veintisiete que habían ingresado en 1994 solo uno se ordenó. Lo que ocurrió exactamente solo se puede reconstruir a través de los testimonios de exalumnos de Castro.

Juan Carlos Vergara fue alumno de Juvenal Castro en el colegio Manuel Arriarán, el liceo salesiano de La Cisterna. Allí lo conoció como un sacerdote de personalidad atractiva, pero nunca tuvo un trato cercano con él. Luego Vergara se lo encontró en 1994, cuando ingresó al primer año del seminario, justo un año antes de las denuncias que alcanzaron al sacerdote. Vergara me contó que en un principio la relación con él fue amistosa, lo consideraba un hombre con atributos de líder carismático. Sin embargo, esa imagen se fue empañando con el paso de las semanas y la convivencia diaria. Durante las comidas, Juvenal Castro aludía a las rivalidades entre curas, historias de pequeñas zancadillas y disputas soterradas, se ensañaba además contra un sacerdote mayor que vivía en la casa y a quien sentía como un estorbo. Predisponía a los novicios en su contra, asegurando que solo estaba allí para espiarlos, sin mencionar qué podría espiar ni por qué.

Con el correr de los meses las charlas diarias acabaron internándose en aspectos más íntimos de la vida del sacerdote. Juvenal Castro llegó a confiarles a los novicios, en medio de un almuerzo, que su propia vocación de sacerdote fue empujada más por la necesidad que por la fe. Les contó que su padre era panadero y su madre empleada doméstica y que él había estudiado becado en el Colegio Arriarán de La Cisterna. Mientras estaba en los últimos años del colegio sintió inquietud por su situación: era un buen alumno, pero

sabía que una vez que se graduara de cuarto medio, sus padres no podrían mantenerlo para continuar sus estudios en la universidad. Sus únicas alternativas serían trabajar y vivir la vida que sus padres habían llevado, o ser cura. «Nos terminó confesando que había sido cura porque no tenía otra opción en la vida», me contó Vergara. En otra ocasión, Castro recordó que durante los últimos años en el teologado, los seminaristas de su generación — entre los que estaba Rinsky Rojas, Audín Araya y Tomás Aguayo— comenzaron a jugar tratándose entre ellos con nombres femeninos. Ese tipo de confianzas eran interpretadas por la mayoría de los novicios como rasgos de un carácter abierto y atractivo, propios de un «cura choro». Para Juan Carlos Vergara, sin embargo, acabaron sumando argumentos a sus dudas vocacionales. En diferentes ocasiones se enfrentó a Castro por arbitrariedades en las que el sacerdote hizo pesar su autoridad. Finalmente, Vergara se retiró del seminario en 1994. Meses después sus antiguos compañeros de seminario le contaron un incidente: un novicio había corrido durante la noche hasta la casa del superior de la congregación para informarle que el sacerdote y un grupo de novicios mantenían relaciones sexuales. La trama incluía abusos del cura.

El relato de Juan Carlos Vergara coincide con el de Roberto Avendaño, profesor y exalumno de Juvenal Castro. Cinco años mayor que Vergara, Avendaño estudió en el mismo colegio salesiano que él durante los años ochenta y fue parte de Los Músicos, aquella cofradía secreta formada por el cura. «De ese grupo debimos haber entrado unos cinco o seis al seminario», me contó Avendaño, que ingresó en 1989, cuando tenía diecinueve años. A diferencia de Vergara, que alcanzó a estar solo un año como novicio, Avendaño persistió. Cursó todas las etapas necesarias para formarse como religioso consagrado —no estaba en sus planes ordenarse como sacerdote—, e incluso fue enviado a Roma para profundizar en sus estudios de filosofía.

En 1995 Avendaño cumplía su periodo de práctica o tirocinio en Punta Arenas, en el Liceo San José, bajo las órdenes de Rinsky Rojas, cuando Juvenal Castro llegó a la ciudad castigado. Según Avendaño, todos los religiosos de la congregación sabían que Castro había sido degradado luego de lo ocurrido en el seminario: fue removido de su cargo y destinado a trabajar como coordinador de estudios del Instituto Don Bosco, el establecimiento que los salesianos mantienen en Punta Arenas, orientado a alumnos de menos recursos. Avendaño me contó que pese a haber sido compañeros de seminario, o quizás por eso mismo, Rinsky Rojas y Juvenal Castro mantenían una fuerte rivalidad. Habían competido durante años por la

fama y el reconocimiento dentro de la congregación. Los trofeos de esa competencia eran la cantidad de alumnos que guiaban desde el colegio hasta el seminario. Cuando Juvenal Castro fue denunciado y cayó en desgracia, la noticia le sirvió a Rimsky Rojas para proclamarse triunfador en la pulsada.

Roberto Avendaño visitó a Juvenal Castro, a quien consideraba su amigo. Ambos conversaron y el propio Castro reconoció su falta sin entrar en detalles. Hubo acusaciones de abuso, pero ¿en qué consistieron? ¿Durante cuánto tiempo ocurrieron? ¿A cuántas personas involucraron? Todos esos pormenores nunca fueron aclarados porque nadie pudo preguntar: la comunidad escolar del Instituto Don Bosco no fue informada de la verdadera razón por la cual Juvenal Castro había sido trasladado y los antecedentes son parte del secreto que resguarda las investigaciones internas de la Iglesia.

Le pregunté a Roberto Avendaño sobre la formación sexual que recibían en el seminario y me dijo que no se hablaba de sexo, al menos no abiertamente ni en público. Me explicó que se hablaba de «cuidar al hermano» y de la existencia de «situaciones». Cuando le pedí mayor claridad respondió con ese modo elusivo que ya se me había hecho familiar:

—Había muchas «situaciones» de los internos que se trataban con un halo de misterio. No había transparencia. Pasé doce años dentro, así que a mí no me cuentan cuentos. Tiene que ver con una mentalidad interna. Por un lado la homosexualidad de algunos y por otro la tendencia a la pedofilia. Eran temas vedados, en el sentido de que no se conversaban abiertamente. Cuando uno decía: «Fui a la capilla y me gustó una mujer», lo primero que decían los curas era que se trataba de una crisis vocacional. Ponían todo el armazón, te cuestionaban y te presionaban. Pero si alguien iba y decía: «Me gusta un compañero o me di un beso con un compañero», entonces la respuesta era que no había de qué preocuparse, porque en ambientes cerrados eso pasa, como en las cárceles pasa, y recomendaban cultivar la amistad.

—¿Lograbas identificar un grupo de heterosexuales y un grupo de homosexuales?

—Sí. Con la convivencia en un mismo espacio físico uno se va ubicando. Hay miradas, acciones, actitudes y situaciones. Se formaban amistades que uno se preguntaba: «¿qué es esto?». Había algunos que hacían prácticamente una vida de pareja.

—¿Alguien lo decía explícitamente?

—No, de decirlo no. Todo era callado.

—En proporción, ¿cuántos de tu grupo eran heterosexuales y cuántos no?

—Yo calculo que cuarenta por ciento eran homosexuales o habían tenido experiencia homosexual.

La conversación con Roberto Avendaño fue una mañana soleada de sábado, en los jardines que rodeaban la torre de departamentos en donde vivía con su familia. En un momento tuve la sensación de que aparte de su experiencia como alumno y amigo de Juvenal Castro en Santiago y subordinado de Rimsky Rojas durante su práctica profesional, necesitaba contarme algo más que no estaba en mis planes. Finalmente lo hizo, luego de una hora de entrevista. «Esto es más doloroso todavía», me anunció, como dándose ánimo para seguir. En 1994, antes de partir a Punta Arenas, en la congregación le pidieron que ayudara en un proyecto nuevo de los salesianos, una hospedería para niños de la calle, llamada Don Bosco y ubicada en calle Cumming. Era un lugar en donde los niños podían llegar a comer, jugar y asearse durante el día. Aunque no incluía alojamiento, todo estaba dispuesto para que los muchachos pudieran pasar el día allí. Como parte de sus labores, Roberto Avendaño debía ir hasta esa casa por las tardes junto a un compañero y ayudar en las tareas domésticas. El sacerdote a cargo era el salesiano Manuel Fajardo.

—Los niños llegaban en la tarde, nosotros los recibíamos, comían, y se iban a duchar. Yo pensaba que cuando ellos bajaban a ducharse entraban a un baño con regadera. Y no, el cura los duchaba, agarraba una manguera y los enjabonaba tocándoles el cuerpo. Uno a uno. Cuando nosotros empezamos a ver que el cura agarraba la manguera y los lavaba, con un compañero nos miramos y lo encontramos extraño, raro. Lo comentamos entre nosotros: esto es súper delicado. Le dijimos al superior y nosotros nos desentendimos.

—¿Quién era el superior?

—Bernardo Bastres. Él supuestamente iba a hablar con Fajardo. Nosotros éramos subalternos, entonces era complicado meterse con la autoridad. Por eso hablamos con el superior. Fajardo cambió la actitud. Una vez volvimos y él ya no los jabonaba. Pero nosotros empezamos a compartir con los niños que estaban toda la semana con él y ahí nos dimos cuenta de que tenía dos chiquillos regalones. Ya nos habíamos dado cuenta de cuál era el «picho» del cura, al que lo vestía, el que tenía privilegios respecto del resto.

Roberto Avendaño pidió entonces que lo destinaran a otras labores, no quiso seguir ahí. Así sucedió. Años más tarde recibió una llamada: le pedían dar su testimonio durante un proceso canónico contra Manuel Fajardo. Prestó declaración. Contó lo que había visto aunque nunca le informaron cuál era la acusación que existía contra el sacerdote, ni quién la había hecho. ¿Alguno de

los niños de la hospedería? ¿Los favoritos que recibían todas las atenciones? ¿Algún otro religioso?

—¿Cuándo te retiraste definitivamente? —le pregunté a Roberto Avendaño luego de que me relatara el caso de Fajardo.

—Me retiré el 2007.

—¿Te retiraste porque querías casarte?

—No, yo creo que me agoté. Llega un momento en que te preguntas de qué se trata todo esto. Porque a mí me mandaron a Roma a estudiar. Con lo que vi acá y con lo que vi en Roma dije, mejor retirarme.

—¿En Roma también?

—A otro nivel. Es macabro.

Además de las acusaciones sobre Audín Araya, Tomás Aguayo, Juvenal Castro y Manuel Fajardo, recopilé testimonios sobre otros tres sacerdotes salesianos —S.A., I.G., y D.L.—, compañeros de generación de Rimsky Rojas que, en distintas épocas, fueron denunciados a la justicia canónica por abusos. También encontré información sobre un sacerdote mayor de iniciales J.Q. y uno más joven de iniciales C.O. Cuando intenté buscar algo en común, más allá de la edad y la generación, entre Rojas, Araya, Aguayo, Castro y Fajardo, varios exseminaristas mencionaron al sacerdote Sergio Body. Me indicaron que él fue director espiritual y formador de todos ellos durante los últimos años de la década del setenta y a principios de los ochenta. De hecho, cuando Rimsky Rojas viajaba de visita a Santiago se alojaba en la casa que ocupaba Body.

El sacerdote Sergio Body fue, además, quien reemplazó a Rimsky Rojas en la dirección del Liceo San José, cuando Rojas salió de Punta Arenas rumbo a Valparaíso para asumir como capellán de la Escuela Naval. Body tomó entonces la dirección del liceo entre el año 2003 y 2006. En 2007 Body fue reemplazado en ese cargo por Juvenal Castro.

5.

Durante las entrevistas para este libro hice muchas veces esta pregunta: «¿En qué momento de su formación hablan de sexo?». No solamente se la formulé a Roberto Avendaño, el exreligioso salesiano, sino a la mayoría de los sacerdotes, exsacerdotes y exseminaristas con los que me reuní. La incorporé a mis cuestionarios luego de leer *Perversion of Power: Sexual Abuse in the Catholic Church*, un ensayo de la psicóloga estadounidense Mary Gail

Frawley-O'Dea. En ese libro la psicóloga hace un análisis pormenorizado de los abusos que le tocó conocer como especialista luego de ser invitada por la Iglesia estadounidense a participar de una conferencia sobre el tema. Frawley-O'Dea —de familia irlandesa y criada en el catolicismo— había hecho una carrera clínica concentrándose en atender a víctimas de abuso sexual, pero sin estudiar específicamente la variable religiosa. Sin embargo, luego de conocer a los obispos estadounidenses, observar y escuchar su forma de pensar sobre el tema, indagó en distintos casos y se sorprendió al comprobar que al menos hasta la década de los ochenta la formación de los sacerdotes no contemplaba la sexualidad humana como un tema de relevancia; más bien era un asunto del que derechamente no se hablaba. Un patrón similar pude constatar, aunque en una escala modesta, entre mis entrevistados religiosos.

Concluí que hasta los años noventa en los seminarios no abordaban el sexo en los términos que yo había imaginado: hablar claramente del tema con hombres jóvenes que ingresaban a una institución que les exigía abstinencia sexual. Yo hubiera pensado que un aspecto fundamental era entender las expectativas que esos hombres tenían sobre su deseo y la manera en que lo encauzarían viviendo en condiciones extraordinarias: retirados del mundo, en compañía de otros varones y dejando en manos de la institución gran parte de las decisiones sobre sus propias vidas. Suponía que en un régimen en donde el sexo estaba tan presente por defecto, debido a la exigencia de castidad y celibato, este sería un tema central. ¿Cómo lidiar con lo inevitable? ¿Qué experiencia tenían? ¿Qué lugar ocupaba la actividad sexual en sus vidas antes de ingresar? Lo que encontré es que esas conversaciones, a partir de preguntas como estas, no existían. Varios exseminaristas salesianos me contaron, por ejemplo, que solo en una oportunidad habían hablado con un psicólogo del asunto antes de ingresar al seminario. En los años siguientes no se volvió a tocar el tema. Un par de sacerdotes interpretaron mi pregunta de una manera curiosa, pensaron que me refería a bromas sobre sexo y respondió uno con sonrisas pícaras y otro muy molesto por el atrevimiento. Un exreligioso, en tanto, me contó que en el seminario que él conoció había un novicio encargado de revisar las sábanas cada mañana para pesquisar manchas sospechosas: era la manera de enfrentar la masturbación, como una policía de la intimidad.

Progresivamente fui entendiendo que, en esas condiciones, el deseo sexual, antes de ser una experiencia propia que valía la pena entender, era un asunto que se debía mantener a raya, ignorar o derechamente negar. Pude comprobar, además, que existía un estilo para abordar el sexo entre los

clérigos que se dedicaban a la educación de adolescentes, que tendía a concentrarse en la caricatura genital como fuente de burla. Esta forma se me hizo patente cuando conocí los pormenores de las clases y retiros organizados por el jesuita Jaime Guzmán, cuyas confesiones se concentraban en historias de «pajitas» y que se hizo conocido por los apodos con los que nombraba a los genitales masculinos: «guayayo» y «pichulita». Guzmán fue el encargado de formar a varias generaciones de adolescentes con esa mirada sobre el sexo, una perspectiva que era reforzada con el ensalzamiento del matonaje a los alumnos que no respondían a sus ideales de masculinidad o a la clase social que él consideraba adecuada. Todo esto era avalado por sus superiores. Otros jesuitas hacían referencias vulgares al sexo como una manera de simpatizar con los alumnos, lo que incluía burlas a las relaciones homosexuales y formas pintorescas de referirse a la erección o la eyaculación.

Mi sorpresa no era mojigatería, sino desconcierto. Durante décadas había escuchado y leído a sacerdotes y psicólogos católicos criticar los programas laicos de educación sexual para escuelas públicas, porque según ellos, enfatizaban la genitalidad, y lo que encontraba una y otra vez en los testimonios de alumnos varones de colegios católicos era justamente una reducción de la sexualidad a los genitales, la caricatura y la burla. Habría esperado otra manera de referirse al tema, aun más, otra manera de hacer bromas, en privado, de acuerdo con la edad y la educación de los involucrados. En la misma línea, el cura diocesano Miguel Ortega era conocido por bautizar el pene de algunos de sus alumnos, de los colegios en los que trabajó y dirigió, con un nombre de fantasía. Les llamaba «Juanito» o «Manolito» y luego les preguntaba por esos nombres a los muchachos —«¿Cómo está Juanito?»—, o derechamente los acompañaba al baño para «saludarlo», como quien visita a un pariente. Tan persistente era la preocupación de Ortega por el cuerpo y los genitales de los estudiantes que se ganó el apodo de «Migay Ortega»: es decir, los adolescentes acabaron asimilando las obsesiones del sacerdote con el comportamiento usual de los hombres homosexuales.

Rimsky Rojas, por su parte, solía decirles a sus alumnos que lo único en lo que pensaban era en la vagina, sin nombrarla, sino que haciendo con la palma de las manos la forma de una vulva que se abría y se cerraba. «Esto es lo que tienen en la cabeza», les decía con una sonrisa, llevando las palmas juntas frente a su cara, haciendo un gesto y enseguida burlándose al decirles: «Ustedes se quieren masturbar con vaginas».

Consideré aquel estilo de tratar el sexo en su rol de profesores como un síntoma de algo anterior a ellos. ¿Por qué hombres adultos que tenían la labor de educar tenían una aproximación tan infantil a algo tan relevante? ¿Por qué llegaban a pensar que era una estrategia adecuada usar con escolares un lenguaje caricaturesco para referirse al deseo y al cuerpo? ¿Era la manera de ser considerados modernos o era solo la expresión de un conflicto interno jamás resuelto? En varias ocasiones, cuando quise hablar de la formación sexual en los seminarios con curas, sus respuestas o su manera de enfrentar el tema era justamente la que tendría un adolescente que, incómodo ante el tema, se escuda en la risa o el espanto. Entendí que dentro del seminario el deseo sexual se transformaba en el elefante que todos pretenden ignorar, pero que se mece en medio de la habitación, haciendo crujir la tabiquería de manera tan persistente que acaba transformándose en un ruido de fondo que nunca se extingue. Los seminaristas se ordenan y salen al mundo a guiar personas que confían en ellos. Hay gente que pone en manos de hombres que tienen una manera torcida de vivir su sexualidad y de ejercer su poder los asuntos más relevantes de su vida e incluso la educación de sus hijos.

El exsacerdote salesiano Héctor Berenguela fue testigo de esta cultura de silencio sobre la actividad sexual dentro del seminario. Berenguela entró al prenoviciado a mediados de los ochenta, cuando tenía cuarenta y dos años, una edad inusual, y fue ordenado cuando rozaba los cincuenta años, lo cual lo convierte en una fuente peculiar: sus observaciones sobre la vida en el seminario son las de un hombre adulto que ya ha tenido una vida, y no las de un jovencito que apenas ha salido de su casa familiar. Cuando Berenguela llegó al seminario le pidieron hacerse cargo de la disciplina de un campamento juvenil. Fue la primera vez que vio conductas inapropiadas. Berenguela me contó que el sacerdote a cargo del campamento se encerraba con muchachos durante horas: «Iban postulantes, jóvenes con vocación. Fueron quince chiquillos, de los cuales solo uno quedó. Después, cuando yo estaba haciendo el teologado, vi varias cosas».

—¿Como qué cosas? —le pregunté.

—Cosas que pasan entre hombres ahí en el teologado. Ricardo Ezzati era el superior en esos momentos, él hizo una visita al teologado y pedí hablar con él. Le dije lo que pasaba y lo que había visto y que por eso me quería retirar. Entonces me respondió: «Si tú te vas, ¿entonces quién va a luchar por esto?». Con eso me comió el orgullo. Cuando hablé, muchos años después, me pusieron la mano en la boca.

Cuando Berenguela dijo que le habían tapado la boca, se refería a lo que ocurrió a partir de 2001, cuando apoyó la denuncia de abuso en contra del sacerdote salesiano Antonio Larraín, mientras vivía en Porvenir. En lugar de cuadrarse con el cura Larraín y guardar silencio, como lo había ordenado el provincial de la congregación, Berenguela se reunió con apoderados, quienes le aseguraron que el sacerdote había abusado de una niña de nueve años y de los hijos de otras dos familias que no se atrevieron a denunciar porque temían represalias de la Iglesia. Héctor Berenguela prestó declaración ante la justicia y se ganó la antipatía de las autoridades de la congregación. El sacerdote fue reprendido por Bernardo Bastres, que en ese momento era el superior de los salesianos y que unos años después asumiría como obispo de Punta Arenas. «El superior me recordó que la única voz autorizada en este tema era el vicario del obispado, el padre Rimsky Rojas». Esta política de defensa corporativa quedó fijada por una carta que Bernardo Bastres envió a los sacerdotes de la región y que en un pasaje dice lo siguiente: «Conocemos la historia de Magallanes y sabemos que ha existido una serie de situaciones donde han querido manchar la buena fama de algunos de nuestros hermanos. Conocemos al P. Antonio y sabemos de su trayectoria. No nos debe extrañar que estamos frente a calumnias y cuentos cuyo objetivo es hacer mal a un hermano nuestro. Por nuestra caridad fraterna, debemos cuidar y defender a los hermanos. Por ello, me parece oportuno que tengamos un sentido colegial hacia la persona del P. Larraín. No podemos ser nosotros los que hagamos eco de tales rumores, o tal vez sembrar nuestra duda o perplejidad».

En 2003 Berenguela abandonó la congregación, volvió a vivir a Cerrillos, a la casa que alguna vez fue de sus padres y a ganarse la vida con trabajos de contabilidad y «terapias de energía», una especie de *reiki* que practicaba para sanar dolencias físicas. Después de relatarme la historia de la acusación contra Larraín le pregunté si había más sacerdotes que en esos años hubieran dejado la congregación, y me dijo que el mismo año que se retiró él, otros diez curas se fueron.

—En una reunión en Lo Cañas quisimos hablar con el superior y le dijimos: «Padre, ¿por qué no sacan a estos sacerdotes?, nos están haciendo daño, piensan que todos somos maricones». Cuando pasó el tiempo Bernardo Bastres sacó a dos, uno de ellos que estaba en el museo de Punta Arenas y otro en La Cisterna. Los sacó y les regaló a cada uno un departamento.

Berenguela me dijo que había conocido a Rimsky Rojas superficialmente en la Casa de Formación, y que recordaba una velada en la que Rimsky y su hermano Miguel cantaron. Luego se lo volvió a encontrar en el sur, cuando

ocurrió lo de Antonio Larraín. El provincial de la congregación le encomendó a Rimsky Rojas alinear a todos los sacerdotes salesianos de Magallanes para que no hablaran y apoyaran al sacerdote acusado de abuso. Rojas cumplió tan bien el cometido que fue felicitado en una carta que el provincial envió a todos los religiosos. «En Punta Arenas —contó Héctor Berenguela— Rimsky vivía como príncipe, su casa era un hotel cinco estrellas comparada con la casa que ocupábamos los que estábamos en Porvenir».

Mientras conversábamos reparé en el modo en el que Berenguela narraba su historia. Lo hacía recreando los diálogos que había mantenido con las personas a las que se refería con un estilo teatral; asumía las voces de sus interlocutores y las hacía parecer pequeñitas o ridículas en comparación a la suya, siempre firme y potente. Un par de veces remató sentenciando que, al final de todo, siempre estaba la justicia divina. En un momento me mostró una guía de los sacerdotes salesianos, una libreta que cumplía la función de índice en donde figuraba el lugar y el rol que cumplía cada cura de la congregación. Ahí me indicaba a curas que habían sido trasladados por denuncias. Junto a algunos nombres del índice, Berenguela había puesto un punto azul. Le pregunté la razón y me respondió que era para identificar a los sacerdotes homosexuales; me habló de ellos en tono burlón, me los nombraba primero por su nombre y luego por el apodo femenino con el que eran conocidos dentro de la congregación. También estaban marcados los que tenían relaciones con mujeres. Le pregunté si antes de entrar al seminario había tenido novia, mal que mal había ingresado a los cuarenta y dos años, y aunque me había contado sobre su trayectoria anterior —contador, cursó estudios en Bellas Artes, fue funcionario público, desempleado después del golpe del 73 y con empleos esporádicos durante la dictadura—, en su relato no aparecía una historia romántica. Me respondió que tuvo dos relaciones largas que no prosperaron.

Me aseguró que mientras fue sacerdote, en las parroquias siempre hubo alguna mujer, la mayoría casada, que le proponía mantener una relación clandestina, pero que él rechazó todos esos ofrecimientos. Detallaba esas historias con severidad, se jactaba de su corrección moral. Mientras hablaba de esas mujeres pensé en el vínculo que suelen establecer los sacerdotes con las mujeres católicas, aquellas que frecuentan las parroquias y se encargan voluntariamente de asistir a los curas. La manera en la que esas dos figuras se relacionan: por un lado, un hombre obligado al celibato que supuestamente goza de una sabiduría especial que puede guiar las vidas ajenas y, por otro, alguien a la que la tradición mantiene en un sitial secundario, silencioso y

obediente y cuyo principal rol, en ese marco cultural, es el de la maternidad o la contemplación. Mujeres que se acercan al cura y establecen un vínculo peculiar, no sentimental ni romántico, sino más bien de complicidad y socorro mutuo, algo que había observado en diferentes ambientes y luego leído como parte de la biografía de algunos de los sacerdotes abusadores como Marcial Maciel, Fernando Karadima o el legionario John O'Reilly. Todos ellos sostenían un discurso conservador que ponía a las mujeres en un lugar secundario. Ninguno de ellos habría concebido apoyar el ingreso de mujeres al sacerdocio; sin embargo, se habían encumbrado gracias al apoyo de mujeres católicas de familias distinguidas que les habían abierto las puertas de sus casas, y con eso, las del poder social y económico. Señoras de distintas edades que luego —cuando eran acusados— los protegían y se negaban a aceptar las evidencias.

En muchas de las historias que leí y me contaron, los sacerdotes llegaban a hacerse un lugar de poder en las familias a través de su relación con las mujeres. Las madres o esposas eran la primera entrada. Así lo hacía Rimsky Rojas con las madres de los chicos a los que abusaba. Se ganaba su confianza, las confesaba y aconsejaba. En uno de los casos, incluso, contribuyó a la estabilidad de su matrimonio. ¿Cómo iban a desconfiar de un cura que solo quería ayudarlos? Interpreté esta alianza entre sacerdotes y mujeres como una especie de contrato de conveniencia para ambas partes, en el que una mujer se sometía al poder de un cura —agradecía su disposición a escuchar, brindar consejos, servir de mediador en conflictos de pareja o familiares— y el cura acudía a ellas cuando necesitaba apoyo para alguna causa. Intuía, eso sí, que había algo que escapaba de un mero acuerdo funcional entre partes, en ese lazo vislumbraba un destello diferente, de una naturaleza similar al que establecen los curas abusadores con las personas de las que abusan. Luego encontré descrito ese lazo especial en las palabras de Anne Richards, una reverenda de la Iglesia episcopal estadounidense que aparece nombrada en el libro de Frawley-O'Dea.

Richards explicaba que los místicos de toda tradición religiosa sostienen que la energía espiritual y la sexual son la misma y que, por lo tanto, el sacerdote, el pastor o la ministra son para los fieles de manera inconsciente un icono sexual, alguien en quien pueden proyectar sus afectos y fantasías del mismo modo como lo hace una persona con su psicoanalista. Este es el proceso conocido como «transferencia», que los profesionales de la salud mental deben saber manejar para el beneficio de sus pacientes, porque si llegan a aprovecharse de ese poder los resultados pueden ser catastróficos.

Esa frontera, que en la psicología clínica está estrictamente regulada en negro sobre blanco, en el ámbito de la Iglesia católica es una nebulosa. A pesar de que la relación que busca establecer el sacerdote con sus seguidores es de una intensidad similar a la de un analista con su analizado, tienden a carecer de límites claros. Tanto la confesión como la dirección espiritual son costumbres que suponen una entrega fuera de lo habitual y le conceden al sacerdote un poder sobre el dirigido o confesado, cercano al de una divinidad que se acerca a un mortal. En sus reflexiones, Anne Richards apelaba a la necesidad de que los religiosos estén conscientes de la manera en que su investidura resulta de un atractivo que, si no se controla con respeto, puede conducir a la transgresión sexual. ¿Están los religiosos al tanto de ello? Creo que la mayoría sí, pero suelen usarlo a su favor, como una herramienta que incrementa su poder, y no en miras de los beneficios que le pueda suponer a la persona que tienen en frente y que ha confiado en ellos.

Un exsacerdote me contaba lo difícil que era, en ocasiones, enfrentar a personas que iban a ponerle la vida en sus manos, gente en la plenitud de sus capacidades intelectuales, personas educadas, que acudían al cura buscando no una opinión, sino una decisión para acatar. Ese sacerdote me habló del caso de una joven mujer profesional, de clase acomodada, que le preguntó muy seriamente si se iría al infierno si no quería casarse por la Iglesia. Cuando él le dio a entender que era una decisión que debía tomar ella, porque no podía casarse por la Iglesia solo por el temor de irse al infierno, ella insistió en la pregunta. Quería un sí o un no. El mismo fenómeno que el cura Gerard Ouisse de La Legua había observado entre los fieles más pobres, ocurría también en ambientes de la clase alta. Existe una disposición cultural muy poderosa que transforma a ciertos creyentes en niños cuando se encuentran en frente de un sacerdote. Muchos religiosos, en lugar de frenar esa disposición, sacan ventaja de ella.

Hay formas sutiles de ejercer ese poder, logrando, por ejemplo, cierto dominio sobre las decisiones de esas personas, sus relaciones amorosas, profesionales o incluso comerciales; y otras maneras bastante menos delicadas, como iniciar una relación ambigua o clandestina que obliga al otro a olvidar su propia libertad y dignidad. En la práctica esto sucede de muchos modos: desde la mujer adulta que mantiene una relación con el sacerdote de la parroquia o la universidad y acepta la compañía de un hombre que públicamente se supone célibe, hasta la adolescente que participa de una comunidad juvenil y que sufre el ataque sexual del sacerdote que lidera la organización, pero no puede denunciarlo por temor a la reacción de la

comunidad. Desde el monaguillo que se siente halagado por ayudar al cura a quien su familia y comunidad aprecia y admira, pero que lo manosea a escondidas, hasta el novicio que busca un guía en el pedregoso camino de la religión y acaba masturbando a su director espiritual como prueba de fe.

Un ejemplo muy claro de la conciencia que pueden llegar a tener algunos sacerdotes de ese poder lo encontré en una historia del cura argentino Carlos Novoa de Agustini, un capuchino que en 2013 cobró notoriedad cuando diez días después de ser nombrado obispo por el papa y de haber aceptado el nombramiento, renunció al cargo. La decisión fue imprevista y recogida por la prensa. El caso tenía un ingrediente particularmente simbólico, porque Carlos Novoa había sido ordenado sacerdote por el cardenal Bergoglio antes de ser elegido papa. La situación era insólita y llamó la atención de canonistas. ¿Por qué aceptó y luego renunció antes de asumir? Novoa, quien dentro de los capuchinos ostentaba en ese momento el rol de promotor vocacional, no dio una explicación pública sobre tan prematura renuncia. Solo difundió una declaración en donde sostenía que, luego de un periodo de discernimiento, prefería mantenerse en sus labores habituales, sugiriendo que se trataba de un gesto de humildad. Pero no era así. La verdadera razón fue que Novoa había sido denunciado por un exnovicio chileno por abuso de poder durante un viaje que el argentino hizo a Santiago en el año 2006. Luego del incidente, el seminarista que lo acusó, a quien llamaré Pedro^[28], dejó la vida religiosa.

Durante la estadía de Novoa en Santiago la congregación designó a Pedro como «hospedero» del visitante, es decir, como una especie de anfitrión o valet que se encargaría de recibirlo y ayudarlo en sus requerimientos. El sacerdote quiso saber más del novicio, sus inquietudes espirituales y sus expectativas de desarrollo en la institución. El muchacho le contó su historia: un chico de un pueblito costero del sur del país que mostró inclinaciones religiosas muy tempranamente. Pedro le habló de su adolescencia, había sido el típico estudiante correcto y piadoso a quien todos los profesores ponían de ejemplo. También le habló de su temprana vocación, la que primero intentó concretar en un seminario diocesano en donde no se sintió cómodo. Él aspiraba a una vida en comunidad más sencilla que la de los diocesanos. Buscó su camino en un retiro en un monasterio en donde tuvo una experiencia que lo marcaría: un novicio intentó besarle, algo que lo perturbó por mucho tiempo, lo hizo dudar de su vocación y retirarse del seminario diocesano. Hasta ese momento nunca se había puesto a pensar en su propia sexualidad.

Volvió a casa de sus padres durante un tiempo hasta que se dio una segunda oportunidad entrando a los capuchinos.

Un día, luego de una cena, la conversación entre Pedro y el sacerdote Novoa de Agustini se extendió. El fraile le pidió que continuaran la charla en su habitación —en ese punto ya debía de estar operando el fenómeno descrito por Anne Richards que funde la energía espiritual con la sexual—. Una vez en el dormitorio, las preguntas del sacerdote fueron explorando la intimidad del novicio. Después de escuchar su historia, salpicada de sus dudas vocacionales y sexuales, el sacerdote le preguntó: ¿Tú te sientes diferente a tus hermanos? Pedro —con quien hablé muchos años después— se sintió «descubierto» con esa pregunta, esa fue la palabra que eligió cuando me lo contó. Era la primera vez que alguien le planteaba de esa manera la situación, aludiendo implícitamente a su sexualidad. Comenzó a llorar, el sacerdote se acercó, se arrodilló en frente de él, lo abrazó, lo contuvo primero y luego lo besó. Las caricias continuaron hasta que se desnudaron y terminaron teniendo sexo durante varias horas. Pedro salió de la habitación rumbo a su celda a las cuatro de la mañana. Entonces sobrevino una especie de derrumbe.

«Me fui a mi pieza y me bajó toda la culpa, me sentí sucio, no sabía qué iba a pasar, me dio miedo que me acusara. ¿Qué iba a hacer si me echaban? Al otro día rezábamos a las 6:30. Llegué a esa hora. Él estaba sentado en la oración como si nada. Yo estaba mal, súper nervioso. Después del desayuno fui hasta su pieza, golpeé y salió y me dijo: “Sí, hermano, ¿qué necesita?”. Yo quedé descompuesto. No sé qué cara le puse, miró que no viniera nadie y me hizo pasar. Entré y me dijo: “Mira, lo que pasó anoche fue muy bonito, fue muy rico, pero tú no puedes hacer una teleserie de esto”. Me dijo que la homosexualidad era un don hermoso que Dios nos había regalado, porque teníamos la capacidad de ser más sensibles, más acogedores, etcétera; que lo viera por ese lado. Que él también había pasado por lo mismo, que había sufrido mucho en la formación y que el único consejo que él me daba era que nunca le contara esto a nadie, porque el único perjudicado en todo iba a ser yo. Nos despedimos y me fui mal. Entendí, con lo que me dijo, que él no iba a hablar de lo que pasó, pero que me dejaba a mí todo lo negativo de la experiencia, porque él se iba como si nada. Mandé una carta al provincial para irme de la orden. Me fui. Yo nunca había trabajado en nada y tampoco sabía de la vida. La Iglesia había sido todo mi mundo». Luego de dejar el seminario, Pedro continuó en contacto con la Iglesia, como un católico observante. De hecho, el pequeño departamento en donde nos reunimos —un espacio que solo dejaba lugar para una cama, un escritorio y una cocina—

estaba adornado profusamente con imágenes religiosas, iconos bizantinos y fanales con vírgenes. Entendí que después de abandonar el seminario buscó una manera de seguir sintiéndose parte de ese mundo, asistiendo a un grupo religioso y haciendo amistad con un cura a quien le contó su situación.

Pedro averiguaba de vez en cuando sobre la vida de Novoa de Agustini y se enteraba de su creciente fama de predicador de retiros espirituales por América Latina. En diciembre de 2013 supo que lo habían nombrado obispo auxiliar de Lomas de Zamora, una ciudad de la provincia de Buenos Aires, en Argentina. Pedro se desesperó. Acudió a un cura al que le había contado su historia y que le merecía confianza. Junto a ese sacerdote —quien me confirmó la historia— contactaron al nuncio apostólico. Él los recibió en la nunciatura y le pidió a Pedro escribir el testimonio al día siguiente. Había que actuar rápido. Pedro redactó una carta con el desarrollo de los hechos. Esa carta fue enviada a Roma. Pocos días después Novoa de Agustini anunció su renuncia al cargo sin explicar las razones. ¿Era razonable pensar que un formador de jovencitos y promotor vocacional como lo era Novoa no supiera lo que estaba haciendo? ¿Era posible que aquella ocasión con Pedro haya sido la única oportunidad en la que Novoa de Agustini abusó de su poder y mantuvo sexo con un novicio? ¿Cómo concilia un sacerdote, que es parte de una institución que condena los actos homosexuales de manera feroz, su propia sexualidad? ¿A quién le está mintiendo y hasta qué límites lo puede llevar esa mentira? ¿Cómo alguien que ha tenido una conducta constante de traición a sus propios compromisos puede dedicarse a orientar a otros en sus vidas?

No solo bastaban dosis elevadas de hipocresía, sino también un cultivo intensivo del secreto como arma de sobrevivencia. Un juego de poder más que de piedad. Alejandro Sandroock^[29], un exseminarista y profesor de teología, resume así la situación interna en los seminarios: «Hay muchos secretos que vinculan a unos y a otros, en donde la información que yo tengo me sirve para sobrevivir en esta institución, por lo tanto ocuparla es inoficioso, no tiene sentido. Por ejemplo, si delato a algún cura y yo también tengo mis cositas por ahí, es un recurso mal utilizado; lo hábil es deslizar la información y que alguien más la diga». Sandroock me explicó que el secretismo tiene algo perverso: obliga a saber jugar con la información de que se dispone, información que siempre tiene que ver con asuntos sobre la sexualidad. «Es ahí donde el secreto cobra mayor fuerza». Sandroock también me contó que en esa lógica caben por igual las relaciones heterosexuales y

gay consentidas entre pares, las que se originan por abuso de poder y control jerárquico y los delitos más repulsivos, como el abuso de niños y niñas.

Todo lo referente a la sexualidad —desde la relación consentida de un cura con una mujer adulta hasta la violación de un niño— parecía caer en un mismo universo clandestino dominado por la negación y el silencio, que cómodamente podía ser exculpado a través de la confesión: «Es muy rara la fidelidad a la que uno llega en ese ambiente, porque te vas dando cuenta de que si revelas algo, echas a perder la fiesta de todos». Sandroock estudió en los noventa en el seminario de La Serena. Su paso por ahí lo describió en la novela autobiográfica *El huerto de los corderos*^[30], en la que los personajes reales están enmascarados con nombres de fantasía. El relato es la historia de dos jovencitos que descubren que están enamorados dentro del seminario y que deben superar los desencuentros del destino y sus propios prejuicios para aceptar que quieren estar juntos. El plácido mundo de retiro religioso en el que transcurre la trama es a la vez el escenario y el gran antagonista que debe enfrentar la pareja principal. Un villano de muchas cabezas que se encarna alternativamente en ciertas tradiciones y creencias, determinadas normas, aspiraciones, certezas y reglas. Ese personaje podría llamarse fe, religión, Dios, un cura que apodan «el Cuervo», un seminarista envidioso o, incluso, la propia conciencia de los protagonistas.

La novela de Sandroock indaga en los detalles de ese animal de muchas cabezas con un estilo que de pronto puede parecer demasiado naïf —¿por qué insisten tanto en creer en cosas tan absurdas?, me pregunté muchas veces mientras lo leí—, pero no por eso menos directo. Cuando uno de los protagonistas descubre que el otro había sido abusado por un religioso mientras era un escolar, pero que apenas se habían tomado medidas al respecto, el narrador nos explica cómo fue tratado el caso: «La norma era preocuparse de que nadie supiera del escándalo, que los estudiantes se quedaran callados, que el secreto de confesión se mantuviera, aunque ellos solían violarlo a su antojo y conveniencia. Tratarían de mantener la calma y de ayudar a los muchachos sin que sus padres se enteraran. Sabrían persuadir a los involucrados, con argumentos que tocarían los afectos, mas nunca la dignidad: “No es bueno que tu madre se entere... sufriría mucho”. Y si los padres se enteraban, tratarían de una y mil maneras contenerlos en su ira, frenarlos, ofrecerles soluciones, comprarles el silencio».

El huerto de los corderos tiene, en ese sentido, el valor de un registro etnográfico, cultural; una sutil pormenorización de cómo se ajustan las relaciones en un mundo cerrado como el de los seminarios. Muestra un

espacio sin mujeres, en donde la presencia femenina es fantasmal —alguna cocinera, la voz fugaz de una amiga, unas muchachas que son ingresadas de manera clandestina para una celebración— y su rol rechazado. Lo femenino es sospechoso, los novicios afeminados son vigilados y los pensamientos relativos al sexo con mujeres catalogados como «impuros». En la novela de Alejandro Sandroock la actividad sexual es a la vez repudiada y practicada con sigilo. El culto al silencio siempre es acompañado por el culto a la obediencia, la jerarquía que repudia las discrepancias y moldea las voluntades. Una de las figuras más curiosas del ambiente descrito es la del «director espiritual», a quien el narrador describe de la siguiente manera: «Los directores podían llegar a ser una especie de gorgonas acechantes, que espiaban y condicionaban el alma de los dirigidos. Bastaba una sentencia, una orden, y eran capaces de volver en piedra la libertad y voluntad de los más débiles».

Aunque el espacio y ambiente descrito en *El huerto de los corderos* corresponde a una época muy específica —los años noventa en un seminario de La Serena—, las relaciones y conflictos guardan similitudes con los testimonios de Héctor Berenguela, Roberto Avendaño y Juan Carlos Vergara sobre la Casa de Formación de los salesianos en las décadas del ochenta y noventa. A menos que fuera una muy extraña coincidencia que se repitiera el mismo patrón en zonas tan diversas y tiempos tan distantes, cabría preguntarse si Rimsky Rojas habría vivido lo mismo, si el entorno cultural al que llegó no sería similar al que narra Sandroock en su novela autobiográfica, un mundo volcado sobre sus propios secretos en donde sobrevivir obliga a guardar secretos ajenos y negociar los propios. Algo más parecido a una camarilla de pícaros capaces de traicionarse a sí mismos que a un conjunto de hombres virtuosos destinados al cultivo intensivo de la fe.

IV. Los corderos conocen a su pastor

1.

Rimsky Rojas fue ordenado sacerdote en Concepción el 24 de mayo de 1984 por Alejandro Goic, en ese entonces obispo auxiliar de la arquidiócesis de Concepción. Permaneció en esa ciudad siete meses hasta que fue destinado al Instituto Salesiano de Valdivia. En marzo de 1985 asumió como delegado pastoral, es decir, encargado de la formación religiosa de los alumnos de un colegio que educaba a los hijos varones de la clase media valdiviana: familias de funcionarios públicos, pequeños empresarios y agricultores, profesores de la Universidad Austral y empleados del comercio local. Rojas tenía veintiocho años y llegó a ocupar el cargo que antes tuvo S.A., un cura que debió salir intempestivamente de la ciudad luego de un incidente que muchas familias recordarían por años: S.A. sacó a un alumno de clase, lo llevó a su oficina y luego ese alumno lo acusó de haberlo tratado de manera inapropiada. La familia reclamó, pero gracias a la intervención del obispado el asunto no pasó a mayores. Sin embargo, el rumor sobre lo que ocurrió entre el sacerdote y el estudiante creció en la comunidad y los directivos del colegio decidieron explicar el incidente a los escolares durante el «Buenos días», una tradición salesiana que consiste en una breve reflexión del cura director al inicio de la jornada. La versión oficial del incidente fue que el sacerdote S.A. estaba muy triste por la muerte de su padre y había intentado buscar consuelo en su alumno, a quien había llevado hasta su oficina para sacarle una mancha de los pantalones. Todo fue una lamentable confusión y S.A. fue enviado a otro destino a pasar su duelo^[31].

El año en que Rimsky Rojas llegó a Valdivia asumió como director el sacerdote Alfonso Horn, que en ese momento tenía cincuenta y un años. Horn, exalumno del colegio y de familia valdiviana, se distinguía dentro de la congregación por el énfasis que hacía en mejorar la infraestructura de los establecimientos en los que trabajaba. Horn se concentró en administrar el

colegio y construir nuevas dependencias, sin involucrarse demasiado en la relación con profesores y alumnos. Esto explicaría la velocidad con la que Rimsky Rojas, pese a su edad y a que su cargo no tenía ninguna responsabilidad directiva, llegó a concentrar en sus manos tareas propias de un rector o de alguien con mayor rango que un mero profesor de religión. Aunque no existía el cargo de «subdirector», muchos darían por hecho que Rojas lo era: en cosa de meses estableció nuevas normas de disciplina y un promedio de notas de 5,5 como mínimo para mantener la matrícula; asumió la relación de la institución con los apoderados de los muchachos y era quien decidía, en la práctica, la contratación y el despido de profesores. Tal acopio de poder se explicaba en parte por el carácter de Horn, que dejaba espacio libre para que algo así ocurriera, y en gran medida por la destreza que demostraba Rimsky Rojas para manejar a los estudiantes y establecer vínculos con profesores y apoderados que lo respaldaban.

Todos los exalumnos que entrevisté coincidieron en describirme una escena que se repetía una y otra vez como una suerte de prodigio: cada vez que Rimsky Rojas entraba en una sala, en una habitación o en un gimnasio lleno de alumnos, la concurrencia guardaba silencio con solo advertir su llegada. Algunos lo detallaban como quien describe un fenómeno paranormal; otros lo hacían como quien habla del efecto que provoca un dictador que repentinamente irrumpe en el salón y se acerca a sus seguidores. Imaginen a un hombre moreno, que apenas medía un metro setenta, vestido de riguroso negro, intimidando a decenas de jóvenes con tan solo aparecer en la habitación. Si algún alumno murmuraba levemente mientras el cura hablaba, rápidamente lo identificaba y reprendía en público con alharaca. Lo hacía incluso en medio de los actos a los que asistía todo el colegio, mencionando el apellido del alumno al que corregía; daba entonces la idea de que los tenía identificados a todos. Era un gesto de autoridad que al día siguiente dulcificaba con un saludo amistoso al reprendido. La estrategia era hábil: el reproche público seguido del saludo cariñoso privado provocaba que el adolescente simpatizara con el cura o incluso se sintiera en deuda con él.

Lo que ejercía Rimsky Rojas sobre sus alumnos no era exactamente temor, o más bien no era solo temor, sino un cóctel extraño de admiración, curiosidad y miedo en medidas variables. Pero no todos quienes quedaban fascinados por su personalidad podían contar con su atención. Rodrigo Cárdenas —médico y exalumno de los salesianos de Valdivia— me contó, por ejemplo, que él sentía una profunda admiración por el cura, pese a que Rimsky Rojas nunca le prestó mayor atención. Cárdenas me dijo que «todos

deseaban ser amigos de Rimsky y el que diga que no, es mentira». Según él, muchos estudiantes resentían no contar con la simpatía del sacerdote porque «su cariño era muy adictivo, todos querían que les hicieran un gesto, un saludo». Pese a sus esfuerzos, Rodrigo Cárdenas nunca formó parte del círculo cercano de alumnos que Rimsky Rojas escogió. Ni su rendimiento ejemplar ni su impecable conducta llamaron la atención del sacerdote. Tampoco los amigos de Cárdenas, un grupo de jovencitos de su barrio, parecían reunir las condiciones para que el sacerdote los tomara en cuenta. Cuando le pedí a Cárdenas que tentara una razón para que él y sus amigos de colegio fueran ignorados por el cura que tanto admiraban, el médico me respondió:

—Porque algunos eran feos, otros pobres y otros aburridos.

Rimsky Rojas llegó a vivir en la casa de la comunidad salesiana, a dos cuadras del colegio, en una esquina que enfrenta al terminal de buses de la ciudad, en el borde oriente del centro de Valdivia. Un barrio que marca una transición entre una zona comercial y una residencial. La casa, que luego fue un restorán chino, es una típica construcción sureña de madera de dos pisos, con fachada continua, sin más encanto que la textura que van formando los tablones de madera que la recubren. Su habitación estaba en el primer piso, la segunda puerta a mano derecha. Desde la entrada de esa casa era posible ver la parte trasera del colegio —un gran terreno triangular— que da a avenida Alemania. En uno de los costados del terreno está el gimnasio, el lugar que Rimsky Rojas comenzó a frecuentar poco después de llegar a Valdivia. La rutina del cura se concentró en ese puñado de manzanas durante los tres años que duró su estadía en la ciudad. El sacerdote comenzó a acudir muy pronto al gimnasio del colegio durante los entrenamientos de los alumnos que jugaban básquetbol, el deporte más popular de las ciudades del sur. Fueron esos estudiantes a los que Rimsky Rojas se acercó primero y de forma más directa. Los muchachos practicaban durante la semana en clases de Educación Física y los fines de semana llegaban al gimnasio después de almuerzo y entrenaban hasta que se hacía de noche. A veces, incluso, cuando el colegio estaba cerrado, saltaban la reja y jugaban. El cura un día llegó a mirarlos y se quedó. Rápidamente se hizo rutina que los acompañara hasta que terminaban de entrenar. A veces los llevaba hasta sus casas en el furgón amarillo de la congregación que ocupaba en ese entonces. Rimsky Rojas invitó a gran parte de los alumnos basquetbolistas a formar parte del Movimiento Juvenil Salesiano, una actividad grupal orientada al proselitismo religioso y al sondeo de vocaciones sacerdotales, que cobró nueva fuerza en el colegio gracias al

sacerdote. El movimiento estaba compuesto por grupos o «comunidades» de entre ocho a quince alumnos que Rojas escogía. Cada grupo adoptaba un nombre tomado de los apellidos de sacerdotes salesianos célebres. Los muchachos se reunían con frecuencia bajo la dirección espiritual del sacerdote, en conversaciones en torno a temas relacionados con su vida familiar, sus expectativas futuras y sus relaciones sociales. Era, además, una manera de pasar tiempo juntos, en reuniones y excursiones que Rojas organizaba y financiaba. El cura solía trasladarlos en el furgón amarillo dentro de la ciudad y en paseos a la montaña y al lago durante los feriados y vacaciones. El grupo de basquetbolistas que pertenecían al Movimiento Juvenil comenzó a gozar de privilegios que molestaban a los estudiantes que no formaban parte del séquito: podían salir de clases a la hora que quisieran y eran inmunes a los reproches disciplinarios de los profesores, que no se atrevían a contradecir la voluntad del sacerdote.

Ariel Álvarez fue parte del círculo de favoritos. Tenía catorce años y estaba en segundo medio cuando Rimsky Rojas llegó a Valdivia. Era el hijo adolescente de un profesor de castellano y una dueña de casa, un joven alto, buenmozo y atlético, de rendimiento académico promedio; uno de los muchachos populares del colegio. Cuando hablé con él aún conservaba el porte y el semblante resuelto de quien tuvo un pasado deportivo y el humor liviano de los varones que fueron populares en su adolescencia escolar. Él me contó que en sus acercamientos fuera del horario de clases Rimsky Rojas se comportaba diferente. La severidad desaparecía y en su lugar adoptaba el semblante del adulto cómplice que decide ser parte de la pandilla. Los halagaba en sus logros —ustedes son lo mejor del colegio, les decía— y hasta les prestaba dinero para el fin de semana.

—Entre nosotros comentábamos lo buena onda que era el cura. Estos sí son curas, no como los otros viejos, decíamos.

Ariel Álvarez también recuerda pequeños juegos repentinos de masculinidad impostada que, con la perspectiva de los años y los acontecimientos, cobran un sentido distinto.

—Podíamos ir tranquilamente caminando con él y de la nada le daba a un puñetazo a alguno de nosotros. Un combo fuerte, en el pecho y preguntaba: «¿Te dolió? ¿No eres machito, huevón, no eres machito?». Cosas así, que se suponía que nos acercaban.

El sacerdote asistía a todos los entrenamientos y contemplaba el juego en silencio. La mayoría era fuera del horario de clases y los chicos volvían a sus casas a bañarse. En otras ocasiones, los entrenamientos eran durante

Educación Física, en horario de clases. Cuando eso sucedía, Rimsky Rojas esperaba que el profesor de la asignatura se retirara a la sala de profesores y acompañaba a los muchachos hasta el baño: «El cura entraba a vigilar que nos ducháramos».

Rojas también aparecía por las fiestas de fin de semana a las que concurrían sus alumnos, a veces entraba a las fiestas, en otras ocasiones los esperaba fuera en el furgón para llevarlos a sus casas. Nadie se lo pedía y los padres solían agradecerse. Era un sacrificio que hacía por sus estudiantes. También era una manera de acercarse a las familias. Una cosa llevaba a la otra. Comenzó a frecuentar a los padres de sus favoritos, participaba de celebraciones familiares y se ganó, incluso, cierto poder de decisión sobre determinados asuntos. Los padres se sentían halagados por las visitas del sacerdote a sus casas y por la cercanía que mantenía con sus hijos.

La familia de los hermanos Mauricio y Marcelo Vargas fue una de las que Rimsky Rojas frecuentaba. Mauricio Vargas, el mayor de los hermanos, era compañero y amigo de Ariel Álvarez. Ambos eran seleccionados del colegio y jugaban de pivot. «Éramos yuntas», me dijo Álvarez. Eso cambió luego de la celebración de un cumpleaños de Mauricio Vargas, a la que también concurrió Rimsky Rojas en su calidad de amigo de la familia. Una vez que terminó la celebración del cumpleaños, el sacerdote le ofreció a Álvarez llevarlo hasta su casa. Ariel Álvarez vivía fuera de la ciudad, en una casa de campo a un par de kilómetros de distancia. Álvarez aceptó el ofrecimiento. El cura y el jovencito debían caminar una distancia equivalente a cuatro cuerdas desde la casa de la familia Vargas para recoger el furgón que el cura manejaba. Mientras recorrían el trayecto, Rimsky Rojas le preguntó a su alumno si alguna vez había estado con una mujer; el chico le respondió que no. Entonces el cura, sin que Álvarez lo animara con una pregunta, le describió los cambios en los genitales femeninos que se provocan durante el estado de excitación sexual. Ariel recordaba una palabra en particular: «la humectación». El cura hablaba de vagina, pezones y humedades. Nuevamente estaba representando esa suerte de complicidad masculina repentina que descolocaba a sus estudiantes favoritos. El muchacho escuchaba, pero no respondía, hasta que en un momento Rojas le dio un agarrón en la entrepierna y le dijo «ya se te paró».

—Yo me espanté. Lo miré y cuando íbamos llegando a la esquina le dije: «Padre, yo me voy solo», él insistió que me iba a dejar, pero yo corrí hacia el centro. Él me gritaba, como un tipo desesperado cuando se le va la mina, «vuélvete inmediatamente».

Ariel Álvarez corrió y llegó hasta el club del centro español. Esperaba que su padre —habitual del lugar— estuviera ahí. Así fue, Álvarez no le contó a su padre lo que había pasado y lo esperó a que terminara de conversar con sus amigos. Desde la ventana vio pasar el furgón amarillo, dando vueltas por el centro buscándolo. Eso ocurrió un viernes. Al lunes siguiente Rimsky Rojas lo recibió con una mirada severa y solo le dijo «te vi en el centro», con un tono de reproche. Días más tarde, Ariel Álvarez abrió el pupitre después de un recreo —la típica mesita escolar con una cubierta que se eleva— y vio que en su cuaderno de Matemáticas había una carta firmada por el cura con un mensaje que decía algo así como «eres una persona muy especial para mí, personas como tú hacen que el mundo sea mejor». Varias veces aparecieron esas cartas y una vez con una colonia Millionaire de regalo. No hubo mayores incidentes hasta que una tarde de viernes, después de entrenar, Rimsky Rojas vio a Álvarez en el pasillo, lo llamó a su oficina y le preguntó si necesitaba dinero para el fin de semana. Al momento de despedirse le dio un abrazo que cerró agarrándole el trasero al muchacho. Ariel Álvarez lo empujó, el cura se hizo el sorprendido, le preguntó que por qué reaccionaba así, «usted sabe que no me gustan esas cosas», le respondió. Antes de que el alumno saliera de la oficina, el sacerdote lo miró y le dijo: «Se te ve el tremendo paquete». Después de ese incidente Ariel Álvarez decidió que debía alejarse del sacerdote. Le contó parte de lo que sucedió a su amigo Mauricio Vargas, le dijo que «el cura era maricón». Vargas se enfureció, lo acusó de estar difamando al cura, de pensar mal de la gente. La amistad se rompió. Ariel Álvarez abandonó el Movimiento Juvenil Salesiano y se retiró del grupo con el que preparaba la Confirmación. Rimsky Rojas lo notó, pero no trató de conversar con él para que lo reconsiderara, sino que recurrió a los padres de Ariel. Los llamó y les pidió que convencieran al hijo de volver al movimiento.

—¿Y tú no les explicabas lo que había pasado?

—No. Les decía que no quería ir. Me enrostraban que el cura era muy bueno conmigo, que quería mi bien. Pero yo no pescaba. Yo creo que el cura Horn (el director) se dio cuenta, pero prefirió pasar.

Cuando nada parecía surtir efecto para que Ariel Álvarez volviera a participar de las reuniones que dirigía Rimsky Rojas, el sacerdote lo invitó a un campamento en Las Peñas, cerca de San Fernando, el lugar hasta donde Rojas había ido de campamento con muchachos de la Casa Juvenil cuando estaba en el seminario. Álvarez rechazó la invitación, pero el cura llegó a buscarlo a su casa el mismo día que partían con el resto de sus alumnos favoritos. Fue muy temprano, cerca de las siete de la mañana de un día sábado

de noviembre. Aunque los padres de Ariel le pidieron que entrara a la casa mientras iban a despertar al muchacho, Rimsky Rojas prefirió esperarlo en el furgón.

—Mi mamá me fue a buscar y me dijo que fuera a conversar con él. Le dije que no iba a ir, pero insistió que conversara con él. Salí en pijama. Me subí al auto, al asiento del copiloto. Ahí conversamos. Le insistí que prefería quedarme en Valdivia. No quería ir al campamento. Me dijo: «Te vas a arrepentir». Mientras hablaba él me miraba el paquete. Yo me venía levantando, era un cabro de dieciséis años. No se aguantó y me bajó el pantalón del pijama. Yo le dije: «Ya me tienes cabreado, conchadetumadre, cura maricón de mierda», y me bajé. Di un portazo y me fui.

A esas alturas de la conversación, Ariel había repetido varias veces la palabra «maricón» para describir a Rimsky Rojas. Pero por alguna razón luego de contarme esta última escena y de repetir la palabra hizo una pausa, me miró, como si recién cayera en la cuenta de algo, y me dijo: «No es que yo tenga nada contra los homosexuales». La salvedad y la expresión de su rostro me hicieron gracia. Fue una manera de disculparse por usar la palabra como insulto. Le dije que entendía lo que quería decirme y aproveché de preguntarle si alguno de sus compañeros a la larga había resultado ser gay. Me respondió con una sonrisa que, hasta dónde él sabía, ninguno. Entonces siguió narrándome los hechos.

Después de insultarlo y darle un portazo al furgón, Ariel Álvarez entró a la casa. Sus padres no entendían lo que pasaba, la madre le dijo «el cura te viene a buscar porque te quiere y tú no vas». El padre lo amenazó incluso con echarlo de la casa por no ir con el cura. Pero una hermana mayor de Ariel — una mujer ya casada que estaba de visita en la casa familiar— fue hasta su habitación y habló con él. A ella le contó lo que estaba pasando. La hermana le pidió que la acompañara a enfrentar al cura. Eso hicieron. Fueron hasta la oficina antes de que partiera al campamento y lo encararon. Rimsky Rojas reaccionó agresivamente, negó todo y le dijo «tú no entiendes nada» a la hermana de Álvarez. Ninguno de los hermanos le contó a los padres el incidente.

El sacerdote partió al campamento durante una semana. Cuando volvió ya se iniciaban los preparativos de fin de año. Había que despedir a los cuartos medios que egresaban. Ariel Álvarez —que estaba finalizando tercero medio— participaba de la organización de la fiesta con la que celebrarían la graduación. En eso estaban en el gimnasio cuando llegó Rimsky Rojas. Lo vio y desde lejos le ordenó que saliera. Como Álvarez no respondía, se abrió

paso entre el grupo de estudiantes y continuó alzando la voz: «Sal inmediatamente, sale de aquí», repetía furioso. El que hasta hace poco había sido uno de sus alumnos favoritos estaba desconcertado, le respondía que él no había hecho nada, que no había razón para que lo sacara. Entonces el sacerdote lo empujó una vez, dos veces. Lo tironeaba fuera. Álvarez se resignó a caminar, pero el sacerdote seguía dándole empujones.

—En un momento me pegó con mucha violencia y ahí yo me piqué, giré para enfrentarlo y lo empujé de vuelta. Le dije: «No es necesario que me empuje, puedo salir solo» y todo el resto hizo una exclamación, un «uaaah» largo. Entonces él gritó: «¡Expulsado!». Me echaron cagando del colegio. Ese fue el último día de clases.

La madre de Ariel Álvarez intervino. Logró que el sacerdote Alfonso Horn, el director, recibiera a su hijo, que hablara con él. El alumno nunca le contó los detalles que explicaban la reacción de Rimsky Rojas ni a él ni a sus padres. Tampoco la charla que tuvo su hermana con el cura. Después de escuchar sus argumentos —era un deportista destacado, tenía un promedio sobre el 5,5— decidió que podía seguir en el colegio bajo la figura de «condicionalidad extrema».

—Al final terminé mi cuarto medio. Rimsky no me hablaba y yo no le hablaba a él.

Hasta ese momento, diciembre de 1986, Ariel Álvarez pensaba que era el único alumno al que Rimsky Rojas había intentado manosear. Durante el transcurso de los años se enteraría, de boca de otros compañeros, que Rimsky Rojas abusaba de forma habitual de varios, incluso de Marcelo Vargas, el hermano menor de su amigo Mauricio. Los testimonios de abusos constan en el expediente de la investigación de la PDI hecha veinticinco años más tarde. El cura toqueteaba a sus alumnos en su oficina, en el subterráneo del colegio, frente a la biblioteca. Los masturbaba con diferentes excusas, la más insólita era para ver si eyaculaban correctamente, midiéndoles el tiempo con un cronómetro. También les aconsejaba formas de autosatisfacerse y les pedía que lo ensayaran allí mismo. A otros los manoseaba mientras les cortaba el pelo, en la habitación de la residencia de los sacerdotes. Algunos ataron cabos y cayeron en la cuenta de que el mismo día sacaba de clases a dos alumnos de forma separada, a uno lo llevaba a la biblioteca en el subsuelo y a otro a la sala de catequesis en el tercer piso: después de masturbar a uno, subía a hacerlo mismo con el otro. Ariel Álvarez tampoco estaba al tanto de que hubo alumnos del colegio que llegaron a la consulta de la psicóloga Ángela Repossi durante 1986. Repossi, cuyo hijo también era alumno de los salesianos,

recibió a cerca de diez niños. Eran muchachos de cursos menores que le describieron a la psicóloga distintas situaciones, toqueteos, abrazos impropios y regalos; algunos de ellos se sentían confundidos sobre su orientación sexual. La psicóloga, además, atendió a un alumno de seis años que le preguntó qué significaba «mongólico». Ella le preguntó por qué quería saber eso y el chico le contestó que cuando Rimsky Rojas llegaba a la sala dividía el curso en dos grupos, uno era el de los «mongólicos» y el otro de los inteligentes.

Ángela Reposi le contó a la PDI que ella y un puñado de apoderados hablaron con Alfonso Horn, el director, sobre lo que estaba ocurriendo con Rimsky Rojas. Ella le contó sobre los estudiantes que llegaban a su consulta. Incluso más: «En una reunión que se hizo un día jueves [Horn] me preguntó si yo estaba clara que esto que tenía el padre Rimsky era una enfermedad, yo le respondí que sí, pero que si estaba enfermo debía estar en un hospital y no haciendo clases». Reposi relataría la escena en una declaración ante la policía luego de que Marcelo Vargas denunciara al cura a la Fiscalía en 2010. En esa declaración, la psicóloga, además de asegurar que el director Alfonso Horn estaba al tanto de lo que estaba sucediendo, añadió que se lo informó al «director nacional (de los salesianos) que me parece que era Ezzati»^[32].

Existe, además, otro testimonio que no fue consignado en esa investigación de la PDI. Se trata de los antecedentes que me dio Oscar Gayoso, un exreligioso salesiano que estaba en Valdivia durante el paso de Rimsky Rojas por la ciudad. Gayoso me dijo que un alumno de Rojas acudió a él para contarle que el sacerdote le había pedido que se sacara la camisa para cortarle el pelo. Después de eso comenzó a tocarlo de tal manera que el muchacho se asustó. Gayoso, que en la actualidad ejerce como profesor laico, me dijo que él personalmente informó del incidente a Ricardo Ezzati en su calidad de superior jerárquico de la congregación. «Se lo comuniqué en mi condición de religioso recién profeso en la congregación, preocupado del daño que tales conductas podrían estar haciendo a los jóvenes que eran educados por los salesianos. Ricardo Ezzati me informó que al día siguiente tenía un viaje a Valdivia y vería la situación; pasado un tiempo, él personalmente me informó de que no había nada de qué preocuparse pues se trataba solo de malos entendidos. Esto fue el segundo semestre de 1985, casi con seguridad, aunque es posible que haya sido al año siguiente, en 1986 también en el segundo semestre».

Alfonso Horn y Ricardo Ezzati negaron ante la PDI y en los medios de comunicación haber recibido algún reclamo durante los años en que Rimsky Rojas estuvo en Valdivia.

2.

La presencia del cura dividió las aguas. Rimsky Rojas se instaló como el hombre fuerte del colegio y creó un círculo de alumnos privilegiados, lo que inevitablemente repercutió en los otros, los ignorados. La mayoría de esos estudiantes a los que Rojas apenas tomaba en cuenta se resignaba a la falta de atención del sacerdote. Había entre ellos algunos que incluso lo admiraban, como Rodrigo Cárdenas, pero también hubo un puñado que reaccionó con hostilidad. Fueron no más de cinco alumnos los que lo sabotearon con pequeños actos de rebeldía que fueron creciendo hasta transformarse en desmanes. Uno de ellos era Sandro Araneda, el hijo de la psicóloga Ángela Repossi. Araneda y sus amigos actuaban «como una resistencia» al sacerdote. Rechazaban las reglas disciplinarias que había impuesto —la más común era el largo del pelo, que no debía rozarles el cuello de la camisa— y las expulsiones de muchachos sin que hubiera una justificación académica o disciplinaria clara. Rimsky Rojas llegó al nivel de echar a un alumno cuando descubrió que su madre era soltera.

Por un lado, los privilegios para los elegidos y, por el otro, el rigor para los ignorados. Había alumnos que gozaban de libertades absurdas, a los que incluso otros profesores temían, estudiantes que eran una especie de brigada de inteligencia del sacerdote, que se prestaban con gusto para contarle chismes y darle información sobre lo que hacían sus compañeros fuera del colegio o acusarlos cuando hablaban mal del sacerdote. Este grupo de «resistencia», sin embargo, nunca supo de los abusos a los que el cura sometía a sus favoritos. Es lo que me aseguró Sandro Araneda. Su madre jamás le advirtió de los muchachos que llegaban a su consulta con síntomas de haber sido abusados por Rimsky Rojas, tampoco que había hablado con el director del colegio sobre el asunto. Araneda y sus amigos actuaban como reacción a los hechos que sucedían cotidianamente. Respondían con pequeños desquites infantiles: rayaron el furgón que ocupaba el cura para viajar con sus predilectos, le taparon con una papa el tubo de escape, le pincharon los neumáticos y escribieron insultos en contra del sacerdote en los muros del gimnasio. «“Que se vaya el maricón intelectual”, escribíamos en las micros y en muros del centro», me contó Araneda. El acto más temerario fue meterse de noche en su oficina y dejar excremento dentro, por eso, incluso, me dijo Sandro Araneda, el director del colegio llamó a la policía de Investigaciones, «hasta tomaron huellas».

Le pregunté a Araneda si cuando llamaban «maricón intelectual» a Rimsky Rojas en las pintadas que hicieron en el colegio y en los escaños de la plaza lo hacían conscientes de algún acto sexual específico del que hubieran sido testigos; él me contestó que no, que era solo un insulto, que ni él ni sus amigos aludían a una conducta sexual. Simplemente pensaban que el sacerdote era pedante y sectario, que había provocado una división entre los alumnos. Ellos suponían que el cura sublimaba sus intereses sexuales con la lectura y la acumulación de conocimiento. Les parecía una persona muy erudita. Una impresión que hay que poner en contexto: eran muchachos adolescentes de provincia, a los que cualquier oratoria rotunda podía parecerles signo de un intelecto bien entrenado. Rimsky Rojas sabía eso. De hecho, solía mencionarles frases de intelectuales célebres para impresionar, como si estuviera citando el trozo de una obra que leyó completa, aunque gran parte de esas referencias, según supe más tarde, las memorizaba de un libro de citas.

Pese a la resistencia de algunos, la popularidad de Rimsky Rojas creció en la ciudad, aun más allá de los límites del colegio. ¿Cómo lo hizo? En gran medida a través de los apoderados de sus favoritos, que lo transformaron en una figura de la comunidad valdiviana, pero por sobre todo usando el manejo industrial del secreto a través de una actividad llamada Encuentros de Jóvenes en el Espíritu, conocida como EJE, por su sigla. Mientras el Movimiento Juvenil Salesiano le permitía tener control directo sobre sus alumnos incondicionales, EJE ampliaba sus dominios hacia otros estudiantes, incluso hacia otros colegios, e involucrar a las familias de los jóvenes que postulaban. Gracias a EJE, Rimsky Rojas se transformó en un sello de distinción o de estatus de la sociedad valdiviana, una estrategia muy usada entre sacerdotes de distintas denominaciones. Ciertos curas trabajan su fama dentro de una comunidad de un modo político, asumiendo ciertos atributos y prodigándolos con su sola presencia. Hay curas identificados con determinados ambientes, cercanos a familias poderosas, que hacen de esa cercanía un signo de pertenencia. Otros pueden unir dos mundos —el de los desposeídos y el de los millonarios— a través de las obras sociales y la beneficencia. Eso significa poder.

EJE era una actividad que tomaba un fin de semana, la adaptación de una terapia usada en las cárceles para tratar los problemas emocionales de los internos y ayudarlos a tolerar el encierro. En su versión escolar salesiana la jornada incluía un aura de misterio: se suponía que nadie debía contar lo que sucedía, porque lo valioso era vivir la experiencia. «EJE hay que vivirlo», era

la frase de sus promotores. Sin embargo, no cualquiera podía vivir EJE, debían ser invitados y visados por Rimsky Rojas, quien elegía y desechaba postulaciones sin un criterio claro de admisión. A los seleccionados se les convocaba durante un fin de semana a un colegio. Allí se les separaba en grupos, cada uno con dos monitores —un «papá» y una «mamá»— que ya habían pasado anteriormente por la actividad y por lo tanto conocían «el secreto», un atributo que frente a los otros los hacía parecer unos iniciados, personas con mayor experiencia y poder. Visto desde fuera, el encuentro estaba organizado para capturar hábilmente la ansiedad de pertenencia de los adolescentes durante la época escolar: querer ser parte de EJE como quien espera ser elegido para algo exclusivo.

Una de las primeras actividades del encuentro era conocida como «rompehielo». Los organizadores escenificaban un conflicto inexistente, una discusión que concentraba la atención de los participantes novatos. El ambiente se tensaba y cuando los recién llegados creían que pasaría a mayores, la situación cambiaba: todo había sido una broma, un simulacro, no había nada de qué preocuparse. La sensación de alivio cundía, los monitores reían, bailaban y repartían dulces. Este ejercicio marcaba el tono general de las dos jornadas: provocar emociones límite, subir a los convocados a una montaña rusa sin cinturón de seguridad. Desde las primeras horas del día uno se les inducía a reflexionar sobre sus relaciones familiares, en particular sobre la relación con sus padres. Al final de la jornada se les estimulaba a confesar públicamente los problemas que pudieran tener con sus familias, creando así un ambiente de catarsis y complicidad que se tornaba más intenso aún por el encierro. El paso siguiente consistía en que los participantes escribieran una carta a sus padres que luego el monitor recogería. Supuestamente esa carta se les iba a devolver para que ellos mismos se la entregaran a sus padres una vez que llegaran a casa. Al final del segundo día del encuentro, en medio de un salón oscuro y con música ambiental, los participantes debían sentarse en círculo, en cuclillas, mirando hacia el suelo mientras de fondo escuchaban un discurso «distractor» de Rimsky Rojas sobre el amor de Jesús. Sigilosamente, los padres y madres que habían sido contactados sin que los participantes supieran, entraban a la sala o por lo general al gimnasio del colegio. A esos familiares, a quienes se les recomendaba no usar zapatos de suela ni llevar perfume para evitar que notaran su presencia, el cura les había pasado antes las cartas que habían escrito los alumnos participantes sin que ellos estuvieran al tanto.

Llegado el momento, el sacerdote que supervisaba a los monitores les pedía a los muchachos que se pusieran de pie, punto en el que ellos se percataban de que sus padres estaban allí, detrás suyo. Lo que seguía era un estallido descontrolado de emoción, llantos desconsolados, abrazos y música religiosa de fondo.

Rodrigo Hube participó en EJE en 1986. Lo hizo en Valdivia, bajo la dirección de Rimsky Rojas, mientras era estudiante del Instituto Salesiano de esa ciudad. Hube había sido un muchacho sin más conflictos que los propios de su edad; era parte del equipo de básquetbol, alumno de buen rendimiento y el menor de tres hermanos mucho mayores que él, ya casados, que habían emigrado de Valdivia. Vivía como si fuera hijo único, con sus padres, su abuela y su bisabuela, en una casa espaciosa cerca del río. Con su padre, un destacado académico universitario, mantenía un vínculo estrecho, lo admiraba, era un personaje importante en la ciudad. Todo eso cambió en 1986, cuando el padre de Hube, de manera repentina, abandonó a su señora y a su hijo y se fue de la ciudad. No hubo despedida ni explicación. La madre de Rodrigo Hube jamás había trabajado fuera de su casa y repentinamente quedó sin recursos económicos y a cargo de dos ancianas y de un adolescente herido en sus sentimientos. Rodrigo Hube respondió al abandono con rebeldía. Su madre acudió a pedirle ayuda a Rimsky Rojas, quien gozaba de mucho poder en el colegio y popularidad entre los apoderados. Rodrigo Hube nunca supo el contenido ni el tono de aquella conversación entre su madre y Rojas; tal vez le pidió ayuda con su hijo, quizás que lo aconsejara o lo contuviera; o tal vez acudió buscando que lo eximieran del pago del arancel de la colegiatura. Puede que haya sido todo eso a la vez. Luego de su encuentro con el sacerdote, la madre de Hube terminó abatida, volvió triste y apesadumbrada a la casa. El cura no la recibió como ella habría esperado.

Mientras tanto en el colegio, Rimsky Rojas había organizado a sus alumnos predilectos —que coincidentemente habían sido por años los amigos de Rodrigo Hube— en «comunidades» bajo la lógica del Movimiento Juvenil Salesiano. Hube no fue convocado a ninguno de los grupos formados por el sacerdote. Comenzó a perder contacto con sus antiguos amigos: «El cura los absorbía —me dijo—, había reuniones donde yo no podía ir, lugares y conversaciones donde yo no podía estar, situaciones que no podía entender porque los temas de conversación de los chicos eran diferentes a los que habían tenido conmigo. Yo era un apátrida. Después de haber compartido en los recreos con veinte o treinta amigos o compañeros pasé a no tener a ninguno». Rodrigo Hube trató de acercarse a otros compañeros y decidió

participar en EJE, que también estaba controlado por Rinsky Rojas. Postuló como una manera de buscar nuevas amistades. El encuentro se organizaba tres veces al año. Hube fue admitido primero para participar de la experiencia y luego para ser parte de la organización. Con la perspectiva de los años llegó a pensar que el sacerdote trató de resarcir el aislamiento en que lo había dejado, invitándolo a ser monitor de EJE en las jornadas posteriores. Entre las tareas que le encomendó el cura como monitor estuvo la de recopilar las cartas escritas por los participantes durante la primera jornada. En ese rol debía enfrentarse a todo tipo de confesiones íntimas que los muchachos compartían y luego escribían: intentos de suicidio, golpizas familiares, separaciones. Un muchacho en crisis haciéndose cargo de crisis ajenas. Su misión era seleccionar las cartas que le parecían más importantes y luego dárselas al cura. Toda esa información finalmente era manejada por el sacerdote. Por medio de esta instancia, el sacerdote ampliaba su dominio más allá de los alumnos del colegio salesiano y se enteraba de los conflictos familiares de la pequeña burguesía de la ciudad: «A través de EJE logró ser reconocido como un “súper consejero” de jóvenes de los colegios de Valdivia; su fama se extendía al colegio alemán, al inglés, conocía a las familias y a personas de otro estatus para rodearse de ellas», me explicó Hube. La participación en EJE, sin embargo, no significó para Rodrigo Hube un nuevo acercamiento con sus antiguos amigos. Aunque algunos de ellos trataron de convencer a Rinsky Rojas de que integrara a Hube a una de las comunidades del Movimiento Juvenil Salesiano —eran todos compañeros, se conocían desde niños—, el sacerdote nunca accedió. «Con los años me he preguntado por qué quiso perjudicarme. Yo no le estaba pidiendo nada, solo quería estar con mis amigos y él me los quitó. Yo tenía necesidad de pertenecer a algo».

En diciembre de 1987 la situación económica de la mamá de Rodrigo Hube hizo crisis. Había instalado una librería en su casa y luego arrendado habitaciones, pero el dinero no alcanzaba para sostener los gastos. Tuvieron que dejar la ciudad y mudarse al norte, con la familia de la hermana mayor de Hube: «Fue de un día para otro. Esperamos en la carretera un bus que nos llevara hasta Santiago y de ahí otro hasta Antofagasta. Nunca me voy a olvidar de la fecha: fue un 17 de diciembre de 1987».

Cuando le pregunté si durante esos años había sospechado de los abusos a los que sometía Rinsky Rojas a sus compañeros, Hube me contestó que no, pero recordaba, eso sí, que le parecía extraño que el cura sacara con frecuencia a algunos alumnos de la clase sin ninguna razón evidente —lo

hacía para abusar de ellos en su oficina—, pero que esa extrañeza no alcanzaba a transformarse en una sospecha de algo en particular. Más bien le rondaba la pregunta de por qué lo hacía con algunos y no con todos.

3.

Durante el segundo semestre de 1985, un acto de indisciplina escolar acercó a Rinsky Rojas a los padres de los hermanos Vargas. Todo partió con un alboroto: en una sala del colegio un grupo de alumnos disparaba un rifle a postones. Usaban como blanco un viejo afiche con la imagen de Juan Pablo II que decía: «Abramos las puertas a Cristo». Un profesor escuchó sobresaltos y los sorprendió. Entre los alumnos que miraban y celebraban los postonazos estaba Mauricio, el mayor de los Vargas, el amigo de Ariel Álvarez y parte del grupo de los favoritos de Rojas. El cura se encargó de encarar a los estudiantes y mandó a llamar a sus apoderados. Entre esos apoderados estaba Rosa Martínez, la madre de Mauricio y Marcelo Vargas.

En 1985 Rosa Martínez tenía treinta y siete años y llevaban dieciséis de matrimonio con Adrián Vargas, de treinta y nueve. Ambos se habían conocido en Valdivia a fines de los sesenta. Sus familias eran originarias de pueblos pequeños de la región: el padre de Rosa había sido funcionario de correos y telégrafos y el de su marido empleado ferroviario. Cuando comenzaron a salir, Adrián ya era detective de la policía de Investigaciones y ella recién salía del colegio. En 1969 se casaron, un año después nació Mauricio y al siguiente Marcelo. Rosa trabajaba como operadora de la compañía Telefónica del Sur y su marido era comisario de la prefectura de Investigaciones de la ciudad. Fue Rosa quien acudió a la reunión con Rinsky Rojas para tratar la situación de su hijo mayor. Temía que su marido —un hombre duro, estricto y en ocasiones violento— se enterara y lo castigara. En la comunicación escolar le habían advertido que Mauricio corría peligro, que podía ser expulsado. La cita que en un principio debió resultar angustiante para la madre, tuvo un feliz término. El sacerdote fue comprensivo y amable con ella. El muchacho permaneció en el colegio bajo ciertas condiciones. Pronto Rinsky Rojas comenzó a visitar la casa de los Vargas, ubicada en calle Arauco, a dos cuadras del colegio y a poco más de tres de la residencia de los sacerdotes de la congregación.

La casa de la familia Vargas Martínez era una construcción blanca de madera, de dos pisos, con un largo antejardín rectangular que le daba una

apariencia curiosa al conjunto: parecía haber sido embutida al final de un rectángulo con un amplio espacio al frente y un estrecho patio atrás. Una parte de la casa, a mano derecha, era una cabaña que tenía una entrada independiente y solía ser arrendada a matrimonios jóvenes, algunas veces profesores del mismo colegio. La primera visita de Rimsky Rojas a esa casa fue a principios de diciembre de 1985. De ahí en adelante se hizo parte rápidamente de la intimidad familiar y conoció los conflictos de un matrimonio que sobrevivía más por empeño y costumbre que por satisfacción verdadera. También fue testigo del embarazo de Rosa de su última hija —que nacería en marzo— y de sus frecuentes y agudos malestares estomacales, atribuidos hasta ese momento a úlceras.

El 3 de enero de 1986 cayó viernes. Ese día Marcelo Vargas, el hermano menor de Mauricio, cumplió catorce años y la familia lo celebró en la tarde. Invitaron a Rimsky Rojas. El sacerdote fue, pero no llevó regalo, lo había dejado olvidado en su oficina del colegio. Decidió entonces que Marcelo lo acompañaría a buscarlo. Eran las siete de la tarde y quedaba muy poca gente en el edificio. Una vez que llegaron a la oficina, Rimsky Rojas buscó el regalo y el muchacho lo desenvolvió: era una polera amarilla, marca Ocean Pacific. El muchacho le agradeció al cura, el sacerdote le dio un abrazo para sellar el momento, y luego, inesperadamente, le dio un beso en la boca. El chico reaccionó confundido, le dijo algo que pudo haber sido la versión adolescente y nerviosa de una frase como «esto no corresponde, no está bien». El sacerdote le dijo que estuviera tranquilo, que no había nada de malo, porque era una demostración del amor que le tenía. «Tú eres el elegido», le explicó. Luego salieron del colegio, el cura lo acompañó hasta su casa, el muchacho le mostró el regalo a sus padres y se fue a dormir. El sacerdote se quedó conversando con Rosa y Adrián.

Las visitas del sacerdote al hogar de los Vargas Martínez se extendieron hasta Coñaripe, el balneario en donde la familia había comprado una casa. Allí el sacerdote alojaba en la pieza del hermano mayor, aunque en ocasiones se pasaba silenciosamente hasta la cama de Marcelo Vargas. La abuela paterna de los niños vio al sacerdote acostado en la misma cama de su nieto en una oportunidad. Le reclamó al cura, que le explicó que no era lo que imaginaba. La mujer le mencionó el incidente a una de sus familiares, pero aparentemente no llegó a oídos de la madre del muchacho.

A partir de marzo de ese año el vínculo entre Rimsky Rojas y Marcelo Vargas se hizo cada vez más estrecho. Era usual que el cura lo sacara de clases varias veces por semana y lo llevara hasta su oficina. Allí el sacerdote

lo acariciaba, besaba y masturbaba hasta hacerlo eyacular sobre un pañuelo blanco. Repitió la rutina en un baño del tercer piso del colegio, en la biblioteca, la capilla y el furgón amarillo. Rimsky Rojas incluso masturbaba a Marcelo Vargas —con sus manos y su boca— en la residencia de la congregación, hasta donde lo llevaba, como a otros alumnos, con el pretexto de cortarles el pelo.

Hubo un punto en que las visitas del cura a la casa de los Vargas eran tan frecuentes que su presencia ni siquiera era anunciada ni requería hacer un alto en la rutina doméstica: podía circular por las habitaciones, sentarse a ver televisión e incluso dar opiniones sobre amigos y parientes de los dueños de casa. Pese a la intimidad que llegó a tener con el matrimonio, ni las hermanas de Rosa Martínez ni los parientes de Adrián Vargas sentían simpatía por el sacerdote y evitaban coincidir con él. Les molestaban los comentarios desdeñosos que hacía sobre las personas más modestas y la manera burlona en que imponía sus puntos de vista.

Mientras las conversaciones que Rimsky Rojas mantenía con Rosa Martínez tenían el tono de confidencias íntimas, las que sostenía con Adrián Vargas —el padre de los muchachos— eran más bien triviales o referidas a la contingencia nacional. Había, eso sí, un punto de discrepancia político del que el sacerdote zafaba con sarcasmos. Rimsky Rojas era opositor a la dictadura, al menos eso daba a entender, y Adrián Vargas, como comisario de la policía de Investigaciones, pertenecía a la unidad que la Central Nacional de Inteligencia (CNI) mantenía en la ciudad^[33]. Vargas se jactaba del poder del régimen de Pinochet y solía burlarse de la situación que enfrentaban los partidarios de la izquierda chilena. Frente a eso, Rojas sonreía socarrón o citaba frases como la expresión «tontos útiles», usada por un obispo de la época para referirse a los represores. Pese a esto nunca hubo roces entre ambos, sino que llevaron una relación cordial que solo se fortaleció con el tiempo.

En marzo de 1986 Rosa Martínez viajó a Santiago. Tendría a su hija en la capital, donde Adrián Vargas había sido destinado unos meses antes. En Valdivia quedaron los hijos a cargo del sacerdote. La tercera hija del matrimonio nació, la llamaron Belén, pero no pudieron llevársela a Valdivia de vuelta, pues tenía un problema en el corazón que obligó a la madre a quedarse junto a ella en Santiago. Pasaron las semanas y cuando la niña ya estaba bien, fue la madre la que enfermó. Los dolores recurrentes que Rosa Martínez había sufrido durante meses resultaron ser los efectos de un cáncer que se había extendido demasiado como para iniciar un tratamiento. La

operaron en Santiago y luego volvió a Valdivia, en donde la mantuvieron internada. Durante la hospitalización algo cambió en su relación con el sacerdote, según me contó Gloria Ortiz, compañera de trabajo y amiga de Rosa Martínez. Ambas se conocían desde que Rosa llegó a trabajar a Telefónica del Sur como operadora. Gloria visitaba a diario a su amiga mientras estuvo internada en la Clínica Alemana de Valdivia. Según ella, a medida que la enfermedad avanzaba —estaba desahuciada—, Rosa Martínez comenzó a restringir su contacto con el sacerdote.

—Al cura lo echó una vez de la clínica —me dijo Gloria Ortiz.

—¿Por qué?

—Ella me decía: no quiero ver a ese desgraciado, sáquenlo de aquí, pónganle llave a la puerta, no quiero verlo. Pero nunca me decía el porqué.

Rosa Martínez murió el 3 de julio de 1986, apenas tres meses después del nacimiento de su hija, que en adelante sería criada por la abuela paterna. Adrián Vargas ya trabajaba en Santiago y pronto inició una nueva relación de pareja en la capital. En lugar de llevarse a los hijos varones con él, decidió dejarlos al cuidado de Rinsky Rojas en Valdivia. El cura asumió como el apoderado y tutor de los muchachos, pese a que en Valdivia residían sus tíos y primos por lado paterno y materno. Según varios testigos, Rinsky Rojas cubría los gastos de ambos, lo que incluía comida, movilización y colegiatura. En adelante los abusos sexuales que Rinsky Rojas cometía en contra de Marcelo Vargas ocurrían no solo en el colegio, el furgón o la residencia de los salesianos, sino también en la casa familiar.

Es muy probable que para esa fecha la psicóloga Ángela Repossi ya le hubiera comentado al sacerdote Alfonso Horn que a su consulta habían llegado alumnos del colegio salesiano con evidencias de haber recibido un trato impropio por parte de Rinsky Rojas. El reclamo de la psicóloga fue reforzado por el del alumno Álvaro Rodríguez, quien en septiembre de 1986 vio a Rinsky Rojas en su oficina abrazando a Marcelo Vargas, acariciándolo desde el costado hasta el glúteo y besándolo. Rodríguez le relató la escena a Alfonso Horn, el director del colegio, en 1987. El director le respondió que no era el primer comentario que le llegaba al respecto y mandó a buscar a Rinsky Rojas inmediatamente. Cuando Rojas acudió, el director le pidió a Rodríguez que saliera de la oficina para conversar con el sacerdote^[34]. Álvaro Rodríguez alcanzó a escuchar cómo las voces de ambos se elevaban en una discusión cuando se iba. Años más tarde el sacerdote Alfonso Horn negó que tal encuentro haya existido, o al menos dijo no recordarlo.

Algunos meses después de la muerte de la madre de los hermanos Vargas, cuando el padre ya no vivía en Valdivia, Rimsky Rojas mandó a llamar a Gloria Ortiz, la amiga de Rosa Martínez. Le dejó recado en su trabajo, citándola en su oficina. Aquel llamado la inquietó. Era una situación extraña para ella, pues nunca había congeniado con el cura —lo consideraba arribista y antipático— y pensó que tal vez alguno de los hijos de su amiga muerta había tenido un accidente. Recordaría bien el episodio porque acudió hasta la oficina del sacerdote en medio de una lluvia torrencial. Cuando llegó al colegio, el sacerdote le explicó que necesitaba que lo defendiera porque existían rumores sobre su sexualidad. La explicación, considerando la urgencia de la cita, desconcertó a Gloria Ortiz. Aunque ella no estaba familiarizada con las rutinas escolares, no entendía la razón por la cual en lugar de hablar de los alumnos el sacerdote le estaba pidiendo apoyo por algo tan inesperado sobre su vida personal. Gloria Ortiz le respondió que eso no era un asunto que le concerniera, pero se quedó esperando que llegaran otras mujeres a las que el cura había citado. Eran madres y apoderadas de sus alumnos más cercanos, a quienes les pidió su ayuda por la misma causa. ¿Frente a quién debían defenderlo si supuestamente el director Alfonso Horn nunca había sido informado de nada? ¿Qué situación le parecía amenazante a Rimsky Rojas para tomar una determinación tan insólita como esa?

Todo indica que a partir de la segunda mitad de 1987 Rimsky Rojas caminaba por Valdivia como por un campo sembrado de rumores peligrosos. Hubo un último episodio inesperado que marcó el final de su paso por Valdivia. Ocurrió durante un paseo de fin de semana a Coñaripe, con el grupo de alumnos cercanos a él. Durante ese paseo los estudiantes hablaron por primera vez entre sí sobre lo que había estado ocurriendo con el sacerdote. Una noche los muchachos se reunieron en la playa a orillas del lago, sin el sacerdote presente, y tomaron alcohol. La conversación tomó un giro inesperado. Alguno contó que el cura lo había manoseado, luego lo hizo otro que contó de las sesiones de corte de pelo y los consejos que les daba para masturbarse «apretándose la venita» del pene. Hablaron de los abrazos, los agarrones, los intentos de besarlos y los paseos por las duchas. Mientras esto ocurría, Rimsky Rojas permanecía a varios metros de distancia dentro de una carpa. Envalentonados por el alcohol, los alumnos le gritaron groserías desde lejos, pero él no salió. Al día siguiente nadie habló del asunto.

Antes de que finalizara el año escolar, Rimsky Rojas fue trasladado y dejó la ciudad sin despedirse. No asistió a la graduación del cuarto medio que egresaba. La dirección del colegio nunca explicó su ausencia. Los hermanos

Vargas también dejaron la ciudad. Se mudaron a Santiago a vivir con su padre. En marzo de 1988, Marcelo Vargas volvió a ver al sacerdote en Santiago. Adrián Vargas, su padre, lo llevó a él y a su hermano hasta la casa de los padres de Rimsky Rojas en la calle Las Hortensias, en el paradero 29 de Gran Avenida, la misma casa donde hablé con Trinidad Rojas. El cura estaba de paso en Santiago, había sido destinado a Iquique y quería despedirse de sus antiguos alumnos. Adrián Vargas dejó a sus hijos allí, y los pasaría a buscar al final de la tarde. El sacerdote estaba con otro exalumno. Los saludó y llevó hasta una habitación. En un momento Rimsky Rojas le pidió a Mauricio Vargas y al otro muchacho que fueran a comprar un postre helado cerca, para lo cual les dio dinero. Así lo hicieron. Rimsky Rojas y Marcelo Vargas se quedaron solos en la habitación, una pieza pequeña en la que había dos camas. En un momento, el cura se acercó al muchacho, comenzó a tocarlo, lo besó y lo masturbó.

4.

Hasta que me reuní con Marcelo Vargas nunca había visto una fotografía suya, o si la vi, en alguna crónica del diario, era demasiado pequeña como para formarme una idea de la apariencia que tendría de adulto el adolescente del que Rimsky Rojas había abusado en los años ochenta. Tal vez por su profesión de abogado me había hecho una imagen mental de su aspecto: la de alguien formal y rígido que acudiría a la entrevista vestido de traje, pero sin corbata, luego de una jornada de trabajo como funcionario en algún servicio público. No era así. Vestía *jeans* y una camisa que mantenía fuera del pantalón. Un aire juvenil y despreocupado. Nos reunimos en un bar de Ñuñoa, una tarde de otoño. Era un punto medio entre la casa en Peñalolén, en la precordillera, donde vivía con su mujer y sus dos hijos, y mi comodidad. Llegó con una carpeta de documentos que me entregó al final del encuentro. La primera pregunta que le hice a Marcelo Vargas cuando lo conocí fue por qué había decidido denunciar a Rimsky Rojas en octubre de 2010 y no antes. Habían transcurrido veinticinco años desde que el sacerdote comenzó con él una rutina de abusos que se extendería por cerca de dos años. ¿Por qué esperar tanto? O más bien, ¿por qué justamente en ese momento y no en otro? Él me explicó que había decidido acudir a la Fiscalía después de escuchar un llamado del papa Benedicto XVI en televisión: «Un día que estaba viendo CNN vi que el papa decía “denuncien a los abusadores”. Fue por eso que

empecé a buscar a Rimsky Rojas». Escribió el nombre del sacerdote en Google y vio que estaba en Puerto Montt a cargo de una fundación que trabajaba con niños del Servicio Nacional de Menores. Entonces fue que pensó denunciarlo, algo que finalmente hizo en octubre de 2010. Le pregunté cómo había sido su vida hasta ese minuto y me respondió que sentía que durante todos esos años había vivido con una sensación de intranquilidad, de molestia, algo que le provocaba problemas con su mujer y sus hijos.

—¿Qué tipo de problemas? —insistí.

—Falta de confianza, mucha rabia, pena —respondió.

Desde que se tituló de abogado, Vargas nunca había tenido un trabajo estable. Vivía como independiente con clientes esporádicos. Me dijo que por esa inestabilidad no había contado con dinero para buscar una terapia psicológica. «Ando suelto por la vida», fue la frase que usó.

Uno de los aspectos que hacía particularmente interesante la historia de Marcelo Vargas era el modo en que el abusador se había desplegado sobre su biografía. Las ideas preconcebidas sobre el tema tienden a concentrarse en los detalles de un ataque específico de una persona sobre otra. Un acto limitado que empieza y termina en el tiempo en que un cuerpo es presa de la voluntad de otro cuerpo. También suelen subrayar que las víctimas sufren «la ausencia de un padre», sugiriendo que quienes son educados fuera de una familia tradicional son más débiles. Nada de eso se cumplía con Vargas. Su historia sobrepasa con mucho esa idea preconcebida y sitúa el abuso en un terreno viscoso que atrapa al abusado, disminuye sus capacidades, aplaca su voluntad y lo sumerge en una angustia paralizante. El relato que me hizo sobre su relación con Rimsky Rojas tiene justamente esa consistencia espesa y pegajosa que mezcla admiración, fe, miedo y placer.

Rimsky Rojas se instaló en el centro de su vida: era el profesor temido que, sin embargo, era amable y cariñoso con él y con sus amigos. El cura choro que los halagaba, los sacaba de viaje, les prestaba dinero para pasar el fin de semana y que, además, era el amigo y confidente de sus padres. Cuando Vargas recuerda esa época, describe un proceso que comenzó con regalos que fueron llegando cada vez con más frecuencia, como aquella polera amarilla para el día de su cumpleaños. «Él me fue ablandado con regalos», me dijo. Enseguida vinieron los placeres.

—Después de la primera vez que te besó, ¿cómo siguió la relación diaria?

—Me empezó a acosar derechamente. Iba a mi casa, después de clases me dejaba papelitos, como cartas de amor.

—¿Qué decían esas cartas?

—Decían cosas como «tú eres mi niño elegido, mi hijito querido, el principito». Eran cosas infantiles.

Cuando Marcelo Vargas recordaba estos episodios su rostro se encogía en un gesto similar al de quien se deslumbra frente a un foco potente que lo obliga a cerrar los ojos, o a la reacción facial luego de probar algo muy ácido. Era una mueca repetitiva que parecía cumplir la función de subrayar los relatos o alertar al interlocutor de que estaba acercándose a aguas turbulentas.

Los abusos del sacerdote quedaron relacionados en su recuerdo con el deterioro de la salud de su madre. Rinsky Rojas llegó a Valdivia cuando Rosa Martínez sufría los primeros síntomas del cáncer. Ella lo invitó a su casa, lo hizo parte de la familia. A través de la relación con la madre de Vargas el cura tuvo acceso a los secretos íntimos del matrimonio y seguramente aconsejó a la mujer para que descansara en él la crianza de sus hijos. Después fue el propio Rinsky Rojas quien le dijo a Marcelo Vargas que su madre estaba desahuciada. Se lo dijo en la capilla, frente al altar. Lo abrazó para consolarlo y antes de enviarlo de vuelta a clases, lo besó. El cura se hizo cargo de los hermanos Vargas desde que Rosa Martínez fue internada primero en Santiago y después en Valdivia. Cuando eso ocurrió, el padre de los muchachos trabajaba en la capital, hasta donde había sido destinado por la PDI, y solo viajaba al sur algunos fines de semana a ver a sus hijos. Marcelo Vargas lo culpa a él de que el cura persistiera en los abusos sin ningún tipo de control. Me aseguró que en agosto de 1987 él le contó a su padre lo que le hacía el cura, «que me daba besos y me tocaba. Entonces él me recriminó que cómo me dejaba hacer esas cosas». La teoría de Marcelo era que a su padre le convenía tener al sacerdote a su favor y lo usaba como carnada. La explicación que me dio era simple, aunque difícil de probar: Adrián Vargas era agente de la CNI y habría conseguido información sobre actividades de opositores a la dictadura a través del sacerdote. A cambio de eso, hacía la vista gorda con el trato que le daba el cura. Aunque Rinsky Rojas no tenía un discurso político explícito en frente de sus alumnos, era opositor a la dictadura y se encargó de organizar la recepción al cardenal Silva Henríquez cuando visitó Valdivia en 1987. Marcelo Vargas cree que eso le daba acceso a información sobre personas que mantenían actividades de oposición al régimen y que esa información le servía a su propio padre. Esa era su teoría, pero no tenía pruebas concretas de que ese trato entre ambos existiera, solo conjeturas que trataba de reafirmar de diversas maneras.

En 2010, antes de denunciar los abusos, Marcelo Vargas le escribió un correo electrónico a su padre. En ese correo le exigió treinta millones de

pesos a cambio de no involucrarlo en la denuncia contra Rojas.

—¿Cuando le pediste dinero a tu padre lo hiciste como un chantaje? —le pregunté.

—No, para nada. Lo vi como una obligación que tiene un padre de ser responsable con un hijo cuando ese hijo tiene un daño.

En uno de los párrafos del mensaje que Marcelo Vargas le envió a su padre, le decía que era imposible que no se hubiera percatado de la naturaleza de la cercanía que tenía el cura con él y que incluso los parientes que tenían en la ciudad sospechaban del cura en la época en que los abusos ocurrieron. El correo remataba con el siguiente párrafo: «En ese entonces y ahora aquello constituye un delito, respecto del cual te cabe participación de cómplice o encubridor: ¿Por qué motivo no pagaste mi colegiatura de tercero medio? Llegaste a un acuerdo y fuiste eximido del pago por el propio pedófilo».

En su declaración ante la Fiscalía, Adrián Vargas negó que su hijo o alguien más le hubiera dicho algo sobre la conducta del cura. Admitió, eso sí, que había escuchado comentarios sobre la sexualidad de Rimsky Rojas: «Se decía que tenía ciertos modales no muy varoniles, y la verdad es que se notaba su voz un tanto afeminada». Adrián Vargas contó, además, que en una ocasión él mismo le habría dicho al cura, de forma indirecta, que «si un maricón atentaba en contra de mis hijos yo lo mato». Rimsky Rojas le respondió con una risotada y cambiaron de tema. En su testimonio, Adrián Vargas fue más allá: le restó veracidad a las acusaciones de su hijo Marcelo en contra de Rimsky Rojas: «Mi hijo dice en su denuncia que su voluntad estaba doblegada, pero eso no existe, porque él tenía quince años y un cabro de quince no se va a dejar, y no creo que mi hijo se haya dejado, yo creo que el cura nunca le puso una mano encima a mi hijo. Mis dos hijos son bien hombres».

La denuncia de Marcelo Vargas en la Fiscalía obligó a que la PDI investigara, buscando testimonios entre los antiguos estudiantes y apoderados del Instituto Salesiano. Lograron reunir información suficiente como para darles credibilidad a las acusaciones en contra del sacerdote. Cinco exalumnos describieron los avances sexuales del cura de forma clara y consistente con las acusaciones de Marcelo Vargas. A esas declaraciones se le sumaron otras de familiares del propio Vargas y de la psicóloga Ángela Repossi. Durante la investigación apareció además un dato misterioso: Cristián Llévanes, un antiguo oficial de Carabineros que estuvo destinado en Valdivia en los años ochenta, aseguró que mientras Rimsky Rojas vivía en la ciudad fue detenido por ofensas a la moral, pero que esa detención se esfumó

de los archivos. A raíz de ese recuerdo, la Fiscalía llegó hasta Adela Pozas, funcionaria del Poder Judicial, quien recordó haber visto una denuncia en contra del sacerdote durante los años en que fue profesor del colegio salesiano, pero que no recordaba detalles sobre la causa. La causa en contra de Rimsky Rojas presentada a la justicia ordinaria fue sobresaída dos años después de la muerte del sacerdote, el 10 de mayo de 2013^[35].

El sacerdote dejó Valdivia en diciembre de 1987 y en marzo de 1988, después del encuentro con Marcelo Vargas en la casa de sus padres en Gran Avenida, Rimsky Rojas viajó hasta Iquique. La congregación lo envió como delegado pastoral al Colegio Don Bosco de esa ciudad. Permaneció allí durante todo el periodo escolar, aunque mantuvo contacto con algunos de sus alumnos predilectos de Valdivia, a quienes incluso visitó a fines de 1988. Esa visita fue hecha bajo sigilo.

5.

En Iquique, Rimsky Rojas tomó el control del colegio Don Bosco, tal como lo hizo en Valdivia. Aunque nominalmente solo fuera delegado pastoral, se comportaba y era considerado como si fuera el rector o una autoridad con la potestad de imponer normas disciplinarias y académicas. Asumió como profesor jefe de al menos uno de los cuartos medios y se concentró en la reorganización de la catequesis del colegio, que hasta ese momento conducía un sacerdote anciano. Tomó como misión revitalizar el espíritu religioso de un colegio que había cobrado fama de demasiado liberal para los estándares impuestos en los colegios del sur del país y organizó las jornadas de Encuentros de Jóvenes en el Espíritu. Como parte de su plan, seleccionó un grupo de alumnos —no exactamente los más piadosos, sino los más populares— como sus monaguillos y, por extensión, algo así como sus discípulos personales. Pablo Cereceda, uno de esos alumnos, me habló de su gran dominio escénico durante las misas, a las que antes no se les daba mayor relevancia.

—Las misas antes de él eran normales, los cabros chicos no pescaban, la mayoría de los docentes eran de izquierda y no eran muy religiosos. Pero el Rimsky cambió eso.

Logró, además, que el obispo de la ciudad lo nombrara su secretario, un gesto inusual porque su congregación mantenía una relación de competencia

y desconfianza con la jerarquía diocesana. El episcopado le abrió las puertas de la catedral a él, al coro del colegio que dirigía y a sus monaguillos.

A diferencia del vínculo que estableció en Valdivia con los alumnos que jugaban básquetbol, en Iquique no se involucró en las actividades deportivas. Optó por concentrarse en las ceremonias religiosas y mantener una relación cordial con los profesores y funcionarios, a quienes les enviaba una nota de felicitaciones en el día de sus cumpleaños. Pequeños gestos que muchos recordarían por años. Los relatos de sus exalumnos iquiqueños repiten el guion del hombre estricto y atractivo al mismo tiempo, aunque no recuerdan ni denuncias en su contra ni rumor alguno sobre abusos durante el año en el que el sacerdote estuvo en Iquique.

Todo indica que en su nueva destinación Rimsky Rojas cambió algunas conductas o al menos las matizó. ¿Lo hizo por recomendación de algún superior? Tal vez. Continuaba, eso sí, extendiendo su control sobre los estudiantes más allá del colegio. Los esperaba a la salida de las fiestas para constatar si habían bebido y, si les notaba hálito alcohólico, se ocupaba de llamar a los padres. A nadie le parecía inapropiado que los vigilara y los investigara en horario nocturno.

Aunque 1988 fue un año de efervescencia social —marcado por el plebiscito de octubre, que fue el comienzo del fin de la dictadura de Pinochet—, sus alumnos no recuerdan un entusiasmo político particular de parte de Rimsky Rojas durante esa época. Lo que sí recuerdan es que comenzó a hablar con insistencia —durante sus clases de Religión y sus conversaciones— sobre partir como misionero fuera de Chile. Eso le decía a su grupo de favoritos, a quienes los convenció de que esa era su vocación, una declaración de intenciones que se contradecía con su debilidad por las comodidades materiales y su obsesión por las formas. En Valdivia era conocido por comprar zapatos importados en una tienda del centro, por su debilidad por los trajes de buen corte y los perfumes. ¿Cuándo cambió eso? ¿Por qué repentinamente quiso partir a África, en donde debería enfrentarse a las adversidades más radicales? Logró que lo destinaran a Guinea, una excolonia francesa. El viaje hasta su nueva vida como misionero comenzó pocas semanas después de terminar el año escolar en Iquique, el 19 de enero de 1989. Al día siguiente llegó a Roma y es probable que se quedara allí un tiempo, aprendiendo francés y tomando cursillos de enfermería. La misión en Guinea, sin embargo, fue un fracaso. A pesar de que en el futuro Rimsky Rojas les daría a entender a sus alumnos que su estadía en África duró varios años, en los hechos apenas duró cinco meses, a los que habría que descontar

el tiempo que permaneció en Roma y los viajes dentro de Europa, que incluyeron una visita a Suecia, en donde había vivido su hermana Ninoska. Volvió a Santiago el 15 de julio de 1989.

En Chile les contó a sus cercanos que su paso por Guinea había sido una pesadilla, que se enfermó de malaria y debieron llevarlo de vuelta a Europa para su recuperación. Cuando se puso mejor, dijo, él pensaba volver a Guinea, pero lo habían obligado a tomar un avión a Santiago. Poco tiempo después, las autoridades salesianas lo destinaron al Liceo San José de Punta Arenas, la ciudad en donde había hecho su práctica pastoral entre 1977 y 1978, el lugar que siempre recordaría con especial cariño.

V. El silencio

1.

Una noche de 1883 Don Bosco, el fundador de los salesianos, tuvo un sueño. Soñó con las extensas llanuras de la Patagonia salpicadas de pueblos indígenas de cabellos ásperos y piel cetrina. El sacerdote vio en su sueño amplios terrenos, montañas escarpadas, tribus de cazadores y, en medio de todo, un grupo de misioneros salesianos precedidos de un piño de muchachos de rostro alegre. Don Bosco pensó que ese sueño era un aviso sobre el destino de su congregación y apenas pudo lo escribió. Quiso hacerlo realidad. Cuatro años más tarde ocurrió.

Cuando los primeros salesianos llegaron en 1887, Punta Arenas era un pueblo de poco más de dos mil habitantes, la mitad de ellos extranjeros —ingleses, franceses, españoles, portugueses— instalados en una zona dominada por los estancieros. La inmigración croata aún no llegaba con toda la fuerza con que lo haría a comienzos del siglo xx. Los salesianos exploraron, fundaron misiones, estudiaron la naturaleza de la zona y las costumbres de los pueblos autóctonos antes de su exterminio; canalizaron el río que cruza la ciudad y levantaron colegios. La congregación estableció alianzas con los estancieros para el dominio del territorio y fue sumando vocaciones que le aseguraron continuidad. Con el correr de las décadas los nombres de los sacerdotes pioneros —Agostini, Alberti, Fagnano— quedarían en calles y edificios, fiordos y glaciares. La particular historia de Magallanes —muy diferente a la del resto de Chile— quedó así fundida con la de los salesianos.

A lo largo del siglo xx la singularidad de la región sumó otro atributo: una fuerte identidad de los trabajadores y la clase media con la izquierda política. Una tradición que se mantuvo durante la dictadura, el periodo en el que la Iglesia de Punta Arenas era liderada por el obispo Tomás González, nombrado en marzo de 1974, meses después del golpe de Estado. González

tenía treinta y nueve años, había estudiado en Italia y ocupado el puesto de director y maestro de novicios del seminario de Lo Cañas. El joven obispo protegió a las comunidades opositoras a la dictadura que sufrían el acoso del régimen establecido por la Junta Militar. Solían reunirse en la iglesia de Fátima, una parroquia ubicada en el corazón de la población 18 de septiembre de Punta Arenas.

Una fecha en particular marcó el vínculo entre el obispado y la oposición. En febrero de 1984 el gobierno anunció que el general Pinochet visitaría la ciudad. El 26 de febrero en la mañana, el día en que comenzó su visita oficial, una muchedumbre se reunió en la catedral, asistió a la misa y luego permaneció en la esquina frente a la plaza principal de la ciudad protestando: le gritaban «asesino» a Pinochet, que estaba a pocos metros de distancia. Aquella fue la primera vez que Augusto Pinochet enfrentó el repudio popular cara a cara. Los carabineros quisieron reprimir la manifestación, pero el obispo ordenó cerrar las puertas de la catedral para impedir el paso de la policía. Aquella jornada fue conocida como «el puntarenazo». La dictadura cobró venganza ocho meses más tarde, mandando a poner una bomba en la iglesia de Fátima, la parroquia donde solían reunirse los grupos opositores.

La conducción que el obispo González tuvo durante la dictadura fue ampliamente reconocida y su influencia entre los políticos de izquierda, sobre todo en el mundo de la Democracia Cristiana, era evidente. Junto al cardenal Raúl Silva Henríquez, González era una especie de baluarte para los salesianos. Rimsky Rojas lo mencionaba como una inspiración para él y como una de las razones que lo llevaron al sacerdocio. Esas declaraciones hacen suponer que durante su paso por Punta Arenas, como novicio en 1977 y 1978, mantuvo algún tipo de cercanía con quien a esas alturas era un pilar de la Iglesia chilena. Si fue así, esta aumentó cuando Rimsky Rojas volvió a Magallanes como delegado pastoral del Liceo San José en 1990. Al tercer año de su estadía en Punta Arenas, Rojas fue nombrado vicario del obispo González y designado director del Liceo San José. Los testigos de la época — alumnos, profesores y exreligiosos— no me hablaron de una amistad entre ambos, sino más bien de una relación basada en la disposición de Rimsky Rojas de serle útil al obispo.

Poco tiempo después de llegar al Liceo San José, y tal como lo hizo en Valdivia, Rimsky Rojas se propuso revitalizar el llamado Movimiento Juvenil Salesiano, que había sido opacado durante años por otros movimientos católicos de la ciudad. Rojas lo logró rápidamente, cada semestre sumaba estudiantes. Los grupos de muchachos o «comunidades» del movimiento se

reunían semanalmente en el colegio. El sacerdote pronto creó la costumbre de los campamentos semestrales: uno de primavera en la región y otro de invierno en Río Gallegos, la ciudad argentina más cercana. El viaje a Río Gallegos en bus tomaba unas cinco horas. El campamento significaba alojar en un colegio salesiano de esa ciudad desde un día sábado hasta el día martes siguiente, cuando retornaban.

En el primer año del campamento creado por Rimsky Rojas fue solo un bus, con poco más de cuarenta personas; el segundo año fueron dos buses, y el tercero ya eran cuatro repletos de estudiantes y algunos profesores que ayudaban a organizar al grupo. Las actividades durante la jornada de retiro eran similares a las de los Encuentros de Jóvenes en el Espíritu, con mucha intensidad emocional y revelaciones íntimas. El sacerdote impulsaba a los jóvenes a contar historias familiares en largas sesiones grupales, que se encargaba de musicalizar con canciones melosas. A juzgar por los testimonios, los días de campamento eran bastante incómodos y suponían una especie de sacrificio, sobre todo para los profesores a los que el sacerdote obligaba a viajar: dormían poco, la calefacción era deficiente y todo estaba regido por la voluntad del sacerdote, que trabajaba hasta muy tarde y siempre estaba en pie antes de las seis de la mañana. Un profesor que trabajó con Rimsky Rojas y fue parte de la directiva del Liceo San José resume aquellas actividades: «A él le gustaba tocar la fibra íntima de las personas. Planificaba todo para llegar a quebrarnos por el cansancio».

Bajo la dirección de Rimsky Rojas la rutina cotidiana en el Liceo San José también sufrió transformaciones. El establecimiento adoptó un tono que Nelson McArdle, uno de sus alumnos de aquella época, define como «militar». «Antes de Rimsky Rojas el ambiente era más liviano. Militarizó los horarios, el largo del pelo y cambió el uniforme». El sacerdote contrató nuevos profesores, entre ellos uno de Música, con quien se llevó muy bien durante un par de años. Ese profesor lo ayudó a formar un coro que llegó a tener mil voces, con quinientas flautas. El coro se presentaba en ceremonias internas del liceo y en actividades oficiales de la ciudad, y se transformó en un sello de su gestión. Así también su figura severa, siempre de negro, vestido con trajes a la medida a los que sumaba una capa con cuello de piel, que le confería un aire señorial cada vez que bajaba por las escaleras del gimnasio—un zócalo bajo el nivel del suelo— durante las ceremonias y celebraciones escolares. Aunque no existían cursos de idioma italiano ni de latín, ni menos aún de croata, él se encargaba de que el coro entonara canciones en esas lenguas durante los actos oficiales de la ciudad. Los estudiantes memorizaban

fonéticamente, tal como él se aprendía las citas de intelectuales famosos o los latinazgos que solía repetir en público. Era la expresión más estética del imperio de la obediencia que el sacerdote instauró en el colegio, como quien cultiva una virtud suprema. Ese imperio también tenía síntomas pedestres, rutinarios, como la vigilancia de la conducta de los estudiantes. Para lograr mayor eficacia en el control del alumnado, subdividió en tres los ciclos escolares y a cada ciclo le asignó un inspector que debía informarle a un inspector general. Cada uno de ellos debía utilizar un sistema de radio cuya central la manejaba el sacerdote.

El profesor Danilo Tobar fue uno de esos inspectores, su clave de radio era D2: «Él me decía por radio “Atento D2, vamos al canal convenido”. Con el padre Rimsky el San José era prácticamente una academia militar, nadie podía andar sin corbata, con el cuello desabrochado o decir una palabra inapropiada. Los lunes se hacía el “Buenos días” —la tradicional reflexión salesiana—, que habitualmente duraba diez minutos, pero que podía extenderla hasta los cuarenta y cinco minutos o hasta una hora hablando». Si alguna actitud de un alumno lo irritaba, podía perder los estribos fácilmente. En una ocasión, otro inspector tuvo que evitar que golpeará a un estudiante que lo sacó de quicio durante el recreo. La furia del cura fue tal, que el inspector —un deportista y profesor de Educación Física— tuvo que rodearlo con sus brazos, levantarlo en vilo y sacarlo del lugar a la fuerza antes de que la situación pasara a mayores. Algo similar ocurría luego de la misa si alguno de los acólitos se equivocaba en algún paso. Los reunía y se lo reprochaba incluso con groserías. En ocasiones eran errores mínimos, que solo él notaba. Por un lado la furia, por el otro la desesperación emocional: cuando algo salía mal en un acto planificado por él, podía romper en llanto.

Roberto Avendaño llegó del seminario Lo Cañas a Punta Arenas en 1995, a cursar su práctica como religioso al Liceo San José bajo las órdenes de Rimsky Rojas. Estuvo un año y medio allí. Avendaño fue testigo del «sometimiento emocional» que ejercía el sacerdote con el personal del liceo. «Rimsky era una de estas personalidades excéntricas que quieren nutrirse de la admiración del resto», me dijo Avendaño. Los encontrones de Avendaño con el sacerdote se hicieron tan frecuentes que acabaron por desanimarlo. El practicante decidió hacer solo lo justo, rendirse y evitar cualquier diálogo con el director del colegio, porque temía que terminara en discusión. Rimsky Rojas acusó recibo y un día lo llamó hasta su habitación en la casona de la comunidad junto al liceo. El cura estaba enfermo y le pidió disculpas por el maltrato.

—Entendí que estaba ocupando otro método para acercarse. Me dijo: «Tengo que hacerte un regalo», y me regaló un notebook, que en aquel entonces era algo muy caro. Estamos hablando del año 95. Para mí fue como juguete nuevo. Ese regalo me hizo sentir incómodo.

—¿Te sentiste acosado?

—No, acosado no, porque en eso fue muy astuto. Pero sí que me quería comprar el afecto y la cercanía. Yo era muy crítico también, ahí viene la otra historia, la de estos pichos, de cuatro o cinco chicos del colegio, que eran la sombra de Rimsky.

Tal como había ocurrido en Valdivia, Rimsky Rojas se rodeó de un grupo de incondicionales, por lo general, hijos de funcionarios de cierta importancia —agentes de empresas estatales, oficiales de alguna rama de las Fuerzas Armadas, empresarios locales— que recibían un trato preferente respecto de sus compañeros. El sacerdote pasaba con ellos gran parte del día, de hecho, su relación con los otros sacerdotes que vivían en la casa —cinco o seis, según el año— era distante.

La compañía de los muchachos se extendía más allá de la jornada escolar. Iban de compras juntos al supermercado, a la zona franca y organizaban paseos fuera de la ciudad. Durante las noches de invierno se encargaba de ir a recogerlos a sus casas en su *jeep* y llevarlos a patinar sobre la laguna de hielo del parque María Behety, frente al estrecho de Magallanes, o al refugio del cerro Sombrero. El sacerdote les hacía regalos que los padres celebraban como una especie de premio al mérito. Las familias retribuían integrándolo a las celebraciones y rutinas domésticas. En el ambiente familiar de las casas de los apoderados del liceo, el carácter de Rimsky Rojas dejaba la severidad de lado y se tornaba más juguetón y punzante. Podía alegrar una velada cantando y guitarreando o divertirse a costa de los anfitriones lanzando ironías cómicas que los dueños de casa tomaban como una señal de confianza. ¿Qué podía estar mal en todo eso? Era el cura más popular de la ciudad, el vicario del obispo, un hombre que se preocupaba por sus hijos, que los educaba y los honraba con su cercanía. Tanta era la dedicación por los estudiantes que instaló una enfermería junto a su oficina para atenderlos en caso de que lo requirieran. Habilitó un espacio que se había usado como archivo, una habitación pequeña, al fondo de un pasillo en donde estaban los baños de los profesores. Llevó una camilla y un botiquín. Él mismo se encargaba de limpiar heridas, aplicar inyecciones y atender todo tipo de dolencias intempestivas. «Esa enfermería al menos estuvo dos años», me dijo Nelson McArdle, quien a propósito recuerda una tarde en la que buscaba a un

compañero y no lograba dar con él hasta que alguien le dijo: «Está en la enfermería con el cura Rimsky». McArdle fue y permaneció justo fuera de la habitación esperando que su compañero saliera. «Recuerdo haber esperado a ese alumno mucho rato, una hora. Eso me resultó raro».

Además de sus habituales rondas nocturnas por las salidas de las fiestas de sus estudiantes, Rojas cultivó una red de informantes entre alumnos, profesores y apoderados que lo mantenían al tanto de lo que los estudiantes hacían fuera de clases. Fue alguno de esos informantes quien le comentó lo que uno de los profesores más cercanos insinuó en una conversación. El profesor de Música, el mismo que le había ayudado a formar el coro, había dicho que no era bueno que el sacerdote mantuviera una relación tan estrecha con algunos de sus alumnos. Hablé con ese profesor, quien me pidió la reserva de su nombre. Él me dijo que cuando Rimsky Rojas se enteró de lo que él había comentado lo citó a su oficina. «Se puso a llorar amargamente, recriminándome lo que yo había dicho sobre él». El sacerdote intentó primero acallar al profesor con regalos, luego, cuando se enteró de que había hablado directamente con uno de los alumnos del círculo íntimo para advertirle que no era apropiado que pasara tanto tiempo con el cura, lo despidió. Le sugirió además que dejara la ciudad «porque aquí ya no vas a encontrar trabajo». Poco tiempo después, la señora del profesor, que también trabajaba en una fundación de la Iglesia, fue despedida. «Era un dictador enfermizo, era adulador, amigo de los jueces, de las Fuerzas Armadas. Dejó una deuda de ochenta millones de pesos con el San José y culpó a la secretaria. Cuando la despidió, le achacó la deuda a ella», me dijo el profesor expulsado.

Aunque no tuve acceso a las cuentas de la época, sí me explicaron al menos dos cosas: que hasta el periodo de Rimsky Rojas el manejo del dinero del liceo era autónomo en su administración y contabilidad, por lo tanto, el director no debía rendirle cuentas a la congregación de los gastos en los que incurría o, al menos, no debía hacerlo periódicamente. También distintas fuentes me confirmaron que el sacerdote manejaba las finanzas internas con irresponsabilidad. Hubo alumnos predilectos a los que los eximió del pago de arancel, remodeló la oficina de la dirección, instaló máquinas de ejercicio en la comunidad, compró un *jeep* blanco con celular —una rareza para la época— y prodigaba regalos a sus estudiantes y profesores, como aquel notebook que le dio a Roberto Avendaño. Las jornadas de compras del sacerdote en la zona franca eran parte del folclor de la ciudad y la manera en la que decoró la casa donde vivían los curas —un caserón de diez habitaciones que ocupaban solo seis personas— se transformó en el comedillo del liceo. Un exsacerdote y

un profesor la describieron como «un hotel cinco estrellas». También tenía el hábito de celebrar con una comida o almuerzo en algún restorán el cumpleaños de los profesores directivos. La generosidad con sus más leales era la contracara de su lado adicto al orden y la disciplina. La figura que aparecía entonces en esas convivencias no era la del varón severo, sino algo más parecido al simulador social que intenta deslumbrar con pequeños guiños de refinamiento impostado a una pequeña burguesía de provincia. Rimsky Rojas podía ser cómico cuando jugaba esas cartas en situaciones de intimidad —como en las reuniones con los padres de los muchachos más cercanos—, pero también alcanzar connotaciones de crueldad social. Lanzaba frases en francés, criticaba la calidad del mantel de la mesa a la que llegaba de invitado y hasta se tomaba la libertad de hacer observaciones sobre el modo en que estaba vestida la anfitriona.

Una actitud similar adoptaba con respecto a la convivencia de los alumnos de los cuatro colegios salesianos de la ciudad. Además del Liceo San José, en Punta Arenas existe el María Auxiliadora, el Instituto Don Bosco y el Instituto Sagrada Familia. Mientras los dos primeros estaban orientados a hijos de la clase media de la ciudad, los otros —subvencionados— educaban a jóvenes de clase trabajadora. Rimsky Rojas evitaba que confluyeran en fiestas y celebraciones. Hacía comentarios despectivos sobre los estudiantes del Don Bosco, como contrapunto a lo que él esperaba de sus alumnos del Liceo San José. «En su círculo más cercano hablaba incluso de que los muchachos del Don Bosco eran “cumas”, usaba esa palabra», me contó Álex Bahamondez, exalumno suyo en los años noventa. En una ocasión suspendió una fiesta a la que llegaron alumnos del Don Bosco. Hizo que prendieran todas las luces y cuando los alumnos que organizaban le pidieron explicaciones, les dijo que había estudiantes del Don Bosco robando. No era verdad, usó eso como excusa para que los alumnos no se mezclaran. Algo parecido ocurrió a propósito de una misa que iba a congrega a los alumnos de los cuatro colegios para pedir por la salud del obispo Tomás González, que estaba muy enfermo. Paola San Martín, que fue presidenta del Centro de Alumnas del colegio María Auxiliadora, recuerda el incidente. La misa que organizaba el propio Rimsky Rojas en el gimnasio del Liceo San José, repentinamente se suspendió. Pero a última hora avisaron que igual se haría, con un detalle: el cura convocó solo a las alumnas del María Auxiliadora, pero dejó a un lado a los otros colegios salesianos. «En la misa el cura dijo: “Como dice la Biblia, cada oveja con su pareja”. Luego de eso me fui. Salí conmigo una compañera, las dos monjas de mi colegio, la directora y la

inspectora», me dijo Paola San Martín. La misma exalumna recordó también cuando durante un festival escolar en el que ella, en su calidad de presidenta del Centro de Alumnas, debía animar, el cura la criticó por su vestido. San Martín me contó que Rimsky Rojas envió en la mitad de la ceremonia a uno de los inspectores a decirle que debía alargar la basta de su vestido, porque estaba muy corto. Ella le respondió que si al sacerdote le parecía muy corto lo mejor era que no le mirara las piernas.

Durante su periodo en Punta Arenas los antiguos sueños de ser misionero que Rimsky Rojas alguna vez tuvo habían cambiado. Hablaba de África como un periodo de sacrificio ejemplar, que solía citar sin dejar en claro cuánto tiempo estuvo allí ni qué labores específicas cumplió. En Magallanes sus aspiraciones encontraron otro horizonte: quería escalar en la jerarquía, que lo nombraran obispo. El débil estado de salud de Tomás González debió alimentar alguna esperanza en él para ser considerado candidato a reemplazarlo. Entre sus cercanos Rojas se lamentaba de que, pese a su fama, la congregación no lo tomaba en cuenta para funciones más importantes. Él sabía que luego de terminar su periodo en Punta Arenas lo más probable era que lo destinaran a otro colegio en un rango menor, en una ciudad distinta en donde los salesianos no contarían con el mismo prestigio y, por lo tanto, él no tendría el poder que había alcanzado en Magallanes. Además, debía pesarle la carrera que algunos de sus compañeros de generación habían logrado, en particular su amigo Bernardo Bastres, que ya era provincial de la congregación y a la larga sería nombrado obispo. Tantos eran los esfuerzos que hacía Rimsky Rojas para que reconocieran su valor como cura, que le mandó a hacer a Svetko Hromic, el sastre más antiguo de la ciudad, una sotana con los colores del traje tradicional de los obispos. El exsacerdote Héctor Berenguela —el mismo que luego de apoyar una denuncia en contra de un salesiano de Porvenir fue castigado por la congregación— lo vio usando ese atuendo dentro de la casa de la comunidad de Punta Arenas, tal como los adolescentes que se encierran en su habitación a imitar a sus cantantes favoritos.

A partir del año 2000 la gestión de Rimsky Rojas en el colegio y los hechos que se sucedieron marcaron un periodo ingrato para el sacerdote. A principios de ese año compró tres perros rottweiler para la seguridad del liceo, una decisión que algunos de los profesores encontraron inútil. ¿Qué robo podía ocurrir en Punta Arenas? ¿Para qué gastar en mantener tres perros? El liceo ya tenía problemas financieros, que luego derivaron en que pasara de privado a subvencionado. Un gasto como ese era injustificado. Sin embargo,

Rojas logró su objetivo. Durante el día los perros estaban en un espacio entre el patio del liceo, que ocupaban los niños más pequeños, y la casa de la comunidad. Un espacio gris rodeado de rejas. La permanencia de los perros ahí era una amenaza incluso para los propios alumnos de educación básica. Cualquier descuido podía ocasionar un accidente, algo que finalmente acabó ocurriendo. En abril de 2001, un adolescente de doce años intentó ingresar a una fiesta del liceo saltando una reja desde la calle, pero quedó atrapado justo en el espacio en el que los perros deambulaban libremente durante la noche. Los rottweiler lo atacaron y el muchacho quedó gravemente herido^[36]. Al día siguiente, un grupo de apoderadas del liceo organizó una visita de solidaridad con el sacerdote. El muchacho atacado por los perros sobrevivió, pero el accidente fue el inicio de meses turbulentos. La madrugada del sábado 20 de octubre del mismo año, luego de una fiesta en un quincho del barrio croata, desapareció Ricardo Harex, alumno de cuarto medio del Liceo San José. Salió de la fiesta alrededor de las tres de la mañana. Los días siguientes movilizaron a toda la comunidad del liceo.

Ricardo Harex no era un alumno destacado ni uno de los estudiantes más cercanos de Rimsky Rojas. Tampoco era particularmente religioso. Su grupo de amigos no participaba de las actividades del círculo más próximo al sacerdote, ni tampoco guardaban una especial simpatía por él. Hasta ese momento, Harex había cursado los doce años de escolaridad en el liceo sin mayores contratiempos. Con el paso de las semanas los rumores cundieron en la ciudad. El abanico de sospechosos se abrió en la medida en que la búsqueda no arrojaba resultados.

Cuando Ricardo Harex desapareció, Rimsky Rojas cumplía once años en Punta Arenas y poco menos en el cargo de director. Un largo periodo y un lapso muy poco habitual para una congregación que usualmente traslada de ciudad o funciones a sus sacerdotes cada tres o cuatro años. Durante los últimos años, Rimsky Rojas se había concentrado en su meta de ser nombrado obispo, con lo cual descuidó la gestión interna. Algo que solo notaban los profesores. Las posibilidades que Rimsky Rojas tenía de permanecer en Magallanes eran pocas. La cercanía con el obispo Tomás González y su nombramiento como vicario no había rendido los frutos que él esperaba. González, además, ya no contaba con el mismo prestigio de décadas anteriores después de su defensa cerrada y pública de Víctor Hugo Carrera, el cura diocesano acusado de abuso que ejercía como su secretario y que rivalizaba con Rojas por su influencia en la juventud de la ciudad. Carrera tenía su propio movimiento juvenil cuando fue denunciado por abusar de un

niño en 1999. El obispo lo protegió públicamente, ayudó a que saliera del país y evitó que encarara la justicia ordinaria. Tomás González incluso le habría enviado dinero a Carrera mientras permanecía fuera de Chile. Con el correr de los meses, Rojas debió considerar que ya no resultaba conveniente para él ser tan cercano al obispo González. Eso explicaría que a fines de 2002, cuando ya estaba al tanto de que debía abandonar la dirección del liceo y su futuro resultaba incierto, hiciera públicas sus diferencias con el obispo sobre el caso de Víctor Hugo Carrera en la prensa. «El obispo Tomás González ha mostrado diferencias de criterio con su vicario, el padre Rimsky Rojas, quien prepara su retiro de la diócesis y postula para el cargo de capellán de la Armada en la XII Región. Según algunas fuentes, el alejamiento se debería a las diferencias entre ambos respecto de cómo tratar el caso de Víctor Hugo Carrera, sacerdote que se encuentra en Italia a pesar de estar acusado de abusos sexuales. Sobre el religioso pesa un pedido de extradición emanado de la Corte Suprema»^[37].

Rojas pretendía permanecer en la ciudad como capellán de la Armada, pero no lo logró. En 2003 dejó Punta Arenas. Fue nombrado capellán de la Escuela Naval en Valparaíso, ciudad en la que vivía su hermano, el también sacerdote salesiano Miguel Rojas. Durante ese año, J.M.L., uno de sus alumnos predilectos del Liceo San José, lo denunció por abusos sexuales. J.M.L. había entrado al seminario de la congregación a instancias de Rojas cuando decidió acusarlo. Se acercó a los superiores de la congregación para relatarles la manera en que el sacerdote había abusado de él desde que era su alumno en Punta Arenas, hasta cuando iba a visitarlo al seminario. Cuando J.M.L. habló por primera vez, el provincial de los salesianos era el sacerdote Bernardo Bastres. Después de la denuncia, Rimsky Rojas fue trasladado desde Valparaíso a Puerto Montt. En esa ciudad asumiría como delegado pastoral del colegio P. José Fernández Pérez y como director del hogar de menores Laura Vicuña.

2.

Sebastián Ramírez fue el nombre que escogí para nombrar a uno de los tres exalumnos del Liceo San José que denunció a Rimsky Rojas. Él me advirtió que prefería no aparecer con su nombre, no quería ser recordado como una víctima. Sin embargo, yo no quise que su nombre quedara reducido a una sigla como lo tuve que hacer con J.M.L. y R.G.M, los compañeros de

Ramírez. Si él había decidido hablar directamente conmigo, contarme el modo en que el sacerdote abusó de él durante cerca de cinco años, debía tener un nombre que encerrara secretamente un guiño a su identidad verdadera.

Quienes conocieron a Ramírez cuando era un estudiante aventajado del Liceo San José, lo recuerdan como la clase de alumno que siempre parece estar lleno de energía y que participa gustoso de todas las actividades fuera del currículum, incluso de las religiosas. Desde pequeño Sebastián Ramírez quiso ser acólito, incluso antes de hacer la Primera Comuni3n. Cuando estaba en tercero b3sico comenz3 a ayudar, cada domingo, a un cura viejo en la misa de las nueve de la mañana. Creció con la curiosa idea de llegar a ser monaguillo en la catedral, el lugar en donde Rinsky Rojas celebraba misa. Lo veía como la cumbre de una carrera, algo que, gracias a la perspectiva de los años transcurridos, relata entre bromas. Recuerda ese afán infantil por ayudar a los curas durante la misa como una de esas ideas que todos tenemos de niño sin una explicaci3n clara. En su casa no eran particularmente devotos, pero él dice que su madre lo apoyaba. Y lo logró.

—Yo debuté un Domingo de Ramos —me dijo Sebastián, recordando el día en que hizo su primera misa como parte de los monaguillos del cura Rinsky Rojas en la catedral.

Aunque Sebastián Ramírez estaba en sexto b3sico cuando Rojas llegó a Punta Arenas, no mantuvo contacto con el sacerdote sino hasta que logró ser aceptado entre los acólitos de la catedral, cuatro años después. El cura rara vez prestaba interés a los alumnos de los cursos iniciales. Las misas de la catedral eran largas, con gran despliegue de producci3n: incienso, campanas, incluso guitarras eléctricas. Para que todos esos elementos funcionaran, Rinsky Rojas debía tener un equipo de acólitos atentos. El día de su debut, Ramírez entendió dos cosas: la primera es que los acólitos saludaban de beso al sacerdote y la segunda que cualquier error, por imperceptible que fuera para los fieles, era severamente reprochado por el cura en una reuni3n posterior a la misa.

—Nos juntó a los acólitos y nos agarró a chuchadas. Nunca un profesor había hecho eso conmigo. Dijo que éramos unos «huevones inconscientes» que nos habíamos equivocado en una cosa o la otra. Asumí que lo hizo porque le gustaba que todo fuera perfecto. Me fui a mi casa. Así empezó el acercamiento.

Ramírez entró en el círculo de alumnos predilectos del momento, un grupo compuesto por otros tres compañeros de un curso mayor al suyo. Pertenecer a los elegidos significaba mucho más que la ayuda que le

prestaban al cura durante las misas; era una rutina cotidiana bajo la custodia del cura, sus directrices y caprichos. La compañía y obediencia eran recompensadas con un trato privilegiado, viajes y regalos. El sacerdote incluso le allanó a Sebastián Ramírez el camino para ser elegido presidente del Centro de Alumnos. Pero había una diferencia entre el trato que el sacerdote le daba a Ramírez y las rutinas que tenía con el resto de sus cercanos: en su caso no había acercamiento a la familia. Rimsky Rojas no visitaba la casa de sus padres, no tenía un trato cercano con ellos ni tampoco se presentaba a las festividades familiares, como lo hacía con los otros acólitos.

—¿Por qué no se acercaba a tus papás?

—Porque ellos tenían menos recursos que los otros.

La cercanía con el sacerdote inevitablemente repercutió en que Sebastián Ramírez comenzara a alimentar la idea de entrar al seminario. Aunque tuvo un pololeo con una chica del colegio María Auxiliadora, lo mantuvo en secreto. Él y su madre tenían terror de que el cura se enterara o de que desaprobara alguna decisión. Era una amenaza para su vocación de sacerdote. Aquel noviazgo era manejado como una relación clandestina por él y por su madre, que le cubría las espaldas para que el sacerdote no se diera cuenta. La voluntad de Rimsky Rojas se colaba por las relaciones familiares, se infiltraba en las amistades y se instalaba en el futuro de Sebastián Ramírez.

Cada mediodía, al final de la jornada de la mañana, Rimsky Rojas permanecía de pie junto a la puerta del liceo y despedía a los alumnos. Sebastián Ramírez llegaba junto a él, pero en lugar de irse, iniciaban una conversación que usualmente terminaba en la oficina de la dirección. Era un rito habitual que ponía a Ramírez en un sitio de distinción sobre el resto de sus compañeros. Uno de esos días, cuando ya estaban en la oficina, Rimsky Rojas le dijo: «Sebita, me hace falta conocer una sola cosa tuya».

—Como estábamos hablando de la familia, yo pensé que quería conocer a mis papás, ir a mi casa, como lo hacía con el resto. Le respondí: «Sí, pues, cura, te hace falta ir a mi casa y compartir con mi familia». Él me respondió: «Eso también, pero me falta conocer tu semen».

Rimsky Rojas se lo dijo en el mismo tono con el que solía deslizar infidencias sobre otros alumnos durante sus conversaciones; pequeñas historias de intimidades que contaba como prueba de confianza dentro de su séquito de predilectos, pero que desde fuera resuenan como un ejercicio de crueldad. Les contaba, por ejemplo, de un alumno que tenía un problema en sus genitales tan grave que tal vez le impidiera tener hijos; también les

hablaba de otro alumno «muy afeminado» al que todos sus compañeros acosaban. Ese alumno le había confesado al cura que estaba enamorado de uno de sus compañeros. Rimsky Rojas se los contó a ellos burlándose del chico.

—Lo raro, ahora que lo pienso, es que cuando me dijo lo del semen yo me decepcioné más porque no quisiera ir a mi casa a conocer a mis papás.

Sebastián Ramírez no tiene claro cuándo fue la primera vez que Rimsky Rojas lo masturbó. Sí tiene claro que esos acercamientos ocurrieron desde que estaba en segundo año de educación media hasta segundo año de universidad. La mayor parte del tiempo sucedía en el dormitorio del cura, en la casa de la comunidad, al lado del colegio. No había una ocasión o un horario en particular, era en cualquier momento y bajo cualquier excusa la más usual era ver una película.

—Después que eso pasaba, ¿él hablaba sobre lo que había hecho? —le pregunté.

—Creo que no. Hacíamos como que no pasó nada. Era ir a limpiarse al baño y no pasó nada, listo. De eso estoy más o menos seguro.

—Mientras te masturbaba, ¿tú lo mirabas? ¿Él te miraba?

—Yo no lo miraba, de eso estoy seguro. Nunca aguanté penetraciones, ni para allá ni para acá...

—¿Lo intentó?

—Sí. Tampoco aguanté chupárselo. Era masturbarse y a veces él me lo chupaba.

Sebastián Ramírez participaba del Movimiento Juvenil Salesiano y era parte de las decenas de alumnos que viajaban anualmente a los retiros en Río Gallegos. En esas jornadas —dormían en un gimnasio con escasas comodidades— Rimsky Rojas le decía: «Levántate antes y te va a tocar agua caliente en la ducha». Entonces el cura aprovechaba para masturbarlo.

El último año de liceo la presión para entrar al seminario fue más intensa. Incluso el cura llevó a Ramírez a vivir con él a la comunidad con el permiso de sus padres. J.M.L., su amigo más cercano, ya había partido al seminario y se suponía que Ramírez debía hacer lo mismo. Ya se lo había anunciado a sus padres.

—En esa época, ¿sospechabas que lo que el cura hacía contigo también lo hacía con J.M.L.?

—Por alguna razón que no entiendo, no me lo cuestioné. Los dos tendríamos que haber sospechado, es más, los dos *debíamos saberlo*, pero no lo decíamos.

Durante las conversaciones que sostuvimos, Sebastián Ramírez ordenó en tres movimientos el lento alejamiento de la influencia que Rimsky Rojas tenía sobre él. El primer movimiento lo ejecutó en noviembre de 1997, cuando le dijo que había decidido no ir al seminario. Cuando Ramírez recuerda lo que le costó tomar la decisión, la postura de su cuerpo cambia, su semblante se vuelve sombrío, un peso enorme vuelve a abrumarlo por segundos. Rindió la Prueba de Aptitud Académica y partió a estudiar a Valparaíso; el cura lo llamaba con frecuencia, le enviaba regalos e intentaba controlarlo y, cada vez que Ramírez visitaba Punta Arenas, la rutina de la masturbación continuaba. El segundo movimiento de emancipación ocurrió en segundo año de universidad, cuando ya se había hecho de un grupo de amistades y tuvo su primera relación como adulto con una mujer. Una nueva distancia quedó establecida. Desde ese punto ya existía una perspectiva lo suficientemente amplia como para contemplar su propia historia y la naturaleza de la relación que había mantenido con el cura durante esos años. Recorrió un largo camino hasta que ejecutó el tercer movimiento, cuando decidió denunciarlo en 2010. Una guerra de independencia que le tomó diez años de su vida.

A principios de 2010, Sebastián Ramírez habló con sus amigos del colegio y dos de ellos —J.M.L. y R.G.M.— le contaron que Rimsky Rojas también los había masturbado. J.M.L., el alumno que finalmente había entrado al seminario salesiano, le contó que incluso lo denunció a las autoridades de la congregación en 2003, específicamente al sacerdote Natale Vitali, pero que le habían recomendado no continuar con la acusación. Nadie hizo nada al respecto. De hecho, después de la denuncia Rimsky Rojas siguió trabajando con menores en Puerto Montt. Otro de sus amigos también le dijo que había contado los abusos en su contra, pero que su propia madre no le creyó. Aun más, ese alumno le comentó que cuando su padre murió, el cura lo acompañó después del funeral, le dijo que fuera a dormir una siesta a la casa de la comunidad y allí lo masturbó.

Luego de escuchar a sus amigos, Sebastián Ramírez decidió hacer la denuncia canónica, llamó a la congregación y fijaron una audiencia para el 3 de septiembre de 2010 en las oficinas de calle República, en Santiago. Lo recibió Leonardo Santibáñez, el provincial de los salesianos en ese momento. Había otros dos sacerdotes, uno de ellos era Vicente Soccorso, quien fue el encargado de tomar nota del relato. Soccorso le dijo que iniciarían un proceso canónico: «Para tu tranquilidad, todo esto es confidencial y apenas termine el juicio se quema todo, se elimina toda la evidencia y no queda registro de nada». Esa frase le quedó dando vueltas a Ramírez. Luego de dar su

testimonio, les pidió a los salesianos que no le avisaran a Rimsky Rojas que lo había denunciado, porque él viajaría a decírselo personalmente. Les advirtió, además, que después de que él hablara con Rimsky Rojas debían sacarlo del colegio y del hogar de menores en donde trabajaba y prohibirle el contacto con jóvenes: «Si no lo sacan al día siguiente de mi reunión con él, yo voy a hablar con la prensa y los voy a acusar a todos de encubridores», les dijo.

Sebastián Ramírez no recuerda exactamente la fecha en que viajó a Puerto Montt, pero debió ser la segunda semana de septiembre, justo después de la reunión con Santibáñez y Soccorso. En Puerto Montt, Rimsky Rojas estaba a cargo de la pastoral del colegio salesiano, de un hogar de menores y era el encargado de la congregación de guiar vocaciones sacerdotales. Aunque su carisma rápidamente surtió efecto en la comunidad y se hizo de seguidores entre los católicos de la ciudad, el poder que tenía no se comparaba con el que llegó a ostentar en Punta Arenas. Conservaba, eso sí, su inclinación a relacionarse con las instituciones militarizadas, ejerciendo como capellán de Carabineros. El exseminarista Juan Carlos Alvial conoció a Rimsky Rojas en esa época, cuando Alvial llegó a Puerto Montt en 2008 a hacer su tirocinio como religioso. Ese año, Alvial fue advertido por el director de la comunidad de no permanecer a solas en la habitación con Rimsky Rojas, porque había sido denunciado. Es decir, los sacerdotes que vivían con él en la comunidad estaban al tanto de la situación. Alvial también fue testigo del momento en el que, al finalizar una reunión con un grupo de fieles en una parroquia, uno de ellos le preguntó directamente a Rimsky Rojas si eran ciertos los rumores de que él había abusado de alumnos en Punta Arenas. El cura negó la acusación.

Cuando viajó a Puerto Montt, Sebastián Ramírez llevaba en una carta todo lo que le diría a Rimsky Rojas. Era un texto que había redactado con la ayuda de sus amigos, usando un lenguaje que consideraba contundente e irrefutable. En el colegio primero lo recibió el director. Fingió que era una visita amistosa. Luego apareció Rimsky Rojas y lo condujo hasta su oficina, ubicada en el primer piso, con vista al patio de juegos.

—Llegué hasta su oficina, me senté y saqué una carta que había escrito. La empecé a leer, punto por punto. No quería descontrolarme. Mi objetivo era ganarle, decir que a partir de ese día «este gallo no me gana nunca más», que ese día se acababa el sometimiento. Él me respondía: «Yo no soy homosexual», «yo no soy homosexual».

—¿Lo repetía?

—Sí, lloraba y repetía eso. Además dijo: «Te prometo que solo ha sido contigo y con J.M.L.». Me decía que con mi otro amigo él se había

confundido, pero que lo que ocurrió conmigo y con J.M.L. era porque se sentía como un padre con nosotros. Lo decía como si fuera algo positivo. Que era amor de padre.

Después de la visita de Sebastián Ramírez, el sacerdote Rimsky Rojas viajó a Santiago y, aparentemente, se alojó en dependencias de la congregación, en donde intentó suicidarse por primera vez ingiriendo pastillas. Sebastián Ramírez no estuvo al tanto de aquel primer intento de suicidio. Siguió en contacto con las autoridades salesianas, que lo citaron a prestar declaración formal frente a un consejo de personas escogidas por la congregación. La reunión fue nuevamente en las oficinas de calle República.

—Eran seis personas, entre sacerdotes y laicos. Repetí el relato y respondí preguntas. La intervención que más me golpeó la hizo un cura viejo, no recuerdo su nombre, creo que era sicólogo. Él me dijo: «No entiendo, esto es como “los Karadima”, que son inteligentes y abusan de ellos. Yo creo que tú estás enamorado de Rimsky. ¿Estabas enamorado de Rimsky?». Me preguntó eso. No supe qué decirle de inmediato, pero luego le respondí: «¿Usted quiere que le diga que estaba enamorado de Rimsky? Bueno, entonces le digo esa huevada: “Estaba enamorado”. Se la digo. Pero él abusó de mí».

—¿Qué contestó frente a eso?

—Nada.

Poco tiempo después de esa reunión, Rimsky Rojas se mató. Tras el suicidio, Sebastián Ramírez recibió nuevamente un mensaje de las autoridades salesianas. Querían comunicarle el resultado del proceso. El encargado de informarle fue el sacerdote Vicente Soccorso, quien le explicó que según el juicio canónico las acusaciones y las pruebas eran verosímiles, pero que como ya estaba muerto no había nada que hacer.

—No hubo una sanción, ni una frase como «merecía ser expulsado», nada. Todo era verosímil, pero como ya estaba muerto no había nada que hacer. Le pedí que me diera una copia de la sentencia y me respondió que no. Tampoco pude sacarle una foto. «Te la puedo prestar para que la leas, pero no te lo puedes llevar».

Finalmente, Sebastián Ramírez viajó a Punta Arenas. Presionó para que el sacerdote Bernardo Bastres lo recibiera. Bastres había sido provincial de la congregación durante los años noventa, cuando Rimsky Rojas fue director del Liceo San José, y desde 2006 ejercía como obispo de Punta Arenas en reemplazo de Tomás González. En la casa del obispo, una casona imponente en el centro de la ciudad, Ramírez encaró a Bastres, excompañero de seminario de Rimsky Rojas. El obispo primero negó haber estado en

antecedentes, pero Ramírez le habló de los testimonios de sus amigos, de las fechas, de los traslados. Frente a eso el obispo respondió: «Es que yo no sabía qué hacer con eso»^[38].

Sebastián Ramírez pensó que con la acusación todo acabaría. Pero no fue así. No hubo una clausura, sino más bien el ingreso a un terreno pantanoso en el que tendría que volver a repetir su historia, como quien rinde una lección frente a distintos jueces. La última vez que dio ese examen fue frente a la jueza que investigaba el caso de Ricardo Harex, el alumno del Liceo San José desaparecido en octubre de 2001. Una de las hipótesis de investigación, que ya acumulaba más de una década, involucraba la participación de Rinsky Rojas.

3.

Recuerdo el momento en que leí la palabra «Harex» en una nota secundaria en la sección nacional de un diario. Primero me llamó la atención su sonoridad. «Harex», repetí. Generalmente los apellidos magallánicos inusuales son de origen croata y terminados en «ic»: el historiador Martinic, el obispo Goic, el diputado Boric. Todos de Punta Arenas. Este apellido no calzaba con ese patrón y la «x», en mi imaginación, le daba un aspecto químico a la palabra. Pensé en Agorex, la marca de pegamento. Ese detalle despertó mi curiosidad: la extraña desaparición de un estudiante de apellido inusual. Pasaron meses, años y no había rastro. Tal como había ocurrido en 1999 con Jorge Matute Johns en la ciudad de Concepción, donde una familia buscaba a su hijo que se esfumó luego de una fiesta.

Cuando conocí a los padres de Ricardo Harex, trece años después de la desaparición de su hijo, no pude evitar preguntarles cuál era el origen del apellido que, a primera vista, parecía una marca industrial. Sergio Harex me respondió que no lo sabía, que había intentado ubicar personas con su apellido y lo más parecido eran los que se apellidaban Ahrex o algo así. Me contó, además, que él nunca conoció a su padre biológico y que con su madre biológica tampoco tuvo mayor contacto. La última vez que la vio fue el día de su primera comunión; él tenía ocho años. Sergio Harex se crio en Magallanes, su padre adoptivo trabajaba como pintor en una estancia de la zona. Tenía diecinueve años cuando conoció a Margot González, mientras cumplía el servicio militar, a principios de los años ochenta. La familia de Margot González era originaria de Puerto Natales. Su padre, como gran parte de la

población urbana de la zona, fue empleado público y su madre dueña de casa. Margot se enamoró de Sergio porque él la hacía reír, me dijo. Se casaron en 1982. Ella comenzó a trabajar como funcionaria de una sanitaria y él se formó como técnico tanatólogo en el Servicio Médico Legal. Dos años más tarde, en febrero de 1984, nació Ricardo. Fue el único hijo que tuvieron. El último que llevaría el apellido «Harex».

«Nosotros éramos personas tranquilas, jamás habríamos pensado que estaríamos en esta situación», me contó Margot González en el living de su casa, sentada en un sillón que se veía enorme en contraste con su cuerpo menudo y delgado. La sala permanecía iluminada por la tenue luz de un día nublado colándose por las cortinas. La voz pequeña de Margot llevaba la conversación. Su marido sencillamente asentía o confirmaba con un movimiento manso de cabeza o un gesto de resignación en el rostro, la versión envejecida del retrato de su hijo que solía aparecer en la prensa: un rostro redondeado, moreno, de gesto amable y tímido. Era un día ventoso y fresco, como es usual en Punta Arenas, durante el inicio del verano magallánico. La calefacción estaba encendida dentro de la casa. Los muros de madera, de un amarillo pálido, estaban salpicados de cuadros y recuerdos de Ricardo. El silencio doméstico era interrumpido por los ladridos de Harry Potter, el poodle que Sergio Harex le regaló a su señora el primer verano que pasaron sin su hijo. Decidieron ponerle así por el regalo que le tenían a Ricardo esa Navidad: los cuatro primeros libros de Harry Potter.

Les pregunté desde el principio. Ellos me contaron. Me dijeron que cuando Ricardo Harex cumplió la edad para comenzar sus estudios lo matricularon en el Liceo San José porque se habían agotado las matrículas del Instituto Don Bosco. El San José era privado y significaba un esfuerzo económico para la pareja. «Yo estudié mis doce años en el María Auxiliadora. Siempre pensé que cuando tuviera un hijo lo matricularía en un colegio salesiano», me dijo Margot González. Ricardo Harex era un alumno regular, silencioso, un chico que pasaba mucho tiempo con sus abuelos y tíos maternos mientras sus padres trabajaban. Fue por sus tíos que Ricardo era hinchita de Colo-Colo, porque su padre era seguidor de la Universidad de Chile. El muchacho solía ver los partidos en la televisión solo, sentado en un sillón, usando la camiseta del club.

Durante la educación básica Ricardo Harex aprobaba los cursos apenas con el promedio mínimo, siempre con la amenaza de reprobar y repetir. En esa época surgió una costumbre que se mantuvo: si Ricardo pasaba de curso, su padre le compraba un cordero y hacían un asado familiar con sus abuelos y

sus tíos maternos. El ritual se repitió cada fin de año hasta 2001. En la adolescencia, Ricardo subió el promedio de sus notas, comenzó a cuidar su apariencia física, bajó de peso y descubrió el handball, deporte que practicaba con más perseverancia que talento, según me dijo un profesor de Educación Física del liceo. No era un gran jugador, pero el handball era su pasión: nunca faltaba a un entrenamiento. Formó parte del equipo del colegio y viajó un par de veces a torneos en Chile y en Río Gallegos. En el año 2000 su equipo ganó el segundo lugar en un campeonato en Puerto Montt.

Hasta el 19 de octubre de 2001, la gran preocupación de Margot González era la posibilidad de que su hijo decidiera estudiar fuera de la región, en Santiago o Viña del Mar. Tenerlo lejos la inquietaba, pensaba que era peligroso, sobre todo después de ver lo que había pasado con Jorge Matute Johns. Desde Punta Arenas, todo el resto del mundo —excepto la Antártica— es «el norte». Para ella los peligros estaban en el norte.

Aquel 19 de octubre de 2001 fue día viernes. Ricardo Harex tuvo clases en la mañana y en la tarde entrenamiento de handball. Una vez que terminó el entrenamiento, en el centro de la ciudad —el colegio está a dos cuadras de la plaza— se encontró con un par de alumnos del liceo que lo invitaron a una fiesta esa misma noche en un quincho del barrio croata. Eso le dijo a su madre cuando llegó a casa.

—Salió contento. Antes de irse me dijo que volvería temprano. En la tarde del sábado tenía entrenamiento y después en la noche un partido. Cuando fui a su pieza a cerrar las cortinas me di cuenta de que no había llevado su celular. Corrí hacia la puerta para dárselo, pero ya se había ido. Todas las veces que Ricardo salía yo se lo encargaba a la Virgen de Lourdes. Le decía: yo lo cuido en la casa y tú cuídalo fuera. Ese día no sé por qué no se lo encomendé a la Virgen.

La fiesta era en una casa en un barrio cerca de la costanera que bordea el estrecho de Magallanes. Acudieron unas sesenta personas, la mayoría alumnos y exalumnos del Liceo San José con sus pololas. Había alcohol, sobre todo pisco. Ricardo Harex bebió mucho y estuvo permanentemente acompañado de Eduardo Mercado, compañero de liceo y amigo. Ninguno de los dos era cercano al director del colegio ni parte del grupo de alumnos privilegiados por Rinsky Rojas. Tampoco participaban de actividades religiosas. Mercado me contó que se dedicaron a hablar de asuntos del liceo y de la fiesta de gala que se celebraba para finalizar el año; a esa fiesta debían ir con pareja y bromearon con los posibles nombres de quienes podrían acompañarlos. Harex estaba enamorado de una chica que no le correspondía,

aunque mantenía con ella una amistad con tiras y aflojas. De hecho, se suponía que esa joven iría a la fiesta, pero finalmente nunca llegó. Cerca de las tres de la mañana Ricardo Harex intentó irse, pero vio una patrulla de carabineros y prefirió esperar hasta que se perdiera de vista. Permaneció en la casa media hora más y se fue. Le pregunté a Eduardo Mercado por qué Ricardo había evitado toparse con una patrulla de carabineros. Desde mi perspectiva, era un motivo para sentirse más seguro caminando en la noche. Mercado me explicó que su amigo había bebido mucho, demasiado, que si carabineros lo veía mal era posible que lo retuvieran y acabara metiéndose en problemas con sus padres. Por eso esperó.

Luego de la desaparición de Ricardo Harex, durante mucho tiempo Carabineros negó que una de sus patrullas hubiera estado en la zona a esa hora, sin embargo, hubo varios testigos que confirmaron el hecho. Al día siguiente, a las once de la mañana, un amigo llamó a Mercado a su casa. Le dijo que el papá de Ricardo lo había llamado porque Ricardo no aparecía. Eduardo Mercado le respondió que tal vez se había ido a otra fiesta, con otra gente y había alojado fuera. Eso pensaron primero. Después fueron a la costanera que bordea el estrecho, una playa extensa con el mar oscuro y crispado por el azote perpetuo del viento; suponían que tal vez encontrarían a alguien que les dijera dónde estaba Ricardo, pero no dieron con nadie. Entonces pensaron que tal vez se había dormido en la playa y la marea se lo había llevado. El mismo sábado 20 de octubre, Mercado, junto a dos compañeros de colegio, fueron a avisarle a Rimsky Rojas que Ricardo Harex no aparecía. El cura estaba haciendo misa en una capilla, esperaron a que terminara y le contaron. Rimsky Rojas se sorprendió y comenzó a hacer llamadas: «Él se llevaba con los puros “grandes” de acá. Llamó a la PDI. Nos dijo que lo mantuviéramos informado». El día siguiente fue distinto, «complicado», recuerda Mercado. Ya habían registrado la costanera, revisado la casa donde se hizo la fiesta y llamado a familiares y amigos, rastrearon en prostíbulos y preguntaron en controles fronterizos. No había nada. Encontraron una huella de sangre en una calle cercana al quincho, pero era de un perro.

Durante ese fin de semana Rimsky Rojas visitó a los padres de Ricardo Harex para ofrecerles su apoyo. En adelante lo haría regularmente y participaría —junto al obispo Tomás González— en actividades públicas para pedir información.

—Nosotros estábamos muy agradecidos con él —me dijo Margot González—, pero había preguntas que hacía... Un día estábamos en la pieza

de Ricardo y él me dijo: «¿Usted se ha fijado en toda la ropa de Ricardo?». Yo le respondí que sí. Me preguntó: «¿Y no ha visto un slip que no sea de él, que tal vez le hayan regalado o un monito de peluche?». Le respondí que toda su ropa se la compraba yo, nadie le regala ropa.

—¿Le preguntó específicamente por la ropa interior?

—Sí. Estábamos los dos en la pieza de Ricardo. Al principio lo encontré raro, pero no lo tomé en cuenta.

La investigación enfrentó dificultades desde el inicio. Aunque varios jóvenes aseguraron haber visto una patrulla de carabineros, al menos tres veces por la calle de la fiesta, la institución lo negó. Carabineros tampoco proveyó el registro de las rutas de esa noche. En la bitácora proporcionada para la investigación faltaban sesenta kilómetros por justificar. Sergio Harex hizo recorridos que cumplieran con esa distancia en diferentes direcciones sin encontrar nada que los ayudara. Con el paso de los meses, de los años y de los magistrados a cargo del caso, se fueron desechando líneas de investigación y sospechosos. No había sido suicidio ni había escapado con nadie. Un magistrado tuvo bajo investigación al padre de Ricardo, básicamente porque trabajaba en el Servicio Médico Legal y, por lo tanto, sabía tratar cadáveres; a la larga tuvo que desechar esa teoría. Cuando le pregunté a Sergio Harex qué pensó cuando lo investigaron por desaparecer a su propio hijo, me miró resignado y me dijo: «Bueno, estaban haciendo su trabajo». La policía concluyó que ni el padre, ni los compañeros, ni los organizadores de la fiesta estaban involucrados. Después de revisar el computador de Ricardo Harex un policía le dijo a Margot González: «Hay dos buenas noticias que le traigo: Ricardo no es drogadicto ni es homosexual. Solo bajaba fotos de mujeres. Era bien hombrecito».

La pareja se sentía desorientada. Durante un tiempo ni siquiera se les ocurrió que debían acudir a un abogado que los representara y agilizara los trámites legales. Finalmente, Juan José Arcos, un abogado y político de la zona, se ofreció para representarlos. Los resultados de las primeras investigaciones lograron dar certeza sobre cosas que no habían pasado, sin embargo, no había indicio sobre lo que realmente ocurrió con Ricardo Harex. Eran un montón de datos esparcidos sin coherencia ni continuidad. Incluso, en una ocasión, la PDI anunció haber resuelto el caso presentando a un hombre que había confesado haber participado en el crimen. Supuestamente, Ricardo habría acudido a otra fiesta después de la reunión con sus compañeros. En esa fiesta estaba el dueño de una funeraria que le disparó cuando el estudiante no accedió a sus avances sexuales. Luego, el cuerpo habría sido quemado en un

tambor. Sin embargo, a las pocas horas de dar el anuncio, la PDI debió retractarse: el inculpado había estado en la cárcel durante el mes en que Ricardo Harex desapareció. Más tarde el hombre dijo que fue obligado a confesar mediante apremios.

—La policía no supo actuar —añadió Sergio Harex—. Cuando alguien en la PDI se dedicaba al caso, tenía una hebra, a los dos años lo trasladaban. Todo empezaba de nuevo. En Carabineros pasaba lo mismo. Entonces nunca teníamos resultados. Ni siquiera tenían un perro para rastrear. Mandaron a buscar a Santiago un perro cuando ya habían pasado dos meses. Acá el viento se lleva todo.

Los padres de Ricardo Harex me contaron que Carabineros trabajó durante las primeras semanas sobre una descripción errada de la manera en que iba vestido Ricardo Harex la noche en que desapareció: él había salido con una parka verde, pantalones negros y zapatos Caterpillar, y Carabineros buscaba a un joven con parka sin mangas, *jeans* y zapatillas blancas. Tampoco hubo reconstrucción de escena con los jóvenes que participaron en la fiesta. Con el transcurrir de las semanas y los meses la mayoría de ellos dejaron Punta Arenas, como suele pasar con los jóvenes de la ciudad, para ir a estudiar «al norte», es decir, a Santiago o Viña del Mar. La posibilidad de reunirlos a todos para una reconstrucción era casi imposible con el correr de los años. Por otra parte, los testimonios que los muchachos dieron por separado, en un primer momento, tenían un sesgo: muchos de ellos, menores de edad en la época, moderaron sus relatos respecto del alcohol que bebieron esa noche, por temor a sus padres.

Pasaron meses y años sin signos de avance. Los padres de Ricardo Harex trataron de compensar la desprolijidad de la investigación con lo que estuviera a su alcance, incluso con videntes.

—¿Quiénes eran esas videntes? —le pregunté a Margot González.

—Eran dos mujeres de Santiago que vinieron a un casamiento acá y supieron del caso. Eran señoras de carabineros —respondió.

Luego de años de investigación muchas hipótesis fueron descartadas hasta que quedaron con unas cuantas líneas de investigación. Una de ellas involucraba al sacerdote Rimsky Rojas. Esa hipótesis cobró fuerza en 2008, cuando el sacerdote diocesano Jaime Low fue denunciado por la madre de un adolescente de haber abusado del muchacho. Low —que en ese entonces tenía treinta y dos años— gozaba de la plena confianza del obispo Tomás González, quien lo había ordenado en 2002. González era incluso cercano a su familia. Además de ejercer como párroco de la iglesia de Nuestra Señora

de Fátima —la misma que sirvió de refugio a los opositores en dictadura y en la que el régimen hizo estallar una bomba— tenía a su cargo la organización de los Encuentros de Jóvenes en el Espíritu (EJE), que se efectuaban en un centro de vacaciones del arzobispado. Un religioso joven, siempre rodeado de adolescentes, que personificaba todos los atributos de la figura del «cura choro», por apariencia y conducta: vestía informalmente, hablaba con jerga juvenil, solía jugar fútbol con los estudiantes y usaba las nuevas tecnologías de comunicación. Justamente, el contenido de las conversaciones por Messenger fue presentado como prueba del tipo de relación que estableció con los dos muchachos que finalmente lo denunciaron al Ministerio Público. Low era el guía espiritual de los jóvenes, quienes lo acusaban de haber abusado de ellos en distintas ocasiones y distintos lugares; uno de los sitios en donde habían ocurrido los abusos era, nada más ni nada menos, que la casa del obispo. El sacerdote Jaime Low fue finalmente condenado en 2009 por acceso carnal a un menor de edad.

Fue durante esa investigación que uno de los muchachos dijo en el tribunal que no había denunciado los abusos «por temor a que me pasara lo mismo que a Harex». La sospecha que quedó en el ambiente no era descabellada; existía un patrón: con Low eran tres los sacerdotes de la zona acusados de abuso en menos de diez años, todos ellos —Antonio Larraín, Víctor Hugo Carrera y el propio Low— habían sido cercanos y protegidos del obispo Tomás González. A este patrón había que sumarle que en 2004 el obispo González fue rozado por el llamado caso Spiniak, la escandalosa denuncia de abuso sexual de menores de edad que salpicó a la clase política. Durante esa investigación un proxeneta nombró al obispo durante un interrogatorio. González debió prestar declaración ante la justicia. La Conferencia Episcopal reaccionó protegiendo al sacerdote: «En una declaración dada a conocer hoy por el Comité Permanente de la Conferencia Episcopal, los obispos chilenos solidarizaron con la situación que enfrenta el obispo de Punta Arenas, monseñor Tomás González Morales. “En este momento de prueba de nuestro hermano, monseñor Tomás González Morales, los Obispos del Comité Permanente de la Conferencia Episcopal de Chile nos unimos a él en oración y le expresamos toda nuestra solidaridad”, señala la declaración»^[39].

¿Qué dijo el proxeneta sobre el obispo? ¿Qué respondió el obispo cuando fue interrogado? Todo eso es secreto. Para cuando Jaime Low fue condenado, el obispo Tomás González se había trasladado a Santiago y Bernardo Bastres había asumido como obispo de Punta Arenas. Pese a todo lo ocurrido con

Low y a la frase de uno de los adolescentes que declaró, los padres de Harex no vieron a Rimsky Rojas como un sospechoso sino hasta julio de 2009, cuando el sacerdote viajó de visita a Punta Arenas y celebró la misa en medio de la cual le dijo a Margot González: «Señora, los curas no hicimos desaparecer a su hijo». Luego de eso, Sergio Harex y Margot González entendieron que el magistrado a cargo del caso estaba investigando al sacerdote. Hasta ese momento, la pareja pensaba solo en dos alternativas: que Ricardo se había quedado dormido en la playa y la marea se lo había tragado, o que la patrulla de carabineros que rondaba en la zona era la responsable; que al tratar de detener al muchacho ebrio, él se habría resistido y a los carabineros «se les habría pasado la mano».

En 2014, la tesis de que Rimsky Rojas estaba involucrado cobró nuevamente fuerza cuando Juan Esteban Cárdenas, un antiguo cuidador de la casa de retiro del obispado, confesó extrajudicialmente haber participado en el entierro de Harex a cambio de ciento veinte mil pesos. Cárdenas era un hombre de sesenta años, pobre, alcoholizado y sin domicilio, que acudió a la PDI a contar su historia para aliviar su conciencia, según él mismo les dijo. Contó que una noche llegó a la casa de retiro un furgón con cuatro personas, entre ellas el sacerdote Rimsky Rojas. Esas personas lo obligaron a sepultar el cuerpo, él se negó en un principio, pero le ofrecieron dinero y aceptó. Cárdenas habría revelado la identidad del resto de las personas que acompañaban a Rimsky Rojas, pero no dio un sitio exacto del entierro o, si lo dio, se contradujo de tal manera que a la policía no le quedó claro. Semanas más tarde murió en un hospital, antes de poder declarar ante la magistrado a cargo del caso. Su muerte ocupó los titulares de la prensa de Punta Arenas. «Muere hombre clave en la desaparición de Ricardo Harex», tituló el sitio de Radio Magallanes. A esas alturas, para los padres de Harex era casi un hecho la participación del sacerdote en la desaparición de su hijo.

«Con pesar, Margot González reconoce que el nombre del sacerdote Rimsky Rojas se repite cada vez más con el paso de la investigación, añadiendo que “solo espero que se investigue todo y esto se aclare lo más pronto posible”», consignaba *La Prensa Austral* el martes 8 de julio de 2014. En diciembre del mismo año fue cuando entrevisté a los padres de Ricardo Harex en su casa. A pesar de la cercanía de las fiestas de fin de año, no había adornos de Navidad. Margot me explicó que desde que su hijo no estaba, solo armaba un nacimiento, pero nada más. Junto a la chimenea, sobre una mesita redonda cubierta con un mantel blanco, estaban dispuestos quince retratos enmarcados de Ricardo. Versiones diferentes de su único hijo como niño y

adolescente; solo y con la familia. En el muro que enfrentaba la mesita, colgaba una fotografía del último curso de Ricardo —el cuarto medio B-, los veintiocho compañeros junto al profesor jefe y a Rimsky Rojas vistiendo sotana entallada. Bajo la foto, en letras cursivas, la frase: «El amigo fiel es refugio seguro y el que lo encuentra halla un tesoro».

—¿Ustedes alguna vez escucharon algo de los problemas que tuvo Rimsky Rojas en Valdivia? —les pregunté a los padres de Ricardo Harex.

—Sí, las mamás más antiguas sí escuchamos rumores. Eso era secreto a voces, pero no se podía comentar porque él tomaba represalias enseguida. Si nos echaban a los niños del colegio, ¿dónde los mandábamos? Nos quedamos calladas nomás, nunca se comentó. O sea, lo comentábamos entre nosotras, pero nada más —respondió Margot González.

La desaparición de Ricardo Harex ocurrió antes de que la reforma procesal penal comenzara a funcionar en Magallanes, por lo tanto, el caso fue llevado bajo el sistema inquisitivo antiguo, sin Fiscalía persecutora: un magistrado se encarga de ordenar las diligencias a la policía, investigar y tomar declaraciones para luego juzgar sobre ese acopio de evidencia. Una misma persona se encargaba de acusar y juzgar. Desde que comenzó la investigación en 2001 los magistrados encargados de la desaparición de Ricardo Harex fueron cambiando cada dos años, lo mismo que los equipos de policía encargados de investigar. Todos los antecedentes iban conformando un sumario bajo reserva. La jueza Marta Jimena Pinto recibió el caso de la desaparición de Ricardo Harex en mayo de 2011, casi dos meses después de que Rimsky Rojas se suicidara. Cuando la jueza Pinto asumió, el expediente acumulaba nueve tomos; tres años más tarde, aumentó a dieciséis. Fue ella quien llamó a Sebastián Ramírez —el exalumno del Liceo San José que denunció a Rimsky Rojas de abuso— a dar su testimonio. No lo hizo para conocer detalles de la noche en que desapareció Harex; aunque habían coincidido en el liceo, Ramírez nunca trató a Ricardo Harex, pues el muchacho desaparecido iba varias generaciones debajo de él. A quien sí había conocido Ramírez era a Rimsky Rojas. Sabía de su carácter, del control al que sometía a sus alumnos y del secreto ritual de abusos que mantuvo durante años con él y con dos de sus compañeros. También podía aportar antecedentes sobre las rondas nocturnas del cura supervisando las fiestas adolescentes y el contacto que solía tener con las autoridades policiales de la ciudad.

Entrevisté a la jueza. Ella me explicó que luego de salir de la casa del quincho, Ricardo Harex fue a un autoservicio a un par de cuadras de distancia, un lugar al que solía ir acompañado de sus amigos después de las

fiestas, antes de volver a casa. Allí se comían un sándwich. Eso hizo aquella noche. Las personas que atendían ya lo habían visto y lo reconocieron, pero esa madrugada había más gente en el lugar y cuando la jueza los entrevistó no estaban seguros de si Harex estaba solo o si se encontró con alguien en particular en el autoservicio. Después de eso su pista se pierde en la noche ventosa de Punta Arenas.

—¿Usted tiene alguna línea de investigación en particular?

—Tenemos dos en particular. Da la coincidencia de que si estamos investigando en este lado —indica un punto sobre la mesa— terminamos en el otro —indica un punto paralelo opuesto trazando una línea— y viceversa. Es como si confluyeran —explica la jueza.

—¿Cuánta gente involucra?

—Varias personas —me aclaró.

—¿Usted citó a declarar sacerdotes en la investigación?

—No he citado a declarar, pero han declarado porque yo me he constituido donde ellos están. Yo he ido donde ellos. El niño pertenecía a un colegio salesiano, un colegio católico. Creo que he interrogado a profesores, sacerdotes, alumnos, médicos, ingenieros. No es por profesión que he interrogado^[40].

—¿Rimsky Rojas declaró en la investigación?

—Sí, como profesor en el principio, antes de que yo me hiciera cargo de la investigación.

—¿La muerte de él afectó de alguna manera la investigación? —No le podría contestar esa pregunta.

En enero de 2018, Juan José Arcos, abogado de los padres de Ricardo Harex, anunció en la prensa que tenía nuevos antecedentes sobre Rimsky Rojas. Según Arcos, había descubierto documentación que probaría que el sacerdote y un funcionario del obispado habían tenido vínculos con la CNI durante la dictadura. Frente a las nuevas declaraciones del abogado de los padres de Harex, el obispo Bernardo Bastres respondió: «No podría negar ni afirmar la participación de Rojas en la muerte de Harex»^[41].

Para los padres del muchacho desaparecido, sin embargo, Rimsky Rojas es el principal sospechoso del destino de su hijo.

4.

«Hace dos años le mandé un correo», le dije al sacerdote David Albornoz cuando me senté junto a la mesa de reuniones de su oficina. Se lo dije al pasar, no como un reclamo, sino como un reproche amable, con el tono de alguien que ha esperado años para que lo atiendan. Mal que mal era la primera vez que una autoridad de su congregación me recibía después de varios intentos: ni el cardenal Ricardo Ezzati, ni el obispo Bernardo Bastres, ni el obispo emérito Tomás González me recibieron, pese a mi insistencia. Todos ellos habían conocido muy bien a Rimsky Rojas desde antes de ser ordenado. Tenía muchas preguntas para ellos.

El despacho de Albornoz estaba en el segundo piso de la Inspectoría General de los salesianos, el edificio de calle República del centro de Santiago en donde estaban las oficinas principales de la congregación y el lugar en donde residía el obispo emérito Tomás González, desde que dejó Punta Arenas. En ese edificio dio su testimonio Sebastián Ramírez en dos oportunidades. Sobre un librero, en la última repisa superior, Albornoz tenía una pequeña bandera de Magallanes, una Cruz del Sur sobre un cielo azul cortado por la silueta de las montañas. Junto a la banderita, algunas imágenes religiosas. Al lado del librero, una mesa redonda de reuniones. El escritorio estaba en el extremo opuesto de la habitación, junto a una ventana con vista a un patio interior. Cuando le recordé al sacerdote que le había enviado un primer correo que nunca respondió, hizo un gesto de extrañeza, fue hasta su escritorio, se puso los anteojos y verificó algo en su computador.

—No recuerdo ese correo, yo solo recibí el que te contesté —aseguró, mirándome a mí, luego a la pantalla y luego nuevamente a mí.

David Albornoz nació y vivió en Punta Arenas hasta que egresó del liceo. Me lo dijo luego de que reparé en la bandera magallánica. Como era habitual entre las familias católicas de clase media de la zona, estudió en el Liceo San José. En 1978, cuando Albornoz cursaba primero medio, llegó hasta el liceo Rimsky Rojas a hacer su práctica. Albornoz me dijo que guardaba de él un recuerdo distante, superficial, nunca le hizo clases. Sí tenía claro que Rojas se dedicaba a la música con un coro y colaboraba con «la animación pastoral».

Albornoz dejó Punta Arenas para seguir su vocación religiosa en Santiago. En 1988 entró al noviciado. Ese año llegaron dieciséis muchachos a la Casa de Formación, una cifra que hace mucho tiempo no se repite. «Estábamos en el contexto de la dictadura militar —recordó—, había una efervescencia espiritual, de una búsqueda en temas sociales, una época de muchos anhelos. El número de novicios en el año 88 sin duda era abundante».

El año en que entrevisté a Albornoz, 2017, no había ingresado ningún novicio y el anterior solo tres^[42].

En 2015 Albornoz fue nombrado vicario del inspector de la congregación, es decir, la segunda autoridad de los salesianos después del superior o inspector general. Desde que retornó a Chile, luego de residir en Roma, en donde primero estudió y luego fue académico de la Universidad Salesiana, había asumido responsabilidades cada vez mayores. Entre esas labores estaba investigar denuncias canónicas contra sacerdotes salesianos y de otras congregaciones. Varios de los hombres con los que hablé durante el tiempo que investigaba para este libro nombraron a David Albornoz como la persona que los había escuchado cuando hicieron sus denuncias. Era confiable, me decían, dejando en claro que se trataba de una excepción.

Aunque Albornoz no era un personaje conocido públicamente, su nombre había aparecido en la prensa cuando se hizo cargo de investigar el caso del cura Gerardo Joannon, un religioso que en 2014 fue acusado de una trama de adopciones ilegales durante los años setenta y ochenta; un asunto ampliamente tratado por los medios. El sacerdote era la pieza clave de un sistema bajo cuerdas: Joannon se encargaba de dar en adopción a hijos de mujeres adolescentes de familias de clase alta, en complicidad con el personal de salud y los propios padres de las madres; apenas nacía la guagua la daban por muerta e incluso organizaban un funeral falso, para engañar a la madre biológica. Mientras tanto, llevaban al recién nacido al cuidado de parejas, matrimonios del mismo círculo social, que no podían tener hijos y que inscribían al recién nacido como propio. Eran niños que podían encajar con el aspecto de la familia de los adoptantes, es decir, blancos, sin rastro de mestizaje. Sobre el sistema montado por Joannon, Albornoz elaboró un informe canónico —previo a la acción judicial— en el que además se consignaba que el sacerdote mantuvo durante años «una relación inadecuada» con la madre de una de las niñas entregadas en adopción. Como los delitos canónicos estaban prescritos, no se inició un proceso eclesiástico.

Antes de que empezara con mi cuestionario, Albornoz me advirtió algo que dominó el tono de la entrevista: «A mí, como canonista, me ha tocado hacer investigación canónica, he llevado procesos administrativos penales o participado como juez en procesos canónicos. Sobre eso, en el ordenamiento de la Iglesia católica, opera lo que se llama “el secreto pontificio”, que en términos civiles sería “el secreto de oficio”». Fue su manera de advertirme de que las posibilidades de que me diera la información que yo requería eran escasas. Aunque mis preguntas se concentraban en Rimsky Rojas, incluía el

nombre de otros sacerdotes denunciados, en diferentes momentos, sobre los que la congregación nunca hizo públicas las acusaciones. Todos esos religiosos eran contemporáneos de Rimsky Rojas y, tal como él, habían estado a cargo de adolescentes y servido como guías espirituales. Le pregunté incluso por el proceso en contra de Manuel Fajardo, el cura que estuvo a cargo de un hogar de acogida para niños de la calle y que en ese minuto ejercía como párroco en Catemu. Albornoz se excusó de comentar cada uno de los casos, en virtud del «secreto pontificio». No habló de ellos, pero tampoco desmintió que esos procesos canónicos hubieran existido. Me dijo, eso sí, que tres de los sacerdotes que yo le mencionaba habían dejado el sacerdocio; según pude averiguar luego, dos de los exsacerdotes seguían vinculados a la educación, ya que trabajaban en colegios subvencionados. Las comunidades de esos colegios seguramente ignoran que fueron procesados canónicamente, justamente porque sus casos son secretos.

De las cerca de cuarenta preguntas que le hice al sacerdote Albornoz, él solo pudo responder en forma más o menos directa unas cinco. En el resto se excusó: no podía comentar. Repitió tantas veces la frase «la reserva me impide dar esa información», que decidí tomármelo con humor. El ejercicio, un tanto absurdo, de preguntar para escuchar como respuesta la frase «eso es secreto», era una especie de síntesis del sistema legal canónico. Dibujaba en ocasiones un muro inexpugnable y en otras un círculo cerrado. Cuando le pregunté si fueron investigadas todas las denuncias hechas en contra de Rimsky Rojas por tres alumnos del Liceo San José de Punta Arenas — Sebastián Ramírez y sus dos amigos— me respondió que no podía referirse al tema porque debía cumplir «el sigilo o secreto que tiene la legislación». Y añadió, adelantándose a que yo le hiciera un comentario hostil: «Ahora usted me dirá: “pero eso significa que esa información queda enclaustrada ahí y no se tiene ningún fruto”, yo diría que no, yo diría que los jueces hablan a través de la sentencia».

—¿Y hay una sentencia en estos casos?

—No, porque el padre Rimsky falleció.

No era posible conocer de la investigación, ni siquiera saber si se llevó a cabo, tampoco la sentencia, ni las consecuencias, ni las posibles reparaciones. Tampoco era posible constatar las razones por las que habían sido denunciados religiosos que en algún momento habían sido sacerdotes y ahora trabajaban como profesores laicos. Concluí que para la Iglesia no resultaba relevante que la comunidad, colegio o liceo en donde esos exsacerdotes denunciados ejercían como profesores y directivos conociera sus

antecedentes, por muy graves que fueran. La Iglesia custodiaba que esos hechos no se revelaran. Sin embargo, el sacerdote David Albornoz me advertía de un modo amable que yo no debía interpretar la justicia canónica como una justicia inútil. Es decir, tampoco se me estaba permitido sacar mis propias conclusiones.

Cuando nos despedimos me entregó una especie de cuadernillo que cumplía las veces de manual sobre el trato que debían mantener los religiosos con los estudiantes para evitar abusos. Lo hojeé y le dije que me llamaba la atención que necesitaran un manual para entender que era incorrecto manosear y manipular personas para la satisfacción propia, sobre todo si eran escolares a su cargo. Albornoz guardó silencio, aunque noté su incomodidad. La palidez de su piel cambiaba de tono cuando alguna pregunta o comentario directo apuntaba a dudas sobre la formación de los sacerdotes, como cuando le pregunté si a los novicios se les preguntaba por su orientación sexual o sus prácticas sexuales. La respuesta a esa pregunta fue un extenso rodeo sobre psicología y sobre la complejidad del rol de sacerdote, el que no era, por ejemplo, comparable al de contador o periodista. Su explicación no implicó ni un sí ni un no, pero tampoco un argumento de fondo sobre el tema al que yo estaba haciendo referencia. De hecho, para responder nunca usó la palabra «sexo». Enseguida le comenté que había tratado de entrevistar al obispo Tomás González. Dejé recados telefónicos sin éxito durante meses. Incluso había ido varias veces hasta ese mismo edificio intentando al menos toparme con él, luego de que ni mis llamadas ni mis mensajes surtieran efecto. Albornoz me dijo que no podía hacer nada para ayudarme con eso. Su oficina estaba en el segundo piso del edificio, que bien podría haber sido un pabellón de salas de clase o una repartición pública. Cuando terminé de entrevistarle me acompañó hasta el portón de ingreso, noté que trataba de compensar la escasa información que me había dado con una amabilidad teñida de culpa. Cuando nos despedimos me dijo que él creía que me había enviado el Espíritu Santo. El comentario me pareció desconcertante. Le respondí con una sonrisa cínica. No supe si tomarlo como una ironía, como un halago o una confidencia.

Tomás González residía en el edificio de calle República de Santiago desde que abandonó el obispado de Punta Arenas en 2006. Cuando se mudó, en su nueva condición de obispo emérito, ya era un anciano cuya relación con la prensa había variado muchísimo desde 1999. Hasta ese año los medios acudían a él como una autoridad moral a la que se le va a pedir su opinión sobre la situación del país. Luego de 1999 —el año en que el cura Víctor

Hugo Carrera fue acusado—, las preguntas de los periodistas tenían como foco los abusos sexuales. En agosto de 2011 el obispo emérito fue entrevistado por Rolo Hahn, un periodista puntarenense que trabajaba en la radio Bío-Bío de Santiago. González conocía a Hahn desde que era un estudiante y el periodista usó eso a su favor para que lo recibiera en su nueva residencia de calle República. Durante esa entrevista Hahn le preguntó sobre Rimsky Rojas. El sacerdote se había suicidado meses antes y ya se habían difundido las acusaciones en su contra. En el audio de la entrevista se escucha la voz de González anciano, quien con una modulación dificultosa, recuerda al que fuera su vicario. En un momento de la entrevista el obispo emérito hace una apreciación insólita: alude a una supuesta «pareja» —usa esa palabra— masculina de Rimsky Rojas, un acólito del que no recuerda el nombre. Luego, rápidamente cambia de tema. El sitio en internet de la radio tituló: «Obispo emérito de Punta Arenas confirma doble vida de sacerdote sospechoso de desaparición de joven». En el texto del sitio de la radio se leía así: «El obispo emérito Tomás González confirmó en exclusiva a La Radio la doble vida sexual que llevó el sacerdote Rimsky Rojas, principal sospechoso en la desaparición del joven Ricardo Harex, ocurrida hace diez años en la ciudad de Punta Arenas. El obispo emérito Tomás González defendió a quien fue su exvicario general Rimsky Rojas, pero entregó reveladores antecedentes que lo vinculan con una doble vida sexual»^[43]. Rolo Hahn me contó que después de que salió al aire la entrevista, González lo acusó de haberlo sacado de contexto. También me dijo que aunque no tuvo una reacción oficial de la jerarquía de la Iglesia, sí recibió comentarios negativos de «varios fieles». En adelante se le cerró toda posibilidad de continuar indagando dentro de la congregación.

Tres años más tarde, dos tesistas de Periodismo de la Universidad Diego Portales lograron hablar con Tomás González. En 2014, Bárbara Sharp y Valentina Galindo lo entrevistaron para su tesina sobre la Iglesia de Magallanes. Bárbara Sharp es parte de una conocida familia de la zona. De hecho, uno de sus familiares había sido el abogado que defendió al sacerdote Antonio Larraín de las acusaciones en su contra. Con eso a su favor, lograron que el obispo emérito las recibiera en la residencia de calle República. Valentina Galindo me contó que antes de iniciar la entrevista, el periodista encargado de prensa de la congregación les advirtió que no aceptaría preguntas sobre abusos sexuales. Para asegurarse de que cumplirían con la exigencia, las acompañó durante toda la reunión.

«Tomás González estaba en su pieza —recordó Valentina Galindo—. Ahí nos recibió. Allí tenía un espacio como salita de estar. Había un escritorio amplio, despejado. Él estaba ciego, no sé si lo estaba completamente, pero se notaba que no veía, ni siquiera podía limpiarse la nariz. Se veía muy mal». El sacerdote habló de sus años como obispo en dictadura, de su relación con los centros de alumnos y los grupos juveniles de Punta Arenas y de su amistad con personajes de la política —fue profesor de la exministra y senadora Soledad Alvear, a quien solía recomendarle exalumnos para cargos en el Estado—. Solo al final de la conversación y a disgusto del periodista encargado de las relaciones públicas de la congregación, lograron preguntarle indirectamente sobre los sacerdotes involucrados en casos de abuso. González recordó que conoció a Rimsky Rojas cuando era un novicio, les contó que lo quiso mucho, que Rojas hacía cualquier cosa que le pidieran, que por eso lo había nombrado su vicario en Punta Arenas. «En un momento iba a agregar algo más sobre Rimsky, pero se calló». Retomó el relato luego de unos segundos y les dijo que vio a Rimsky Rojas cuando había estado internado en Santiago en la clínica, antes de que lo llevaran a la Casa de Salud. Cuando parecía que se iba a extender sobre ese episodio, hizo una pausa que interrumpió para decir que durante su vida se había conmovido dos o tres veces: la primera vez había sido cuando murió su madre; otra gran conmoción fue cuando supo que Rimsky Rojas había muerto.

—Entonces, cuando nos hizo esa confidencia, fue que decidimos preguntarle si él creía que Rimsky Rojas fue siempre inocente —me dijo Valentina Galindo.

—¿Y qué les respondió? —Valentina miró la transcripción de la entrevista que llevaba consigo para leérmela palabra por palabra.

—Él respondió: «Yo nunca vi algo sexual negativo. Nunca vi...». Nos lanzamos y le preguntamos: «Padre, teniendo toda la información en consideración, ¿usted hubiese actuado distinto?». Él guardó silencio por un momento y agregó: «Yo tengo una manera de pensar, es la del Evangelio. Yo siempre me refiero a ese texto tan bonito de Jesús con la mujer adúltera, él le dice: nadie te condena, no lo hagas más». Dijo eso. Tosía mucho, se veía mal, de la nariz le colgaban mocos que no lograba limpiarse bien. No era solamente que se viera como alguien viejo, sino como alguien que además de ser un anciano, está muy mal físicamente. Como siguió tosiendo, el periodista encargado nos pidió que nos fuéramos —me contó Valentina Galindo.

La tesina con la que ella y Bárbara Sharp aprobaron su grado académico se titula *La Iglesia del silencio: el poder de los salesianos en Magallanes*.

5.

Hasta que fui un adulto pensaba que lo del pan y el vino de la misa era una metáfora. Creía que cuando el cura, después de una manipulación ritual, decía que lo que tenía en frente era el cuerpo y la sangre de Cristo, hablaba en sentido metafórico, que representaba un momento como se hace en el teatro. Eso creía hasta que alguien, no recuerdo quién, me habló de la «transubstanciación», un misterio superior a la inteligencia humana según la doctrina católica. Para los católicos, cuando el sacerdote pronuncia determinadas palabras provoca un cambio fundamental, no de forma, sino de sustancia en la hojarasca desabrida y el vino insulso que dispone en el púlpito. Una mutación invisible, pero tan real que el solo hecho de dudar que así sea es considerado anatema. El hijo de Dios vuelve al mundo una y otra vez durante cada eucaristía para compartir con sus fieles. Es un momento en el que la fe queda escindida de la percepción de los sentidos y de lo que comúnmente indicaría la razón.

El poder de Rimsky Rojas en Puerto Montt no llegó a ser el mismo que el que tuvo en Punta Arenas. Aunque su carácter y estampa permaneció, ya no tenía a su disposición los recursos que tuvo como director del Liceo San José. Aun así, se las apañaba celebrando misas, muchas misas. Tantas como podía. Cada domingo lograba llenar la parroquia de fieles. El médico Rodrigo Cárdenas —exalumno de Rimsky Rojas en Valdivia, con el que se reencontró en Puerto Montt— admiraba al sacerdote y participaba de esas misas.

—¿Sobre qué hablaba en sus prédicas?

—Iba directo al grano. Adaptaba el Evangelio a la simplicidad de las cosas que cada uno de nosotros comete cada día. Pero lo que más me impresionó, después de saber todas las historias, es que él llamaba a todos los niños adelante y los bendecía de manera especial y decía: «¡Ay del que toque con sus manos a los niños!».

Probablemente era la manera que tenía Rimsky Rojas de protegerse a sí mismo de los rumores que circulaban y de dar cuenta de los hechos a su alrededor; las acusaciones y escándalos que relacionaban a sacerdotes con actividad sexual clandestina y abusos no solo surgían en la capital, sino también en Puerto Montt. Durante el periodo en que Rimsky Rojas permaneció en esa ciudad —entre 2003 y 2010— ocurrieron al menos dos hechos que involucraban a religiosos. En 2006 el sacerdote de setenta y nueve años Benedicto Piccardo, director de un liceo de la ciudad, fue asesinado por dos hombres en su casa. Los acusados eran dos jóvenes de veintidós y

veinticinco años que, según ellos, acudieron al departamento del sacerdote luego de que acordaran mantener alguna práctica sexual con él a cambio de dinero. Una vez dentro del hogar del cura, algo cambió. Uno de los muchachos dijo que al entender a cabalidad lo que involucraban los deseos del sacerdote, se asustó y se encerró en el baño. El otro simplemente atacó al anciano. Huyeron llevándose un par de cosas del departamento. Piccardo fue encontrado muerto atado de pies y manos al día siguiente, la mañana del 16 de enero de 2006. En 2007, los dos sospechosos fueron condenados por robo con homicidio. Un año después el sacerdote Marcelo Morales, profesor del Instituto Salesiano de Puerto Montt, fue acusado y detenido por la policía durante una gira de estudios a Bariloche cuando sus alumnos lo denunciaron: Morales había sido sorprendido fotografiando a sus alumnos a escondidas. La policía registró su computador y la cámara fotográfica, luego de lo cual comprobó que el religioso almacenaba pornografía infantil. Fue procesado y en 2009 condenado a reclusión con pena remitida y prohibición de volver a ejercer como educador de niños y jóvenes.

Las circunstancias obligaban a Rimsky Rojas a responder preguntas, sobre todo en su calidad de delegado pastoral de los jóvenes. En 2008, en una reunión de coordinadores de las cinco capillas de la parroquia Cristo Salvador a cargo del sacerdote, uno de los coordinadores le preguntó directamente y en frente del resto qué había de cierto de los rumores de que él habría abusado de alumnos en Punta Arenas. El cura respondió que era falso, que nunca había hecho tal cosa y desafió a la concurrencia: «Si alguien tiene algo que decirme a mí, que me lo diga ahora». Nadie dijo nada. Sus misas siguieron llenándose, las actividades que organizaba continuaron sin contratiempo atrayendo a los fieles de la ciudad.

—La gente lo quería por su forma de ser; además, se vestía como el papa para las misas y a la gente le gustaba —me contó el médico Rodrigo Cárdenas.

Cárdenas —que como alumno siempre lo admiró, aunque Rimsky Rojas ignorara su atención— me habló del modo en que el sacerdote impulsó la participación de los católicos de la zona en las actividades de la parroquia. Al final de la entrevista que sostuvimos, el médico me entregó un sobre con lo que parecía ser un documento. Era el texto de la homilía que dio Rimsky Rojas el día en que celebró sus veinticinco años de sacerdocio, el 24 de mayo de 2009. Cárdenas me entregó aquel discurso impreso para que yo lo leyera y sacara mis conclusiones. Me dijo que él interpretaba pasajes de ese texto como una muestra de arrepentimiento. Cuando leí la homilía, entendí que

Cárdenas se refería a un párrafo en donde el sacerdote sugería que no siempre había sido fácil superar «este arrastrante mundo del capricho, de las confusiones y de los desencantos». Sin embargo, a mí me pareció que con esa frase, más que sugerir arrepentimiento, aludía a las fracturas del entorno. Lejos de ser una autocrítica, ponía la responsabilidad fuera de sí mismo. Durante la misa del aniversario de su ordenación también recordó que el lema en latín que eligió para su ordenación fue *Ite et docete omnes gente*, lo que en castellano quiere decir «Vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos». Rinsky Rojas finalizó la homilía pidiéndoles a los fieles rezar por él y por todos los sacerdotes «para que seamos signos claros de un testimonio convincente de amor de Dios, por el que lo hemos dejado todo». Era el ruego humilde de un pastor abnegado frente a su rebaño.

A principios de octubre de 2010, los fieles de la parroquia Cristo Salvador de Puerto Montt le preguntaron a las autoridades salesianas por la salud de Rinsky Rojas. La gente lo extrañaba. El cura había dejado la ciudad sin aviso después de la visita de Sebastián Ramírez, su antiguo alumno. El rumor que circulaba en la parroquia era que Rinsky Rojas estaba enfermo. No sabían que mientras estaba en la capital había intentado suicidarse ingiriendo un cóctel de tranquilizantes que le provocó una grave intoxicación. Tras el primer intento de suicidio fue internado en la clínica Santa María y finalmente llevado a la Casa de Salud de los salesianos, una especie de hogar de retiro para sacerdotes enfermos y ancianos. Estos hechos fueron mantenidos en secreto. La versión oficial que la congregación ofrecía a los cercanos que preguntaban por su salud era que Rojas estaba enfermo producto de una descompensación sufrida por algún efecto tardío de la malaria, enfermedad que contrajo durante su breve paso por África.

Después del primer episodio suicida, Rinsky Rojas fue atendido por un psiquiatra que solía tratar a sacerdotes de la orden. Acudió a él en forma periódica. El médico le prohibió el acceso a internet y le restringió las visitas; solo sus hermanos podían verlo y conversar con él. Ese mismo mes, Rinsky Rojas asistió a un control médico: el cura estaba ansioso, se quejaba de insomnio, pero las ideas suicidas habían cesado. Tenía buen apetito, o al menos comía con regularidad. Luego de eso un accidente doméstico le lesionó un tobillo y comenzó a usar muletas. No está claro si supo que Marcelo Vargas lo había denunciado a la Fiscalía por esos días o si se lo contaron con el correr de las semanas.

El 27 de febrero de 2011, a eso de las ocho y media de la tarde, la auxiliar de enfermería de la Casa de Salud visitó a Rinsky Rojas en su habitación. Le

dio sus medicamentos, mantuvieron una breve conversación y se despidieron. En la madrugada del 28 de febrero Rimsky Rojas se levantó de la cama, salió de su pieza en pijamas, caminando con muletas, buscó una soga —¿la había comprado él? ¿La consiguió en el mismo lugar? ¿Dónde la tenía guardada?— que medía varios metros y la amarró a una especie de baranda o balaustrada metálica del piso superior: primero en una barra de fierro, luego en otra barra paralela, varias veces en línea recta y después en diagonal, trazando con la cuerda una zeta entre ambas barras, para darle mayor firmeza al soporte. El cura dejó caer el otro extremo de la soga por la caja de la escalera hacia el nivel inferior. Bajó hasta el sitio en donde pendía la punta de la cuerda, dejando las muletas que lo ayudaban a caminar junto a la balaustrada. Dispuso una escalera portátil de tijera que le serviría de cadalso. Trepó la escalera, puso la soga alrededor de su cuello, hizo un nudo firme y saltó. Esto debió ocurrir antes de que amaneciera o durante los primeros despuntes de sol de la mañana.

El sacerdote dejó al menos una nota escrita (existe una versión que indica que dejó varias cartas para distintas personas). Esa nota nunca fue entregada a la PDI. El funeral de Rimsky Rojas fue organizado dos días después de su muerte en la Iglesia San Juan Bosco de Gran Avenida, a pocas cuadras de la casa de sus padres. La despedida fue encabezada por el obispo Bernardo Bastres, el obispo emérito Tomás González y Leonardo Santibáñez, provincial de los salesianos. Asistieron cerca de cincuenta sacerdotes salesianos, diocesanos y de otras congregaciones. La liturgia fue preparada por seminaristas. Aunque algunos cercanos comentaron la ausencia de los alumnos predilectos del cura en la ceremonia, nada opacó la pompa de la puesta en escena. La iglesia estuvo repleta de fieles que despidieron al sacerdote como solo se hace con los hombres excepcionales y los pastores de virtudes extraordinarias.



ÓSCAR ALEJANDRO CONTARDO SOTO (Curicó, Chile, 1974) es un periodista, escritor y crítico literario chileno.

Nació, según lo redactado en la revista Paula (N°1164) del 2015, como el menor de tres hermanos de una familia de empleados públicos con simpatías demócrata-cristianas. Su padre llevaba a casa las revistas *Análisis*, *Apsi* y *Cauce* y surtía de libros a sus hijos. Su madre, aunque exigente, no se complicaba si elegía quedarse un día en casa en vez de padecer el colegio. Él aprovechaba ese exquisito tiempo lejos del pizarrón para pegarse maratones de TV: un viaje que lo llevaba desde el *Festival de la una* hasta la teleserie brasileña; desde *La Hechizada* hasta *Los ángeles de Charlie*; desde el trasero de Maripepa Nieto en *Sabor latino*, hasta *Dallas* y *Dinastía*, estas últimas sus escuelas, dice, «para aprender sobre el poder y cómo ejercerlo». Contardo no tenía aún conciencia de que la televisión, basura para tantos, estaba constituyéndose en un contenido fundamental desde donde observar la realidad e, incluso, la materia prima de su primer libro.

En la sala de clase era un raro. No jugaba fútbol, escuchaba a Pet Shop Boys, a Alaska y a Erasure, música nada masculina según el cliché, entonces no faltó quien lo trató de «mariquita». Por eso, y muchas otras razones, salir de cuarto medio fue pura dicha. Tanta felicidad como cuando en 1992 agarró maletas y dejó «ese frasco cerrado al vacío», como califica a la provincia,

para ingresar a Periodismo en la Universidad de Chile, donde por primera vez encontró a algunos pares y se sumó a la institución que hasta ahora considera lejos la más respetable del país dada «la larga lista de artistas, escritores, pensadores y científicos que desde allí han realizado una producción fundamental».

Contardo volvió a ser raro en 1996, cuando llegó a trabajar al «Artes y Letras», del diario *El Mercurio*, donde permaneció hasta 2010. Esa estadía fue «otra escuela sobre el poder», pero sin JR ni Joan Collins (los villanos de *Dallas* y *Dinastía*) como maestros, sino con la lógica de un diario de elite, donde «Pinochet no era lo malo que yo estaba seguro que era, donde aprendí que todo giraba en torno a ciertos colegios y me extrañó que tanta gente se conociera, tuviera vínculos familiares o sociales, a pesar de ser un medio de alcance nacional». Eso no impidió que destacara como una pluma pop y de peso, y gozara de «la libertad y apoyo del equipo liderado por Pedro Gandolfo», participado de los talleres de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano sobre periodismo cultural, dictado por Héctor Feliciano (2004), y de perfiles de Jon Lee Anderson (2006).

Publicó su primer libro, *La era ochentera* en el 2005, y desde entonces no se ha detenido, construyendo con la publicación de varios títulos una obra que saca a la luz lo más sucio, violento, triste y ridículo de la identidad nacional chilena. Dentro de esta trilogía se encuentra *Siútico* (2008), donde trata el fenómeno del clasismo y arribismo en Chile, *Raro, una historia gay de Chile* (2010), trabajo nominado al «Mejor Ensayo Literario» en los Premios Altazor 2012 concentrado en los temas que le competen y *Rebaño* (2018), libro enfocado en los abusos sexuales cometidos en la Iglesia Católica, que tiene como eje el caso menos conocido del fallecido sacerdote salesiano Rinsky Rojas.

Actualmente, en paralelo y con la misma intención de sus trabajos más extensos, es columnista en publicaciones chilenas como el diario *La Tercera* y la revista *Caras*. No escribe ni de política ni de actualidad dura —para eso están otros—, sino que agarra aspectos, a veces detalles, de diversos ámbitos del Chile de hoy para pasarlos por el cedazo de su agudeza e independencia y, con pluma notable, mandarse unas verdades que a veces causan risa, otras, espanto.

Notas

[1] El funeral del cardenal Law, en diciembre de 2017, tal como el de Rimsky Rojas, contó con la presencia de las más altas autoridades, incluida la del papa Francisco. <<

[2] En 2011 el obispo Alejandro Goic fue encargado de presidir el Consejo Nacional de Prevención de Abusos y Acompañamiento a las Víctimas, creado por la Iglesia católica chilena para enfrentar la ola de denuncias de abuso sexual. En 2018 Goic presentó su renuncia luego de que un programa de televisión develara que no prestó atención a acusaciones de abuso ocurridas en su propia diócesis, la diócesis de Rancagua. Fue reemplazado por el obispo de San Bernardo Juan Ignacio González, perteneciente al Opus Dei. El obispo González asumió el cargo pese a que había protegido en su diócesis al presbítero belga Alfonso Gielis, a quien nombró capellán de un colegio, y al sacerdote René Aguilera, encargado de educación de la diócesis. Gielis y Aguilera habían sido acusados de abusos de niños. Gielis fue detenido por los cargos cuando viajó a su país y Aguilera se suicidó luego de admitir las acusaciones. <<

[3] Vial declaró esto ante el fiscal Benjamín Santibáñez el 13 de diciembre de 2010. <<

[4] *La Tercera*, 16 de diciembre de 2011. <<

[5] Revista *Siete + 7*, 8 de noviembre de 2002. <<

[6] Quise conocer cuáles fueron las razones por las que el hombre que acusaba al cura argentino luego desapareciera. Aunque traté de averiguar su identidad, no lo logré. Solicité el expediente del caso en el Ministerio Público, pero la respuesta fue que solo podía ser revisado por «los intervinientes». En 2013 el arzobispado de Santiago anunció que Alfredo Soiza Piñeyro había abandonado «el ministerio sacerdotal». En cosa de semanas su historia quedó sumergida y la prensa no volvió sobre ella. <<

[7] Jaime Concha y Jorge Franco denunciaron en 2017 a la congregación de los hermanos maristas por los abusos sufridos por ambos a manos del hermano Abel Pérez, desde fines de los setenta, como alumnos del colegio Alonso de Ercilla de Santiago. <<

[8] *La Segunda*, 8 de mayo de 2010. <<

[9] Mientras el término pedofilia se usa para definir la atracción sexual de adultos por niños menores de doce años, el término efebofilia es el que se usa para definir la atracción de adultos por púberes o adolescentes menores de diecinueve años. <<

[10] Este tema lo traté con mayor amplitud en mi libro *Raro, una historia gay de Chile*. <<

[11] No existe un estudio global sobre los abusos de la Iglesia católica, precisamente porque la institución se ha negado a brindar información pese a las exigencias de algunos Estados y de la ONU. Sin embargo, existen estudios locales en Estados Unidos y un estudio nacional llevado a cabo en Australia que revelan un patrón de abuso mayor que en otras instituciones religiosas. En el caso de Australia se creó la Comisión Real de Investigación sobre Respuestas Institucionales al Crimen de Pedofilia, cuyo informe se publicó el 15 de diciembre de 2017. Este estudio incluyó instituciones laicas y religiosas de distinto tipos: iglesias protestantes, evangélicas, comunidades judías, musulmanas y testigos de Jehová, etc. El 61,8% de todos los casos denunciados involucraba a religiosos católicos. La comisión australiana solicitó a la Iglesia una serie de reformas para reparar y prevenir abusos, sin embargo, la institución rechazó todas las recomendaciones. <<

[12] *El Mercurio*, 28 de septiembre de 2005. <<

[13] Revista *Cosas*, 14 de mayo de 2007. <<

[14] Un asunto que me sorprendió mucho fue la cantidad de hombres educados en colegios católicos que me dijeron que en su infancia y adolescencia, durante la confesión, eran interrogados sobre sus costumbres masturbatorias. Lejos de ser una excepción, era una constante. Cuando le pregunté al sacerdote canonista David Albornoz si esas preguntas estaban permitidas, me dijo que no, que el sacerdote no podía formular ese tipo de preguntas durante la confesión, que era una transgresión a la norma. <<

[15] Esa residencia tiene conexión directa con el colegio Alonso de Ovalle. Solo en junio de 2018, luego de las presiones de la asociación de exalumnos del colegio San Ignacio, la Compañía de Jesús anunció que trasladaría a los sacerdotes y religiosos que vivían allí y que habían sido procesados por abusos por la justicia canónica. <<

[16] Solo después de la catarata de escándalos el sistema de recepción de denuncias fue «unificado», en 2011. <<

[17] La mayoría de las denuncias se han mantenido en secreto y solo incluí aquí las de los sacerdotes sobre los que pude obtener testimonios de primera fuente. Al momento de escribir estas líneas había otros cuatro casos de sacerdotes que habrían abusado de jóvenes durante la misma época. <<

[18] Aunque su nombre apareció publicado en una declaración de la Compañía de Jesús, el entrevistado me pidió reservar su identidad para este libro. <<

[19] Este entrevistado también me pidió resguardar su identidad. <<

[20] Entrevisté al sacerdote Cristián del Campo, provincial de los jesuitas, en agosto de 2016. <<

[21] «Las dificultades del color blanco», *La Tercera*, 13 de enero de 2017. <<

[22] Raimundo Tupper sufría depresión y se arrojó desde el techo del hotel en el que se alojaba su equipo en Costa Rica, el 20 de julio de 1995. Tenía veintiséis años. <<

[23] En 2018 la congregación salesiana en Chile contaba con veintidós colegios y liceos, diecinueve parroquias y santuarios, una universidad y cuatro empresas de comunicaciones. <<

[24] La formación de los salesianos se divide en aspirantado, prenoviciado, noviciado, posnoviciado, tirocinio o práctica y teologado. <<

[25] Por razones prácticas utilizaré indistintamente y como sinónimos los adjetivos «novicio» y «seminarista» para denominar a los hombres que estudian en cualquiera de las etapas de formación dentro del seminario. <<

[26] El nombre oficial del cargo dentro de la Congregación Salesiana es «inspector general», pero para simplificar utilizaré la designación común que se usa para los superiores de una «provincia» de una congregación; en este caso, la provincia es Chile. <<

[27] Me contacté con el psicólogo que habría hecho ese peritaje. Me contestó que por secreto profesional no podía confirmarme que esos exámenes se hubieran llevado a cabo. Durante un año pedí audiencia con el cardenal Ricardo Ezzati; la única respuesta que recibí a varias peticiones de entrevista fue negativa. <<

[28] El denunciante me solicitó expresamente reservar su identidad. Refrendé la historia con el sacerdote que lo acompañó a hacer la denuncia ante el nuncio apostólico en Santiago. Intenté que el nuncio Ivo Scapolo me confirmara sus gestiones en el caso, siguiendo el procedimiento que los encargados de la nunciatura me indicaron, pero solo recibí como respuesta lo siguiente: «Monseñor Ivo Scapolo por el momento no puede darle informaciones acerca del caso por usted señalado no excluyendo que a futuro se pueda dar información al respecto». <<

[29] Pseudónimo literario de Paul Endre. <<

[30] Editorial Cuarto Propio, 2017. <<

[31] Luego de salir de Valdivia, S.A. fue destinado a Santiago, al colegio salesiano de la Gracitud Nacional, en donde nuevamente se vio involucrado en un incidente con alumnos. <<

[32] Usó la expresión «director nacional», aunque la apropiada es «inspector general», que es el rango que usan los salesianos para designar al superior de su congregación o lo que en otras congregaciones se llama «provincial». <<

[33] En la primera declaración a la Fiscalía de Valdivia, Adrián Vargas informó explícitamente haber pertenecido a la unidad de la CNI en su testimonio RUC N° 10 009 600 804, luego lo negó en un segundo testimonio, pero sus cercanos creen que lo hizo para evitarse problemas. Vargas enfrentaba paralelamente una investigación en su contra por la muerte de un muchacho en Santiago en 1987. Finalmente, en 2017, él y otros cuatro policías fueron condenados a cinco años de presidio por haber sometido a tormentos con resultado de muerte a Claudio Pino Cortés durante un operativo en mayo de 1986. <<

[34] Declaración policial de Álvaro Samuel Rodríguez Gómez. Valdivia, 4 de enero de 2011. RUC N° 1000460090-4. <<

[35] En 2014 Marcelo Vargas interpuso una querrela contra los sacerdotes Alfonso Horn y Ricardo Ezzati por obstrucción a la justicia, causa que tampoco prosperó. <<

[36] «En grave estado, debatiéndose entre la vida y la muerte, permanecía hasta la tarde de ayer en la Unidad de Cuidados Intensivos (UCI) de Pediatría del Hospital Regional el menor José Muñoz Caipillán, de doce años, quien fue atacado por dos perros de raza rottweiler a su ingreso al patio del Liceo Salesiano San José de esta ciudad. (...) El director del Liceo San José, padre Rimsky Rojas, explicó que los perros fueron incorporados hace un año y dos meses al establecimiento, con el objeto de cuidar el recinto durante la noche», *La Prensa Austral*, 29 de abril de 2001. <<

[37] *La Tercera*, 23 de noviembre de 2002. <<

[38] Durante meses intenté conseguir una entrevista con el obispo Bernardo Bastres para corroborar esta versión, pero no obtuve respuesta. <<

[39] *El Mercurio*, 15 de julio de 2004. <<

[40] Hasta esa fecha existían privilegios procesales para las autoridades eclesiásticas. Uno de ellos es que estaban exentas de comparecer ante el tribunal. Podían hacerlo en su domicilio. En 2018 un grupo de diputados presentó un proyecto para eliminar ese privilegio. <<

[41] *La Prensa Austral*, 3 de marzo de 2018. <<

[42] Según el Anuario Estadístico de la Iglesia católica chilena de 2017, en 2001 había 847 seminaristas en el país y la cifra descendió a 607 en 2015. Una baja del 28%. Esto también se ha reflejado en el número de centros de formación de sacerdotes: en 2001 había sesenta y cuatro y para 2015 quedaban cuarenta y uno, un 36% menos. <<

[43] www.biobiochile.cl, 8 de agosto de 2011. <<